

CAPITULO VI

Sitio de Bellegarde

Condiciones de la Plaza. - El General Ricardos se dispone a salvar todas las dificultades del asalto. - Iniciación de las operaciones del sitio. - Establecimiento de una batería en el Col del Portell el día 12. - Esta batería inicia su fuego contra la Plaza. - Primera intimación el día 3. - Condiciones propuestas por el General Ricardos, para la entrega de la Plaza. - Construcción de una paralela de 400 metros para realizar el asalto. - Se presenta una comisión mandada por el General De Flery para el canje de prisioneros. - Una demostración de la guarnición de Collioure en auxilio de Bellegarde. Diversas demostraciones francesas en auxilio de la Plaza. - El día 23 se acrecienta el fuego de las baterías españolas. - Efectos destructores de las mismas. - Situación crítica de la fortaleza francesa. Consejo convocado por el Gobernador Dubois-Brulé. - Se decide en él la entrega del castillo. - Nobleza y generosidad del General Ricardos al aceptar las condiciones de la capitulación de la Plaza y dictar a sus tropas los detalles de la entrega



E la situación de esta plaza a la desembocadura del col de Pertus, de su valor estratégico y demás circunstancias militares que en ella concurrían hemos tratado, suficientemente, en el capítulo dedicado al estudio de los sistemas defensivos establecidos en una y otra vertiente de la cadena pirinaica. Igualmente describimos, con todo detalle, el sistema general de su defensa, que hacían de ella "un puesto casi al abrigo de un sitio en regla", según frase de Fervel, aunque según apuntábamos no dejaba de tener algunos defectos, tales como la grande elevación de los edificios que encerraba, que al no ser a prueba podían cegar las defensas del recinto interior, a causa del estrago que en ellos hicieran las bombas del sitiador, reduciéndose a ruinas. Otro tanto ocurría con las obras exteriores, sobre todo con las falsabragas, tan justamente reprobadas ya en toda buena fortificación en aquella fecha, tal cual lo declara nuestro comunicado oficial del día 26 de junio, señalando esta información oficial como defectos que añadir a los anteriores los siguientes: "los tiros del casino cubierto que se hallaban interrumpidos en varios parajes a 30 y 40 toses distantes de sus crestas, por las cabezas de los peñascos de que está erizada la superficie del glasis; la irregularidad de las pendientes y contrapendientes formadas por la multitud de los barrancos que cortaban la superficie del terreno de asentamiento de la fortificación y, finalmente, la calidad de la peña cortada en el recinto exterior, que estorbaba parte del efecto que ofrece un buen terraplén para cortaduras y otros usos precisos en un sitio cuando se trata de disputar el terreno palmo a palmo". Pero como hemos de repetir, todas estas deficiencias no eran suficientes a restar seguridad e importancia a una plaza cuya posesión a viva fuerza no resultaba empresa muy fácil.

Tan graves dificultades, presentadas por la ventajosa localidad de esta plaza, no fueron un obstáculo a doblegar el ánimo del General Ricardos, que resolvió superarlas todas, a cualquier costa, bien persuadido de que la posesión de este importantísimo puesto aseguraba: 1.º las operaciones del ejército en esta parte del Rosellón; 2.º le dejaba abierto a su comunicación con España por un camino real construido de nuevo; 3.º le facilitaba el transporte de la artillería, víveres y demás efectos; y 4.º le aseguraba una retirada a todo evento. Por tan poderosas razones, taxativamente declaradas en nuestro comunicado oficial, Ricardos resolvió sitiaria por la parte de Francia, por donde menos podían esperarlo nuestros enemigos, dejando inútiles las obras de la plaza, así como las minas y avanzadas que miran a España y por donde únicamente temían el ataque.

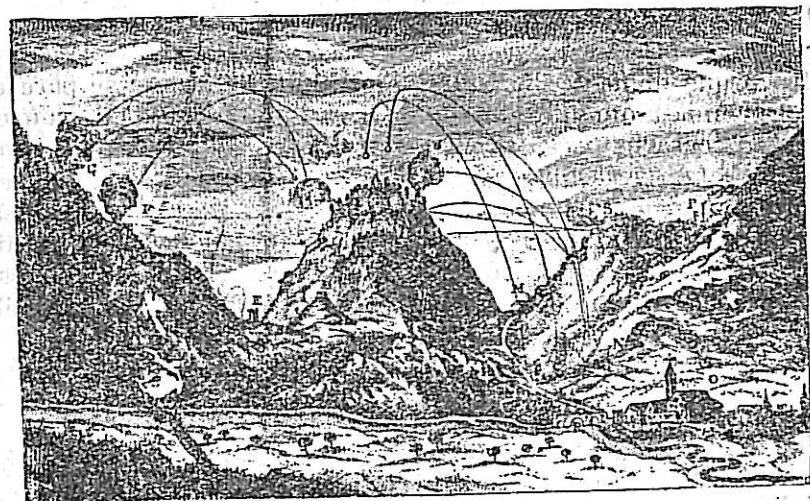
Primeros trabajos

Para conseguir dicho propósito fué para lo que se abrió en un principio, y con 2.000 hombres en tres días, un camino carretero desde la Junquera al Vallespir por el col del Portel, cruzando los Pirineos a través de empinadas alturas y que iba dirigido a Morellá y Ceret, pudiéndose conducir por él, aunque no sin vencer grandes trabajos, morteros y cañones hasta del calibre 24, tendiendo la ocupación por nuestros destacamentos de los lugares del Boulou, Argelés y Alberes, únicas avenidas para la plaza, a cortar toda comunicación de ella con Perpignán. Para darse cuenta de las dificultades que representaba el paso de la artillería gruesa por el referido camino haremos observar cómo, hasta el día 26 de abril, no pudo pasar la primera pieza de artillería, arrastrada por 40 mulas, debiendo advertirse asimismo que, en los copiosos parques de aquella época, iban pesados cañones de a 24 con morteros enormes.

Recordemos igualmente que, el día 3 de mayo, a una distancia de 900 toesas, habíase establecido una batería en una loma del coll de Portell que dominaba la plaza, hallándose constituida por diez cañones de a 16, morteros cónicos de 12 pulgadas y cuatro obuses de a 8, y como quiera que esta batería, asentada en el col de Tachou en el punto mismo de la terminación de los primeros trabajos de apertura del camino, resultara en condiciones desfavorables para la eficacia de sus tiros, siendo éstos de efecto casi nulo, según pudo apreciarse desde el primer momento, fué preciso trasladarla más a vanguardia, situándola en el llano de la Paraguera, 700 metros más avanzada. Reforzada por dos morteros de 12 pulgadas, reanudó su fuego el 26 de mayo. Si hemos de atenernos a lo declarado por el historiador militar francés tantas veces citado en esta obra, esta batería, no obstante su aproximación a la plaza, no produjo otro efecto que los consecuentes destrozos en las obras de fábrica. Igualmente delante de la Junquera, al borde del camino de Francia, frente a una casucha llamada Four de Vitres, asentóse otra batería. Sus piezas apuntaban a un fortín francés establecido en la montaña, a 1.300 metros de distancia y 130 de elevación. Abierto el fuego de ambas baterías el 22 de mayo, ésta de Four de Vitres destruyó el fortín, mas no sin que éste le desmontase varias piezas. El fuego de estas dos baterías no debía interrumpirse en lo sucesivo.

Nuestra información oficial del día 11 de junio nos pone en conocimiento de cómo, determinado por el General Ricardos el ataque riguroso a Bellegarde por tres frentes a un mismo tiempo, nombró al Teniente General D. Juan Manuel de Cagigal, para que se encargase del mando de las tropas que debían ejecutar estas operaciones, siendo dichos tres frentes los de la Junquera, el col del Portell y el del lugar de Pertus, situado este último debajo del mismo castillo, imponiéndose como operación previa para la acertada realización del ataque aproximar las baterías, a fin de favorecer el efecto de sus disparos. Una nueva batería debía asentarse en el col de Pertus, a una distancia de 200 toesas, provista de trincheras para el resguardo de

VISTA DE BELLAGARDA,



EXPLICACION DE LA LAMINA.

- A Fuerte del Castillo.
B Ravelo ó fuerte abanzado de dicho Castillo, que se avanza por el camino cubierto.
C Casa del horio del vidrio.
D Torre en la cima de dicho Castillo.
E Río Ladrizal.
F Campamento.
G Carrera de España que liga el Puerto.
H Casa de Mr. le Cle, que era en la que se examinaron las pasaportes.
I Villa del Puerto.

- O La Fuerza.
P Montaña de Requiesco.
Q Carrera por donde pasaban los cañones de Francia, levantada por el monte del Coll del Portell.
R P... que solo sirve para comunicar los Pueblos de la Fuerza con sus labores en tiempos que el río subiere por sus bancadas no permite el vadearlo.
S Batería llamada del Coll del Portell, la que se construyó inicialmente por su distancia: disparó su fuego en 21 de Mayo de 1793.
T Batería que se apresuró con fuerza hacia el Coll del Portell.

- No enemigos pero no profetizó el mayor efecto: disparó su fuego en 2 de Junio de dicho año.
N Batería llamada de la Fuerza, la qual por su arribada al pie del monte, solo podía esperarse el efecto que producían las bombas, por su buena dirección y proporcionada distancia: abrió su fuego el 15 de Junio del mismo.
B Batería últimamente construida por el dictamen del Mayor General de Ingenieros el Teniente General Don Juan Escrivé: disparó su fuego en 22 de Junio del referido.

FORTIFICACION.

Las obras del Castillo y abanzadas se hallan muy destruidas de nuestro fuego de cañón y mortero, no solo las sencillas interiores, sino también los paramentos y parapetos de sus bocas principales, que son de mala construcción y calidad.

La ciudad de buen servicio pueden alojar 900 hombres aquetelados regularmente en el Castillo, y 150 en su abanzada, distribuyéndola en dos cuerpos de obra superior sobre el terreno natural. A mas tiene sus Capillas proporcionadas, y alojamiento para Gobernador, Sargento mayor, Ayudante, Capitán de Illes, Capellán, Cirujano, Oficiales de Artillería, e Ingen. ro, Guardias-almacén, Proveedor de víveres, Maestranza de Carpintería y Herrería con Maestros y los Obreros, cada una; un Hospital para 30 camas, Botica, Panadería, Hornos, Caballería para 40 caballos, quedando la Plata inferior muy suficiente para las formaciones regulares del servicio y desahogo de la Guarnición. A mas tiene 3 en cuerpo de obra inferior subterráneos de bóveda para acomodar la citada guarnición aunque esté en tiempo de guerra; y en el de paz sirve para Almacenes de víveres, efectos de artillería, y los correspondientes &c.

Sobrevive uno de los rebeldes que mira á la Gold del Castillo, tira y flanquea una de sus alas, tiene minado su muro magistral y glasis con su suficiente galería y 16 hornillós bien puestos, que están sin cargar.

El Castillo tiene 3 Almacenes de pólvora á prucha, y dos de ellos capaces de 400 quintales cada uno, y el tercero de 250, y en su abanzada hay repuesto á prueba para 60 quintales.

La Sala de armas, armada á lo antiguo, es suficiente para 300 fusiles; y finalmente está abundantemente provista de buena agua en 6 algibes capaces de 6000 pies cúbicos franceses, que en el día se les considera unos 2500, y á mayor abundamiento tiene un gran pozo inagotable para con la máquina que está habilitada sacar agua cómodamente, y tiene 194 veces de profundidad, sobre 12 de diámetro, y regularmente.

No hay más efectos pertenecientes á este ramo, que la escuadra puesta, que se halla muy destruida, y unas 200 estacas sueltas de poco servicio.

INVENTARIO

De la artillería, municiones y demás efectos de guerra que se han hallado en el Castillo de Bellagarda, rendido á las armas del Rey de España en 24 de Junio de 1793: formado por el Teniente Coronel de Ingenieros Don Fausto Caballero, el Capitán de Artillería Don Juan Antuñano, y el Comisario de Guerra Don Manuel Recio.

EFFECTOS	UNI. ²	DOC. ²	EFFECTOS	UNI. ²	DOC. ²	EFFECTOS	UNI. ²	DOC. ²	EFFECTOS	UNI. ²	DOC. ²	EFFECTOS	UNI. ²	DOC. ²
CÁÑONES DE BRONCE.			Cáñones con grilletes de bronce.....	12		Minigols.....	120		Bronce.....	12		Gana idem.....	2	
Dos cañones de 14.	2	2	Idem del mismo calibre que ha dexado la tropa.	35 168		Cuerda mucha.	2		Campanillas de bronce.....	2		Unguento de Altea idem.....	3	
Cañón de 12.....	2	2	Cartucheras.....	30		Friguas con los fúlles.....	2		Plailllos de gelze.	2		Otros. Unguentos idem.....	5	
Cañón de 8.....	2	2	Berries de pesa griega.....	2		Barra de hierro de fargas.....	20		Vidrieras de id.	3		Agua del Nádriam. Butella.	8	
Cañón de 6.....	2	2	Idem de nausie.	2		Barrenos de idem en farga.....	2		Lámpara de metal incensario de id.	2		Símiente de lino idem.....	6	
Cañón de 4.....	2	2	Cucharas de cobro emangualada á 24.....	3		Cerraduras grandes.	2		Medias coronas de hoja de lata con piedras ordinarias.....	2		Azucar de plomo idem.....	1	
MONTEROS DE BRONCE.			Idem de madera.	1		Tijeras para cortar hierro.....	2		Imagen de Na. Santa con su niño, y dos corazoncitos de plata.....	2		Quina en polvo idem.....	1	
Dos 25 perdigones.	2		Bandera con asta del Batallón de Náptes.	1		Hierro en pedazos.....	2		Hierro en pedazos.....	2		Ident. en rama idem.....	6	
Dos 12 perdigones.	2		Epontones.....	12		Hornillos de banco.....	2		Hornillos.....	3		Maza idem.....	8	
Dos 10 perdigones.	2		Alabardas.....	4		Carcuelas de metal tralla de diferentes cabrestos.	68		Revólveros.....	3		Ruibarbón en polvo. Ontzai.	4	
Dos 8 perdigones.	2		Romana con pilon de bronce.....	1		UTENSILIOS para Tropa.			Misales.....	4		Agua de alcantarilla. Redoma.	2	
Dos 6 perdigones.	2		Bariles depósito.	637		Camis con cochecines y zergones.	125		Ornamentos compuestos para blusa de lana.	12		Alumbre calcinado. Ontzai.	4	
Dos 4 perdigones.	2		Bariles de cartucho.	68		Mantas.....	473		Idem de seda.	15		Almires de bronce con su mazón.	2	
GRANADAS.			Chas de papel con pólvora para cañones y morteros.	20		Sábanas.....	791		Frontales de seda.	1		...	2	
Dos 12 perdigones.	2		Idem de espoletones cargadas para bombas de la pulgadas y granadas de 6.	20		Almadas.....	375		Capas de coro de seda.....	3		VIVERES.		
Dos 10 perdigones.	2		Idem de espoletones.	2		Pielles de bueyes y carneros.	400		Otro pequeño de idem.	1		Seeds de higuerilla. Segalinas.	20	
Dos 8 perdigones.	2		Idem de espoletones.	2		de Cipolla.			Idem de lana.	3		Nichos de sal de 100 libras.	7	
Dos 6 perdigones.	2		Idem de espoletones.	2		Sagrario.....	2		Roquetes.....	2		Cazon de galletas.	1	
Dos 4 perdigones.	2		Idem de espoletones.	2		Custodia de plata.	2		Frontal de tau.	1		Bariles de carne salada.	3	
Dos 2 perdigones.	2		Idem de espoletones.	2		Calices de idem.	2		Vestidos de seda para la Virgen.	5		Idem de tocino.	5	
Dos 1 perdigones.	2		Idem de espoletones.	2		Copón de idem.	2		Tajo sin varas.	2		Papas de aguardiente.	5	
Dos 1 perdigones.	2		Idem de espoletones.	2		Coxa de idem para los santos.	2		Liber de Bautismo.	2		Idem Bariles de vino.	0	
Dos 1 perdigones.	2		Idem de espoletones.	2		Oloros.....	2		Crucifixos de bronce.	2		...	0	
Dos 1 perdigones.	2		Idem de espoletones.	2		Idem de madera.	2		Idem de Matrimonios.	2				
Dos 1 perdigones.	2		Idem de espoletones.	2		Gentil-ros de los.	2		BOCA.	2				
Dos 1 perdigones.	2		Idem de espoletones.	2					Tezontlitas. Lub.	3				

Barcelona : EN LA OFICINA DE CARLOS GIRERT. TUTÓ.

la tropa que debía custodiarla, empezando a disponerse para ello desde el primer momento el acopio de fajinas y la conducción de la artillería necesaria para sostener estos trabajos. Al propio tiempo, era preciso reforzar las tropas españolas que se hallaban, hacia ya bastante tiempo, bloqueando el castillo en los lugares de Esclusa Alta y de San Juan de Alberás, por lo que tuvo que salir previamente el batallón de Soria con su Coronel D. Valentín Belvís de Moncada, que acampó delante de Bellegarde, detrás de una loma, y los batallones de Navarra, Extremadura. Los Regimientos de Dragones de Lusitania y Villaviciosa salieron con el mismo objeto a acampar a la otra parte del río Tech. Para llevar a cabo el asentamiento en el lugar señalado en el Pertus de una batería, el Cuartel Maestre General y los Ingenieros llevaron a cabo el oportuno reconocimiento sin dificultad alguna.

"Elegido este sitio, el día 12, salió nuestro general en jefe, acompañado de los Tenientes Generales Duque de Osuna, Conde de la Unión y el Cuartel Maestre General a reconocerlo por su parte y ver si a la mayor inmediación posible se hallaba paraje donde acampar a cubierto de los fuegos de Bellegarde dos o más Batallones si el caso lo requería, quedando efectivamente elegido terreno muy a propósito para situar el campamento proyectado. La nueva batería del col del Portell, que se había destacado 400 toesas más, empezó a hacer fuego. Al día siguiente, 13, se concluyó un puente grande de madera que sobre el río Tech había mandado construir el general junto al Boulou, a fin de que por él pudiera atravesar la artillería gruesa de nuestro Ejército y establecer la comunicación con las tropas que estaban realizando el sitio de Bellegarde, y puente de suma importancia por haber quemado los franceses una barca que antes existía para cruzar el río a la inmediación del camino real de Perpiñán a España. El hecho hubo de realizarse tan pronto entraron nuestros soldados en el Rosellón." ("Diario Oficial" español.)

Un aviso que el día 14 se recibió de Argelés, dando cuenta que en la mar se descubrían dos buques grandes que parecían ser fragatas de guerra francesas, movió a nuestro mando a reforzar aquel puesto con dos Batallones de Navarra y de Extremadura, previniendo todo ataque, y asimismo se avisó por escrito a Barcelona para que saliesen luego los buques grandes de la Real Armada que se hallaban anclados en aquel puerto o en los otros inmediatos.

Primera intimación proponiendo la entrega de la plaza

Todo estaba dispuesto para que pudiera emprenderse de un modo serio el sitio de Bellegarde, y según nuestra información oficial fué cabalmente el día 15 de junio el señalado para ello. Ya con anterioridad, a raíz de la capitulación de Fort-les-Bains, el día 3, había enviado el General Ricardos a otro de sus ayudantes, don Félix Colca, a hacer una intimación al gobernador del castillo de Bellegarde, encaminándose este ayudante hacia el fuerte acompañado de un trompeta, y al llegar a uno de los baluartes salióle a recibir un oficial, quien en-

terado de la comisión que hasta aquel punto le llevaba, "le condujo con los ojos vendados a un cuarto, donde estaban todos los oficiales con el gobernador, a quien dió el recado del general, reducido, es decir, simplificado: Deseaba, por amor a la humanidad, evitar la efusión de sangre; que ya había visto cómo era el fuego de nuestras dos baterías, compuestas de 32 piezas de cañón y morteros; que le sería muy fácil el aumentarlas y aproximarlas hasta ponerse en disposición de arrancar las murallas; que se hallaba enteramente cortado, sin esperanza alguna de socorro; que Perpiñán más estaba en disposición de recibirlo que de darlo por el gran apuro en que se hallaba; que éramos dueños de toda la campaña hasta la vista de las murallas de Perpiñán; que por la mar se hallaba nuestra Escuadra cruzando por delante de Collioure y Port-Vendres para impedir todo socorro; que ya habían hecho una vigorosa defensa y se habían cubierto de gloria; que el continuarla sería una temeridad y que en estas circunstancias debía, por lo tanto, rendirse el castillo; que si lo ejecutaba le concedería una honrosa capitulación, y de no hacerlo así se exponía a sufrir todo el rigor de la guerra".

Contestación del gobernador de la plaza

Pero en la plaza había un excelente gobernador: Dubois-Brulé, y según la información francesa, la guarnición se encontraba en las más favorables disposiciones para seguir resistiendo, y hasta parecía complacerse en desafiar la vigilancia española, disponiendo que todos los días saliesen los defensores a forrajejar en los campos circundantes, a vista de los nuestros. La guarnición se componía de cuatro compañías de línea del 7.º Regimiento, dos batallones de Voluntarios, el 7.º Regimiento de Nantes y el 1.º del Gers, a más de diez artilleros del 4.º Regimiento. En total, según dicha información francesa (Fervel), 1.046 hombres en buena disposición de ánimo. En estas circunstancias no es de extrañar que Dubois-Brulé respondiese "Que estimaba mucho el recado del general; que la intima que le hacía era muy a los principios (es decir, muy prematura), teniendo intactas sus murallas, y que él y toda la guarnición se defendería con valor hasta el último extremo." Y algo más añade nuestro comunicado oficial del día 3 referido que no deja de tener cierto interés. En efecto, los sitiados pidieron al general nuestro les diese un pasaporte para unas mujeres que había dentro del castillo, a fin de trasladarse a Figueras. Y, como quiera que durante todo el tiempo que medió hasta darles por parte nuestra la contestación, se suspendiera el fuego por ambas partes y fuera necesario que un oficial nuestro se encargara de transmitirla, aprovechó esta circunstancia para poner en ejecución un ardid de guerra que permitiese a nuestro Alto Mando adquirir una información más precisa del estado en que se encontrase la importante posición sitiada. Al efecto, el propio Cuartel Maestre, don Tomás de Morla, fué el encargado de dicha misión, y para reconocer por sí mismo las inmediaciones del castillo, disfrazándose con un sortu (?) que ocultara su personalidad. Llegado a la fortaleza, y dada la contestación oportuna, solicitó del gobernador, nuestro enmascarado Cuartel Maestre, le diera permiso para pasar a la Junquera por el camino

real, dominado por las baterías del castillo, y habiéndosele concedido tal como lo solicitaba, marchó acompañado de dos oficiales franceses por la vía solicitada, merced a lo cual pudo dar la vuelta a todo el recinto exterior y reconocer el terreno para buscar asentamiento apropiado para nuevas baterías, que al hallarse más cerca de la fortaleza pudieran obtener mayor efecto con sus disparos.

Pero las circunstancias mostraronse mucho más favorables al intento español que a la resistencia francesa. El día 6 tuvo el general Ricardos aviso de que los habitantes de Perpiñán tenían recogido en las inmediaciones de los lugares de Santa Coloma y Las Horcas una porción de ganado para introducirlo en la plaza de Bellegarde. Para impedir tal propósito mandó saliese una destacamento fuerte de Infantería y Caballería al mando del Mariscal de Campo don Rafael Adorno, con orden de apoderarse del convoy. La operación fué realizada con toda felicidad. A las once de la noche del día 5 se puso en marcha el citado destacamento, conduciendo al Bouton 8.000 cabezas de ganado lanar. Mantuvo Adorno con su fuerza formado delante de Almir, revisando sus avanzadas, con el fin de ver si se encontraban allí los miqueletes que habían figurado en la acción del día anterior, mas no fueron habidos. Ante la presencia de los nuestros, la municipalidad del lugar salió a rendirse al rey, entregando las llaves.

Realización de nuevos trabajos de aprobeche

Por otra parte, la toma por nuestros soldados de la fortaleza de Prats de Molló y Fort-les-Bains facilitó la incorporación de nuevos contingentes para alcanzar un total de 12.000 hombres en el ejército sitiador. Y por si todo esto no fuese bastante, vino a favorecer nuestra situación el valioso concurso del Capitán de Ingenieros Cotte de la Tour, quien habiendo permanecido prisionero en la fortaleza durante largo tiempo por haberse hecho sospechoso a la guarnición, pudo, por fin, escapar por una salida secreta, presentándose en nuestro campo y ofreciendo sus servicios al General Ricardos, gracias a lo cual pudo prestar a nuestra causa un señalado servicio. Conocedor este oficial de Ingenieros francés de las condiciones en que se encontraba la posición, fué designado por el General Ricardos para llevar la dirección de los ataques, aunque lo fuera siempre bajo la vigilancia del General de Artillería don Manuel de Gagigal, que era el que mandaba las tropas sitiadoras. Nos parece un poco exagerada esta declaración de Fervel, resistiéndonos a creer que el oficial francés fuese, según se dice, el encargado de dirigir los ataques, y que, gracias a este hecho, se sintiese inmediatamente una nueva dirección en nuestras disposiciones de ataque. Decidida la conquista de Bellegarde, había que proceder a la apertura de las trincheras oportunas para la defensa y resguardo de nuestras tropas. Para ello se eligió la pequeña meseta llamada Pla-de-l'Aguillière, extendida sobre el revés septentrional de la montaña, un poco antes del Pertus, a 800 metros de las murallas y a unos 85 metros por debajo de ellas. Este escalón fué el elegido para el emplazamiento de una especie de paralela que debía tener 350-metros de desarrollo, co-

municar por su izquierda con el col de Pertus y apoyarse en la extremidad opuesta en una gran batería destinada a abrir brecha en el frente derecho del bastión llamado de Francia.

Para la apertura de esta trinchera se reforzó la tropa que se hallaba en la Exclusa y campamento vecino con dos batallones de los regimientos de Córdoba y Mallorca, y se enviaron del Cuerpo de Ejército del Boulou varios piquetes de trabajadores con el encargo de empezar a abrirla a las nueve de la noche, dirigiendo los trabajos de los Ingenieros su Comandante, el Teniente General D. Juan Escofet, quien, en unión de nuestros ingenieros, había concebido su traza, siendo acompañados al comenzar su obra por el General Ricardos, acompañado de los Tenientes Generales Duque de Osuna, Conde de la Unión y Comandante de dicho puesto, D. Juan Manuel Cagigal, no faltando, como era lógico, el Cuartel Maestre General Escofet dio las órdenes convenientes sobre el modo cómo habían de continuar en adelante los trabajos, con toda actividad; "manteniéndose allí hasta las cuatro de la mañana, en la que, por ser de día, se retiró de ellos la tropa". La paralela de 400 varas estaba revestida de sacos de tierra y de fajinas, quedando casi cubierta al rayar el dia; los enemigos no sintieron los trabajos realizados por los nuestros, y para distraerlos por otros lados se avivó el fuego con la mayor intensidad por las dos baterías de la Junquera y el col del Portell, siendo nombrado sargento mayor de la trinchera el Capitán de Ingenieros D. Miguel Rengel. Declara Fervel que, en efecto, "distraído por las baterías del O y del S., que redoblaron sus fuegos, el sitiado no supuso nada de lo que estaba pasando del lado del Pertus, y no fué hasta la mañana siguiente, cuando al enviar a sus forrajeros ejecutasesen su salida habitual, éstos descubrieron los trabajos nocturnos del ataque". En efecto, del castillo de Bellegarde habían salido, como de costumbre, los 200 soldados encargados del forraje; pero, prevenido por orden del Teniente General D. Juan Manuel de Cagigal, el Capitán de Voluntarios de Cataluña D. José Alegre emboscóse con 50 fusileros, con la misión de sorprenderlos. Habiendo los franceses verificado su salida, hizoseles por parte de los nuestros un fuego muy vivo, mas ellos correspondieron en igual forma, retirándose, mas no sin tratar de ocupar unas alturas cercanas. En vista de tal intento, previno inmediatamente Alegre que un subteniente suyo con alguna tropa se apoderase de ellas; lo que hubo de ejecutarse, razón por la cual huyeron los forrajeros franceses al castillo, no sin haber sufrido la pérdida de 12 hombres, entre muertos y heridos graves, que pudieron llevarse. Pero también nosotros tuvimos que lamentar algunas bajas, pues como quiera que los cañones del castillo hicieran fuego sobre el campamento ocupado por el batallón de Soria, y hallándose sentados en una loma tres oficiales de Artillería que observaban la función, una bala llevóle el muslo al subteniente D. José Meléndez, que murió a las dos horas, y dando en el suelo en unas piedras, al saltar éstas hirieron gravemente al capitán del propio Cuerpo D. Felipe Martos y al Teniente D. Felipe Echevarri, quitándole al Teniente Chacón un pedazo del sombrero.

Advertidos los sitiados del establecimiento de nuestra paralela

tan inmediata a la posición, hicieron contra ella un fuego vivísimo, que, según nuestra información oficial, nos causó la muerte de tres soldados, de los cuales dos eran del regimiento de Córdoba, habiendo tenido tan glorioso fin cuando iban a mudar una centinela, y que hirió gravemente a otros dos, aunque, según la información francesa, los cañones de la muralla nos hicieron una treintena de bajas, si bien Fervel manifiesta en una nota que esta pérdida fué en un principio evaluada en 600 hombres, lo que a juicio suyo prueba de modo ejemplar qué confianza debe merecer la mayoría de estas evaluaciones. Pero a pesar de todo, según declaración de este mismo historiador, el cañón francés de Bellegarde no pudo conseguir nada contra la trinchera que acababa de establecerse.

Por la noche del 16, los trabajos volvieron a reanudarse, quedando en estado de poder recibir a los trabajadores encargados de las faenas del día. Estos comenzaron el espaldonamiento de la batería de brecha, que fué terminada en la noche del 17 al 18, siendo de advertir, en comprobación de lo que anteriormente dijimos acerca de la evaluación de las bajas, que, a pesar de declarar nuestro comunicado oficial que el fuego que nos hicieron los enemigos, tanto de cañón como de mortero, fué mucho durante la noche del 16, no hubo más desgracias que seis contusos leves a causa de las piedras levantadas por las balas.

Proposiciones presentadas por el Mando francés para el canje de prisioneros

Y no está de más advertir cómo, en la mañana de este día, llegaron de Perpignán, precedidos de un trompeta, un ayudante general, un comisario, un intérprete y tres oficiales del Ejército francés, enviados por el General De Flers, con la misión de tratar con nuestro Alto Mando sobre el canje de prisioneros, acompañando para ello un Decreto impreso de la Convención de París, en el que se contenían varios artículos. Para su aprobación, remitióse a la Corte, quedando convenido entretanto por ambos Ejércitos el cambio recíproco de toda clase de delincuentes que al cometer los delitos de robo o asesinato vinieran a refugiarse al otro territorio, así como el canje, grado por grado, de los oficiales y soldados, dándoseles la misma paga que la disfrutada por los de igual clase del Ejército en que están prisioneros, pero dejando en suspenso la admisión de los demás artículos hasta que fuesen aprobados por el Rey de España.

El desarrollo de todas estas cuestiones y convenios reclamaba tiempo y tranquilidad. No es de extrañar que, como dice nuestra información oficial, estuvieran todo el día en nuestro campo y el General Ricardos conviviera a comer a los comisionados franceses, dándoles una espléndida comida, a la que asistieron la mayor parte de los generales; disponiendo, para evitarles las incomodidades consiguientes al desempeño de su misión, que, según las leyes de la guerra imponían, entrasen con los ojos vendados en nuestro campo, lo hicieran trasladándose con uno de sus ayudantes de campo desde la avanzada, donde se les detuvo, al puesto de campaña del general, en

un carroaje, llevando las persianas echadas, así como las cerraduras de las portezuelas, en cuya misma disposición hubieron más tarde de retornar a la fortaleza. Por una mujer aprehendida el día 17, cuando marchaba desde el castillo de Bellegarde a Collioure, con el encargo de que este comandante tuviese conocimiento del estado en que se hallaba la guarnición y en vista de ello solicitara el oportuno socorro por parte de los habitantes de Perpiñán, túvose asimismo conocimiento por nuestro Alto Mando de la crítica situación de la plaza. En los trabajos de la trinchera no hubo en este día desgracia alguna.

18

Los franceses intentan entorpecer las operaciones del sitio

Por un momento, los franceses pudieron llevar la inquietud a nuestro campo, al tenerse conocimiento en él, por avisos procedentes de nuestro destacamento en Argelés, de que, protegido por dos fragatas francesas, había entrado en Collioure un convoy de 32 velas, las cuales parecían ser lanchones grandes, en unión de otras embarcaciones pequeñas. Considerando nuestro Alto Mando que dicho convoy iba destinado a Bellegarde, y habiendo sabido posteriormente, merced a los informes proporcionados por los espías, que los habitantes del pueblo costero de Banyuls se habían ofrecido incluso a entrarlo a hombros, siempre que fuesen sostenidos de algunas tropas, dispuso al efecto que inmediatamente pasasen al plá del Arco los dos batallones de los regimientos de Extremadura y Navarra, a las órdenes del Brigadier D. Joaquín de Oquendo, dado que siendo dicho plá del Arco por donde atravesía en la montaña de Requesens, entre Albera y Banyuls, el único camino que podían utilizar los enemigos para introducir el referido convoy en la fortaleza de Bellegarde; su ocupación por parte de los nuestros representaba el fracaso del pretendido socorro. Para ello ordenóse al Mariscal de Campo D. José Simón de Crespo, comandante de las tropas de Argelés, dispusiese la salida de fuerzas suficientes a contenerlos si, en efecto, venían a presentarse por el camino de referencia cualquier clase de enemigo, cortándoles el paso. Como era lógico, también se previno al Teniente General D. Tomás de Gagigal, comandante del Cuerpo de tropas encargado de llevar a cabo el sitio del castillo de Bellegarde, estuviese en cuidado para auxiliar por su parte cualquier novedad que hubiese; disposiciones todas ellas por las cuales el General Ricardos esperaba interceptar todo socorro a la guarnición de Bellegarde o, por lo menos, frustrarle el intento, batiendo sus escoltas. Mientras todo esto sucedía, el trabajo de la trinchera de aproche continuaba sin novedad, no obstante el continuo fuego de los enemigos, tanto de cañón como de mortero.

Pero todas estas previsiones no tuvieron ocasión de ser ejercitadas, pues la guarnición francesa de Collioure no intentó pasar más allá de las inmediaciones de Argelés. La información que seguía obteniéndose en nuestro Cuartel General no había perdido su carácter favorable a nuestros planes de ataque. Según el comunicado español

del día 19, un paisano de Perpignán que estaba preso en la Ciudadela por no querer tomar las armas en esta guerra pudo escaparse de su prisión, presentándose en nuestras líneas. Según su declaración, el día anterior habían desertado de la plaza 600 voluntarios, estando toda la tropa muy disgustada, tanto por el mucho trabajo que tenían que realizar como por la escasez de la paga, consistente en asignados por valor de diez sueldos. Declaraba este refugiado que el día 18, a las diez de la mañana, había llegado un preso procedente de Bellegarde, afirmando que si no le socorrián pronto con víveres se vería precisado a rendirse. Por nuestra parte, la situación seguía siendo favorable, pues si bien las piezas que debían artillar la batería del Pertus tardaban en llegar a causa del gran rodeo que tenían que hacer viniendo desde el Boulou, la artillería de la Exclusa fué llegando a la batería de la trinchera con muchas municiones para los repuestos, empezándose a establecer las explanadas de mortero; operación no muy fácil, pues realizando las baterías del castillo un fuego muy vivo de granada, bomba y demás proyectiles de cañón, enfilando con sus piezas el camino que va a la trinchera desde la Exclusa, todas las balas, por su buena dirección, daban en medio de él en tiro directo, sin necesidad de rebote para lograrlo, por cuya razón casi todos los tiros resultaban certeros.

El esfuerzo francés trataba por todos los medios de auxiliar a la guarnición del castillo. El día 20, el Mariscal de Campo D. José Crespo, que, como hemos dicho antes, era comandante de Argelés, hubo de dar parte de cómo en la mañana del mismo una partida nuestra, compuesta de 15 fusileros de Cataluña, al mando de un sargento y que estaba custodiando a unos segadores, vióse obligada a retirarse, según orden que tenía recibida, al verse atacada por un crecido número de enemigos destacados de la guarnición de Collioure. En vista de ello, para el reconocimiento de la posición ocupada por el enemigo y con la misión de contenerlo, fué comisionado el Brigadier D. Antonio Cornell, con 300 hombres de tropas ligeras. Este pequeño destacamento español halló al enemigo formado en una altura, desde la cual incomodaba con su fuego a nuestras avanzadas, mas no sin que éstas respondiesen con el suyo. Atacada la posición francesa por los nuestros, pudieron desalojarla, poniendo inmediatamente en fuga a sus ocupantes, aunque sin perseguirlos; disponiendo Cornell el retroceso de su tropa en previsión de que los enemigos volvieran a ocupar la posición dominante de tal suerte abandonada. En efecto, así fué. En ella pudo establecerse nuevamente una tal La Ferre, con 100 hombres de tropa de línea más algunos paisanos, y viendo el brigadier español que por la derecha avanzaban al mismo tiempo tropas nacionales con gran número de paisanos vecinos de Banyuls, siendo favorecidos por el vivo fuego del cañón del fuerte de la Estrella, el de una batería de dos cañones de a cuatro que tenían colocada en una altura sobre nuestra derecha y el de una lancha que con cuatro cañones se había aproximado a la playa, envió partidas de catalanes contra las posiciones francesas, las cuales bravamente pudieron desalojar y dispersar al enemigo.

Pero la operación emprendida por los franceses tenía mayor alcance, y así, no obstante el vivo fuego de cañón de nuestras posiciones, al propio tiempo que se desarrollaba la operación anterior, una columna enemiga pretendía hacer un movimiento para caer, atacando por la izquierda, sobre nuestro frente, marchando al abrigo de los cuatro cañones de la lancha aproximada a la playa. Ante este propósito de los franceses, Cornell se dispuso a mantenerse firmemente en los puestos ocupados, enviando 50 caballos en persecución suya, al ver que éstos, al darse cuenta de la actitud de nuestras fuerzas, habían detenido su marcha por el llano costero, retrocediendo, al objeto de retornar al abrigo de sus fortificaciones, a las que hubieron de llegar formando en batalla con unos 2.000 hombres.

El citado comandante de las tropas españolas que tomaron parte en esta acción, al darse cuenta de cómo el enemigo se mantenía inmóvil a la inmediación de sus murallas sin intentar reacción alguna ofensiva, volvió a retirarse a Argelés; declarando nuestro comunicado oficial que los enemigos hubieron de tener en esta ocasión ocho muertos y muchos heridos, que se vieron retirar, no habiendo tenido por nuestra parte más que dos heridos leves.

Dejamos a la consideración de nuestros lectores la estimación de la exactitud de tales cifras. "Las tropas ligeras—decía textualmente el citado comunicado—se portaron con la bizarra y espíritu que tienen acreditado, y propusieron por tres veces a Cornell les dejase ir a atacar la batería de dos cañones situados en la altura, clavar la artillería e incendiarla, y no se lo permitió, por empeñar la acción y haber ya logrado el intento de desalojar a los enemigos". El caso ha sido mil veces repetido en la historia de nuestras campañas, tanto en Europa como en África y América.

A pesar del fuego de los sitiados, que llegó a hacernos un artillero muerto y dos heridos, el trabajo de la batería de la trinchera continuó durante la noche del día 20, quedando concluidos los repuestos para las municiones, que fueron cubiertos por blindajes a prueba, y en disposición las obras para recibir la artillería, que había de asentarse a la mañana siguiente. También quedó terminada la batería de cañones el día 21, rompiéndose el fuego de los morteros de una de estas baterías con excelente dirección, cayendo las bombas en medio del castillo. Del lado de la costa continuaban los pequeños intentos enemigos sobre nuestras posiciones, y así vemos que el día 22 por la mañana, a las once de la misma, atacaron 400 migueletes y 100 caballos un destacamento de 60 fusileros de Cataluña y 40 dragones de Pavía, que destacados de la guarnición de Argelés se habían trasladado a Elna para ponerla a cubierto de las vejaciones de los patriotas. Teniendo conocimiento del hecho aquella guarnición por el capitán de Dragones, comandante del destacamento, D. Pedro Tormes, quien, como era lógico, solicitaba en su parte el envío de tropas de refuerzo, no parece que tuviese que prestar el auxilio requerido, pues dispuesto dicho capitán, mientras llegaba el solicitado auxilio, a hacer frente al enemigo, no obstante la poca gente de que disponía, arremetió contra él, matándole 19 migueletes y capturándole ocho prisioneros, de los cuales algunos es-

taban muy mal heridos; pudiendo retornar el bravo capitán español a Argelés con los suyos, llevando consigo gran número de cartucherías y fusiles que los franceses dejaron en el campo, quedando sembrado gran parte de él con tales efectos.

Nuestra información, con ánimo indiscutible de querer levantar aún más el espíritu público, ya de por sí bastante elevado, daba conocimiento en este comunicado del día 22 de cómo dos soldados de Cataluña heridos levemente eran las únicas bajas que habíamos tenido nosotros en esta pequeña acción de guerra, aparte de la del cabo de Dragones de Pavía, que herido de gravedad, sin quererse retirar de la lucha, tuvo el arrojo de matar a un miguelete, permaneciendo en su puesto hasta caer nuevamente herido por un tercer balazo. Y tuvieron en esta acción tal terror los franceses, que un tambor de Dragones de la compañía del Conde Aubaredes, después de haber sufrido que un miguelete le tirase y no le diese, no obstante su temprana edad de catorce años, sacó su espada y le dió dos cu-chilladas en la cabeza, y como quiera que llegara un dragón de los nuestros, bajóse del caballo, obligando a hacer lo mismo al miguelete, atóle con el ronzal, entregándoselo al referido dragón, diciéndole que "tuviese cuidado de aquel francés en tanto que iba a ver si pesaba otro". La hazaña de este valiente muchacho fué objeto de la hoja impresa que figura en el tomo primero de nuestra historia militar.

Se activa el fuego español contra Bellegarde

La noche de este día 22 se caracterizó por la atenta vigilancia y constante observación por parte de los nuestros, debido a que habiendo suspendido a las siete el fuego de cañón de la fortaleza francesa y durado esta suspensión hasta las once de la noche, durante gran parte de ella vióse una fogata en un alto de la montaña, a lo que el castillo correspondió encendiendo un farol, el cual se mantuvo alumbrando durante toda la noche, dando tales coincidencias motivo a que los nuestros sospecharan fuesen señales para introducir cualquier socorro en la fortaleza. Habiendo quedado en la noche de este día terminada la batería de cañones de a 16 y en disposición de romper el fuego, hízose así al llegar la madrugada.

Otro tanto hicieron a las cinco de la mañana de este día 23 los diez cañones de la nueva batería, cesando en el suyo los sitiados al poco rato y no habiéndolo reanudado en todo el día, no viéndose soldado alguno en las murallas, quedando todos ellos encerrados en sus casamatas. Sin duda alguna, nuestro fuego había sido dirigido con acierto. A las doce del día, el General Ricardos presentóse en el frente de batalla para reconocer el efecto de esta batería, pudiendo comprobar cómo estaban destruidos la mayor parte de los parape-tos de la cara del baluarte izquierdo del frente atacado y cómo en el cordón de abajo los muchos impactos recibidos habían causado tales destrozos, que amenazaban la ruina de la obra; prometiendo circunstancias tales el poder formalizar en pocos días la abertura de la bre-

che necesaria para poder verificar el asalto. Con razón puede decir Fervel que, ante tales efectos de nuestra artillería sobre la plaza, "ésta quedó abrumada". Las crestas de los parapetos, en general, estaban revestidas para su mayor consistencia, pero, a pesar de ello, a la explosión de nuestras granadas volaban fraccionados en mil pedazos. Las piezas iban siendo desmontadas sucesivamente, las bombas de la batería de l'Aiguillère, tirando desde un plano de asentamiento más bajo y más próximo que las otras, destruía y pulverizaba todo cuanto estas últimas no habían hecho más que estropear o conmover hasta aquel momento. Las construcciones de la fábrica crujían, el interior del fortín no ofrecía ya otro aspecto que el de un montón de ruinas. El pavimento del patio de armas era levantado y disperso, a modo de metralla, por la explosión de nuestras granadas. Hacia las ocho de la tarde no quedaban sobre estos muros derruidos más que ocho piezas en batería, sin ningún afuste de recambio ni material alguno de repuesto en el almacén. No es de extrañar, por lo tanto, que el fuego de los sitiados fuese apagándose poco a poco y que a las once de la mañana estuviese completamente extinguido. Al llegar a este extremo, las señales de vencimiento y consiguiente desorden y agitación comenzaron a manifestarse, siendo extendidas a varios puntos de la montaña. Esta fué la razón por la cual el Ejército español, receloso y prevenido a la vez, se vió en el caso de pasar la noche con las armas en la mano. Y finalmente, para asegurar el aniquilamiento de Bellegarde, en esta noche del día 23 se dió principio al asentamiento de otra nueva batería, detrás de la paralela, con los cañones de 24, encargada de batir otra cara del baluarte de la derecha, siendo en número de 12 las piezas allí reunidas.

Crítica situación de la plaza.—Nueva intimación

La situación de los defensores había llegado ya al agotamiento de sus fuerzas, y apreciándolo así el General Ricardos, llevado de su espíritu humanitario y generoso, creyó llegado el momento de intentar la rendición de la plaza, evitando un mayor derramamiento de sangre y la ruina total de la fortaleza: "Habiendo visto ayer el General—exponía el comunicado oficial español del día 24—que la continuidad del fuego contra la plaza por más de treinta y dos horas la había reducido a un estado de indefensión absoluta y que la ruina de sus parapetos iba en aumento por el buen efecto de la batería de la trinchera determinó, para evitar la efusión de sangre y movido de su amor a la humanidad, hacer la segunda y última intimación al gobernador, comisionando para ello al Cuartel General Maestre para que, de acuerdo con el comandante de las fuerzas sitiadoras, el Teniente General Cagigal, extendiese los artículos de una capitulación si el gobernador y la guarnición de la plaza se adherían previamente a la propuesta que se les hacía por escrito. Redactado el documento, fué entregado por el Coronel del Regimiento de caballería de Calatrava, don Adrián Jacome, contenido en los siguientes términos: "El General en jefe del Ejército español al comandante y valerosa guarnición de la plaza de

Bellegarde.—El valor de las tropas es una recomendación para un generoso enemigo cuando no excede los términos de una posible defensa, pero si degenera en obstinación pierde ya todos los derechos al aprecio y se hace digno de un severo tratamiento. Penetrado de estima-
mación hacia el comandante y valerosa guarnición de Bellegarde y de los sentimientos de humanidad, se le hará sumamente dolorosa la resolución de pasarla a cuchillo, y a pesar del estado de nulidad de la defensa a que se ha dejado reducir, le ofrece el general, por última vez, la capitulación de salir con los honores de la guerra, entregándose prisionera, pero con la precisa condición de que ha de aceptarse esta capitulación en el término de una hora después de la invitación, fuera de la cual no dará oídos a proposición alguna y obrará con la severidad y rigor que merecerá una resistencia larga e inútil.—Cuartel General del Boulot, 24 de junio de 1793.—Firmado: Antonio Ricardos Carrillo.—Entregó Jácome este pliego al gobernador, quien inmediatamente juntó Consejo de guerra y envió un oficial francés con la proposición de salir libre la guarnición entre los varios artículos contenidos en la capitulación propuesta por el Consejo de guerra de la plaza, los que ni menos quiso ver el General, diciendo que habiendo expirado el término de una hora que les había concedido para aceptar la capitulación que se les ofrecía, no los aceptaba, y con esta respuesta se volvió el oficial.”

Se acuerda la rendición

Así las cosas, el Coronel Dubois-Brulé convocó el Consejo de defensa de la plaza, y aunque los muros no estaban más que descrestados y tan sólo 30 hombres habían perecido, en cambio desde hacía dos días cada defensor no había podido recibir más que cuatro onzas de pan y los últimos recursos estaban agotados. Pero esta declaración francesa de que las murallas no estaban más que descrestadas o rebajadas (*n'étaient qu'écrétées*), según lo expone Fervel, no parece compaginar con el reconocimiento que en otras partes se hace, según hemos podido ver, de los destrozos causados en la fortaleza por los proyectiles de nuestra artillería. De todos modos, ante lo crítico y desesperado de la situación, fué decidida la capitulación, aunque no todos los defensores, miembros del Consejo, se mostrasen conformes con ella. De 21 votantes, siete fueron de opinión de quedar sepultados bajo las ruinas de la fortaleza. La Convención quiso conocer los nombres de estos heroicos franceses, y entre una salva de aplausos pudo saber que éstos eran el Teniente Coronel Pradelle y los Capitanes Le grand, Chevallier, Enrenaudan, Lallier, Masson, Landelin, todos ellos voluntarios pertenecientes al Batallón de Nantais. Declara el historiador militar francés que citamos que, en virtud del acuerdo del Consejo de defensa de la plaza, fué el propio gobernador de ella el encargado de trasladarse al Cuartel General del Boulot para concertar los términos de la capitulación, acto tan natural y lógico como resulta incomprendible la declaración que hace nuestro comunicado oficial de que a poco rato de haber retorna a su campo el oficial francés con la negativa de Ricardos: “le siguió el Cuartel General Maestre

con orden de admitirles la capitulación si se entregaban prisioneros, dejando al arbitrio del general los demás puntos de ella, en lo que convinieron, quedando en la trinchera por rehenes oficiales franceses "ínterin se concluían de arreglar". Expresado el hecho de modo tan confuso e incorrecto, resulta absurda esta marcha del General Morla a raíz del retorno del oficial francés y tampoco resulta muy comprensible lo de que quedaron en la trinchera por rehenes oficiales franceses "ínterin se concluían de arreglar".

Gonocida por nuestro general en jefe la actitud y proposiciones de los sitiados para su capitulación, "Ricardos—como reconoce Fervel—se mostró noble y digno y colmó de testimonios de estimación al valiente vencido, que arrasado como un pontón por 30.000 granadas y bombas, se lamentaba de no haber podido rendir a la Patria su última velada (Sa dernière soirée)".

De dar crédito absoluto a este historiador, nuestro ilustre general hubo de declarar a Dubois-Brulé cómo "esta guerra es una querella entre enamorados, que cesará tan pronto como los franceses vengan a ser más razonables". Toda esta gentil y elegante cortesía entre vencido y vencedor, todo este mutuo reconocimiento por ambos contendientes de las cualidades de valor y caballerosidad del contrario resultan en nuestros tiempos algo incomprensible, algo fuera de razón.

Formalidades de la entrega de la plaza

Acordada la entrega de la plaza, pasaron a las ocho de la mañana 100 granaderos del Regimiento de infantería de Soria a ocupar una de sus puertas, y con ellos fueron también el sargento mayor de trinchera, don Miguel Rengel, y oficiales de artillería, encargados de formar el inventario de los efectos, municiones y víveres que hubiera en el castillo. Con el gobernador de éste trasladóse al Cuartel General nuestro un capitán de granaderos del Regimiento de Champagne para tratar con el general varios puntos y saber su determinación en los artículos que hubieran quedado a su arbitrio. El ánimo de don Antonio Ricardos no pudo mostrarse más conciliador y favorable, pues se les concedió a los rendidos los honores militares a su salida, la facilitación de carros y bagajes para todos los equipajes, la asistencia para los enfermos que dicta la humanidad en tales casos y el permiso para pasar a Perpignán, bajo su palabra de honor, a algunos oficiales que tenían la obligación de liquidar sus cuentas con los respectivos Regimientos. Y para librar a la guarnición francesa de cualquier insulto por parte de los nuestros, para conocimiento del Ejército, se publicó el siguiente bando: "Debe respetarse la desgracia. Este principio que dicta la humanidad es propio de la generosidad española; espera, pues, el general que no habrá persona alguna que insulte con el gesto, el ademán, la palabra o de otro modo a los prisioneros franceses en su salida, tránsito y estancia entre nosotros y que reflexionen todos que las contingencias de la guerra pueden conducirles a igual estado. Pero si, contra toda esperanza, hubiese algún soldado, paisano, arriero u otro individuo que se propase a lo más leve, insultando a los infelices, será inmediatamente preso y sufrirá, sin dilación, seis carre-

ras de baquetas. No puede presumir jamás el general que incurra en semejante falta de generosidad y educación ningún oficial y otra clase de sujetos condecorados, pero en el remotísimo caso que sucediese, tomará el partido correspondiente y severo, según el hecho y las personas." Este bando venía firmado por nuestro general en su Cuartel de Boulou con fecha 25 de junio de 1793. Para su publicación, según lo dispuesto en nuestras sabias ordenanzas, se dispuso "formase en todos los cuerpos del Ejército y que, después de publicado al frente de sus banderas, se hiciera una triple salva por la infantería y la artillería en celebridad de la toma de una plaza tan respetable como Bellgarde y de tanta importancia para España por su situación local y la seguridad de nuestro Ejército, que tiene abierta su comunicación inmediata, acto que se ejecutó a las seis de la tarde".

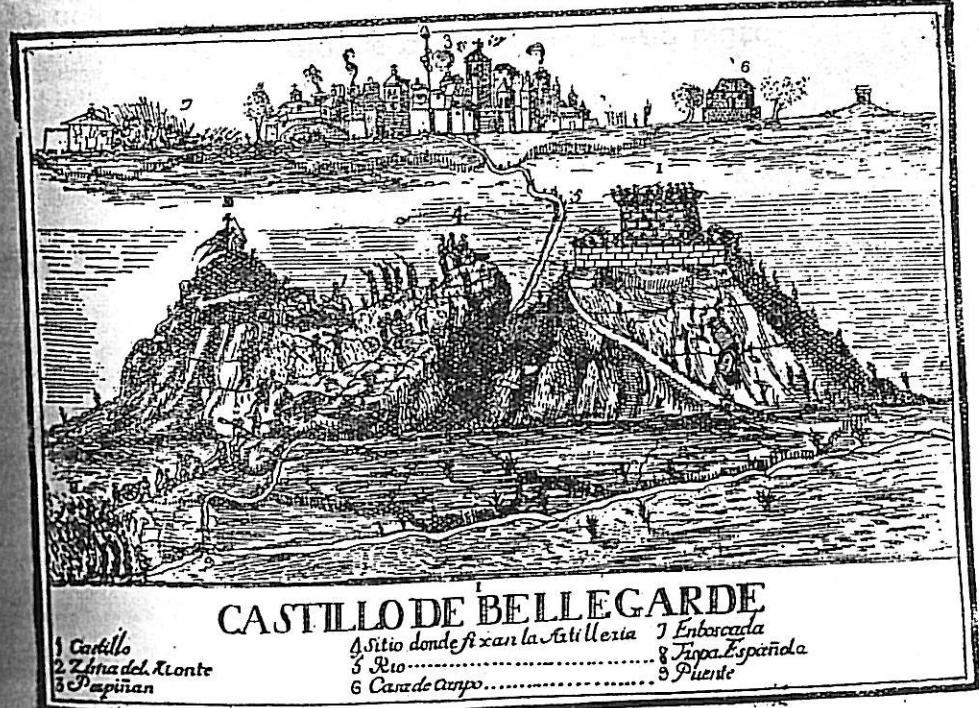
Pero en esta ocasión, como en tantas otras, el Ejército español quiso dar un vivo testimonio de la fe religiosa que le animaba, y al efecto el día 26, a las seis de la mañana, cantóse un **Te Deum** en la iglesia parroquial, oficiándose la misa por el vicario del Ejército, con asistencia del general, demás oficiales y el intendente. Y fué también a las seis de la tarde de este día cuando, por en medio de 1.200 hombres formados, pertenecientes a los Regimientos de Soria y Granada, que componían la guarnición de la trinchera, salió la guarnición francesa de la plaza, compuesta de 300 hombres, a tambor batiente y con banderas desplegadas. Una vez efectuada esta salida, y alejados ya de las filas nuestras, entregaron sus armas y cajas de guerra los soldados franceses y con la correspondiente escolta fueron conducidos a La Junquera para continuar su ruta hacia Barcelona.

Como hemos dicho antes, Ricardos permitió a varios oficiales franceses pasar a Perpignán durante algunas horas, bajo palabra de retornar a nuestro campo una vez desempeñada su comisión. Declara Fervel que "fué una escena emocionante la de la llegada de estos bravos prisioneros al seno de los cuerpos administrativos, entregados a la deliberación de las determinaciones a seguir ante los peligros de la situación. Los aplausos, las lágrimas, los abrazos de sus hermanos, los juramentos de vengarlos debieron endulzar la amargura de una separación que, para muchos, había de ser definitiva. El comunicado oficial nuestro del día 25 da cuenta de cómo los oficiales encargados de hacer el inventario de la artillería, municiones y víveres hallados en la plaza fueron el Teniente Coronel de ingenieros don Francisco de Percen, el Capitán de artillería don Nicolás Antuniano, exponiendo a continuación el detalle del mismo, según figura en el apéndice número 2, al final de este trabajo.

Importancia del hecho

Durante el sitio, nuestras baterías habían arrojado sobre la plaza 23.073 proyectiles de varios calibres y 4.021 bombas y granadas, y según la declaración oficial española: "su efecto había sido el de destruir todos los edificios que no eran a prueba, inutilizarlos y romperlos las poternas, escaleras, puentes, puertas, rastillos, 400 estacas de la empalizada y la mayor parte de los parapetos. Sentidos de las bombas,

los tres almacenes de pólvora a prueba, habiendo roto una bala-roja una de las primeras ventanas de hierro, de tal forma que si no acuden tan presto hubieran podido volarles la plaza. Igualmente se han hallado resentidas las casamatas a prueba y se han encontrado los fosos, camino cubierto y terraplenes y plaza interior tan llenos de ruinas, que apenas se puede andar". Esta misma información aseguraba que "34 cañones de 41 que tenían y siete morteros, únicos que había, fueron desmontados por nuestros proyectiles y granadas, asegurando que, como consecuencia del sitio, los franceses tuvieron 30 muertos y 50 heridos, en tanto que los nuestros no sufrieron más bajas que las de siete hombres muertos y algunos heridos, cosa, la verdad, increíble y pocas veces vista de que exceda el número de las de los sitiados al de los sitiadores". Así lo comentaba nuestro comunicado oficial. Y como colofón a cuanto anteriormente se expone, declaraba que "la importancia, utilidad y ventaja que ofrece al Estado esta feliz conquista hace mucho más honor al general que, a pesar de las grandes dificultades que presentaba al principio, ha sabido superarlas y hacerse dueño de la plaza con la más prodigiosa economía de la sangre del soldado". Reconozcamos en honor a la justicia que semejantes afirmaciones respondían por completo a la realidad de lo acontecido. Importante era la conquista de la plaza y digna de elogio y admiración la conducta seguida por los sitiadores y por los sitiados en todo momento, mas no fué menos meritaria y por todos conceptos digna de elogio la observada por el ilustre General Ricardos, atento siempre, en efecto, tanto a economizar la sangre y la fatiga de sus soldados como a no dejar sentir sobre el vencido los horrores de la guerra.



CAPITULO VII

La situación en el campo francés después de la derrota de Mas-Deu y la pérdida de Bellegarde.
Combate de Puig de Oriol

Una acertada medida del General De Flers para asegurar la defensa de la capital del Rosellón. - Establecimiento de un campo atrincherado llamado de La Unión. - Intervención provechosa del representante Cassanyes. - Los franceses, dispuestos a la defensa. Ataque español a la batería de Puig Oriol. - La escuadra española, ante Collioure. - Un juicio de Fervel acerca de la oportunidad de un ataque de la misma a esta plaza

El General De Flers dispone el establecimiento de un campo atrincherado abrigo de Perpignán.—Campo de la Unión.—La idea es acogida favorablemente por la opinión pública.—Inmediata ejecución de los trabajos



A derrota de Mas Deu había constituido una dura lección para los franceses. La guarnición de Perpignán y su población civil habían visto cómo los fugitivos de la citada batalla habían sido recibidos por los defensores de la capital del Rossellón a cañonazos. Dispersado el contingente de tropas que había intentado contener el avance español y que podía considerársele como la base o fundamento del Ejército de la Revolución en aquel sector, tan sólo la resistencia que pudiera ofrecer la fortaleza de Bellegarde era la única esperanza que podía quedar a los franceses. Ante una situación tan poco favorable y obedeciendo al criterio de la época, un instinto general creía que el medio más apropiado para hacer frente a ella era el establecimiento de un campo atrincherado al abrigo de la plaza. Por la primera vez, el pensamiento de De Flers se halló en plena conformidad con el de la población de Perpignán, y la crítica militar autorizada del historiador Fervel declara que, "el establecimiento de este campo atrincherado era, desde luego, el medio mejor para reorganizar los batallones franceses, habituarlos impunemente al estampido de las armas, disipar esos terrores de una solapada traición que "glaçaient les courages" e inician los pánicos y terrores que son el efecto consiguiente a la indisciplina y a la ignorancia de las tropas combatientes. Finalmente, el campo proyectado era el único medio para poder retardar el sitio de una plaza que se imponía como consecuencia obligada de la caída de los fuertes fronterizos (infailliblement) y conquista de una plaza en la que descansaba, desde luego, la salvación de las provincias del Sur de Francia".

De las condiciones de emplazamiento, trazado, naturaleza y disposición de las obras fortificadas, no hay por qué hablar en esta ocasión, pues se hizo detalladamente en páginas anteriores. Cualesquiera que ellas fuesen respondían a las exigencias de la realidad, pues en aquella ocasión, más que un campo sólido en estado de desafiar el empuje de un ataque vigoroso por parte de nuestros soldados, se trataba de establecer un vasto emplazamiento donde pudieran recibir los reclutas su instrucción, haciendo de ellos auténticos soldados. Si

hemos de creer a Fervel, bastaron apenas seis semanas para que esta finalidad fuera conseguida y, según él, a finales de junio había en el campo de La Unión, efectivamente, 12.000 hombres bien armados e instruidos y 400 jinetes dignos de este nombre, que se hallaban acantonados en los bordes de la Basse; 50 bocas de fuego muy bien servidas, artillaban los atrincheramientos y, por si esto fuera poco, todos los días llegaban, procedentes de Narbona, nuevos reclutas a engrosar los cuadros del ejército allí acampados.

No hemos de insistir en declarar que todo ello era resultado de la firmeza admirable del General en Jefe de las tropas francesas operantes en la zona de los Pirineos Orientales, y de lo crítico de su situación como consecuencia del estado de ánimo de los comisionados por la Convención para dirigir la marcha de los acontecimientos y de la masa popular y del giro desfavorable que para la defensa francesa representaba la sucesión de hechos victoriosos por parte del Ejército español. La caída de Bellegarde, sobre todo, abriendo a la invasión la vía más importante de comunicación entre Francia y España, causó la profunda sensación que puede imaginarse. "El momento era crítico: el 31 de mayo acababa de resonar como un trueno en todas las provincias francesas; el Mediodía se encontraba ardiente; las montañas de la Lozère se levantaban como una segunda Vendée; un ejército federalista se concentraba a lo largo del Ródano; Tolosa insultaba a la misión de representantes del Gobierno a ella destinados y el propio Perpiñán, en medio del fracaso de las armas, osaba protestar".

Reducido a ocultar sus llagas, el Gobierno había, hasta aquel momento, logrado desviar la atención pública de los peligros que se cernían en la frontera de España, obligando a leer diariamente en la Tribuna partes falsas. ¡Y desdichado el Diputado de una provincia Meridional que hubiera osado levantar la voz con ánimo de vengar el ultraje hecho a la verdad! El anatema del federalismo se cernía sobre su cabeza.

Situación semejante no podía prolongarse por mucho tiempo y, en efecto, y a pesar del ambiente de temor y de engaño reinante en la Convención, hubo, por fin, una explosión. El representante Cassanyes, de los Pirineos Orientales, acababa de saber por una carta particular, la noticia de la conquista de Bellegarde por los españoles. Trasladóse a la Convención; en ella se estaba leyendo el "Monitor" del 1 de julio. En este periódico oficial se anunciaba que la fortaleza de Bellegarde acababa de ser avituallada por tres meses. Desmentir en la Tribuna noticia semejante hubiese sido una imprudencia; Cassanyes voló al Comité de Salud Pública y en él dió libre curso a su indignación; allí estaba Danton que le escuchó fríamente. Cuando el Diputado concluyó, preguntóle:

—¿Quién te ha informado tan bien?

—¡Eh, mi país!—respondió Cassanyes.

—¡Ah!, ha sido tu país—respondió el fogoso tribuno, ¿y tú estás aquí? ¡Tus hogares son presa del enemigo y no has partido todavía!

A continuación, cogiéndole por un brazo, le dijo:

—Ven, ven, vas a llenar tus bolsillos de asignados y correr a salvarnos.

Corrieron a la Convención y revelando toda la verdad, levantaron una tempestad. Al momento las más extrañas proposiciones comenzaron a hacerse. Danton quería que se hiciese partir a un miembro del Comité. Le Tourneur, que se concentrase un ejército en la llanura de Saint Gaudens para cortar la cadena por el centro y obligar al repliegue de los invasores sobre ambas extremidades. Finalmente, Barrère, para cerrar la discusión, acabó por leer un informe y dictar un decreto. En efecto, en él se disponía la formación, en la citada llanura, de un ejército que tomó el nombre de Ejército del Centro; su efectivo no sobrepasaba de 12.000 hombres. Más tarde, este núcleo de ejército se acercó al teatro de la guerra y vino a acampar entre Pamiers y Saverdun (Ariège), desde cuyo punto fueron destacados en los primeros días de septiembre algunos batallones para correr en socorro de Perpignán. En octubre, el ejército del Centro fué enviado a la Lozère y Aveyron a las órdenes del General Marbot.

En vista de tales disposiciones, a la mañana siguiente, Cassanyes partió para Perpignán con un crédito de catorce millones y poderes ilimitados. Llevaba por misión el organizar un ejército, requisando y arrastrando, a lo largo de su camino, todo cuanto cayese bajo su mano. "Tal era en esta tormenta del 93—declara textualmente el historiador militar francés—el modo de socorrer una frontera en peligro: la Convención despachaba a Comisarios sacados de su seno con derecho a arrebatarlo todo a su paso. Los asignados pagaban, los Tribunales revolucionarios y el cadalso vencían todas las resistencias."

Ante la magnitud y el carácter general de la amenaza que se cernía sobre todas las fronteras francesas y con el fin de repartir el peso de tan espantosa guerra, la Convención tuvo la luminosa idea de agrupar los departamentos en circunscripciones afectas a cada ejército. La de los Pirineos Orientales comprendía los doce departamentos del alto Garona, el Ariège, Aude, Tarn, Hérault, Ardèche, Lozère, Aveyron, Pyrénées-Orientales, Lot y Cantal; estos últimos tan sólamente para el equipamiento. De la efectividad y favorables consecuencias de tal medida, dejaremos a Fervel el juicio conveniente: "Como a proporción de los recursos locales cada distrito debía suministrar provisiones a varios ejércitos a la vez, la confusión era general. Cada comarca levantada, cada frontera invadida acaparaba por propia cuenta y, por lo tanto, no llegaba a las provincias alejadas más que aquello que escapaba a las manos de los otros. Por esta razón la frontera de España era la más maltratada. De esta suerte, de seis batallones que acababan de ser enviados a Perpignán, Dubois-Crancé retuvo tres en Lyon y los otros tres fueron un poco más allá. Cogidos al paso por Jean-Bon Saint-André, que reclutaba para el ejército de Italia, no llegaron a su destino más que seis piezas de campaña, expedidas desde la capital, de ese infatigable taller de donde partían, noche y día, para nuestros catorce ejércitos tales misioneros de bronce, encargados de predicar la libertad a todos los puntos del horizonte." Como vemos por esta frase ditirámica, el entusiasmo revolucionario subía de punto en frecuentes ocasiones.

Sin duda alguna, la pérdida de Bellegarde constituía para el General De Flers un nuevo contratiempo y una afrenta sangrienta. Pero su misión estaba satisfecha; había creado un ejército que, a juicio del historiador citado: "la timidez y la vacilación de los nuestros bien pronto iniciarián en el camino de la victoria". El escritor francés aludía a la posterior campaña de Cataluña durante el año 1794.

Combate de Puig-Oriol

COMBATE DE PUIG-ORIOL.—Cuantos éxitos había obtenido hasta el presente el General Ricardos no bastaban a llevar a su ánimo la deseada seguridad de la victoria. Permanecía en posesión del enemigo todo el macizo costero con las plazas y puertos de Collioure, Sain-Elme et Port-Vendres y, si por un lado, él representaba un obstáculo para la libre comunicación de nuestra marina de guerra con el ejército de tierra, por otro, constitúa una constante amenaza para la retaguardia y el flanco derecho de las tropas que quisiesen avanzar hacia el interior del territorio francés.

Durante el mismo sitio de Bellegarde, las citadas plazas habían sido para él un motivo de constante inquietud, pues, sin duda alguna, las salidas de las guarniciones de Collioure del 27 de mayo y del 20 de junio, entre todas ellas, aunque no hubiesen obtenido éxito alguno, no habían dejado de representar por un momento una lejana amenaza, siendo, de todos modos, imprescindible su dominación para las posteriores operaciones que imponía la realización plena del plan concebido al efecto. La posesión de Collioure y Port-Vendres establecía entre Rosas y el Boulon una vía de comunicación mucho más cerca y más cómoda que aquella otra de tan libre paso, desde la recientemente conseguida conquista de Bellegarde. En la mente de nuestro general tenía que vivir el recuerdo de los hechos pasados con sus incontrovertibles enseñanzas. El 21 de diciembre de 1641, el Mariscal de Brézé, trató de sorprender a Collioure, y como tantas veces hubo de acontecer en la historia de estas comarcas, fué cabalmente, un destacamento de catalanes auxiliares al que hizo fracasar la tentativa. Como consecuencia de esta victoria española, el 29 de enero de 1642, los españoles pudieron desembarcar sin obstáculo alguno en Port-Vendres, tomaron posiciones en la vertiente norte de los montes Alberes y consiguieron, el 2 de febrero, introducir en Perpiñán, que se encontraba sitiada y agotada por el hambre, un gran convoy de víveres y un refuerzo de 2.300 hombres, con cuyo auxilio y refuerzo, pudo prolongarse hasta el 9 de septiembre la resistencia de la Plaza. En manos nuestras la zona costera, nada pudo hacer de provechoso la armada francesa. La posesión, por lo tanto, del referido macizo costero y de sus plazas, se imponía como operación previa para el sitio y conquista de Perpiñán.

No hemos de entrar ahora en la descripción de este macizo ni en el de las citadas plazas, pues ello ha sido objeto de estudio en páginas anteriores. Haremos recordar tan sólo, cómo entre las alturas dominantes de la comarca, existía una, sobre la cresta de separación,

entre la cuenca de Collioure y la llanura, llamada Puig-Oriol, y cuya posesión, entendía Ricardos, le pondría en condiciones de hacerse dueño del terreno y de las plazas citadas. Otro tanto debieron pensar los franceses, pues, en dicho punto, la guarnición de Collioure tenía establecida una batería, al abrigo de un débil atrincheramiento de piedras amontonadas. Nuestra información declara cómo el puesto de Puig-Oriol estaba establecido sobre una montaña de terreno muy quebrado, a tres cuartos de hora de Collioure y que, en efecto, los enemigos tenían allí asentada una batería que importaba destruir para tener libre el acceso a la plaza.

Nuestro alto mando dispuso que en la noche del 29 al 30 de junio, se llevase a cabo el ataque al puesto señalado, enviando de antemano las órdenes oportunas al Mariscal de Campo don José de Crespo, quien, como sabemos, era el Comandante de las tropas de Argelés. Este dispuso, a su vez, que el Brigadier don Francisco Javier Negrete, se colocase en la playa con un cuerpo de 400 infantes y 200 caballos, con orden de impedir y cortar en absoluto cualquier socorro que durante la acción pudiera venir al enemigo por mar. El Brigadier don Joaquín Oquendo, llevaría a cabo la sorpresa con 1.500 hombres, y el propio Crespo, con un cuerpo de 1.600, marcharía por otra parte a simular un ataque.

El Mando francés es advertido de operación proyectada

Pero la guarnición francesa de Collioure hubo de advertir a tiempo los indicios de la sorpresa proyectada por los nuestros. Dos espías avisaron al mando francés de que el puesto sería atacado en la noche del 29 al 30 por las tropas de Argelés, y, en vista de ello, un valiente oficial de voluntarios de Medoc, llamado el Capitán Serre, se ofreció para defenderla con 120 hombres del tercer batallón de l'Ariège y dos piezas de 4. Quedó convenido entre este capitán y el comandante de la plaza citada que, en el momento del ataque, se enviarían en su socorro tantas centenas de hombres como cohetes se tiraran.

Dispuesta la operación, y entrada la noche del día 29, los españoles salieron de Argelés formados en dos columnas, una de 2.000 hombres y otra de 1.600, encaminándose la primera sobre la batería de Puig-Oriol, y la segunda, por el flanco derecho, en dirección a la montaña, con el fin de envolver por el Mas-Gally y la garganta de Ravaner (o Ravanel) la posición amenazada. En el llano hubieron de quedar los 400 hombres y 200 caballos al mando de don Francisco Javier Negrete, en plan de observación. Todas estas disposiciones tomadas por Crespo lo eran, según declaración oficial, "para que la sorpresa se ejecutase en buenas reglas y en cumplimiento del plan general". Las cifras que Fervel da para el contingente de las dos columnas citadas, no concuerdan con las ofrecidas por nuestra información oficial, pero, no deja de causar extrañeza que, según ella, la columna encargada de la operación principal, que era la de Oquendo, fuese inferior en número, aunque casi inapreciable, a la encargada de llevar a cabo el falso ataque (Crespo). De todos modos, para

realizar su cometido, Oquendo dividió su columna en tres partes, de las cuales, la vanguardia, compuesta por tropas ligeras y alguna otra, iba mandada por el Coronel del Regimiento de Granada don Tomás Roncali. En cuanto a Negrete, que con su columna marchaba en último lugar, llevaba un pequeño número de trabajadores para acudir al sitio que las circunstancias reclamasen. Y no creemos deba pasar inadvertida la anterior declaración de que, todas las disposiciones tomadas por el General Crespo obedecían al propósito de que la sorpresa se ejecutase en buenas reglas, pues ello es un testimonio de cómo por nuestro Mando Superior se procuraba proceder con arreglo a los principios del arte militar, dando con ello muestras de su capacidad y preparación para el ejercicio de su importante función militar. Con arreglo a estos principios y, puesto que se trataba, no de un ataque a realizar, sino de una sorpresa, cogiéndoles la batería por la espalda, se previno que ningún destacamento ni columna se adelantase ni dispararan sus armas sin previa orden para ello.

Realización del asalto

Pero desgraciadamente, orden tan acertada no vino a ser cumplida fielmente. En efecto, la vanguardia de la columna de Oquendo, al iniciar la subida a la altura donde se hallaba asentada la batería de Puig-Oriol, como quiera que fuese advertida por el **;Quién vive!** de un centinela francés de la presencia enemiga, viendo que éste corría a incorporarse a su avanzada y ésta, a su vez, iniciaba su retirada a la posición principal, no pudiendo contenerse, comenzaron a disparar sobre ella, trabándose un tiroteo entre ambas que no hubo de cesar sino cuando veinte catalanes y unos soldados del Regimiento de Málaga, destacándose de los suyos, penetraron en la batería, rindiendo y haciendo prisioneros a los que se hallaban custodiándola. Según nuestra información oficial, el fuego vino a durar unos cinco minutos, señalando el hecho curioso de que los valientes asaltantes españoles "se pusieron a beber con ellos". El hecho puede parecer absurdo, pero muy propio del **buen humor** español. En tales circunstancias, nuestra columna iba subiendo por el terreno áspero y quebrado de la montaña, pero con mucha prolongación a causa de las vueltas y revueltas de la senda por la cual era preciso marchar uno detrás de otro, apresurando su marcha al oír las voces de los catalanes, que desde lo alto advertían a los nuestros de cómo la batería se hallaba ya en nuestro poder. La columna asaltante pudo llegar hasta muy cerca de ella, pero no pudo pasar de aquí. Una circunstancia desfavorable obligó a detenerla y a fracasar en su intento.

Todo este relato, conforme al contenido de nuestro comunicado oficial, viene a quedar confirmado por las declaraciones de la información francesa, que nos pone en conocimiento de cómo el Capitán Serre, que tenía establecidos tres pequeños puestos avanzados, velaba en las sombras de la noche y, como quiera que la obscuridad era tan profunda, que no pudo apercibirse de la aproximación de los españoles, fué necesario que los gritos de alarma de los puestos avan-

zados, que apenas tuvieron tiempo para poder replegarse y retornar a la posición, le dieran cuenta de su llegada. Viendo que, según frase, desde luego bastante exagerada, de Fervel, "los flancos de la montaña aparecían totalmente erizados de bayonetas", sintiéndose perdido, tomó la decisión, como primera medida, de reclamar el auxilio de la plaza de Collioure. Pero como quiera que su comandante temiera por la suerte de la misma, rehusó la idea de desguarnecerla en lo más mínimo, manteniendo sus puertas cerradas. Nuestro parte oficial afirma al efecto que: "la batería francesa, al primer fusilazo de la centinela, encendió una hoguera, que era la señal prevenida para avisar la plaza, dando con ello cuenta de que estaba atacada por nuestras fuerzas y reclamaba inmediato auxilio". Si hemos de atenernos al informe francés, el Capitán Serre, viendo que nuestra columna, en su ascensión, casi llegaba a la línea de los atrincheramientos franceses, convencido en su desesperación de que los débiles parapetos de los mismos no podían salvarse, ordenó fuesen derrumbados sobre los asaltantes, aniquilando así a los primeros, y recibiendo a los otros posteriores a la bayoneta, según se iban presentando ante las ruinas de la batería. "Luchóse cuerpo a cuerpo", declara Fervel, y muy lejos de la información oficial española, nos ofrece el cuadro brillante de una heroica escena en la que toca al capitán francés de referencia el papel más destacado. Llegado este momento crítico: "El intrépido capitán acude a todos los puntos de ataque, prodigando su persona y sus exhortaciones: ¡Valor amigos míos!—les grita—¡Ved cómo tres mil hombres **de los nuestros acuden a socorrernos**; los españoles están... perdidos!" Tal declaración era efectiva, pues en el momento en que, desbordados por todas partes, los soldados franceses parecían no poder esperar otra cosa que una muerte gloriosa, súbitamente empezaron a oírse los disparos de la fusilería a retaguardia de las tropas españolas. "Eran, no tres mil, sino tan sólo una centena de franceses que, desafiando las órdenes del Gobernador de la plaza de Collioure acababan de escaparse saltando por encima de las murallas y acudiendo al socorro de sus hermanos. El enemigo, creyéndose cortado, se detuvo, arremolinóse, perdió la cabeza y en seguida huyó en el mayor desorden, dejando sobre la montaña 400 muertos o moribundos". Pero esta cifra parece pequeña al informador del diario francés que conocemos, quien declara que nuestras tropas, en su retirada, "dejaron la montaña cubierta de muertos y heridos". (El cuadro diseñado por la fantasía francesa no puede resultar más catastrófico.) Esta información fija en 600 el número de las bajas por nosotros experimentadas y si, ciertamente, todos estos datos no merecen gran crédito, en cambio, hay que recoger la indicación de que "casi todos los heridos hubieron de sucumbir a causa de la infección de sus heridas, motivada, acaso, por la acción de los excesivos calores que por aquellos días reinaban en la comarca".

Reconoce nuestra información que, cuando los nuestros subían apresuradamente al oír las voces de los catalanes que, desde lo alto, gritaban cómo la batería era ya nuestra, llegando alguno de ellos, en efecto, a subir muy cerca de ella, presentóse a tiempo el refuerzo de los enemigos de Collioure en número de 2.000 hombres, marchando

por un camino oculto entre la montaña completamente ignorado de los nuestros y, aunque los catalanes que estaban dentro de la batería quisieron volver un cañón para con él hacerles fuego, les pillaron los franceses en esta acción y entrando adentro de la batería, a culatazos y golpes mataron a algunos, derribando a otros por las peñas abajo. Y como dueños ya de sí mismos, pudieran hacer fuego de metralla con sus cañones sobre nuestra columna ascendente, nos mataron a 21 hombres e hirieron a 43, entre ellos el capitán del Regimiento de Burgos, don Francisco Calatrava, y al del Regimiento de Tarragona, don Carlos Castell, ambos gravemente.

**erdadero carácter del asalto a Puig
Oriol**

De nuestra información oficial parece deducirse que la acción adquirió mayor desarrollo del que pudiera apetecer nuestro mando superior, pues, según ella: "luego que don Joaquín Oquendo oyó los tiros primeros de los catalanes contra la avanzada, mandó se retirase su tropa, porque habiendo sido sentidos, no le era posible ya sorprender la batería y tampoco podían, en buenas reglas militares, emprender un ataque en un terreno escabroso por el que la tropa había de marchar a la desfilada y al descubierto bajo el fuego de una batería colocada en la eminencia. Pero como quiera que oyese las voces que corrían por toda la columna de que la batería era ya nuestra y viera que Roncali estaba empeñado con la vanguardia y en trance de ser socorrido, subió con la columna a sostenerle."

**alerosa conducta de los soldados
españoles**

No dice nada nuestro comunicado acerca del final de esta operación, limitándose a declarar cómo nuestra tropa en aquel día hizo prodigios de valor, aunque por desgracia resultaran infructuosos, probándolo así el hecho cierto de que los tales prodigios sorprendieron a los mismos enemigos, "dado que así lo referían en sus papeles públicos impresos en Perpiñán, caídos en poder del Cuartel General".

Como ejemplo de este heroísmo de nuestros soldados citaba el de algunos de los Regimientos de Córdoba, Málaga y Cataluña, que tuvieron el valor de traerse arrastrando a algunos prisioneros para que les creyesen que habían rendido a los defensores de la batería, y en efecto, presentaron algunos, estropeados como sus aprehensores, a causa de los golpes y caídas que dieron por las peñas. Finalmente, nuestro comunicado oficial declara que los enemigos tuvieron bastantes pérdidas debido a que los individuos que constituyan la avanzada y los 50 hombres de la batería fueron en su mayor parte muertos o heridos.

Confírmase por la información del diario francés que los defensores de Puig Oriol se vieron por un momento faltos de municiones y obligados a debilitar su fuego, lo que advertido por los nuestros les

impulsó a reanudar sus ataques. Y da buena prueba de que, en efecto, los voluntarios catalanes lograron en un principio penetrar en la batería el hecho acusado por dicha información de haberse visto obligado el Capitán Serres a trasladarse rápidamente a todos aquellos puntos en donde los nuestros desarrollaban un esfuerzo más obstinado, rechazándoles en el momento preciso en que lanzaban los gritos de ¡Victoria! ¡Victoria! "El enemigo se lanzó en muchos puntos sobre las baterías", expone textualmente el diario francés, y afirma "que muchos de nuestros soldados "furent egorgés" (fueron estrangulados) sobre las propias piezas, que creían poseer".

Otros, según dijimos antes, deslizáronse por los parapetos al abandonar la posición invadida, siendo ésta la razón por la cual el Capitán Serres ordenó, para aniquilarles, derribar sobre ellos parte de los mismos. Y prueba también que el arrojo español fué muy grande la circunstancia de que la información francesa se viese precisada a declarar cómo hubieron de realizar los suyos en esta ocasión actos de valor extraordinario.

Significación de la victoria francesa

Sin duda alguna, el valor del Capitán Serres decidió a favor del enemigo el éxito de una operación que, sin su presencia, probablemente se hubiera desarrollado a favor nuestro. Es por todos conceptos legítimo que el entusiasmo francés por la hazaña llevada a cabo por dicho Capitán y sus soldados estalle jubiloso, no vacilando en prodigarle las mayores y más cumplidas alabanzas. Pero llevar ese entusiasmo al exceso de preguntar si la conducta de los 120 republicanos a los órdenes de Serres en esta acción de Puig Oriol no puede compararse con toda justicia a la de los 300 espartanos defendiendo el paso de las Thermópylas es ya, como dijimos en anterior ocasión, perderse en los más extremados límites de la hipérbole. La hazaña fué brillante, pero no tanto como para dar lugar a tales parangones.

Una estimación desapasionada de la acción que nos ocupa nos obliga a reconocer que si, en efecto, ella pudiera estimarse en un principio de escasa importancia, semejante juicio tiene que ser modificado al darse cuenta de la influencia que, tanto para la moral de los combatientes como para el desarrollo del plan general de operaciones, tuvieron que ejercer sus resultados, tan desfavorables para nosotros. Desde el primer punto de vista, los nuestros hubieron de recibir una dura lección; en cambio, el ánimo de los revolucionarios pudo sentirse vigorizado con esta pequeña victoria. Y si, desde el segundo punto de vista, reconocemos, de conformidad con el criterio francés, que el puesto de Puig Oriol era de gran importancia desde el momento que él cubría y dominaba a las plazas de Collioure y San Elme, su pérdida representaba las de estos dos puestos.

**Extravio padecido por la columna de
Oquendo**

Y mientras esto acontecía a la columna mandada por el Mariscal de Campo don Joaquín Oquendo, ¿qué había ocurrido con la columna de Crespo, cuya misión era llevar a cabo el movimiento envolvente de las piezas de referencia?

Según Fervel, esta columna hubo de perderse, siendo la causa de ello la comisión de una falta, reproducida, según el testimonio de este historiador militar, cien veces en el curso de estas campañas, y esta falta no era otra que la de operar por destacamentos aislados en un terreno en el cual, por su naturaleza abrupta, el menor intervalo entre dos columnas destinadas a obrar simultáneamente ha de ser causa de que bien pronto se vean en la imposibilidad de reunirse o establecer entre ellos la debida correspondencia.

Aparece la Escuadra española

Y un dato más hemos de recoger de la información que Fervel nos proporciona. A la mañana siguiente nuestra escuadra apareció ante Collioure.

En vano quisieron nuestros marinos descubrir sobre las montañas "le drapeau dont son pavillon venait saluer la victoire". En revancha, tras sus baterías mudas pudieron contemplar a placer un espectáculo que no esperaban: el populacho de dicha plaza arrastrando a lo largo de la playa y arrojando al mar el cadáver profanado de su gobernador, el infortunado Valette, cuya conducta durante la víspera de aquel día había dado lugar a vagas sospechas, y que acababa de morir, bien porque él mismo diese fin a su vida o fuera, por el contrario, aniquilado por los revolucionarios. Hace observar el diario oficial de referencia, a este propósito, que nuestra escuadra se componía de 34 navíos de línea y fragatas, y añade: "Si el puerto de Collioure hubiese sido tomado por los enemigos hubieran visto duplicadas sus fuerzas en este mar, dado que el puerto de Tolón fué entregado quince días después." Mas no fué así para desgracia nuestra y de los infelices defensores de tan importante plaza francesa.

CAPITULO VIII

El Ejército español adelanta su frente sobre la línea del Tet y el campo de La Unión

El General Ricardos dispone la ocupación de la villa de Thuir y del campo de Mas-Deu. - Dispositivo del Ejército español a principios de julio. - Ocupación de Illa, Corvera y otras localidades vecinas. - Manifiesto del General Ricardos a los franceses. - Respuesta del General De Flers. - Avance de nuestras tropas hacia la línea del Tet. - Conversión del frente español sobre el campo de La Unión. - Ocupación de Ponteillac y de Canoes. - Ricardos establece un campo central en Truillas. - Preparativos en el campo español para el asalto al de La Unión

80

El General Ricardos dispone la ocupación de Thuir y del campo de Mas-Deu



L fracaso del ataque de nuestras tropas a la batería de Puig Oriol, aunque de escasa importancia, no dejaba de constituir un contratiempo en el franco desarrollo del plan preconcebido por el General Ricardos. La situación de nuestro Ejército en el campo del Boulou no podía prolongarse por más tiempo, imponiéndose realizar cuanto antes su avance, y merced a él la dominación de la línea del Tet como operación necesaria para llevar a cabo la ofensiva tan brillantemente iniciada. Y como el campo de la Unión venía, por otra parte, a representar un serio obstáculo para el asalto a la capital del Rosellón, ocupar Thuir para lograr el primer intento y hacer otro tanto con el campo de Mas-Deu, frente al de la Unión, eran dos objetivos que, desde el primer momento, tenían que satisfacer las exigencias impuestas a un provechoso desarrollo de nuestro plan de invasión. Por estas razones, teniendo noticias el General Ricardos de cómo los enemigos querían establecerse en el citado pueblo y formar en sus inmediaciones un campo desde el cual pudieran inicialmente impedir las operaciones de forrajeo de nuestros jinetes y contener toda tentativa española sobre Perpiñán, los días 29 y 30 de junio el General dispuso que el Conde de la Unión saliese en la noche del primero de los dos días citados con un cuerpo formado por seis Batallones, tres Escuadrones y 30 piezas de artillería, con orden de ocupar aquel pueblo, tras lo cual, a los dos días siguientes, las restantes fuerzas del Ejército verificarían su traslado a Mas-Deu desde el campo del Boulou.

Iniciación del avance

Cumplimentando fielmente el citado cuerpo de tropas la orden recibida, salió de su campamento aprovechando la madrugada, y al tenerse noticia en Perpiñán de esta salida, prodújose en él una conmoción tan grande, que el gobernador de la plaza no vaciló en disponer se tocase a **general**, temiéndose un inmediato y poderoso ataque por parte de los nuestros. A juicio de Fervel, y según su frase textual: "la decisión de este movimiento no fué espontánea en el pensamiento de nuestro Alto Mando. El General español no hizo otra cosa que prevenirse contra el intento de De Flers sobre la ocupación de un punto

respecto del cual había tenido ya el proyecto de apoderarse y que, como acontecía con todos los demás, apenas salido de la boca del jefe francés hubo de volar al conocimiento del enemigo". Si así era, convengamos todos en que nuestro servicio de información estaba bien montado. Ante el iniciado avance de las tropas españolas, el general francés envió para su contención 8.000 hombres con su correspondiente artillería, debiendo estas fuerzas tomar aquellas posiciones que fuesen necesarias para establecer una cortina que cubriese su frente de banderas. Esta fuerza francesa se presentó a las seis de la tarde ante la nuestra, apareciendo formada en tres columnas y ocupando una posición ventajosa. Ante esta circunstancia, el propósito del Conde de la Unión se limitó a conservar a toda costa su puesto, manteniéndose en una actitud expectante, siendo ésta la razón por la cual hubo de ordenar la retirada a su anterior puesto de un Batallón de Guardias españolas, que había comenzado a empeñar combate con las avanzadas enemigas. Tratóse únicamente de una pequeña escaramuza, que ocasionó algunos heridos y permitió a los españoles capturar 11 prisioneros.

El General Ricardos, con el grueso de sus tropas, parte del campo de Boulou para Mas-Deu

Teniendo conocimiento de esta presencia del Ejército francés y sabiendo que en Perpignán habían entrado nuevos refuerzos de tropas, el General Ricardos salió a media noche con las restantes tropas de su Ejército del campo de Boulou, llevando consigo toda la artillería, dejando tan sólo al Regimiento de San Gal y algún Escuadrón de caballería para la custodia del mismo. El propósito de nuestro General al avanzar con la masa principal de este Ejército no era otro que el de salir al encuentro de los franceses y entablar una batalla si éstos continuaban ocupando las alturas y posición ventajosa anteriormente citadas. Al iniciar su salida, Ricardos envió al Conde de la Unión el aviso correspondiente, transmitiéndole las órdenes que, al efecto, debía ejecutar por su cuenta para apoyar este avance. Como quiera que Thuir estaba ocupado ya, y así asegurada la dominación de la línea del Tet, para conseguir otro tanto con la península del Réar era necesario establecerse en Mas-Deu, lo que hubo de realizarse después de reconocer el terreno y comprobar que en él no se había establecido por parte del enemigo puesto alguno defensivo. Nuestro campo quedó montado a las inmediaciones del castillo del Réar. Tan pronto como el Ejército español ocupó el nuevo frente; Ricardos transportó a Thuir su Cuartel General, resultando así en una posición avanzada, al flanco izquierdo del mismo. Era esta posición de Thuir la más indicada para tal establecimiento si nuestro Alto Mando pretendía realizar el movimiento envolvente de Perpignán por el Norte.

El General Ricardos traslada su Cuartel General a Thuir.—Actitud de ambos Ejércitos

Frente a frente, el día 1 de julio, ambos Ejércitos, español y francés, toda la jornada se mantuvo en un estado de mutua observación. La información francesa declara que "hubieron de entablarse pequeñas escaramuzas", y asimismo manifiesta que Dagobert, al mando de la vanguardia, "ardía en deseos de venir a las manos". Pero el prudente De Flers guardó bien de empeñar una acción general; al caer la noche se retiró en buen orden al campo de la Unión. Tan pronto nuestro general se dió cuenta de ello, transportó a Thuir, según hemos dicho antes, su Cuartel General, y al disponer que sus tropas ocuparan definitivamente el campo de Mas-Deu, éste venía a cubrir la línea española en el sector comprendido entre los de Céret y Boulou. El Ejército español quedaba de esta suerte desplegado a lo largo de una línea o frente de batalla desde la villa de Thuir al campo de Mas-Deu.

Esta disposición no podía ser más favorable para iniciar ya un rápido movimiento de avance en dirección a Perpignán o previamente encaminado a la ocupación de la línea del Tet en el supuesto de llevar a cabo un envolvimiento inicial de la capital del Rosellón para preparar el sitio y conquista de la misma.

La información oficial española señala la presencia del enemigo en unas alturas cuyo nombre no precisa a las once de la mañana del día 1 de junio, fijando en 5.000 el número de hombres de su fuerza, con alguna caballería, y declarando que su objeto era atacar a las tropas de Mas-Deu. Ante su presencia, luego que se descubrieron, el Teniente General don Juan Curten, que se hallaba en el campo de Mas-Deu y mandaba el cuerpo de tropas españolas, mandó tocar **general**, y después de haber realizado un buen reconocimiento del terreno y precisado la situación del enemigo, dispuso saliese el Regimiento de caballería de España con algunas Compañías de granaderos a desalojarlo, propósito que según nuestro comunicado oficial hubo de conseguirse, manteniéndose dicha tropa a la vista. Pero como quiera que los franceses hubieron de volver, reforzados con artillería, inicióse un fuego muy vivo contra la caballería, obligándola a mantenerse formada fuera del alcance de sus fuegos. Y coincidiendo con lo que anteriormente hemos expuesto, declara también que en esta disposición observante se mantuvieron unos y otros hasta el anochecer, a cuya hora se retiraron los franceses, haciéndoles tres prisioneros y no habiendo por parte nuestra desgracia alguna.

En preparación de los futuros avances de nuestro Ejército, en la tarde del día 1, salió el General Ricardos desde su Cuartel de Campaña hacia el camino de Mas-Deu, al objeto de reconocer todo el terreno y, en consecuencia, adoptar las disposiciones que fueran necesarias. Por el momento acordó se ocupara por un Batallón de Hibernia, dos Compañías de granaderos y un Escuadrón de caballería, con algunas

piezas de cañón y un obús, una altura situada a mitad del frente comprendido entre Mas-Deu y Thuir y desde la cual se dominaba toda la campaña, es decir, todo el terreno que había de ser ocupado, descubriendose la ciudad de Perpiñán, el campo de los enemigos, o sea el llamado de la Unión, con sus posiciones avanzadas, considerándose por todas estas razones esta altura como la llave de la defensa de los dos campos de Thuir y de Mas-Deu. El escritor francés Luis de Marciac recoge íntegramente la anterior información oficial española, afirmando que "los franceses, temiendo acaso encontrar a la mañana siguiente ante sí todas las fuerzas españolas en disposición de combatir, hubieron de retirarse al llegar la noche, y da cuenta, asimismo, de que don Antonio Ricardos, como consecuencia de un reconocimiento, hubo de juzgar oportuna para asegurar la posición de los campos de Mas-Deu y Thuir la medida de ocupar en la forma que ya se indicó anteriormente la altura o mamelón de que tratamos.

Dispositivo del Ejército español a principios del mes de Julio

DISPOSITIVO DEL EJERCITO ESPAÑOL A PRINCIPIOS DEL MES DE JULIO.—Establecido el frente del avance español a lo largo de la línea desde Thuir a Mas Deu, aseguradas las comunicaciones con España a través de los cols de Pertus y del Portell y los demás de menor importancia en el macizo montañoso comprendido entre dicho col del Pertus y el de la Percha, amenazada por su frente occidental la plaza de Perpiñán con sus defensas exteriores, había llegado el momento oportuno para que, por parte de nuestro Alto Mando, se adoptase una resolución definitiva y se llevase a cabo una operación a fondo. No cabía vacilación alguna. Como lo hace observar Fervel, el único objetivo a realizar no podía ser otro que el del cerco de Perpiñán y, como consecuencia de ello, obligar a acogerse a sus murallas todo aquél campo de la Unión que defendía la plaza, impidiendo la aproximación a ella. Y para garantizar la plena realización de este objetivo, se imponía igualmente ocupar cuanto antes los desfiladeros a lo largo de la línea de los Gorbieres, imposibilitando toda comunicación de la capital del Rosellón con el interior de Francia. Esta ocupación permitiría de un solo golpe dejar bloqueado al Rosellón entero.

Pero, a pesar de situación tan ventajosa como la suya y de precisarse de modo tan claro el objetivo principal a realizar, Ricardos pareció dudar, y ante la necesidad de elegir entre las dos empresas o atacar directamente al campo de la Unión o envolverlo por el Norte y Occidente, no se determinaba a adoptar enérgicamente un partido, como lo prueba el hecho de permanecer en esta situación inactiva durante quince días. De los dos caminos a seguir, este último del envolvimiento de la plaza mereció, ateniéndonos al testimonio de los hechos mismos, la preferencia por parte del General Ricardos y, en consecuencia, comenzó a adoptar todas aquellas disposiciones y ordenar a sus tropas aquellos movimientos que imponía el avance hacia el Norte

de nuestras tropas, repasando las líneas del Tet y del Agly para caer sobre las comunicaciones de Perpignán con Narbona y Carcasona, a la altura de Salces. Como en el referido envolvimiento el eje de giro parecía estar indicado en la posición de Thuir y, en segundo lugar, Millas señalaba el punto de paso más propicio para el cruce del Tet por nuestras tropas, ambos puntos fueron objeto, desde el primer momento, de la mayor atención.

Frente a Perpiñán, entre los
puentes de Millas y de Illa.

Los franceses destruyen el puente de pa-
de Millas sobre el río Tet.—Un destac-
amiento español trata en vano de vadear
y, en vista de ello, se limita a ocupar
someter la villa de Illa y los lugares
Corvera Alto y del Medio y otras ocl
pequeñas localidades

LOS FRANCESÉS DESTRUYEN EL PUENTE DE PASO DE MI-
LLAS SOBRE EL RÍO TET. UN DESTACAMIENTO ESPAÑOL TRATA
EN VANO DE VADEARLO Y, EN VISTA DE ELLO, SE LIMITA A OCU-
PAR Y SOMETER LA VILLA DE ILLA Y LOS LUGARES DE CORVE-
RA ALTO Y DEL MEDIO Y OTRAS OCHO PEQUEÑAS LOCALIDA-
DES.—Presumiendo los franceses que, por las razones anteriormente
expuestas, había de ser Millas, con su puente, un punto elegido por los
españoles para su ocupación, De Flers había dispuesto establecer en
Cornelia, frente a Millas, un destacamento de tropas para constituir el
núcleo de una División que comenzaba a formarse y que había de quedar
encargada de impedir el paso del Tet, defendiendo la orilla izquierda del mismo. Como recurso, desde el primer momento reclamado
por esta misión, el puente referido fué destruido totalmente y, como era de esperar, no tardaron mucho tiempo en presentarse en
Millas las avanzadas españolas. En efecto, en la tarde del día primero
hubo de salir con tal destino un batallón de voluntarios de Cataluña
con su Coronel don Juan Manuel de Vives y alguna caballería, declarando
nuestro comunicado oficial que, "se había oído mucha fusilería hacia este lugar y viendo cómo los enemigos lleváronse arrestados 18 paisanos, que eran los más secuaces y adictos a la nueva
Constitución".

Como consecuencia de este reconocimiento, nuestro Generalísimo, que había comisionado al Teniente General don Juan Manuel de Cagigal para el mando del Campo de Mas Deu, dispuso que, a las dos de la tarde del citado día 2 de julio, saliese el Coronel don Juan Miguel de Vives, con algunas compañías de Granaderos, parte de voluntarios de Cataluña y 200 caballos en dirección al lugar de Millas, e intentando atravesar a nado el río Tet, someter a la obediencia a la Villa de Illa y otros lugares inmediatos. Llegada nuestra fuerza a la altura del río, fueron sorprendidos por el fuego que contra ellos dirigieran unos mil hombres emboscados en la orilla opuesta y, como quiera que un oficial del Regimiento de Calatrava, al intentar pasar el río, viera que era imposible el vadearlo por lo caudaloso y al retirarse le hicieran fuego los miqueletes, para defender su retirada, trabóse un pequeño

choque a consecuencia del cual fueron heridos tres de los nuestros, entre ellos, el Ayudante Mayor del Regimiento de Caballería de Calatrava, don Angel Colomina, que le pasaron un brazo.

Los españoles se apoderan de Illa, Corvera y ocupan otras localidades vecinas

LOS ESPAÑOLES SE APODERAN DE ILLA, CORVERA Y OCUPAN OTRAS LOCALIDADES VECINAS.—No habiéndose podido realizar el día 2, tanto el paso del Tet a la altura de Millas, como la ocupación de las villas de Illa y de los lugares de Corvera Alto y de en Medio, sin demora, al día siguiente, los españoles renovaron su intento. Ricardos, desde su Cuartel General, mandó saliese un fuerte destacamento de Infantería y Caballería con algunos cañones, a la orden del Mariscal de Campo, don José de Urrutia, nuevamente con la orden de rendir a la obediencia del Rey los citados lugares. La orden prevenía el que había de quitárseles todos cuantos decretos de la Convención se encontraran en ellos, desarmándolos y despojándolos de las insignias tricolores y asegurar las subsistencias de las aguas de aquellas acequias que, proveyendo a Thuir, pasaban por otros lugares no ocupados militarmente. El General Urrutia pudo cumplimentar en un todo la orden recibida. Illa y ambas Corveras, cayeron en nuestras manos y el General Urrutia, convocando a las municipalidades, publicó un bando advirtiendo que, "si no conservaban las acequias e impedían cualquier destrozo que tendiese a detener o desviar el curso de las aguas, los moradores de los indicados lugares serían pasados a cuchillo". Para la seguridad de las promesas hechas por dichas municipalidades de obedecer lo dispuesto, entregaron por rehenes a las principales familias juntamente con los carros cargados de papeles y de armas que en ellos había; regresando en la misma tarde del día 3 a su campamento el destacamento español que había sido encargado de estas misiones.

También se presentaron a rendir obediencia al Rey las Villas de Caixas, Terrals, Fourques, Llupia, Poncella, Santa Coloma, Cervere, Buya de Medium, Santa Colomba de la Comanda y, después de haber entregado las insignias tricolores y citados decretos de la Convención, los nuevos regidores nombrados prestaron en manos del Comisario de Guerra don José Bosque, que había sido nombrado secretario del general y comisionado de modo especial para intervenir en el acto del juramento de fidelidad al Rey Nuestro Señor, el suyo correspondiente, prometiendo seguir la Religión Católica y el antiguo Gobierno que antes de la Revolución tenían. Nuestras tropas estaban constantemente hostilizadas por individuos o partidas sueltas, manteniendo así un constante estado de alarma en nuestro campo, haciéndonos una guerra que, el Teniente don José de Heredia, en una de sus primeras cartas, dirigidas a su tío el Cardenal Lorenzana, calificaba con acierto de "guerra de moros", pues, en realidad, tal clase de hostilidad no era otra que el tristemente célebre **paqueo** de los rifeños y demás tribus

tros,
Gala-

PAN
ar el
n de
, sin
icar-
ento
aris-
ndir
que
en
nia.
ace-
upa-
todo
anos
i un-
dian
: las
ichi-
cipa-
inci-
✓ de
a su
✓ de

✓ de
ere,
iber
ión.
o d
ge-
del
nte,
que
nen-
i un
gue-
car-
, de
era
ibus

del Norte de Marruecos contra nuestras fuerzas de ocupación. En vista de este tiroteo persistente, el General Ricardos creyó llegado el momento de tomar una resolución.

El General Ricardos manda publicar bando de guerra dirigido al enemigo

EL GENERAL RICARDOS MANDA PUBLICAR UN BANDO DE GUERRA DIRIGIDO AL ENEMIGO.—Aquella agresión constante llevada a cabo principalmente por elementos extraños al ejército, motivaron a nuestro general a publicar un bando dirigido al campo francés y en el que se prevenía lo siguiente: "Las querellas de los Estados se ventilan y disputan de tropas a tropas. Los vecinos de las villas y campañas no pueden ni deben tomar parte si quieren conservar sus vidas, libertad, bienes y personas. Por tanto, declaro a todos los habitantes franceses, que toda persona que bajo el nombre de miquelete u otro cualquiera, sea aprehendido con armas sobre sí u ocultas, y mucho más haciendo uso de ellas, no siendo efectivamente soldado de tal o cual Cuerpo, con uniforme y armas como los demás de los Regimientos, será en el momento ahorcado, sin otra formalidad, y lo mismo se entenderá con todo oficial, aun con patente, pero que no lleve uniforme y los distintivos de la calidad de oficial. Y, al contrario, todos aquellos que habiendo tomado las armas antes de esta declaración volviesen a sus hogares a vivir pacíficamente, atendiendo al cuidado de sus casas, estarán en plena seguridad y se les pagará de contado los víveres que se les tomen y su trabajo. Pero los bienes y efectos de todos los que continúen usando de las armas sin ser efectivamente soldados, llevando uniforme y teniendo plaza efectiva en un regimiento enemigo, serán quemados, saqueados o vendidos en el momento". El documento estaba dado en el Cuartel General de Thuir en la citada fecha del 3 de julio de 1793 y venía firmado por el propio General Ricardos.

Nuestro "Diario Oficial" facilita otro texto del parte de que tratamos, en el que pueden observarse algunas diferencias. En él se dice lo siguiente: "Las querellas de los Estados se ventilan y disputan de tropas a tropas, pero jamás se tolera que el vecino tenga, lleve ni use las armas, mostrándose parte, y su imparcialidad es la que hace que se le conserven sus propiedades, su libertad y su pacífico modo de ganar la vida. En esta circunstancia, y en la declaración de 7 de mayo de este año de que la intención del Rey no ha sido nunca de hostilizar a Francia ni a la parte sana de la nación francesa, declaro que todo habitante francés que, sin tener plaza sentada en alguna compañía llevase uniforme o insignias de soldado o patente y uniforme de oficial y sea aprehendido con armas sobre sí u ocultas y mucho más habiendo hecho uso de ellas con el título de miquelete u otro; en fin, todo habitante que, sin ser efectivamente soldado y llevar el traje de tal, se encuentre con armas, será en el momento e irremisiblemente ahorcado". Este bando estaba igualmente dado en el Cuartel General de Thuir y en la fecha ya indicada, y suscrito igualmente por el General Ricardos.

De este documento no hemos podido poseer prueba alguna documental como ha ocurrido con el primero, del que ofrecemos a nuestros lectores al final de esta obra una copia fotográfica. Apéndice núm. 18.

Contestación del General De Flers

La información francesa nos asegura que este manifiesto mereció por parte del General De Flers una hermosa (belle) respuesta: "General—decía ésta—, aquel a quien la nación ha confiado el mando de su Ejército republicano, no puede descartarse de la ley. He aquí el Decreto: **La fuerza general de la República se compone del pueblo entero. Todos los franceses son soldados. El único uniforme de la libertad y de la igualdad es la cucarda tricolor.** En el momento en que los Reyes, por una coalición impolítica y monstruosa, reúnen sus esfuerzos para derrocar la libertad de un pueblo energético y leal, este pueblo no renunciará a su poder de hacer salir de la tierra a los primeros golpes de tocsin el día en que lo hayan decidido así millones de brazos para aplastar a sus enemigos". Fervel asegura que nuestro General Ricardos, al tener conocimiento de esta respuesta, pareció quedar impresionado por su valiente lenguaje, o que, por lo menos, no puso en vigor ninguna de las anteriores amenazas que el historiador francés, menos delicado que el General De Flers, no vacila en calificar de salvajes. Por su parte, el Diario francés declara que, el documento fué llevado a dicho general por un trompeta, que "no era otro que un Teniente Coronel de Ingenieros disfrazado, el cual hubo de llegar hasta la puerta de Nôtre Dame, de Perpignán, sin ser descubierto, pero que, habiéndose traicionado a sí propio al responder a las cuestiones que le fueron hechas, fué detenido y permaneció en prisión hasta el final de la guerra". Esta declaración—afirma el Diario francés de referencia en plena conformidad con lo que Fervel igualmente manifiesta—no tuvo realización, y los paisanos y los miqueletes continuaron inquietando al enemigo." Es decir, prosiguiendo el paqueo contra nuestras posiciones o, en otros términos, aquella guerra de moros de que da cuenta el Teniente Heredia en su carta al Cardenal Lorenzana.

Los españoles someten todas las localidades situadas a vanguardia de su flanco izquierdo, entre el pueblo de Thuir y el curso del Tet.—Su frente de batalla realiza una conversión frente al campo de La Unión.—Ocupación de Ponteillac y de Canohes.—Ricardos establece su Cuartel General en Trouillas

LOS ESPAÑOLES SOMETEN TODAS LAS LOCALIDADES SITUADAS A VANGUARDIA DE SU FLANCO IZQUIERDO, ENTRE EL PUEBLO DE THUIR Y EL CURSO DEL TET. SU FRENTE DE BATALLA REALIZA UNA CONVERSION FRENTE AL CAMPO DE LA UNION.

Ocupación de Ponteillac y de Canohes. Ricardos establece su cuartel general en Trouillas.—Pero si el General Ricardos no se mostraba grandemente dispuesto a cumplir las amenazas consignadas en su bando o manifiesto, no sucedía así, por lo que hacia referencia a la preparación de las operaciones indicadas para realizar a tiempo el ataque sobre Perpiñán. En efecto, el día 4 de julio, realizóse la sumisión completa de las localidades que se indicaron antes, y por los informes proporcionados por dos desertores de Caballería de la Legión de los Pirineos que, con armas y caballos, se habían presentado en nuestro campo, pudo saber nuestro Mando Superior cómo en Perpiñán habían entrado dos Regimientos de línea y 1.000 voluntarios nacionales y que se esperaban hasta 6.000 hombres del Ejército de Saboya; noticias que, por otra parte, confirmaban los informes facilitados por los espías. Dichos dos desertores, con otros cinco de la referida Legión y 14 soldados procedentes de la Infantería nacional voluntaria, ascendían a 21 el número de los desertores acogidos a nuestro campo.

Actitud tan decidida por parte de nuestro general y el manifiesto progreso de la invasión por parte de nuestras tropas, alarmaron a los representantes de la Convención, decidiéndoles a dirigir al General en Jefe del Ejército francés una moción presentada el día 5, en la que se le preguntaba sobre una serie de ocho cuestiones, acerca de los medios de resistencia con que pudiera contarse y sobre su actual posición. La respuesta de De Flers, no pudo ser más categórica: "Yo no puedo responder de los acontecimientos—hubo de escribirles—; mi opinión es la de que hemos tomado una buena posición; no se trata de abandonarla, sino de morir en ella. Si el Ejército piensa como yo, todo está salvado, mas Perpiñán no se encuentra en un estado de defensa conveniente. Una conducta tímida hará perder infaliblemente a Perpiñán, Collioure, el Rosellón y amenazará al Languedoc. Es, por lo tanto, necesario intentarlo todo para contener al enemigo". Esta respuesta del General francés resultaba tanto más oportuna por cuanto que nuestro Ejército, el propio día 5, llevaba a cabo una conversión alrededor de Thuir, trasladando su derecha frente al campo de la Unión, a vanguardia del frente, en donde quedó establecido. Los puestos avanzados de los dos ejércitos no distaban entre sí más que una media legua, pues es de advertir que los franceses tenían establecidos los suyos en Canohes.

La ocupación de Ponteillac y la conversión del frente español, hubo de realizarse el citado día 5, de la siguiente manera: El General Ricardos dispuso llevarla a cabo organizando una columna al mando del Mariscal de Campo don José de Urrutia, compuesta por un batallón de Guardias españolas; otro, formado con todas las compañías de Granaderos, de las partidas de guerrillas, 150 Carabineros reales y un Cuerpo de Carabineros y Granaderos de los Regimientos de Caballería y Dragones, a las órdenes del Brigadier don Antonio Galatayud, Capitán de la Real Brigada. Estas fuerzas habían de colocar su artillería en una altura próxima al lugar y quedar acampadas en el pueblo que hemos citado. Esta posición resultaba sumamente ventajosa tácticamente, dado que Ponteillac, situado entre Mas-Deu y Thuir, aproxima-

ba nuestro frente al del enemigo en la forma que hemos expuesto. Tanto en la operación como en lo restante del día, promovieronse pequeñas escaramuzas y tiroteos entre nuestros destacamentos de vanguardia y los miqueletes enemigos, que, si bien pudieron inquietarnos en algún momento, no tuvieron repercusión alguna. Y como complemento de estas disposiciones, para estrechar aún más al ejército enemigo y agravar la situación de la ciudad de Perpiñán, Ricardos, dispuso que en la mañana del día 6 un destacamento español fuese a cortar el agua de la acequia que, pasando por los lugares de Illa y Corvera, se encamina a la capital del Rosellón, suministrando agua a los campamentos franceses delante de ella establecidos, con lo que éstos se verían precisados a proveerse del necesario elemento en el curso del Tech, que corre a bastante distancia. Demolidos algunos acueductos y cortados algunos de los canales de conducción, el propósito de los nuestros quedó conseguido.

Los franceses intentan un reconocimiento de las fuerzas invasoras y de la nueva posición ocupada por el Ejército español a lo largo de la línea Mas Deu-Thuir y Ponteillac.—Fracaso de dicho intento.—

Emplazamiento en Trouillas del Cuartel General

LOS FRANCESSES INTENTAN UN RECONOCIMIENTO DE LAS FUERZAS INVASORAS Y DE LA NUEVA POSICIÓN OCUPADA POR EL EJERCITO ESPAÑOL, A LO LARGO DE LA LINEA MAS DEU-THUIR Y PONTEILLAC.—FRACASO DE DICHO INTENTO.—EMPLAZAMIENTO EN TROUILLAS DEL CUARTEL GENERAL.—Al objeto indicado, el Alto Mando francés dispuso que un cuerpo de tropas de infantería y caballería, compuesto, según cálculo de nuestro "Diario Oficial", de unos 4.000 hombres, se presentase al amanecer del día 7 frente a nuestro campo de Mas-Deu. Advertidos de ello los nuestros, formaron en batalla, dispuestos a contener firmemente al ataque enemigo. Si hemos de hacer caso a los informes franceses, atacada vigorosamente nuestra vanguardia, fué derrotada y puesta en fuga, y según el diario francés, los franceses no hubieran tenido que lamentar en esta jornada ningún descalabro si "sus tropas, demasiado encarnizadas en la persecución de los nuestros, no hubieran sobrepasado los límites impuestos en las órdenes recibidas". En efecto, algunos destacamentos de infantería, lanzados imprudentemente en dicha persecución, fueron cargados por la caballería española, que al efecto se encontraba emboscada. Parte de los franceses se refugiaron en una granja, en la que hubieron de batirse por largo tiempo, pero tuvieron al fin que rendirse, después de agotar sus municiones y de perder algunos oficiales y soldados.

Mas esta operación así relatada no coincide exactamente con lo manifestado por la información española. Expone ésta que, efectivamente, al amanecer del día 7 se presentó delante del campo de Mas

Deu un cuerpo de enemigos de infantería y caballería como de unos 4.000 hombres, con ánimo manifiesto de atacar a aquél, y al ver que nuestra tropa se mantenía formada en batalla, conservando la posición ventajosa que ocupaba, bien apoyada por la artillería, no se decidió a llevar a cabo su propósito, cargando tan sólo sobre nuestra vanguardia, acampada en Ponteillac, la cual, advertida de ello y avisada por el Teniente General don Juan Manuel de Cagigal, se dispuso a actuar en consecuencia. Mandaba el campo de Ponteillac don José de Urrutia, quien, a su vez, comunicó al Cuartel General de Thuir lo que sucedía tan pronto como los enemigos empezaron su ataque. El General en jefe, en vista de ello, se dirigió a las seis de la mañana a Ponteillac, y una vez en él mandó que desde Mas-Deu hasta el último lugar se formase la línea de batalla con los generales al frente de sus respectivas divisiones, todas ellas dispuestas para obrar en caso de necesidad.

Ya desde el amanecer Urrutia tenía su tropa formada en batalla como medida de prevención, y tan pronto tuvo aviso de que los enemigos se habían presentado haciendo fuego a sus avanzadas, envió a reforzarlos con tropas ligeras y algunos caballos, y como no le convenía tampoco abandonar la ventajosa posición que ocupaba, se mantuvo formado, concibiendo la realización de una estratagema que permitiese castigar debidamente al enemigo. Para ello mandó a todas sus avanzadas y refuerzos que se retirasen en buen orden, aparentando fuga y haciendo fuego en retirada. Esto movería a los franceses a abandonar sus puestos y lanzarse a la persecución de los nuestros, y efectivamente, así lo hicieron, precipitándose ciegamente en persecución de nuestras tropas hasta llegar a medio tiro de fusil de nuestras líneas. El Brigadier don Antonio Galatayud, ante la proximidad del enemigo, cargó espada en mano al frente de su caballería, haciendo tal estrago en las filas francesas, que éstas abandonaron sobre el campo de batalla unos 130 muertos, un oficial y nueve prisioneros heridos, de los cuales tres murieron al poco tiempo. Huyeron los revolucionarios bien escarmientados, y fué entonces cuando, en efecto, refugiándose algunos de ellos en una casa inmediata, fueron atacados por 60 catalanes y los gastadores, logrando reducirlos y haciéndolos prisioneros, asegurando nuestro comunicado oficial que hubo un fusilero de Cataluña muerto y tres jinetes heridos. Ahora bien, si la información francesa atribuye lo sucedido al ciego ardimiento de los suyos, lanzados en una ciega persecución de los nuestros, la información española declara que la impaciencia de nuestra tropa por querer avanzar sobre el enemigo al comienzo de la acción no pudo ser mayor, siendo tal la rapidez y violencia con que salió la caballería, que los jinetes parecían rayos, arrollando a los franceses sin temer el fuego de fusilería que éstos les hicieran. Fervel reconoce que los suyos perdieron 170 hombres, algunos muertos, la mayor parte prisioneros.

Por algún tiempo los nuestros pudieron ver cómo, a lo lejos, quedaban los franceses formados sobre una elevación del terreno, pero poco a poco fueron abandonándola para ocupar el lugar de Canohes, en donde se encontraban muchos de ellos. Para completar el éxito alcanzado, Ricardos mandó que un cuerpo de infantería y caballería y

cañones, al mando del Sargento Mayor del Regimiento de Hibernia, don Juan Hogan, fuese formado en dos columnas a atacarlos, quedando alguna tropa de reserva para sostenerle en caso de necesidad. Habiendo llegado a las inmediaciones de la posición, huyeron 500 franceses que había en ella y Hogan entró en el lugar, después de reconocidas bien sus avenidas, apoderándose de unas 1.500 cabezas de ganado lanar que el enemigo mantenía para abasto y provisión de su ejército. En previsión de una reacción ofensiva por parte del contrario, nuestras tropas se mantuvieron formadas en batalla hasta la una del día, y no habiendo ocurrido incidente alguno hasta esa hora, el General en jefe se volvió a Thuir, dando orden a la tropa para retirarse a sus respectivos campamentos. Llegada la tarde se condujeron 18 prisioneros de todas clases, soldados nacionales, miqueletes y paisanos, apresados en el lugar de Canohes, al punto de su reclusión. La evacuación de Canohes por parte de los franceses y su ocupación por los nuestros no dejó de tener gran importancia, cuando el mismo Fervel no vacila en declarar que **este revés extendió la consternación entre ellos.**

Tanto por esta circunstancia como por no resignarse el mando francés a la pérdida de Canohes, en la misma noche del día 7, en el que habían tenido lugar los anteriores sucesos, el Mariscal de Campo don José de Urrutia comunicó al comandante de la vanguardia acampada en Ponteillac que "desde el anochecer se había oído en el lugar de Canohes, recuperado por los enemigos y a donde llegaban sus avanzadas, mucho ruido de carros y artillería, que denotaba algún movimiento, advirtiéndose en un bosque inmediato la existencia de mucha gente ocultada y habiéndose oído tocar la generala en sus campos, circunstancias todas ellas que manifestaban cómo, no satisfechos los franceses del resultado de la acción anterior, querían repetirla en este día 8 de julio, preparando algún nuevo ataque. En efecto, el General De Flers trató de hacer caer a los españoles en una emboscada, pero los nuestros, advertidos del caso, no cayeron en ella. El General Ricardos, al tener conocimiento de todo esto, salió de Thuir con parte de la tropa que allí había y la artillería correspondiente, dando órdenes a los de Mas-Deu para que formasen con la de Thuir las dos líneas en el orden que manifestaba el plan de batalla de que se había dado conocimiento al ejército, y que los generales ocupasen su puesto al frente de sus respectivas divisiones. Antes de amanecer llegó a Ponteillac y corrió toda la línea, viendo la colocación de ella y sin que durante todo ese tiempo se percibiese movimiento alguno por parte del enemigo. Pero a cosa de las nueve dejáronse ya ver hacia Mas-Deu dos columnas francesas con infantería, caballería y cañones. Nuestro General, al darse cuenta de ello, dispuso saliesen a reconocerle las tropas ligeras, sostenidas por la caballería. Nuestros exploradores pudieron ver a los revolucionarios emboscados tras unos árboles espesos y con la caballería formada a un costado. Ante la presencia de los nuestros, el enemigo inició su fuego de cañón, y correspondido éste por el de nuestras dos baterías con cañones de a 12 y obuses colocados ventajosamente, no sólo hicieron callar el fuego de las piezas francesas, sino que, cayendo las granadas en medio de su tropa, la desorde-

naron, echándose a correr sus componentes y matando siete de ellos e hiriendo a alguno, con lo cual se dispersaron todos y abandonaron la posición que tenían, retirándose a sus campos. El "Diario Oficial" francés confiesa que habiendo fracasado el objeto de esta operación, los suyos se retiraron con pérdida de siete hombres muertos por la explosión de los proyectiles, limitándose a insinuar que los nuestros debieron también sufrir el fuego de sus baterías.

Todos estos fracasos de los intentos franceses permitieron a Ricardos durante las jornadas del 9 y 10 dedicarse tranquilamente a instalar su Cuartel General en Truillas, entre Thuir y Ponteillac. Seguro de su establecimiento en Thuir, mandó quedasen en él dos regimientos de caballería e infantería y la brigada de caballería del Príncipe, y todas las demás tropas saliesen a establecerse en el lugar de Truillas, ocupando al costado de las de Mas-Deu, en el mismo puesto que debían tener en el orden de batalla, quedando acampadas detrás de Ponteillac, y de este modo reunidos los dos campos y aprestados para cualquier evento.

El General Ricardos dispone reforzar la fortaleza de las posiciones de Illa Millas, en la margen derecha del Têt

EL GENERAL RICARDOS DISPONE REFORZAR LA FORTALEZA DE LAS POSICIONES DE ILLE Y MILLAS, EN LA MARGEN DERECHA DEL TET.—Tratando de asegurar la posición de Thuir, el día 11 el General Ricardos dispuso fortificar del mejor modo la del lugar de Illa, como medio de librarrla de un golpe de mano enemigo, construyendo la obra de tal modo que pudiéranse asentar en las murallas algunos cañones; comisionando para ello al Capitán de ingenieros don Miguel Rengel y siendo destinado para su defensa un batallón del regimiento de Málaga. Al día siguiente los miqueletes franceses, con ánimo de inquietar a la guarnición de Illa, sorprendieron el pueblo de Millas, a donde días antes había estado un destacamento español con la misión de desarmar a sus habitantes y traerse los papeles que se encontrasen procedentes de la Convención. No habiendo en el pueblo referido guarnición alguna española, entraron en él, saqueándolo y tirando por las ventanas de las casas particulares cuantos muebles, ropas y utensilios encontraron en ellas y no librándose, como es lógico, de este estrago más que aquellos vecinos que eran tenidos por partidarios de la Revolución. Previendo lo que había de suceder, los habitantes del pueblo huyeron al acercarse los miqueletes franceses, no cogiendo más que a un paisano, que allí mismo fué atado a un árbol y arcabuceado, y a otros dos que se llevaron a Perpiñán, porque tenían puesta una cucarda blanca en el sombrero, delito por el cual fueron guillotinados al día siguiente.

Toda la jornada del día 12 transcurrió en calma, en una actitud de espera por parte de los nuestros, pero hubo de ocurrir algo que no dejaba de tener su importancia. Trece desertores de la Legión de los Pirineos, tres de caballería y dos oficiales, presentáronse en nuestro

campo. Los informes por éstos facilitados aseguraban ascender a 16.000 hombres los que constituían el ejército francés; que el propósito de los revolucionarios de Perpignán era celebrar el dia 14 la fiesta de la Federación con un ataque a nuestro campo, para lo cual, en tanto que un cuerpo fuerte de tropas había de dirigirse contra Argelés, obrando de acuerdo con la guarnición de Colliure, otro cuerpo había de realizar un ataque falso por Thuir y Mas-Deu. Manifestaban los desertores cómo en el Languedoc se habían formado 20 compañías, de las cuales, 12 habían entrado en Perpignán, sumando un total de 1.400 hombres de refuerzo.

Los informes facilitados por estos desertores no eran falsos, sino que respondían de lleno a la realidad. Fervel no vacila en confesar, refiriéndose a los dos oficiales de la Legión de los Pirineos, que: "estos miserables fueron a llevar al enemigo los más precisos detalles sobre la agitación de nuestros consejos y la desmoralización general, que sobre todo en Perpignán había llegado al extremo". "En efecto —expone el historiador francés—, cada paso de Ricardos repercutía en esta desdichada ciudad, llevando a ella la anarquía, la desmoralización y el acopio de nuevas acusaciones contra el General en jefe. Llegóse incluso a promover la cuestión de si era oportuno abandonar Perpignán a la suerte de las armas y retirarse detrás de los Corbières. Flers combatió enérgicamente, con todas sus fuerzas, tan funesto propósito: "Todo está salvado si se sabe combatir", proclamó el ilustre general, según hemos expuesto al tratar de su biografía, añadiendo: "No hay que temer sorpresa alguna si las tropas quieren trabajar bien y atrincherarse."

Pero el ánimo francés no estaba muy dispuesto en Perpignán para hacer caso de tan juiciosas recomendaciones. La voz sospechosa del General de Flers hubo de perderse en medio de los clamores de la muchedumbre revolucionaria, y mal hubiera ido el asunto si gracias a la influencia de un viejo oficial de ingenieros, el Brigadier D'Auvare, a la masa popular no se hubiera podido contener y acallar. El respetable Brigadier había sabido ganarse la confianza de la municipalidad; la asistía con su experiencia desde el comienzo de la campaña y había sido ya lo suficientemente acertado para lograr que algunas veces penetrase la razón en los insensatos consejos de los **clubistas**. Si hemos de creer al brillante historiador militar francés: "A fuerza de poner en evidencia la lentitud tan conocida de los españoles, sus continuas vacilaciones y su eterna circunspección, pudo lograr se aplazase la vergonzosa retirada que se había osado proponer."

El General Ricardos decide avanzar la línea española, aproximándola a Perpignán

EL GENERAL RICARDOS DECIDE AVANZAR LA LINEA ESPAÑOLA, APROXIMANDOLA A PERPIGNAN.—Efectivamente, tal cual lo hemos manifestado anteriormente, nuestro General se hallaba muy bien informado por los espías de cuanto estaba aconteciendo en Perpignán.

La situación de esta ciudad, la agitación y el desorden reinantes en la masa popular, su temor de una inmediata rendición de la plaza ante el vigoroso ataque de las tropas españolas, la falta de disciplina de las republicanas, todo ello invitaba al general en jefe del Ejército español a tomar una decisión, lo que, por otra parte, venía a estar impuesto por el estado de opinión reinante en nuestro campo, pues si hemos de aternos al testimonio que nos ofrece la carta, fecha 11 de julio, del Teniente don José Heredia a su tío don Tomás de Lorenzana, obispo de Gerona, la opinión general entre los nuestros era la de que "sobre el ataque a Perpiñán aun había dudas y dificultades", aunque se entendiera que "la providencia de reunir el campo de Thuir con el de Mas-Deu obedecía al propósito de avanzar en proporción del sitio de Perpiñán". Más explícito todavía en su otra carta al cardenal Lorenzana, le informaba: "Estamos para reunir los campos y adelantarnos para la empresa de Perpiñán, sobre cuyo sitio hay dudas y dificultades porque hay que batir primero los enemigos que están acampados delante de nosotros u obligarles a decampar y encerrarse en la plaza." Como vemos, el concepto sobre la existencia de las citadas dudas y vacilaciones era exactamente el mismo en una y otra carta.

Tal estado de incertidumbre y de indecisión no era nada favorable, como puede comprenderse, al mantenimiento de la moral de nuestro Ejército, supeditado éste, por otra parte, a un trabajo intensivo y a una constante alarma ante el continuo tiroteo de los combatientes y partidas sueltas y agobiado por el rigor de unos calores de tal intensidad, que no permitían a nuestros soldados permanecer en sus tiendas. Semejante situación no podía prolongarse por más tiempo, y por ello Ricardos se dispuso al ataque consiguiente.

Conquista de las posiciones francesas de Canoches y Nils

Como disposición previa para llevarlo a cabo en las mejores condiciones posibles, ordenóse el avance de la línea española, que pudo realizarse sin novedad en la jornada del día 13. Para ello, previamente, Ricardos ordenó se cubriera el lugar de Canoches y su inmediato bosque y que a las dos de la mañana ocupara el Mariscal de Campo don José de Urrutia, al mando del cuerpo de vanguardia, una altura más allá de Ponteillac, a fin de proteger la marcha del Ejército. Iniciada ésta, a las órdenes y bajo las disposiciones del propio General en jefe, nuestras fuerzas formaron en tres columnas, de las cuales la de la derecha debía trasladarse desde Mas-Deu al lugar de Nils, localidad establecida en la orilla izquierda del arroyo o torrente Cantarrana, a las proximidades de la carretera internacional. La del centro avanzaría sobre la derecha de Canoches, en dirección al canal que proveía de aguas a la capital del Rosellón, y la de la izquierda marcharía con el intervalo conveniente cubriendo este costado de nuestro orden de batalla. Dichas columnas realizarían su avance protegidas por una fuerte masa de artillería, debiendo todas ellas, durante su marcha, mantener con toda exactitud los intervalos o espacios necesarios para po-

der desplegar a tiempo y formar sin dificultad en aquel orden de batalla.

Los franceses, que tenían ocupados el lugar de Canohes y un bosque inmediato que se extendía a su izquierda, ante la presencia de los nuestros mostraronse en actitud de resistir, comenzando a romper un vivo fuego de artillería y fusil hacia las ocho de la mañana. Ante la resistencia enemiga, nuestro General dispuso que ocho cañones con un batallón de guardias walonas y las tropas ligeras fuesen avanzando para desalojarlos de sus posiciones, lo que hubo de ejecutarse con un fuego muy vivo y bien servido de nuestra artillería. Por la tarde volvieron a verse los franceses colocados sobre una altura a la derecha de la vanguardia, y habiendo enviado el Mariscal de Campo don José de Urrutia 25 fusileros de Cataluña para contenerlos, quienes, según su costumbre, empezaron a hacer fuego a aquéllos, empeñándose poco a poco en un reñido combate. El General Urrutia, al darse cuenta de ello, les envió algunas compañías de granaderos, pero al ver que los enemigos empezaban a hacer fuego de cañón, ordenó se adelantaran dos cañones de a 12 y dos obuses, que, llegados a su destino, abrieron un fuego tan certero, que tanto los catalanes como la tropa ligera que les acompañaba pudieron a su amparo avanzar tanto que el enemigo se vió obligado a retroceder, abandonando su campamento, en el que penetraron nuestros soldados, trayéndose al retornar a su campo el pan que habían encontrado en algunas de sus tiendas.

También en las avanzadas de Thuir, durante este día 13, se presentaron algunos miqueletes, haciendo fuego sobre nuestros puestos. Pero rechazados y perseguidos por nuestros soldados, tuvieron que refugiarse en el lugar de San Feliú, ocupando a su inmediación una altura, desde la cual continuaron haciendo fuego, aunque a mucha distancia, razón por la cual nuestra tropa se volvió a sus avanzadas, mas no sin tener que lamentar el incidente de un sargento herido.

Ataques franceses sobre la costa frente a Argelés

Pero no era solamente en esta parte del teatro de las operaciones en donde había habido algunas escaramuzas y se había realizado el indicado movimiento de fuerzas. En este día el General Ricardos recibió un oficio del Mariscal de Campo don José de Crespo, comandante de las tropas de Argelés, en el que le daba parte de cómo a las ocho y media de la mañana de este día llegaron a la playa en dos lanchas una porción de gente, que, "al abrigo del fuego que hicieron con esmeriles, desembarcaron y se unieron con otra tropa emboscada antes del amanecer, al objeto de apoderarse de una porción de ganado. Aunque el tiempo empleado en esta tentativa hubo de ser muy breve, sin embargo fué el suficiente para que nuestras tropas pudieran evitarla, enviando a los primeros tiros parte de la gran guardia de caballería con orden de contenerlos. Detenidos y descubiertos, los enemigos lograron reembarcar en su mayoría, y los que no pudieron hacerlo, unos



huyeron precipitadamente y otros lograron su salvación penetrando en el monte, al mismo tiempo que algunos de ellos, colocados en las alturas del camino, hacían fuego por nuestra derecha y centro. Para contener estas agresiones, el General Crespo salió con 50 voluntarios de Cataluña y Tarragona, los contrabandistas indultados, un cañón de batallón y un obús de la gran guardia. Este general dispuso atacar a los enemigos en diferentes partidas, con orden de protegerse unas a otras, dejando las dos piezas sobre el camino real con los restantes catalanes y dos compañías de granaderos, emboscados todos ellos sobre el mismo y a vanguardia.

La resistencia enemiga hubo de manifestarse bastante fuerte. Nuestras **partidas** (tal es la designación empleada por nuestro comunicado oficial) atacaron al enemigo con ardor, echándole de uno en otro monte hasta llegar a un terreno batido por el cañón de Puig Oriol, disparando la artillería de esta posición más de 40 tiros. Asegura nuestra información oficial que "desde el principio se divisió hallarse dos columnas a un lado y otro del camino real, emboscadas en una quiebra del terreno, a poco más del tiro de cañón de nuestras piezas. Por todo lo cual no quiso Crespo se adelantases más nuestras tropas porque habían de quedar expuestas al fuego de los fuertes enemigos sin lograr batirlos caso de retirada. Y así se verificó su pensamiento por el gran conocimiento que tenía de todo aquel terreno y de las fuerzas enemigas". Estas fueron rechazadas en todas partes, y a las dos de la tarde el cuerpo español que estaba emboscado se lanzó en su persecución. "Por nuestra parte—aseguraba la información oficial—no había habido desgracia alguna", manifestando, asimismo, que se vieron cuatro muertos y algunos heridos casualmente, creyéndose que fueran bastantes más, dada la buena dirección de nuestro fuego, y haciendo a un granadero nacional prisionero, quien declaró cómo casi toda la tropa que había en Collioure, y que podía evaluarse en más de 4.000 hombres, había asistido a la operación anterior, situándose en sus posiciones desde la madrugada", advirtiendo nuestro comunicado oficial "que las diversiones que hicieron los franceses demostraron cómo se trataba de una acción meditada, pudiendo los españoles darse la satisfacción de hacerles ver que con una corta porción de tropas habían podido rechazarlos. En su parte de guerra Crespo elogia la bizarria de nuestros soldados y muy particularmente de los voluntarios de Cataluña, y entre los contrabandistas señalaba a Esteban Rocamora, alias "El Estudiante", y a Venedero "El Aragonés" como los más distinguidos por su comportamiento en la operación, siendo uno y otro cabos y capataces de sus cuadrillas. Por otra parte, esta intención de la guarnición de Collioure contra nuestras posiciones próximas a la zona costera ponía de manifiesto cuán interesante era para la seguridad de nuestro frente desalojar al enemigo del macizo costero y hacernos dueños de las aguas y costas de este lado.

Como vemos, la víspera del 14 de julio no dejó de ser algo movida, aunque todas las acciones llevadas a cabo no merecieran efectivamente otro calificativo que el de simples escaramuzas, si bien pudo una vez más comprobarse el valor y la disciplina de nuestros soldados en todo momento.

A pesar de todo, el enemigo se mantuvo en sus puestos al terminar la jornada, excepción hecha de Canothes, que quedó definitivamente en poder nuestro. Según la información proporcionada por Fervel, el cañón no cesó de retumbar durante toda la jornada. En el transcurso de ella el Ejército español hubo de presentar ante el francés un frente de combate de gran extensión, en el que brillaban 123 cañones. Admitir, como lo declara el historiador militar francés de referencia, que esta demostración tenía por objeto evidentemente asustar y provocar a los suyos nos parece de una simplicidad excesiva. Algo más tenía que pretender nuestro Alto Mando. Sin duda alguna cuanto iba realizando el Ejército español obedecía a un propósito de mayor alcance.

Commemoración del 14 de Julio en el campo francés

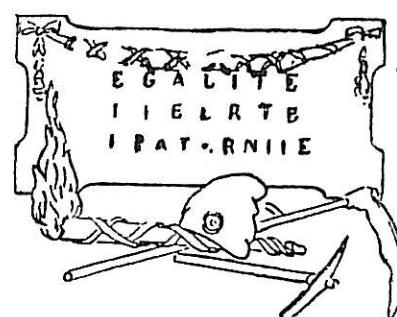
Como quiera que los espías habían confirmado las noticias que de antemano se tenían sobre la celebración de la fiesta del 14 de julio por parte de los revolucionarios, realizando un falso ataque contra nuestras posiciones durante todo el día, nuestro campo se mantuvo en una actitud expectativa y de prevención. Pero aunque nuestro "Diario Oficial" declara que para llevar a efecto aquel ataque habían salido del campo enemigo 800 hombres, no parece que durante la jornada se desarrollase lucha alguna. Desde largo tiempo se anunciaba para este día una gran fiesta militar, que debía celebrarse con gran pompa en medio del campo de la Unión. Para los representantes ésta había de revestir una extrema importancia, pues a juicio suyo ofrecería una preciosa ocasión de reavivar el entusiasmo. Pero De Flers, que contaba poco con la eficacia de tales medios y que no deseaba otra cosa que el restablecimiento de la calma y de la disciplina, retrasó la publicación del programa de festejos presentado por los comisarios de la Convención, de tal suerte que el ceremonial revolucionario no pudo celebrarse hasta la caída de la tarde. "Al ponerse el sol, una salva general por todas las piezas asentadas en batería anunció el final de las arengas y de los cantos patrióticos; a continuación todo volvió a quedar en orden y el general ordenó la vigilancia más severa." Tal es la información que Fervel nos proporciona sobre la jornada de referencia. Y no cabía pudiera ocurrir otra cosa si, como afirma nuestro comunicado oficial, el movimiento de nuestra tropa había consternado a Perpiñán y desbaratado todas sus ideas, estando alborotado todo el Ejército francés, manifestando sus soldados que se hallaban vendidos, achacando a la traición la derrota sufrida el día anterior (1).

(1) El diario francés de que hemos dado cuenta ofrece una descripción de la fiesta del 14 de julio de este año de 1793 en Perpiñán, que por su colorido transcribimos textualmente: «Este mismo día—expone—todo nuestro ejército celebró la fiesta de la Federación con pompa y un entusiasmo general. La fiesta comenzó a las cuatro de la tarde y concluyó a la caída del sol, por una salva general de artillería; el Estado Mayor del Ejército, los representantes del pueblo, las Autoridades constituidas de Perpiñán, se trasladaron al campo precedidas de una música guerrera. Alzóse un árbol de la Libertad en medio del campo, todas las tropas hallábanse con las armas en la mano. Los representantes y algunos administradores pronunciaron discursos acordes con las circunstancias. Toda la fiesta se hizo en presencia del enemigo, que no se hallaba más que a tres cuartos de legua de distancia.»

El General Ricardos se dispone a atacar las defensas exteriores de Perpignán

Dispuesto a llevar a cabo el ataque a las defensas exteriores de Perpignán, el mismo día 14, el General Ricardos, que había establecido su Cuartel General en el lugar de Truillas, a poco más de media hora de donde estaba asentado el campamento español, al amanecer, salió a reconocer toda la línea, y juzgando necesario reforzar el flanco izquierdo de la misma, en vista de ser el más débil, dispuso se incrementase su contingente con algunos batallones, ordenando se avanzase más por este sector del frente para cubrir parte de un bosque situado a vanguardia, y disponiendo, asimismo, vinieran otra vez por las acequias las aguas que habían sido cortadas para privar de su suministro a la ciudad de Perpignán, pero que ahora eran reclamadas por las necesidades de nuestras tropas, definitivamente acampadas. Nuestros soldados, al anochecer de este día 14, pudieron escuchar los estampidos de la fusilería y el retumbar de los cañones del lado de la capital del Rosellón, suponiendo acertadamente que todo ello no era otra cosa que las salvas para festejar la celebridad de su fiesta nacional.

Las dos jornadas del 15 y del 16 transcurrieron sin novedad. Frente a frente los dos ejércitos se mantenían en sus posiciones, observándose atentamente y dispuestos a todo evento.



CAPITULO IX

Batalla de Perpignán

Las obras de defensa exterior de la capital del Rosellón. - Estas son dispuestas y ejecutadas por el General De Flers. - El General Ricardos se propone inquietar el campo defensivo de La Unión, el día 16 de julio. - Disposiciones tomadas por nuestro General en Jefe, para la realización del ataque. - El General francés se determina, por su parte, a rechazarlo. - Su plan de combate. - Desarrollo de la acción. - El Ejército español se ve precisado a retirarse ordenadamente del campo de batalla. - Causas de esta decisión. Efecto que esta retirada viene a causar en el número de los revolucionarios. - Consideraciones sobre la batalla de Perpignán. - Juicio crítico de la misma. - Demostración llevada a cabo por la guarnición francesa de Collioure el día 17 de julio. - Los escritores y críticos franceses consideran esta batalla de Perpignán desarrollada el 17 de julio, como el Valmy del sector meridional de los Pirineos Orientales. Desde luego, por su influencia fué esta acción de guerra de carácter más importante que el que pudiera corresponder a un simple reconocimiento ofensivo, de esta suerte calificada por los críticos españoles

Situación de los frentes español y francés



L día 16 de julio, la situación de los frentes era la más favorable para llegar a un encuentro. Recordaremos que su distancia ante la línea de Serrat d'an Vaque, no pasaba de los 1.600 metros. No creemos necesario volver a repetir cuál era la disposición del frente español, desde la colina de Canohes hasta la carretera internacional de Narbona a la frontera. Los franceses, viendo a los españoles tan cerca de Perpiñán, establecieron tres campos avanzados, todos ellos al abrigo de los fuegos de la plaza, según expone Marcillac. El campo de la derecha estaba situado ante el pueblo de Orlés, apoyado en el Tet; el de la izquierda se asentaba en Cabestany, detrás del arroyo Cantarrana, que, como recordaremos, iba a afluir al lago de Saint-Nazère, y el del centro estaba constituido por el campo atrincherado, establecido a la inmediación de la referida carretera internacional. Era en esta posición en la que el General De Flers esperaba los refuerzos que le habían sido prometidos. A su inteligente previsión se debía la existencia de este frente defensivo que ponía a Perpiñán en condiciones de ser defendido eficazmente.

Propósito del General Ricardos en la realización del ataque

PROPOSITO DEL GENERAL RICARDOS EN LA REALIZACION DEL ATAQUE.—Según la información oficial española, el propósito de esta operación no era otro que, "el de inquietar el último campo de los enemigos, adelantando una batería y atacándolos, si se desordenaban". El Teniente don José de Heredia no concedía al ataque, que hubo de llevarse a cabo el día 17, otro alcance que el de incomodar el campo francés que cubre a Perpiñán con la **idea de obligarle a decampar** (Carta núm. 4, escrita al Cardenal Lorenzada el 23 de julio), pero, según lo expuesto por el General Ricardos en carta escrita a la Condesa su mujer, y de la que se da cuenta en el elogio fúnebre que, a raíz del fallecimiento de nuestro General, escribió Hervás, su propósito era más amplio: "Si mi artillería logra hacer callar la suya (se refería al campo de la Unión) y llevar a él la confusión, los atacaré en columnas. La empresa será ruda; habría mucho que hablar en pro y

en contra de ella, y esto en la guerra, basta. Si yo los bato en su campo, están perdidos". Estos conceptos estaban escritos la víspera misma de la batalla de Perpignán.

Dispositivo de combate del Ejército español.—Orden dada el 16 de julio

DISPOSITIVO DE COMBATE DEL EJERCITO ESPAÑOL. ORDEN DADA EL 16 DE JULIO.—Esta orden decía lo siguiente: "Esta tarde, a las siete, saldrán cuatro batallones y 300 hombres de tropas ligeras a las órdenes del Teniente General Conde de la Unión, se pondrán en marcha con 12 piezas de 4 y seguidos de 400 trabajadores para apoderarse de la colina situada frente a la vanguardia del campo enemigo. Toda la vanguardia del ejército se hallará presta, a la misma hora, para sostenerlos.

"Serán formadas cinco columnas de ataque: tres de Infantería y dos de caballería. Cada columna de Infantería irá precedida de 600 voluntarios, y se compondrán: 1.^a, la de la derecha (Duque de Osuna), de dos batallones de Guardias españoles; 2.^a, la del centro (Marqués de las Amarillas), de dos batallones de Granaderos; 3.^a, la de la izquierda (D. de Curten), de dos batallones de Guardias walonas.

"La columna de Caballería de la derecha (Mariscal de Campo don Tadeo Hermosa) estará compuesta de dos escuadrones de Carabineros reales y de todas las tropas ligeras.

"La de la izquierda (Brigadier D. Antonio Calatayud) compuesta de todos los Carabineros de diversos Regimientos y de los Granaderos y Dragones.

"A media noche partirán ocho obuses de ocho pulgadas, seis de seis, una pieza de 16 y 12 de a 12, que deberán estar asentadas al amanecer en la batería que los trabajadores habrán construido sobre la colina que el Conde de la Unión está encargado de defender. A la misma hora, las cinco columnas de ataque se pondrán en marcha y se colocarán en los reveses de la montaña, de manera que queden lo menos expuestas que sea posible al fuego del enemigo. Las columnas se formarán antes de su partida sobre el frente de la derecha de la primera línea. Al despuntar el día, la vanguardia marchará a reemplazar los batallones y los regimientos de Caballería que hubieran partido la víspera para apoderarse de la colina y construir las baterías. Dicha vanguardia servirá también para llenar los vacíos que quedasen en la línea de las columnas de ataque. Sobre la colina, y al lado de la batería, será colocado un gran montón de paja, y el General que mande esta acción le hará dar fuego luego que vea que los enemigos están en su campo en desorden o confusión y, a la señal de esta ahumada, todas las cinco columnas atacarán con denuedo y bizarria el campo enemigo, conservando unión, silencio y buen orden y, en este caso, toda la tropa de la vanguardia del Ejército subirá a coronar la altura donde está la batería, las demás se pondrán sobre las armas, manteniéndose dentro de sus campamentos y en disposición de acudir donde se las mande.

"A la misma señal de la ahumada se avanzará por derecha e iz-

quierda, por otras dos columnas de caballería, la primera al mando del Brigadier don Manuel Bretón, el cual por el camino real de Perpiñán, echándose sobre la derecha, hará semblante de amenazar el campo enemigo por su espalda y costado izquierdo, y, en caso de ver sus tropas puestas en desorden, se arrojará sobre ellas para perfeccionar la derrota..., y se avanzará por la izquierda del campamento hacia el río Tet, con objeto de que, si se ve huir a los enemigos por aquella parte, los carguen y derroten en cuanto lo permita el terreno (1).

"El resto del ejército tomará las armas a las dos de la mañana y esperará las órdenes ulteriores que sean oportunas.

"Se municiónarán esta tarde todas las tropas, hasta tener 42 cartuchos por hombre, y se dará una ración de arroz, tocino, carne y vino, para que antes de amanecer coman un rancho, y a medio día otro, que tendrán compuesto los rancheros.

"Cada batallón nombrará un sargento y doce soldados, que, con parihuelas, vayan detrás de las columnas recogiendo a los heridos para conducirlos a los hospitales que se establecerán detrás de la vanguardia del ejército. Trullas (2), 16 de julio de 1793."

En cumplimiento de la orden anterior, la artillería había de establecerse al centro del frente de combate, sobre la meseta de Mas Serre, al abrigo de una verdadera batería de sitio, pues, efectivamente, habían de quedar asentadas en ella 27 piezas de grueso calibre, apoyadas por ambos flancos en la artillería de campaña. Todo el éxito de la operación estribaba en el resultado que obtuviese el fuego de esta batería. De su eficacia dependía, aprovechando el desorden que pudiera introducir entre las filas enemigas, el llevar a cabo un amplio movimiento envolvente por el flanco izquierdo que, alcanzando la línea del Tet, arrollase la derecha francesa.

La ejecución de este plan imponía, consecuentemente, dejar la derecha española en actitud expectante, y por ello Ricardos se limitó a enviar a la punta de la Fuste una batería de posición que había de mantener en respeto a la guarnición francesa de Cabestany y que, para su seguridad, estaría defendida por un destacamento fuerte de un millar de hombres. Para asegurar la vigilancia y posesión de la vía principal de Perpiñán a la frontera, fueron destinadas las tropas ligeras y dos escuadrones de carabineros reales. Entre éstas y el asentamiento de la gran batería, había de establecerse, y así lo fué, la masa de ataque, compuesta de seis batallones dispuestos en divisiones de 40 filas a media distancia, y prestos, en todo momento, a desembocar de sus atrincheramientos.

Siendo por la izquierda el sitio por donde había de realizarse el envolvimiento del flanco derecho del frente enemigo, agrupóse de este lado la caballería que había de ejecutarlo. Formada al pie de la meseta de Canohes y apoyada por dos batallones de guardias walonas, esperó la ocasión oportuna para caer sobre Orlés, precipitarse hacia

(1) La referida columna de la derecha, al mando del Brigadier Bretón, estaba constituida por los regimientos de Caballería de Lusitania y Villaviciosa, y la de la izquierda, al mando del Brigadier Velarde, por los regimientos del Algarbe y de Montesa.

(2) Este Trullas corresponde al Truillas francés.

el Tet y correr a ocupar el desfiladero de Salces, bajo la protección del destacamento de Ille, que debía descender hasta el lugar de Saint-Estéve, con la misión de cortar las comunicaciones de Perpiñán. La reserva quedaba estacionada delante de San Nicolás.

A este plan del general en jefe del Ejército español, el general francés De Flers opuso el suyo, bien concebido. Estimando éste que sus flancos eran débiles, destinó a ellos la mayor parte de sus fuerzas. En el ala izquierda, hacia Cabestany, 4.000 infantes y la caballería de la legión de los Pirineos Orientales habían de contener al enemigo; a la derecha, hacia Orlés, el mismo número de bayonetas, apoyadas por los 300 gendarmes de la columna Dugua, quedarían igualmente formados. El frente del campo, precedido de un largo y rápido talud, constituía el punto fuerte de la resistencia francesa en esta parte; 1.450 hombres fueron juzgados como suficientes para guarnecerla. Los atrincheramientos abrigaban la gran batería formada por 50 bocas de fuego, servidas por 325 artilleros, mandados por el diestro coronel Lamartillère. Finalmente, en el seno de un barranco, al pie de Serrat, estaba desplegada la vanguardia, compuesta de 1.650 combatientes, al mando de Dagobert. Esta vanguardia apoyaba su izquierda en una pequeña obra avanzada, denominada el **Pan de azúcar** a causa de la forma del mamelón que la coronaba.

Desarrollo de la acción

DESARROLLO DE LA ACCION.—El anterior plan, dispuesto por el General Ricardos, comenzó a ser puesto en ejecución sin dificultad alguna. Antes de rayar el día se concluyó el levantamiento de las obras de fortificación ligera o del campo de batalla que habían de servir de asentamiento a la gran batería de referencia, e inmediatamente fueron trasladadas a sus puestos las distintas piezas de artillería sin obstáculo alguno. A las cuatro y cuarto rompieron éstas un fuego vivísimo contra el campo de los enemigos. En un principio, y por algún tiempo, la artillería francesa permaneció muda, en actitud de esperar tranquilamente, sin que a lo largo de Más Ros se notase movimiento alguno, en tanto que las 50 bocas de fuego de nuestro frente de batalla conmovían el espacio con la explosión de sus proyectiles. Pero semejante estado de calma por parte de los franceses no podía durar mucho tiempo; la impaciencia comenzaba a dominar a los soldados. Los oficiales murmuraban en voz alta y los representantes de la Convención no ocultaban sus amenazas. De todos lados sentía De Flers el empuje que le forzaba a actuar, aceptando la batalla, y comenzar a dictar las órdenes oportunas, pero ante situación tan grave y apremiante, el general francés no cejaba en su actitud, dando prueba de la fortaleza de su carácter. "A los ruegos, a las amenazas, a las injuriosas sospechas, a los gritos de traición, el general republicano, siempre impasible, oponía su silencio absoluto." (Fervel.) Oportuna es aquella consideración, expuesta por este historiador militar francés al advertir: "Cómo es preciso darse cuenta de la gran cantidad de energía que le era necesario mantener en

ecc.
Saint-
ignán.

eneral
e que
fuer-
caba-
ier al
netas,
larian
rgo y
sa en
para
for-
s por
rran-
ta de
yaba
n d

por
icul-
de
bian
me-
urti-
un
, y
cti-
no-
tes-
sus
ce-
do-
re-
los
do
si-
su
os,
n,
so-
te
n-
in

momento tan crítico a un jefe víctima de odiosas suposiciones y solo contra todos, y qué fuerza de convicción y de vigor de carácter le era preciso para mantenerse fríamente contra un ejército agitado, hallándose dispuesto a salvarle a despecho suyo y a arrancar de su ciego arrebato un éxito que la deshonra que mancha a los traidores y el cadalso habían de recompensar". Pero tal estado de pasividad no podía prolongarse, y cual suele acontecer ordinariamente en estos casos, bastó un incidente insignificante para que el general francés se viera arrastrado por la turbulencia de sus artilleros. Hacia las nueve de la mañana, bastó la caída de una bala de cañón en las baterías francesas para romper inmediatamente el fuego con toda violencia. Nuestra artillería no podía apagar, ni siquiera disminuir, la intensidad del fuego de la contraria. El enconado duelo no cesaba. Sin duda alguna, las piezas francesas estaban muy bien servidas por diestros artilleros, a pesar de que Fervel declare que lo eran en gran parte por gentes del país reclutadas de los contingentes de las antiguas compañías rosellonesas de guardacostas y afirme que no existía en aquel ejército un solo oficial de artillería de línea que mereciera esta designación. De todos modos, estas circunstancias desfavorables hallábanse compensadas por la energética dirección del Coronel Lamartillère, quien multiplicándose y atendiendo a todo, logró conseguir que sus baterías alcanzaran sobre las nuestras aquella superioridad de fuego, que fué la principal causa del éxito de las tropas de la República en aquella jornada.

En vista de todo esto, el General Dagobert, para librarse de la guardia de la lluvia de proyectiles lanzados por nuestra artillería sobre el campo francés, cuyas avenidas dominaba, no vaciló en descubrir su **frente de banderas** y toda su tropa, realmente apelotonada, a uno y otro flanco del mismo y, por consiguiente, en situación poco favorable. Reunida ésta por fin, y para mejor resguardarla, ordenó situarla al pie de la larga cortina que se extendía delante de ella; tras cuyas disposiciones, acompañado de su lugarteniente, el General Poinçot y después de entregar el mando de aquellas fuerzas al Teniente Coronel Pérignon, corrió sin tardanza a situarse al lado del general en jefe.

Actitud expectante del General De Flers

Advierte el historiador francés de referencia que esta primera parte de la acción, tal como se ha descrito, no estaba detallada en los documentos oficiales; contentándose el General De Flers con afirmar que dejó al enemigo consumir inútilmente sus municiones. Y a continuación transcribe las siguientes declaraciones de Cassanyes, consignadas en sus Memorias: "Dagobert no podía concebir por qué razón Ricardos hacía cañonear y bombardear nuestro campo, como si se tratase del asalto a una plaza fuerte". Y luego añade: "Nosotros permanecíamos con los brazos cruzados, sin hacer la menor defensa. Dagobert esperaba órdenes de De Flers, y me encargó trasladarme a su lado. Flers permanecía buenamente en Casa Blanca (en Más Ros o Conte). Le manifesté mi sorpresa. El me respondió que tenía

necesidad de guardar las municiones de guerra para defenderse en Perpignán, si fuera sitiado. Yo le hice observar que la pólvora abundaba en Perpignán. Quiso quedar inmóvil, o a lo menos no dar ninguna orden. Indignado fui a visitar las baterías, que estaban servidas por habitantes del departamento y que habían sido antes artilleros guardacostas. Estos mismos se hallaban indignados. Bien pronto, por un movimiento espontáneo, un cañonazo partió, y al instante todas las baterías rompen el fuego. La infantería toma las armas, la caballería monta a caballo. Dos batallones avanzan, yo los acompañó..."

Un medio batallón de la Legión de los Pirineos Orientales estaba emplazado a vanguardia del reducto del **Pan de azúcar**. El Teniente Coronel Perignon, que mandaba las fuerzas de este lado, al ver este medio batallón asaltado por una nube de tiradores suizos (?) y en situación angustiosa, envió en socorro suyo a 150 cazadores, pero este refuerzo resultó insuficiente. El incidente amenazaba terminar de mala manera para los franceses. Se imponía una medida rápida y energética. Por ello, el bravo coronel, arriesgando su propia persona, cogiendo el fusil de un herido, corre a tomar puesto en la fila de los granaderos de Champagne, que eran los únicos que se mantenían todavía firmes en su actitud. Su presencia reanima a sus legionarios, pero de todos modos hubieran sucumbido aplastados por el número si felizmente no hubiera venido en su socorro el General Poinçot con 300 hombres y dos piezas de cañón. Estas dos piezas restablecieron inmediatamente el combate. Afirma Fervel que tal fué el efecto que esta pequeña victoria causó sobre los nuestros, que el General Poinçot no vaciló en volver al campo recién abandonado para asentar en él cuatro nuevas bocas de fuego.

Retirada del Ejército español

No sin reserva acogemos este incidente de la batalla, del que no da cuenta alguna nuestra información oficial, la que tan sólo declara que habiendo continuado por algunas horas el fuego de nuestras piezas sin lograr disminuir el de las contrarias, al ver que no se había logrado desordenar a los enemigos, como se había creído conseguirlo; no tuvo lugar el ataque preventivo. "En este caso, expone textualmente nuestro comunicado oficial de los días 16 y 17, se mandó retirar la artillería de la batería, porque no habiendo ya objeto sería ociosa la continuación de fuegos, llevando el cansancio inútilmente a mucha tropa, que era necesaria para sostener aquella artillería." Esta retirada de nuestras piezas se concluyó a cosa de la una, "quedando deshecha toda la batería y recogidos los sacos de tierra con que se construyó". La retirada comenzó por la derecha, seguida por la de las tropas que cubrían nuestro frente. La izquierda debía formar la vanguardia, apoyándose en la villa de Canohes.

Los Generales De Flers y Dagobert y el jefe de Estado Mayor Giacomoni, y con estos tres algunos oficiales superiores, situados en la gran batería asentada en la meseta de Serrat den Vaque observando el desarrollo de la acción, pudieron ver cómo nuestra artillería y nuestras tropas de infantería y caballería iniciaban su retirada.

Ante hecho tal, el General De Flers ordenó activar el fuego de las baterías francesas y envió en persecución de los nuestros 2.000 hombres de la vanguardia, precedidos de algunas compañías de miqueletes y sostenidos por una pequeña fuerza de caballería y por la artillería ligera. Todas estas fuerzas, a las órdenes del General Dagobert, avanzaron en dos columnas hacia el pueblo de Canohes. Pero advertido nuestro general del intento francés, procedió a su fracaso, y en consecuencia dispuso reforzar la posición de Canohes con los batallones de Saboya, Mallorca y Navarra, a las órdenes del Brigadier D. Rafael Vasco, y dos guerrillas de caballería, mandadas por los oficiales de Calatrava y Montesa, D. Manuel de Freire y D. Antonio Ovando.

Cuarenta caballos del regimiento de Calatrava, destacados de la gran guardia y al mando del Capitán D. Tomás de San Juan, cargaron sobre el enemigo, que avanzaba en dos columnas hacia el pueblo citado, sostenido por el fuego de la infantería. Los franceses no pudieron contener el empuje español y huyeron precipitadamente, refugiándose tras la espesura de un bosque, desde el cual comenzaron a hacer un vivo fuego. "Para abatirlos—expone nuestro parte de guerra—dispuso Vasco avanzasen a desalojarlos dos compañías de granaderos de Navarra y Saboya, dos piquetes de éste y del regimiento de Mallorca y el batallón de Navarra; todas estas fuerzas, a las órdenes del coronel de este regimiento, D. Ildefonso Arias."

Como quiera que los franceses, al penetrar en el bosque se habían hecho fuertes en una casa edificada dentro del mismo, este coronel dió las disposiciones para su desalojamiento por los revolucionarios, ordenando el ataque consiguiente. Nuestra tropa logró poner en fuga a la mayor parte de los enemigos, a los que cargó la caballería que hemos citado, y el cerco de la casa fué tan completo, que, según nuestra información oficial, apenas se escapó uno, contándose hasta noventa muertos de ellos sólo en los alrededores de la casa, haciendo ocho prisioneros. Según esta información oficial española: "Formada luego en batalla toda la infantería, continuó el fuego hasta recibir la orden de retirarse a Canohes con todas las demás fuerzas que habían tomado parte en la acción, quedando por todo aquel campo muchos cadáveres de los franceses".

La retirada del ejército español se verificaba con el mayor orden, cual corresponde a una fuerza combatiente que por propia determinación abandona el campo de batalla. Nuestras tropas desfilan hacia su campamento a pleno mediodía. Pero los franceses, que por primera vez contemplan a nuestros soldados volviéndoles la espalda, ignorantes de la positiva energía que en todo momento les anima, no obstante el poco éxito de sus anteriores intentos, creyéronse en el caso de imponernos un duro castigo. Como primera medida hicieron avanzar su artillería ligera para inquietar vivamente la retirada de nuestras tropas, a punto de que sus proyectiles comenzaban a causar sensibles bajas entre las filas españolas. Como quiera que el cañoneo de la artillería continuara durante gran parte de la tarde, con grave daño nuestro, según propia confesión del Teniente Heredia, asistente a este hecho, nuestro general en jefe determinó ata-

car al enemigo, cargando sobre sus flancos con una fuerza considerable de caballería, y que nuestra artillería avanzase también para batir la contraria.

La columna de la derecha se componía de dos escuadrones de la brigada de Carabineros reales y del regimiento de Dragones de Villaviciosa, todos ellos al mando del mayor general de la caballería. Constituían la de la izquierda un escuadrón del regimiento del Príncipe, otro escuadrón de Numancia y 40 caballos de Lusitania y el regimiento del Algarbe, columna que salió en un principio mandada por el Brigadier D. Francisco Velarde, y al poco rato, por el Mariscal de Campo D. José Moncada. Encargada esta columna de realizar el ataque principal sobre el ala derecha francesa, era, por consiguiente, la más fuerte, y en su avance había de ser sostenida por el fuego del batallón de Navarra, la compañía de Granaderos del regimiento de Saboya y un piquete del de Soria, llevando a su frente a los coroneles del citado regimiento de Saboya y del de Navarra, D. Rafael Vasco y D. Ildefonso Arias. La primera columna fué contenida en su avance, pero la de la izquierda, despreciando el continuo fuego de una tropa enemiga emboscada en la linde del camino que cruzaba por el campo de acción, lanzóse denodadamente contra la batería francesa, cargando con tal viveza el regimiento del Príncipe y algunos dragones, llevando a su frente al Brigadier Velarde, que los franceses se vieron obligados a abandonar sus piezas de artillería, de las que clavamos dos y trajimos una de ocho, haciendo sobre ellos una carnicería terrible, si no miente nuestra información oficial.

Vigorosa reacción española

La francesa confirma la existencia de este vigoroso ataque desarrollado por los nuestros. Al iniciarse la retirada de nuestras tropas, el General Poinçot reapareció en la vanguardia con cuatro piezas nuevas de artillería, que eran aquellas que había ido a buscar a su campo para rechazar nuestra ala derecha, según indicamos anteriormente. Cuando este general llegó a la posición nuestras tropas habían abandonado hacia poco la meseta de Más Serre. Sin pérdida de tiempo, el general francés ordena su ocupación y se lanza hacia Canohes, con ánimo de desconcertar las columnas españolas, que, según propia confesión del historiador Fervel, se retiraron en un orden perfecto. Pero Canohes no está desguarnecido; súbitamente surge de él una numerosa caballería, que envuelve al temerario agresor. El General De Flers, que se ha dado cuenta del suceso, envía al General Barbantane con 1.000 hombres y tres cañones a la posición de Más Serre, y conviéndolo así Poinçot, viene a replegarse al abrigo de estas fuerzas. Al verlo, nuestros escuadrones se detienen.

A raíz de estos acontecimientos, Dagobert recobra el mando de la vanguardia, y dejándose llevar por su natural impulso, se lanza ciegamente sobre nuestras fuerzas. Para realizarlo, apoyando su izquierda en las tropas de Barbantane, agrupa, para cubrirlas detrás de las alturas de Más Serre, las fuerzas de Poinçot; después, con tres

piezas de artillería y una compañía de granaderos, se lanza hacia delante, recobrando el terreno que su lugarteniente se había visto obligado a perder, e inicia un violento cañoneo sobre Canohes, pero éste, bien provisto de una poderosa artillería, responde con un espantoso cañoneo. Ante él, Dagobert desaparece, así como su débil escolta, confundidos en un inmenso torbellino de humo, y cuando la nube se disipa, el imprudente general puede ver a la caballería española que avanza en masa para cortarle la retirada.

En estas circunstancias, la posición francesa no puede mantenerse; pero, sin desconcertarse, Dagobert ordena a su artillería y fusilería hagan fuego sobre nuestros jinetes. Vanos son estos esfuerzos. La caballería española prosigue en su avance. El general francés persiste en su propósito y manda cargar a la bayoneta a sus granaderos. Dispuestos éstos a obedecer, apenas han dado un paso cuando al momento todos los artilleros, los granaderos y demás fuerzas francesas retroceden, y bien pronto, con una precipitación que imprime a este retroceso un carácter más semejante a una derrota que a una retirada, abandonan una pieza de ocho, arrastrando con ellos a los gendarmes franceses que se habían lanzado a su socorro y a las propias tropas de Poinçot, que habían permanecido abrigadas detrás de Más Sarre y que corren a refugiarse, una vez más, bajo la protección de Barbantane. Este testimonio, de naturaleza francesa, confirma, por lo tanto, el relato que de la acción ofrecía nuestro comunicado oficial.

Faltas de ejecución en el Mando español subordinado

Pero ésta no había terminado. Nuestros escuadrones habían sido detenidos por un débil obstáculo: era éste el canal que ya conocemos, y emplazada sobre una colina, en este punto, la artillería francesa, hubieron de renunciar nuestros jinetes a seguir adelante. "Por un espontáneo impulso, Barbantane, Poinçot, Dugua, reaniman a sus soldados, agrúpanse unos y otros alrededor de Dagobert, y así agrupados se lanzan sobre una centena de jinetes nuestros que acababan de franquear el canal y trataban de rehacerse. En este momento, se entabla una furiosa confusión en la que cada uno de los combatientes rivaliza en ardor"; y si hemos de creer a Ferver "los gendarmes franceses parecen no retroceder más que con el propósito de volver a tomar carrera". La artillería de la reserva, la del campo, actúan maravillosamente, declara este historiador refiriéndose a los suyos. Cargan los granaderos franceses, y bien pronto todos los jinetes nuestros que habían pasado el canal son heridos, prisioneros o dispersados. Testigos de esta derrota, los nuestros, no tardan en regalar... pero (y esto es lo interesante) "el ejército español acaba tranquilamente su retirada". Confiesa nuestro comunicado oficial que a muy poco rato volvieron los franceses a raíz de su anterior contención por los nuestros, y que su caballería cargó sobre el Regimiento del Príncipe, que hubo de recibirla al galope, habiendo un choque entre ambas, que obligó a los enemigos a refugiarse en un bosque, a donde todavía la persiguió la nuestra en gran espacio. Nuestra infantería

sostuvo a la caballería, y aun arrolló a los enemigos, haciéndoles fuego hasta ser de noche, al llegar la cual, se retiraron todas estas fuerzas españolas en buen orden, con lo que se logró escarmentar al enemigo, de modo que éste, en toda la noche y días consecutivos, no volvió a inquietar con sus cañones los campamentos ocupados por nuestras tropas. Eran las siete y media de la tarde. Y confirmando la información francesa de que hemos dado cuenta, la nuestra oficial afirma que "esta última acción que acabamos de relatar fué muy viva y sostenida por ambas partes, por lo que hubo algunas desgracias". Y el citado Teniente don José Heredia, testigo de mayor excepción, informa a su tío el cardenal que "ha faltado poco para que nuestros soldados arrebataran la artillería francesa, y que dos batallones de línea con la tropa ligera arremetiendo contra los revolucionarios les atacaron con la mayor bizarria, haciendo muchos prisioneros y tomando cinco cañones; pero no habiendo habido buena armonía entre los que mandaban la acción, dióse lugar a que cargase la caballería enemiga, perdiendo los nuestros alguna gente y no trayéndose más que uno de los cañones, aunque dejando clavados otros dos y rotas las cureñas". Heredia afirma textualmente "que, por fin, no les quedó gana a los señores franceses de molestarnos más aquella noche".

Bajas y prisioneros hechos en esta acción y consecuencias de la misma

BAJAS Y PRISIONEROS HECHOS EN ESTA ACCION Y CONSECUENCIAS DE LA MISMA.—Nuestro comunicado del día 17 fija en unos 600 el número de las bajas sufridas por los franceses, según noticias de los prisioneros y espías, si bien el posterior del día siguiente declara a su vez que por las proporcionadas por los desertores se pudo saber que la verdadera pérdida de los franceses había sido de 827 entre muertos y heridos, y que llenos de terror habían desertado muchos (hasta más de 1.000 hombres) retirándose a sus casas. Y a mayor abundamiento, la información oficial del día 19, tras de reiterar la cifra de las 827 bajas, añade que dos batallones nacionales en la última hora de la tarde gritaron ¡Viva el Rey de España! y quisieron entregarse, razón por la cual el general francés y la municipalidad de Perpiñán los habían enviado sin armas ni banderas a sus casas con licencia, como indignos de servir a la República francesa, y ampliando esta noticia declara nuestro comunicado oficial que, en efecto, en la tarde del día 17 se vió a un batallón francés que habiendo puesto los sombreros sobre sus bayonetas gritaban ¡Viva España!, pero que como es expuesto en lo vivo de una acción dar fe a estas señales equívocas que pueden ser un ardid, no fueron creídos, teniendo nuestra tropa aquella misma tarde el ejemplo de ello con cuatro soldados de a caballo franceses, que aparecieron rendirse y luego hicieron fuego contra los nuestros.

Entre los prisioneros figuraba uno de gran importancia. Un tal D'Arche, Comandante de todos los miqueletes, hombre muy sagaz y atrevido, y que disponía a su arbitrio de esta tropa que inquietaba

continuamente no sólo a los pueblos que le parecían sospechosos, teniéndoles aterrados con las vejaciones que sufrían, sino a nuestros destacamentos que estaban en ellos y aun a veces a las avanzadas de nuestro propio campo. Tenía por su intrepidez la confianza del general francés y era el que proponía todos los planes de ataque, por cuya razón era muy considerado, a punto tal, que aquél había solicitado ya su canje.

Por lo que a nosotras respecta, el comunicado nuestro del citado día 17 fijaba en 31 muertos y 108 heridos el número de las bajas experimentadas por el ejército español en la batalla de Perpignán, y, como es de rigor en estos casos, la información francesa que confiesa haber tenido 200 bajas, fija en más de 300 el de las nuestras, achacándonos Fervel el número de 100 muertos y 30 prisioneros. Nuestra información oficial presenta el cuadro de los muertos, heridos y contusos que figura en el apéndice número 11 de nuestro trabajo.

Para mayor y más exacto conocimiento de la realidad de los hechos, creemos oportuno transcribir aquí los informes que Fervel proporciona al final de su relato de la batalla que nos ocupa: "Los representantes del pueblo—expone—habían dignamente sostenido con su ejemplo el entusiasmo de nuestros soldados. (Eran estos representantes Projean y Cassanyes.) Uno y otro pusieron de realce la existencia de numerosos rasgos de valor, pero sobre todo de la admirable actitud de los heridos franceses, que exhalaban sus gemidos de dolor en medio de cantos patrióticos y de energicas exortaciones a sus hermanos de armas. Así Cassanyes da cuenta del inenarrable efecto que causó el paso por entre las finas de los soldados franceses de seis artilleros abrasados por la explosión de un furgón. De pie sobre el carro que los llevaba, pues tan sólo sus pies se habían librado, ostentando con orgullo sus horribles llagas, no hacían otra cosa que lanzar gritos de entusiasmo para excitar el valor de todos aquellos que permanecían con las armas en la mano. En las ambulancias, durante las amputaciones, el grito que dominaba sobre todos los demás era el de ¡Viva la República!..."

"La prueba decisiva de la fuerza moral de los ejércitos radica—afirma Fervel—en este testimonio, ofrecido por las ambulancias, y jamás ejército francés hubo de ofrecerla más gloriosamente que éste cuya historia estamos relatando."

Recogemos esta información, facilitada tan brillantemente por el historiador francés, y la ofrecemos a nuestros lectores como prueba de la fortaleza, de la disciplina y del heroísmo de nuestros soldados, que ciertamente no tenían delante de sí un enemigo fácil de arrollar. Y si no nos consideramos en el caso de amenguar en lo más mínimo la veracidad del relato que Fervel nos ofrece, sí nos creemos, en cambio, autorizados para proclamar en esta ocasión, una vez más, la tradicional valía del esfuerzo de nuestros soldados, casi siempre en pugna con un enemigo poderoso y temible.

Juicio crítico sobre el desarrollo de la
batalla de Perpignán

JUICIO CRÍTICO SOBRE EL DESARROLLO DE LA BATALLA DE PERPIGNAN.—Sobre la verdadera finalidad de la operación ideada y puesta en ejecución por el General Ricardos no hay por qué insistir; ella viene perfectamente definida, como recordaremos, por el propio comunicado oficial español de los días 16 y 17, en el que se expresa, de modo terminante, la resolución del General Ricardos de atacar el último campo de los enemigos, que está frente al lugar de Canches, aproximándoles una buena batería para atacarlos si llegaban a desordenarse. Y si la finalidad era ésta, el objetivo no podía ser otro, como era lógico, que la conquista del campo francés que cubría a Perpignán, según lo indicaba el Teniente Heredia, obligando a sus ocupantes a descampar.

El plan preconcebido al efecto por el General Ricardos, y que quedaba perfectamente expuesto y detallado en su orden del 16 de julio no podía ser más razonable. Tratándose del asalto a unas posiciones que los franceses tenían fortificadas y artilladas con poderosas bocas de fuego y al abrigo de las murallas de Perpignán, el asentamiento, por nuestra parte, de otra no menos poderosa artillería que destruyese la fortaleza material del contrario era cosa obligada, y por esta razón no encontramos justificada la extrañeza de aquellos historiadores o tratadistas militares, que no conciben cómo pudo disponer el General Ricardos el ataque al campo de la Unión como si se tratase del sitio de una plaza fuerte, y nos extraña cómo Dagobert no podía concebir por qué Ricardos lo hacía cañonear y bombardear como si en efecto fuera una posición militar de esta clase.

En cuanto a la disposición de nuestras tropas en el orden de combate para el asalto hemos de manifestar igualmente que nos parece acertada.

La formación de las tres columnas de ataque y el movimiento envolvente ideado por ambos flancos del contrario, una vez que hubiera podido conseguirse, merced al fuego de nuestra artillería, desconcertar la fortaleza y el buen ánimo del enemigo, todo ello seguido, caso de éxito, por el ataque general de toda la línea de combate, respondía a la concepción de una maniobra de gran alcance, y otro tanto pudíramos decir del acierto en disponer sobre la meseta de Mas Serre tanto la batería de sitio, compuesta por 27 piezas de grueso calibre, como toda la artillería de campaña. Y si tenemos en cuenta la naturaleza especial del campo de batalla, de la significación de sus accidentes geográficos y topográficos, del establecimiento que sobre el terreno se había hecho de las posiciones y de las tropas, nada más lógico que escoger el flanco derecho del enemigo por punto principal de ataque para cortar, según hubimos ya de indicarlo, toda comunicación de Perpignán con el interior de Francia. Es posible que nuestro frente de batalla fuese demasiado extenso en relación con las fuerzas con que se contaba, y así Fervel estima que nuestro general "caía en la falta de distraer del verdadero campo de batalla una parte de las fuer-

zas asaltantes para enviarlas a la explotación de las consecuencias de un éxito que no se daba menos que por asegurado". El historiador francés, en cambio, manifiesta que "a este plan vicioso, De Flers opuso sabias disposiciones, bien concebidas".

Rechazamos de plano estas declaraciones. Las disposiciones tomadas por nuestro general no eran menos acertadas que las del general francés y no estaban peor concebidas. A nuestro juicio y al de todo lector desapasionado, ante la declaración del testimonio ofrecido por las fuentes de información histórica, si el General Ricardos no pudo ver realizados sus propósitos, no fué culpa suya, sino de las faltas cometidas por sus subordinados en la ejecución de sus diferentes cometidos. La circunstancia principal determinante de tal fracaso fué la ineficacia del cañoneo llevado a cabo por nuestra artillería. Cuatro horas duró este cañoneo, y no podemos admitir la afirmación que hace Fervel de que la causa de la ineficacia del disparo de nuestros cañones fuese debida a la enorme distancia de 1.600 metros a que se hallaba de la batería francesa, por cuya razón los impactos resultaban inciertos y sus efectos casi nulos, por cuanto que un testigo tan difícil de contentar como el Teniente Heredia aseguraba que "la batería nuestra hallábase bien establecida y que la causa de que nuestro fuego artillero no hiciese bastante efecto era debida a que no teníamos piezas de grueso calibre, no habiendo aguardado a que nos llegasen del Bouloou", pues de ser así, tampoco hubiera sido abatido por el fuego de sus baterías el de las nuestras, que no eran inferiores en alcance.

Verdadera causa del fracaso español

Una vez más tenemos que declarar que el fracaso de nuestro propósito en la batalla de Perpiñán no fué debido al desacierto o incapacidad del General Ricardos, sino a la ineficacia de los esfuerzos realizados por sus subordinados en el cumplimiento de sus órdenes. Como advierte el Teniente Heredia: "**por desgracia de aquel día** las cosas no se hicieron bien", y ello pudo muy bien ser debido "a la falta de buena armonía entre los que mandaban la acción", desacuerdo que dió lugar a que pudiera cargar la caballería enemiga, causándonos algunas bajas, y de que, no obstante el enérgico empuje de dos batallones de línea y de los granaderos, no lográsemos hacernos con la artillería enemiga. Como se indica en la biografía del Teniente General Duque de Osuna, y según lo advierte Fervel, nosotros hubimos de atribuir la causa del fracaso a la rivalidad de este magnífico prócer respecto del General Ricardos, estimándose con mayores méritos para haber sido su persona la designada como General en Jefe. Y según es frecuente en estos casos, parece ser que no era extraña a este asunto la ambición de la Duquesa.

¿Qué representaba en realidad el fracaso del intento perseguido por el General Ricardos? Dejemos al testimonio de un escritor extranjero la respuesta a esta pregunta: "No era, pues, una derrota para ellos—declara Fervel, refiriéndose a los españoles—, sino una victoria para nuestros jóvenes voluntarios, puesto que habían, por fin,

visto recular esas viejas y famosas bandas walonas, esa brillante caballería española, que todavía en la víspera hubo de inspirarles tanto respeto." Como podemos observar, el historiador militar da fe de existencia de las famosas bandas walonas, sin darse cuenta acaso de que estas bandas no representaban una fuerza muy considerable en el contingente total de nuestro ejército; inadvertencia muy frecuente en un historiador francés o afrancesado tratando de nuestras cosas. "La mayor ventaja de esta jornada—afirma por su parte el Diario francés—fué, sin duda, haber forzado al enemigo a renunciar a su empresa y haber conservado las alturas del campo atrincherado. Si el enemigo hubiese logrado apoderarse de ellas, el bombardeo de Perpignán hubiera sido inevitable, lo que hubiera llevado a esta ciudad a extremos terribles. Así, puede asegurarse que la acción del 17 salvó esta importante plaza."

Importancia de esta batalla

Para el General Almirante, dado el insuficiente efectivo del ejército español, el plan, por lo complicado y laborioso, pecaba algo de excesivo, advirtiendo que circunstancias singulares, además, contribuyeron, como siempre en la guerra, a que el éxito no le coronase. Y por lo que se refiere a Gómez de Arteche, que aprueba en un todo lo realizado y concebido por Ricardos, al emitir su juicio sobre la acción de que tratamos, expone: "Por más que Fervel dé a aquella acción el pomposo título de batalla de Perpignán, no puede negarla el carácter de un combate de vanguardia, en el que Dagobert, que la mandaba, estuvo a punto de caer prisionero cuando se creía victorioso. Y dejándose llevar nuestro ilustre historiador de la seguridad que le presta este pensamiento, exclama: "¡Vaya una victoria, que acaba así por confesión del mismo Fervel!" Y para mayor fuerza de esta declaración, transcribe literalmente aquel trozo de su relato, en el que el historiador francés, al consignar la carga de nuestra caballería contra los suyos, declara que entonces todos ellos, artilleros y granaderos, retroceden, y su retroceso más parece, por su precipitación, una derrota que una retirada.

En esta ocasión, reconociendo nuestra inferioridad respecto del ilustre General Gómez de Arteche, no podemos, en conciencia, mostrarnos del todo conformes con sus juicios. Por las mismas razones que expusimos al tratar de la batalla de Mas Deu, conceptuamos no ser excesivo el calificativo igualmente de **batalla** a esta acción del 17 de julio ante los campos fortificados que los franceses habían establecido alrededor de la ciudad de Perpignán. La importancia del intento perseguido por el General Ricardos, la amplitud de su plan de ataque, el número de tropas que por una y otra parte hubo de figurar, la clase de las mismas, el propio desarrollo de la acción, reviste importancia y significación suficientes para que, como Fervel lo hace, se haga uso de la referida calificación. Y sin duda alguna la batalla de Perpignán fué algo más que un **combate de vanguardia**, aunque distase mucho de tener el desarrollo preconcebido por nuestro Alto Mando. Reconocemos plenamente, de conformidad con nues-

tro ilustre historiador, que para demostrar que Ricardos no se retiraba vencido basta una prueba, y qué ésta es la de que pocos días más tarde, como hemos de verlo más adelante, una columna de su ejército se apoderaba de la fortaleza de Villefranche, posición dominante del alto Tet, cuyo paso amenazaba, de esta suerte, nuestro ejército. Sin duda alguna, a pesar de que De Flers vió en la marcha del General Crespo, que mandaba aquella columna, una ocasión excelente de destruirla en los desfiladeros que a su vuelta tendría que recorrer, nuestros soldados rechazaron a todos los cuerpos franceses que se presentaron a combatirlos en Vinça y Col-Ternère, apoderándose, a su vista, de la citada fortaleza, mientras otra columna de Ricardos tomaba posesión de Millas, haciéndose árbitro de trasladarse o no a la izquierda del Tet. Todo esto es muy cierto, pero ¿autoriza ello para estimarlo como una prueba elocuente de que la batalla de Perpignán no fué tal batalla ni por el choque, que tampoco se verificó, ni por sus resultados, que en todo caso sólo fueron favorables a los españoles? Que hubo choque violento no puede ignorarse después del relato anterior, y en cuanto a que los resultados nos fuesen favorables, ateniéndonos al hecho de la ocupación de Villefranche y de Millas, no nos parece prueba suficiente. Reconozcamos que, sin ser vencidos los españoles ni poder considerarse como victoriosos los franceses, éstos, al contemplar la retirada de nuestra artillería y de nuestras fuerzas, debieron aceptar, si no la probabilidad, por lo menos la posibilidad de vencer a un ejército cuyo fracaso en aquella ocasión quedaba de manifiesto. Que ante el resultado de la batalla de Perpignán los soldados de la Revolución recobraron nuevo entusiasmo y más enérgico impulso es cosa lógica, que no cabe negar, y de todos modos es preciso admitir el hecho de que esta jornada del 17 de julio puede ser reconocida por los franceses como un cañoneo semejante al de Valmy, en esta frontera de los Pirineos Orientales.

**La guarnición francesa de Collioure II
a cabo una demostración el día 17 con
nuestras fuerzas de ocupación de Argelés**

LA GUARNICIÓN FRANCESA DE COLLIOURÉ LLEVA A CABO UNA DEMOSTRACIÓN EL DÍA 17 CONTRA NUESTRAS FUERZAS DE OCUPACIÓN DÉ ARGELES.—Coincidiendo con nuestro ataque al campo de la Unión, el mismo día 17, las tropas de la guarnición francesa de Collioure se presentaron ante Argelés, ocupando parte de la montaña, y protegidos por los fuegos de las baterías de Puig Oriol y del fuerte de la Estrella, teniendo a su espalda unos barrancos, capaces de ocultar muchas tropas. Conocedor de todo aquel terreno, el Mariscal de Campo don José de Crespo, comandante de las fuerzas establecidas en Argelés, y conocedor, por otra parte, el digno Mariscal de Campo, según dice nuestra información oficial, del "método a adoptar para rechazar a los franceses, en inteligencia de que no abandonan éstos los puestos tan ventajosos de que puedan disponer" teniéndoles guarneidos de tropas, salió al primer aviso

dado por la Gran Guardia con 200 hombres de tropas ligeras, dos compañías de granaderos, 20 caballos de dragones de Pavia, dos cañones de a ocho y 12, con un obús de a seis, disponiendo, al propio tiempo, de otros dos cañones de a ocho y 12, con una compañía de granaderos y 20 caballos, dirigiéndose hacia la Marina para "atender a las alturas de la derecha, en que había mucha gente". Sin embargo, en esta ocasión se notó que las fuerzas del enemigo eran menores que otras veces por lo que se refería a la establecida en las posiciones; pero, en cambio, parecía haber emboscada mucha gente. Sin vacilar se adelantó Crespo con las piezas de artillería y la tropa que hemos dicho, más 20 caballos de la avanzada, y al poco rato de avanzar por las viñas y arboledas, con el fin de dispersarlos, los enemigos rompieron su fuego con dos cañones de a cuatro, asentados al flanco derecho de su misma línea, con tanto acierto, que sus balas dieron en medio de nuestras filas, matando a un voluntario de Cataluña, que, según nuestra información oficial, fué la única desgracia de este día. Al ver esto mandó inmediatamente Crespo se colocase nuestra tropa detrás de un repecho alto y viniera más artillería, enviando a tres oficiales y alguna tropa ligera a sostener el vivo choque que algunos contrabandistas indultados tenían entablado en el flanco derecho de nuestro frente de combate. Llegada nuestra artillería, más feliz en el desarrollo de sus disparos que la de la batalla de Perpiñán, pudo conseguir un eficaz resultado, pudiendo desmontar uno de los cañones enemigos y obligando a los franceses a retirar el otro, tras lo cual dedicáronse nuestras piezas a batir las torres y otros puntos en que tenían mucha gente, logrando desalojarlos y obligando a sus ocupantes a dispersarse.

A la izquierda de nuestro frente, la lucha era más empeñada. Habiendo avanzado por este sitio los contrabandistas y las tropas ligeras, logrando subir a las alturas, los enemigos, emboscados, se dispusieron a atacarlos al resguardo de las laderas y collados próximos. Para contenerlos hizose sobre ellos fuego de cañón y obús, servido con todo el acierto que pudiera desearse, debido a lo cual las granadas estallaron en medio de su tropa, que huyó precipitadamente a guarecerse en los bosques, intento que fué frustrado por los disparos de nuestros cañones, que no sólo cortaron su retirada, sino que los puso en precipitada fuga, de modo que a las tres y media de la tarde ya no se veía en el frente enemigo un solo hombre. Esta acción—declara nuestro comunicado oficial—ha costado a los enemigos mucha gente, habiéndose visto 40 hombres muertos y los que retiraban de la montaña y el bosque, que aunque no fueron vistos era lógico que los hubieran tenido. A las seis de la tarde volvieron algunos franceses a recoger sus muertos caídos en el monte más inmediato, y trabándose un ligero escopeteo con nuestros contrabandistas, éstos les mataron tres; se retiraron. Crespo, en el parte que daba al Cuartel General, elogia la bizarra y distinguido desempeño de toda la tropa, señalando a aquellos jefes y oficiales que más se habían distinguido en la acción, haciéndolo presente así al general a fin de que éste se sirviera recomendarlos a S. M.

NOTA.—Creemos oportuno advertir que el Teniente Heredia, en

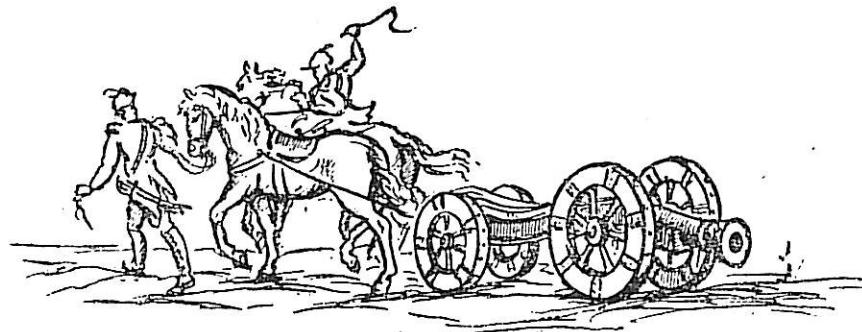
, dos
os ca-
ropio
fa de
aten-
em-
me-
s po-
rente.
tropa
to de
ene-
tados
balas
Gata-
racia
ocase
, er
oqu
lanco
más
rpig-
to de
otro,
pun-
do a

. Ha-
eras,
usie-
Para
con
adas
guas-
s de
puso
a no
clar
gen-
le la
e los
ses a
dose
aron
eral,
eña-
en la
riera

, en

su citada carta del 23 de julio al Cardenal Lorenzana, además de proporcionar las referencias y conceptos que hemos indicado anteriormente, declara terminantemente al comienzo de la misma que la acción del día 17 "no fué de ningún modo lisonjera, aunque resultase más costosa a los franceses que a nosotros", señalando como causa principal del fracaso "el habernos apresurado mucho, fiados en las noticias de los emigrados". Igualmente estima Heredia: "Que la retirada de nuestro ejército tuvo algo de **gasconada**"; calificándola de esta suerte a causa de haberse realizado a pleno mediodía, a pecho descubierto y con todo el aparato y la marcialidad de un desfile en columna de honor.

Sin embargo, nos atreveríamos a asegurar que la mayoría de nuestros lectores, sin dejar de reconocer el derecho que asiste al contundente oficial leonés para juzgar de tal manera los hechos, no dajará de estimar, con íntima satisfacción, cómo semejante **gasconada** vino a constituir un acto muy propio del espíritu de nuestra raza y muy revelador de la sólida disciplina y de la elevada moral que animaban al ejército español, en noble lucha con la Revolución francesa.



CAPITULO X

Conquista de Villafranca

El General Ricardos decide oponer al campo de La Unión el de Ponteillac. - Se dispone, asimismo, a traspasar la línea del Tet y asegurar la dominación del Conflans. - Consideraciones sobre esta línea y operaciones que su ocupación reclamaba. - Importancia de la plaza de Villefranche. - Para contener el avance del Ejército español, el General De Flers envía una división de socorro para su establecimiento entre el Tet y los Corbieres. - Ataques franceses a las posiciones españolas de Illa y Cinca. - Ocupación definitiva de Millas por las tropas del General Ricardos. - Asalto y conquista de Villafranca

Ante el resultado de la batalla de Perán, el General Ricardos se afirma en su propósito de proseguir su avance y llevar a cabo el envolvimiento de la capital del Rosellón.—Establecimiento del campo de Ponteillac frente al de la Unión.—Modificaciones en el establecimiento del frente español



UE el General Ricardos viera con disgusto el fracaso de su anterior intento era cosa muy lógica. Pero no era su carácter propicio, por ello, al desfallecimiento; por el contrario, el rápido proceso de las operaciones que vamos a relatar demuestra que el jefe superior de nuestras fuerzas en la campaña del Rosellón hubo de disponerse a proseguir con la mayor decisión su plan preconcebido. La batalla de Perpiñán había definido de un modo claro la significación de los tres campos franceses ante Perpiñán. Sin duda alguna constituyan una línea defensiva suficiente a poner a cubierto la seguridad de la plaza de todo golpe de mano. El sitio y el asalto, que en un principio pudieran haber sido fáciles, iban cada vez adquiriendo mayores dificultades. Nuestro general se daba perfectamente cuenta de todas ellas, y por esta causa el desarrollo de su ofensiva no dejaba de inspirarse en la mayor prudencia, poniendo a contribución cuantos recursos estuviesen a su alcance.

Su primer cuidado fué activar los trabajos del campo de Ponteillac, logrando, en efecto, al poco tiempo tenerlo establecido en condiciones de oponerse a las reacciones ofensivas que procedieran del de la Unión, y como quiera que nuestro general estimara que había que colocar nuestro campo atrincherado fuera del alcance de las baterías francesas, dispuso su establecimiento a cubierto y detrás de una altura, colocando su primera y segunda línea delante de Ponteillac. Nuestro comunicado oficial del día 18, que declara esto mismo, añade que dos batallones de la vanguardia ocuparon dos alturas no distantes de Canohes, llegando hasta cerca de este lugar las avanzadas del ejército español. Pero estos datos no concuerdan totalmente con la información particular del Teniente Heredia, dando cuenta a su tío de que en aquella noche del día 17 y en el siguiente permanecimos en nuestro campo, siendo en este día 19 cuando se hizo un movimiento de traslación del frente, corriendo toda la línea por la izquierda sobre el lugar de Ponteillac y colocando la vanguardia en las alturas en donde el día antes estaba la derecha del ejército. Estos movimientos pudo ejecutarlos nuestro ejército sin molestia ni oposición.

ción alguna por parte del enemigo, quien, según frase de Heredia, **había dejado quietos a nuestros soldados**, cosa que era deseada por todos, pues no en vano llevaban ocho días de fatigas continuas, **calores, falta de agua y de muchas cosas indispensables para la vida en campaña.**

Todo dispuesto en las citadas condiciones, Ricardos se dedicó de lleno a realizar su avance y traspaso de la línea del Tet. No es de repetir aquí la descripción del curso y valle del Tet, pero si haremos observar cómo uno y otro presentaban dos partes perfectamente definidas: desde su nacimiento en el macizo de montañas agrupadas al noroeste de Mont Louis hasta el coll de la Ternére y desde este coll hasta la desembocadura en el Mediterráneo. Recordaremos que en tanto que la primera parte viene a constituir una estrecha garganta de unas ocho leguas, por la cual se precipitan las aguas del río, recogiendo las de los numerosos barrancos que entallan las paredes de la misma; a partir del citado coll el Tet desciende a la llanura, aunque por la orilla izquierda todavía persistan las alturas presentando una serie de picos destacados que, aunque todavía imponentes, sin embargo, son ya franqueables para las tropas expedicionarias. El trozo montañoso que recibe el nombre de Conflans, según sabemos, por ser la zona de confluencia de los referidos arroyos o pequeños cursos de agua. Nada más difícil para la marcha de un ejército, sin otro camino que un angosto sendero al borde de profundos abismos y despeñaderos. Tan sólo al llegar a Prades fórmase un pequeño y riente ensanchamiento del terreno, que a continuación vuelve a estrecharse, continuando hasta el coll Ternére. Antes de este lugar, a cinco leguas de Mont Louis, la plaza de Villefranche domina el desfiladero. Las alturas de Peyrestortes dan fin a la línea de alturas que dominan el curso del Tet, que, a través de la parte despejada y llana, presenta una línea de buenas posiciones militares. Eran éstas Montalba, frente al coll, Belestad, Caladroit y, finalmente, Force-Réale, antes de Cornelia.

Ante este imperativo del terreno, el plan de avance de nuestro ejército estaba bien definido, y así, tal como lo expone Fervel: "Decidido a pasar el Tet a través de la llanura, Ricardos no podía dejar descubierta, al abrigo de un golpe de mano, la estrecha garganta por donde el río se precipita con la rapidez de un torrente. Para ponerse a cubierto de toda intentona enemiga por esta parte había que escoger entre dos partidos: o apoderarse de Villafranca, dueña del paso del desfiladero, u ocupar el coll Ternére, terminación del mismo. Este último partido era el más sencillo, pero era tal, incluso entre los franceses, la mala reputación de Villafranca, que los administradores del departamento habían suplicado a la autoridad militar abandonarla para poner en lugar seguro las 20 bocas de fuego que artillaban sus murallas. No era, por lo tanto, cosa de desperdiciar una conquista tan fácil. Desde luego Villefranche abría el paso a la única vía por la que pudiera transportarse la artillería de sitio para asentirla ante Mont-Louis, fortaleza sobre la cual los españoles proyectaban inmediatos intentos de conquista, como daba a entenderlo el avance por el valle del Segre de una división de 8.000 hombres. Acordóse,

por lo tanto, en los consejos de guerra celebrados por Ricardos que antes de pasar el Tet era necesario apoderarse de Villefranche."

Nuestras tropas combatientes en el Rosellón no ignoraban cuanto anteriormente se expone, y así, escribía el Teniente Heredia: "No sabemos cómo se seguirá este plan de operaciones, porque da cuidado los muchos pueblos que hay que cubrir y la mucha extensión del ejército, que si se divide en muchas porciones no se puede emprender cosa de consideración; así no extrañaría que se atendiese antes que a Perpignán a las plazas de Collioure o Mont-Louis, que son de mejor posición para la seguridad de nuestra fortaleza."

Envío de una división francesa de socorro a la zona de terreno comprendida entre la línea del Tet y Los Corbiéres

ENVIO DE UNA DIVISION FRANCESA DE SOCORRO A LA ZONA DE TERRENO COMPRENDIDA ENTRE LA LINEA DEL TET Y LOS CORBIERES.—Pero si tenemos en cuenta la agreste condición del terreno que servía de asiento a la plaza de Villefranche, fácil es darse cuenta de las grandes dificultades que representaba el llegar hasta ella, como habían podido experimentarlo los franceses en época pasada, en la que la defensa española de los citados desfiladeros fué demorando por muchos años la conquista del Rosellón. Al efecto, en la presente ocasión, para intentar la defensa de Villefranche, el General De Flers hubo de enviar a la zona de terreno comprendida entre los montes Corbières y el curso del Tet, en una larga faja no inferior a siete leguas de extensión, a la división Mondredon, compuesta de 4.000 hombres, mandados por los Generales de Brigada Nucé y Lemoine. La división acampó cerca de Baxas, enviando destacamentos a las alturas de Tautavel y Estagel. El frente de batalla de esta tropa se apoyaba por su derecha sobre el camino de Montalba a Estagel, localidad ésta establecida en la margen derecha del Gly, camino que se trataba de poner en condiciones para ser transportada por él la artillería pesada. Este flanco derecho del ejército francés tenía como objetivo principal de su vigilancia el coll Ternère. El flanco izquierdo se apoyaba en San Esteban (Saint-Estève), a las puertas mismas de Perpignán. De este modo la división Mondredon se encontraba fraccionada en pequeños grupos, que, aislados en medio de áridas montañas, carecían de todo, vigilando, asimismo, los pasos de los Corbières, que conducían al Languedoc. Por otra parte, advertiremos que la mayoría de los batallones de que estaba compuesta habían sido formados con reclutas de los departamentos vecinos, en su mayoría labradores, padres de familia, puestos en trance de tener que abandonar sus cosechas a punto de ser recogidas. No es de extrañar, por lo tanto, que estos soldados, tan violentamente arrancados de sus hogares, no tardaran en desertar por bandas de 200 y 300 hombres de una vez. El propio Fervel declara que: "Un jefe un poco inteligente se hubiera preocupado más que de concentrarlos ante el coll de la Ternère, de hacerlo en las proximidades de la plaza de Perpignán."

Pero el Alto Mando español, que tenía ya dispuesta la ocupación de Villefranche y se había dado cuenta de la presencia ante nuestras tropas de la división Mondredon, dispuso que una división de 8.000 hombres se encargara de dicha operación, actuando a las órdenes de Crespo y escogiendo a la aldea de Illa para punto de reunión. El general español estableció en ella sus depósitos, y después de asegurar por la ocupación de Corbère sus comunicaciones con Thuir y el campo de Ponteillac, escalonó, a lo largo del coll Ternère, Vinça y Prades, sus tropas, instalando en este último su Cuartel General. Fervel reconoce que estas disposiciones del mando español, sin ser irreprochables, estaban, desde luego, mejor concebidas que las del mando francés.

El General De Flers, al ver a nuestra división empeñarse así en el interior de un desfiladero sin salida, creyó llegado el momento de infilir un serio castigo a su temeridad, y para ello ordenó al jefe de Brigada, Deville, que mandaba el campo de Saint-Estève, sorprendiera la posición de Illa, la más importante por estar establecida en ella, según indicamos anteriormente, la base de aprovisionamiento de los nuestros. La localidad estaba tan sólo guarnecida por un batallón de 700 hombres. Había, por lo tanto, en la concepción de este ataque francés la promesa de un éxito seguro, pero, y es el mismo Fervel el que así lo declara, también los medios de ejecución estuvieron muy lejos de responder al vigor del pensamiento inicial. A las órdenes de Deville pusieronse 2.000 hombres de infantería y 50 caballos. A mayor abundamiento, tan pronto arribara a las inmediaciones de la posición española, la guarnición de Villefranche debía enviarle dos piezas de artillería.

El éxito de esta expedición descansaba, sin duda alguna, en el mantenimiento de su secreto y de la prontitud de una marcha nocturna; pero, roto bien pronto el primero y mal conducida la segunda, su fracaso fué absoluto. En la noche del 21 al 22, Deville salió de Saint-Estève y, engañado por las indicaciones de unos perversos guías, perdióse en las montañas, a punto tal, que cuando pudo llegar ante la posición española, ésta estaba prevenida y el sol lucía esplendorosamente. Su situación no era, pues, nada favorable. Illa, como casi todos los grandes pueblos del Rosellón, conservaba todavía las antiguas murallas, suficientemente reforzadas para ponerla al abrigo de un golpe de mano, y, por otra parte, los dos cañones que debían venir de Villefranche no habían acudido a su hora. En estas condiciones, intentar un ataque a la plaza era una temeridad. El general francés no tuvo otro remedio que retirarse, después de haber quemado, inútilmente, algunos cartuchos. Los franceses, que por un momento pudieron cortar el conducto de agua o canalillo que por allí pasaba y surtía a nuestros campamentos, no lograron realizar siquiera este intento, puesto que al poco tiempo de verificar su retirada fueron por nuestros soldados prontamente reparados. Nuestro comunicado oficial del día 22 manifestaba haberse hecho ocho prisioneros. Según Marcillac, esta operación del día 22 fué algo más que un simple golpe de mano. La presencia de los franceses delante de

Illa tendía a obligarnos al abandono de Perpignán, atacándonos por este flanco izquierdo, al considerar que no les era posible hacerlo sobre el centro de nuestra línea de operaciones.

Cambios de personal en los mandos superiores

No volvieron los franceses en días sucesivos hasta fines del mes a intentar golpe alguno contra nuestras posiciones. El día 26, para asegurar la posesión que ya teníamos de la mayor parte del Rosellón hacia la parte de Villafranca y cortar toda comunicación con el castillo de Mont-Louis, resolvió el General Ricardos pasase a encargarse del mando de las tropas de Illa el Mariscal de Campo D. José Crespo, a fin de reconocer la posición de los enemigos en este paraje y concertar las operaciones para el ataque y toma de Villafranca, llevando la correspondiente artillería gruesa de batir por si fuese preciso ponerla sitio. Crespo salió en este mismo día para su destino. Este nombramiento había dado lugar a que el dia 21 se nombrase para el mando de Argelés, al Brigadier D. Eugenio Navarro, capitán de Granaderos del Regimiento de Reales Guardias Españolas, cesando en el cargo de comandante de la plaza de Bellegarde, enviándose para mayor seguridad del puesto de Argelés artillería gruesa de 24 y 16. Para el gobierno interino de Bellegarde, en lugar de Navarro se nombró al Brigadier Marqués de Valle-Santoro, que era también capitán del Regimiento de Guardias Españolas. También, en vista del anterior ataque francés a Illa, valientemente defendida por el Teniente Coronel del Regimiento de Málaga D. Pedro Adorno, y para reforzar su defensa, hubieron de enviarse cuatro batallones y alguna artillería al mando del Brigadier D. Rafael Vasco.

La aprobación por parte de nuestro monarca de los artículos pertenecientes al canje de prisioneros dió lugar a que nuestro general se pusiese en comunicación con el del Ejército francés, conviniéndose en enviar comisarios al lugar de Pollestres para que, manteniéndose neutral este pueblo, se celebrara en él una conferencia entre representantes de uno y otro ejército, y al efecto, el día 28 de julio, el coronel del Regimiento de Navarra, con uno de sus ayudantes de campo, el Capitán D. Alejandro, reunido con otros dos oficiales del Ejército francés en la citada localidad, convinieron en establecer el que, mensualmente, se satisficiera la cuenta del avance hecho por la manutención recíproca de unos y otros, quedando citado para continuar las conferencias hasta quedar arreglado el cartel. Uno de los extremos objeto de mayor discusión fué el canje del capitán de Miqueletes, Darche. A pesar de ello, no pudo convenirse de ningún modo en él, por cuanto que, en la declaración prestada por el interesado manifestaba que se pasaba voluntario al Ejército español cuando lo aprehendieron, por cuya razón, el General Ricardos contestó a De Flers que el referido Darche no estaba en nuestro poder en clase de prisionero, sino propiamente como desertor. No obstante las buenas disposiciones de los generales en jefe de uno y otro ejército, no parece que tuviese gran eficacia este concierto sobre el canje de prisioneros.

Ataque francés a Vinça

ATAQUE FRANCES A VINÇA.—Ocho días pasaron sin que los franceses dieran muestras de su actividad ofensiva, pero a fines del mes, el mismo día 31, el General De Flers quiso realizar un segundo ensayo de ataque a nuestro frente, eligiendo esta vez por objetivo el pueblo de Vinça. Advertiremos previamente que para mantener la comunicación de las tropas que estaban al mando del Mariscal de Campo D. José de Crespo, nuestro Mando Superior dispuso permaneciera en Illa el segundo batallón del Regimiento de Málaga y que en los pueblos de Cervera, Millas y Vinça se colocaran algunos destacamentos, estableciendo en este último los hornos de provisión para la subsistencia de las tropas. El ataque de los franceses a Vinça verificóse el 31 del mes citado por un contingente de tropas de 1.500 hombres, apoyados por el fuego de dos cañones de a 4. En el lugar no teníamos más que 50 soldados del Regimiento de Saboya al mando del Capitán D. Manuel de Artasú y del Teniente don Juan Ortega, y con esta tropa, una partida de 15 caballos del Regimiento de Numancia a las órdenes del Alférez D. José López. Tan reducida fuerza estaba auxiliada por una compañía de paisanos armados del propio pueblo, al mando de M. Pontic, como capitán de la misma, siendo este ciudadano, contra la mayoría de aquéllos, natural de la localidad. La traición de estos voluntarios franceses permitió por un momento al enemigo hacerse dueño de Vinça. En efecto, no habiendo abandonado Artasú su posición hasta apurar todas las municiones de su tropa, viéndose atacado por el enemigo con fuerza mucho mayor y, sobre todo, que la compañía de referencia, al ver próximos a sus compatriotas comenzaban a lanzar gritos de ¡Viva la República!, volviendo sus armas contra nosotros, decidióse a abandonar el pueblo, llevando a cabo su retirada en buen orden, no sin hacer constante fuego al enemigo y sin pérdida de hombre alguno. Nuestro destacamento iba acompañado del citado M. Pontic, quien permaneció siempre a nuestro lado, manifestando su fidelidad y haciendo cuanto pudo por contener a los suyos. Al entrar en el pueblo, los franceses pudieron hacerse dueños de 30 sacos de harina y de 400 panes que de la provisión de aquel día habían quedado sobrantes, apoderándose del equipaje de Artasú y saqueando la casa de M. Pontic. Pero la posesión de Vinça por los franceses duró poco tiempo. Cuando nuestra tropa se retiraba encontró en el camino al Teniente Coronel D. Jenaro de Figueira, primer Teniente de Cazadores de Guardias Españolas, quien con un destacamento de 300 hombres se había destacado el día anterior del campo de Ponteillac, situado, como sabemos, al frente de nuestra línea de batalla, yendo a unirse a las tropas del Mariscal de Campo D. José de Crespo. Enterrado Figueira de lo que pasaba, juzgó procedente no continuar su marcha a su destino sin haber desalojado antes a los enemigos de la localidad citada, y, al efecto, ordenó a Artasú se incorporase con su tropa a la fuerza por él mandada, proveyéndola de cartuchos para

poder entrar en fuego. Ya frente a Vinça dispuso su tropa en tres partes para entrar por los costados y atacar de frente el lugar de Vinça, pero, viendo los franceses que, no obstante su continuo fuego de cañón sobre los nuestros, que iban avanzando por los cerros de la izquierda, no lograban contenerlos, prosiguiendo su marcha sin experimentar baja alguna, abandonaron precipitadamente sus posiciones, permitiendo a nuestros soldados recuperar la localidad perdida, aunque, por espacio de una hora, la batería francesa continuara haciendo fuego sobre ellos. Habiendo dado parte Figueroa al Mariscal de Campo D. José de Crespo de todas estas novedades, éste hubo de responderle dándole orden de que atacase a la madrugada siguiente al enemigo, cogiéndole sus cañones y despeñándolos luego al río, cosa que no pudo realizarse, pues, prevenidos los franceses, retiraron sus piezas poniéndolas a buen recaudo. Para la comprobación de este hecho, el Teniente Coronel Figueroa envió al Alférez de Artillería D. Luis Pover, a fin de que efectuase el oportuno reconocimiento, y en tanto que lo realizaba con el mayor celo y prontitud, vino a chocar con una partida enemiga, entablándose un pequeño combate, totalmente favorable a los nuestros. Figueroa pudo lograr, de este modo, la recuperación de la aldea de Vinça, manteniendo abierta la comunicación de su tropa con las demás posiciones y campamentos españoles; y como durante la jornada no había podido suministrar a sus soldados todo el pan de su ración diaria, aprovechándose del que habían dejado los franceses pudo satisfacer esta provisión.

Nuestro comunicado oficial declaraba, que tanto D. Manuel Artasú como los demás oficiales de su destacamento se habían portado con bizarría, lo mismo en la defensa del lugar que cuando ante la presencia de un enemigo muy superior, tuvieron que retirarse ordenadamente. Y refiriéndose a M. Pontic, manifestaba, de modo terminante, cómo este señor había dejado en aquel día biencreditada su fidelidad y amor al Rey Nuestro Señor, no ya por su noble y valiente espíritu, sino igualmente por su celo en favor de la tropa, pues, a pesar de haber perdido cuanto tenía en su casa, todo su cuidado fué proporcionar víveres y el mejor acomodo a nuestros soldados, actuando, según acertada calificación de nuestro parte de guerra, como **un eficaz proveedor**. ¡Simpática figura esta de M. Pontic, tan brillantemente acusada durante todo el desarrollo de la acción!

Luis de Marcillac trata de disculpar, en parte, la traición de su compatriota, manifestando que los voluntarios de la compañía de referencia, al ver que los franceses, superiores en número, avanzaban sobre la localidad, y que los españoles, habiendo consumido sus municiones, se veían precisados a retirarse, temerosos sin duda de las consecuencias que habían de acarrearles su devoción por los españoles, creyeron poder remediar el mal cambiándose del lado de los republicanos, atacando espontáneamente a las tropas de línea a que estaban agregados y gritando, según indicamos antes, ¡Viva la República!, permaneciendo sólo fiel el capitán que los mandaba.

Nuevo ataque francés a Vinça.—Los españoles se apoderan de Millas

NUEVO ATAQUE FRANCES A VINÇA.—LOS ESPAÑOLES SE APODERAN DE MILLAS.—Si hemos de atenernos a la información proporcionada por el historiador Fervel, a pesar del fracaso francés anteriormente relatado, considerando nuestros vecinos que el éxito obtenido en un principio permitía esperar un resultado seguro tratándose de un ataque más serio, se decidieron a llevarlo así a cabo, eligiendo como objetivo principal el col y el fuerte de Bou-le-Ternère, puntos vulnerables y en situación más crítica, por hallarse al paso de las comunicaciones de las tropas españolas que aquí operaban, con la posición de Trouillas. Las fuerzas destinadas a la expedición no pasaban de 1.500 cazadores, una Compañía del 7.^o Regimiento y dos piezas de artillería. Estas fuerzas se apoderaron del fuerte el día 1 de agosto, estableciendo a su inmediación un campamento. Como lo indica el escritor que citamos, tan escaso número de tropas y de cañones era, desde luego, insuficiente para llevar a cabo la operación proyectada. Para mandar la columna fué designado el Ayudante general Solbeauclair. Este, después de pasar la noche marchando ocultamente por las montañas con sus tropas, apareció de improviso en la mañana del día 2 de agosto sobre las crestas vecinas, frente al puesto que defendía el paso del col. Inmediatamente mandó practicar una rampa entre las rocas para hacer descender por ella las piezas antes indicadas, y bien pronto pudo establecer sobre el valle del Tet, en una posición dominante, semejantes piezas. La posición era tan favorable, que a pesar de los esfuerzos de una batería de cuatro cañones, que en contra suya hubimos de poner nosotros, el paso antes citado quedó interrumpido.

El General Ricardos, al darse cuenta de la presencia del enemigo, mandó al Mariscal de Campo D. Rafael Adorno salir con tres batallones, 100 caballos y cuatro cañones a contenerle, atacándole en cualquier puesto que le encontrase. El mariscal español salió de su campamento a la una del día, y a las diez de la noche llegó al lugar de Bulaternère, donde se informó que los enemigos tenían interceptada la comunicación y habían colocado sus cañones en una altura del otro lado del río, así como saqueado el lugar de Vinça. Fervel asegura que durante la jornada, por tres veces, a las ocho, a las once y a las tres de la tarde, hubo de presentarse un convoy español, siendo en todos sus tres intentos rechazado. Nuestra información no da cuenta ni referencia alguna de la presencia de tal convoy.

“Solbeauclair, viendo nuestras dificultades, creyó llegado el momento favorable para abordar cuerpo a cuerpo y apoderarse del col Ternère. Para ello, dispuso su fuerza en tres columnas: la de la derecha debía hacer frente a Vinça, que, según el informe francés, estaba llena de miqueletes; la izquierda envolvería la batería española, y el centro francés atacar de frente. Pero, por muy bien que estuviese dispuesta la operación por el Mando francés, no tuvo éxito alguno. En efecto, dada la señal del ataque, la derecha y la izquierda

atravesaron el Tet, la primera en una pasarela, la segunda a nado. Tan pronto como se vió esto, los 1.500 miqueletes que se hallaban de guarnición en Vinça abandonaron la localidad, pero fueron contenidos por los bravos soldados del 7.^º Regimiento francés, que componía el ala derecha enemiga. El centro francés, formado por la masa de los cazadores, avanzó entonces hacia las márgenes del torrente, con orden de franquearlo. La explosión de un armón español, dando lugar a la huída de nuestros artilleros, venía a favorecer el propósito enemigo. Para dar ejemplo, el general y el representante se apresuraron a arrojarse a mitad de las aguas, pero los cazadores, asustados con la rapidez de la corriente, sordos a las exhortaciones y amenazas de sus jefes, permanecieron inmóviles. Nuestros miqueletes, al ver la cobarde actitud de los franceses, retornaron a la batería abandonada, repusieron en sus puestos a los artilleros que habían huído asustados por la explosión y, reanudando sus esfuerzos, obligaron a las dos alas enemigas, las cuales, viéndose aisladas, se decidieron a repasar el Tet. No le quedó, por lo tanto, a Solbeauclair otro remedio que el de retirarse al abrigo de su batería."

Los franceses fueron inquietados durante la noche, estimando que tres batallones españoles que habían tomado disposiciones ante su campo iban a atacarlos inminentemente, pero no fué así, porque al llegar a Vinça el General Adorno, según expusimos antes, y esperar en esta localidad que amaneciera el día 2, con la idea de atacar a los enemigos si aun permanecían en la parte acá del río, apoderándose de su artillería y para lo cual tenía ya elegido el terreno para poner una batería que defendiese su paso, como quiera que oyese a las cuatro de la mañana cañoneo muy distante, creyendo que podía ser en Illa, no viendo por otra parte a su frente enemigo alguno, se dirigió a este pueblo, encontrándose en el camino con una orden del capitán general para que pasase luego a Millas, que estaba atacado.

Redoblando la velocidad de su marcha, llegó a este pueblo a las diez de la mañana, hallando en él a su Comandante D. Antonio de Córdoba, Capitán de Granaderos, defendiendo valientemente la posición y sufriendo desde el amanecer el fuego de la artillería. Los franceses, al darse cuenta de la llegada de los tres batallones españoles en la misma mañana, retiráronse inmediatamente, abandonando Millas definitivamente en nuestro poder. Adorno, al ver esto, creyó oportuno volver a su campo, dejando un destacamento en Millas, pero los franceses, apercibidos de ello, volvieron al siguiente día a inquietar la guarnición española, por lo que el General Ricardos envió algunos obuses y 200 hombres del Regimiento de Infantería de Navarra a las órdenes de su Teniente Coronel D. Francisco Solano, con cuya llegada, ante el fuego bien dirigido de nuestra artillería, hubieron de desaparecer por entonces. La pérdida de Millas comprometía la defensa del col Ternère. Los españoles no trataron, aprovechándose de esta circunstancia, de apoderarse del mismo, siendo la causa de ello el que la plaza de Villafranca se encontraba en trance de sucumbir.

**Ocupación de la plaza de Villefranche
por los españoles**

OCUPACION DE LA PLAZA DE VILLEFRANCHE POR LOS ESPAÑOLES.—Habiendo recibido orden el General Crespo de dirigirse a Villafranca para llevar a cabo su conquista y ocupación, marchó el día 2 en dirección a la Villa de Prades, distante una hora y media de la anterior plaza, y habiendo adquirido en ella noticias del terreno, posición de los enemigos y caminos que dirigían tanto a la plaza como al castillo, se encaminó, decididamente, hacia la posición francesa al frente de una columna compuesta de seis batallones y la correspondiente artillería para poder batir eficazmente las obras de defensa que en la misma estuviesen establecidas. Por las especiales circunstancias que concurrían en el emplazamiento de la plaza de Villefranche, no era empresa ciertamente fácil apoderarse de ella. Asentada en el fondo de una estrecha garganta, tan profunda que el sol no daba en sus muros durante muchos meses del año, a punto de tener que cubrir con un espeso techo sus murallas para ponerlas a cubierto de los terribles turbiones que amenazaban destruirlas, la localidad cerraba el fondo de la garganta, oponiendo, de este modo, un obstáculo material de tanta importancia que Vauban, en una de sus Memorias titulada "Informe sobre el gran número de plazas fuertes que existen en Francia", publicada el 4 de agosto de 1693, proponía arrasar Mont-Louis, habida cuenta de que Villafranca cerraba bien esta parte de la frontera. Recordaremos que el recinto de la plaza estaba formado por un rectángulo, con dos frentes provistos de bastiones, dando cara uno a vanguardia y otro a retaguardia, relacionados entre sí por dos largas murallas franqueadas de torres y pequeños bastiones. En la orilla izquierda, el pequeño fuerte llamado el Castillo protegía la posesión del terreno, hallándose edificado en un escalón de la montaña de Belloc, a 180 metros sobre el fondo del thalweg.

La orilla derecha, en cambio, no tenía defensa alguna, a no considerar como tal el escarpado correspondiente a la montaña de Saint-Jacques, masa rocosa que surgía de los mismos fosos como una gigantesca contraescarpa. En descripción geográfica que figura al frente del relato de esta campaña dimos a conocer cómo en esta orilla derecha está situada la montaña d'en Bulla, formada por la desembocadura, al pie de las murallas mismas de la plaza, por el pequeño valle del Vernet, al encontrarse con la correspondiente orilla del Tet, y montaña que viene a terminar junto al pueblo por una roca cortada a pico. Del lado opuesto al contrario, o sea, en dirección a Prades, esta montaña desarrolla su cresta en una pendiente lo suficientemente suave para permitir a la artillería de grueso calibre ser arrastrada a lo largo de ella hasta el borde del escarpado que domina la plaza.

Los españoles pudieron muy bien aprovecharse de todas estas circunstancias concurrentes en la topografía del terreno que servía de asiento a Villefranche para apoderarse de una altura a medio alcan-

ce de cañón de la plaza de referencia y establecer, en sus alrededores y hacia la izquierda, un campamento para las tropas. Los franceses, en vista de ello, ocuparon en el lado opuesto del valle, sobre las alturas que dominan la hendidura por donde corre el arroyo de Cornella, y que reciben el nombre de St-Etienne de Campel, una posición que les permitiera llevar a cabo la oportuna defensa. El campo francés se hallaba, asimismo, a la proximidad de la aldea de Belloch.

Aprovechándose de las facilidades que los accidentes del terreno pudieran ofrecer para el transporte de la artillería española, ésta había asentado una batería sobre la altura que dominaba la plaza y el castillo, preparando otro asentamiento de una segunda batería, formada por cuatro piezas de 24, siendo de 12 el calibre de las primeras. El día 3 dió aviso Crespo al General Ricardos que con arreglo a las órdenes que se le habían comunicado, después de montar las baterías citadas hubo de proceder a intimar al Gobernador de la plaza que se rindiera, haciéndole ver que tenía enteramente cortada su comunicación, dado que se hallaban ya sentadas las baterías, y ofreciéndole si se rendía una buena capitulación, a lo que el Gobernador contestó "que habiéndosele encargado del mando de aquella plaza, tenía obligación de defenderla, y así lo ejecutaría, mayormente no hallándose aun abierta la brecha". Solicitaba el Gobernador del Mando español no destruyera con el fuego de sus cañones los edificios de la población, porque tal vez "luego le pesaría haber contribuido a su ruina", razones todas ellas por las cuales el General Crespo daba cuenta de haber roto el fuego el 3 por la mañana contra la plaza y castillo, "el que se había servido con muy buena dirección".

Efectivamente, el fuego de los cañones españoles comenzó al despuntar el día 3 de agosto; algunos proyectiles cayeron en el pueblo. En cambio, las murallas del fuerte apenas fueron descascarilladas, siendo causa de ello el hallarse alejada de ellas la batería española unos 900 metros, distancia que resultaba demasiado considerable para el alcance de las piezas. Declara Fervel, a este propósito, que la posición de los sitiados no era temerosa realmente más que en apariencia. Pero, a pesar de ello, los franceses no estaban en condiciones de poder aprovecharse de esta circunstancia, dado el lamentable estado de su moral militar, pues, como el mismo historiador militar declara, para resistir a un efecto moral del que, por desgracia o por ignorancia, el soldado no sabe todavía defenderse, es preciso la intervención de una guarnición suficientemente vigorosa. La de la plaza de Villafranca se componía de 230 veteranos, mandados por dos viejos enemigos secretos de la Causa Republicana, los capitanes Mazy y De Paluze, Gobernadores respectivamente de la localidad y del castillo. Acampado en las cercanías de la plaza, sobre la montaña de Belloch, un batallón de voluntarios franceses, ante la amenaza del sitio, se había aproximado a la misma, pero sin entrar en ella ni abandonar la explanada, sobre la cual había desplegado en batalla. Poco tiempo duró la fortaleza de ánimo de estos voluntarios de la República. Bastaron unas cuantas explosiones, causadas por los obuses, para ponerles en precipitada fuga, proporcionando de este modo al Capitán De Mazy un legitimo pretexto para retirarse al fuerte de la

guarnición del pueblo. Tan sólo los habitantes de éste mostraron ser hombres de corazón al verse abandonados. A brazo partido erigieron sobre las rocas de Saint-Jacques dos pequeñas piezas de campaña, con las cuales esperaban, sin duda alguna, contrabatar los disparos de nuestra batería, asentada en las alturas d'en Bulla. Fácil es comprender cómo esta débil artillería fué bien pronto desmontada por los disparos de las baterías españolas, siendo abandonada en manos de los nuestros, que enviaron, desde las alturas de Corneilla, un destacamento de tropas ligeras para realizar su aprehensión.

Rendición de la plaza

El fuego duró a través de la jornada. Llegada la noche, el Capitán De Mazy dispuso enarbolar sobre los muros del fuerte la bandera blanca, tocando llamada para que se admitiese en nuestro campamento un oficial francés, que se presentó, con recado de ambos gobernadores, para rendir las dos fortalezas al Rey Nuestro Señor, según declara nuestro comunicado oficial del día 4. Admitido el referido oficial en nuestro campo, manifestó, de parte del Gobernador francés, que hallándose acampado un cuerpo de 1.200 hombres en una altura próxima, con la correspondiente artillería para sostener la defensa de la plaza, habían aguardado el momento de que algunas tropas y oficiales adictos a la nueva Constitución saliesen en dirección a dicho campamento, a tenor de lo que hacían todos los días, para rendirse, diciendo que no querían exponerse a ser pasados a cuchillo, incitándoles a que entrasen inmediatamente a tomar posesión antes de que las tropas citadas regresasen. El General Crespo, ante la sospecha de que todo lo propuesto pudiera ser un ardid dictado por la desesperación, creyó prudente tomar las precauciones que el caso requería, se apoderó de la plaza, mas no sin enviar tropas suficientes para prever todo evento y disponiendo que las puertas permaneciesen abiertas por si volvían las tropas francesas con ánimo de recuperarla. Y en el caso de hacerlo así poder ser cogidas dentro por las tropas reales. A la una de la mañana, el Capitán De Mazy, después de haber entregado el fuerte a los españoles al caer la noche anterior, presentóse ante la puerta de Corneilla, y habiéndose hecho reconocer, ésta se abrió sin desconfianza. Declara Fervel que al momento tres batallones españoles, escondidos detrás del reducto, hicieron irrupción en el pueblo. La guarnición francesa pudo retirarse libremente sin ser molestada. La tropa francesa, al regresar a la plaza, tuvo conocimiento de su rendición y, en vista de ello, se retiró inmediatamente a su campo. Nuestro comunicado del día 4 daba cuenta de que se había rendido, prisionera de guerra, la guarnición de Villefranche, declarando que no se sabía todavía su número ni el de la artillería, efectos y municiones que pudieran haberse hallado en la plaza y en el castillo, notificando que en este último hallábase de guarnición una compañía de Inválidos.

Fervel se cree en el caso de comentar este hecho de la rendición de Villefranche, poniendo de realce la por él calificada **tradicón de**

los suyos y arrojando de paso sobre el prestigio español el deshonor posible. "Los españoles—declara—se jactan del poder de su oro, calumniando así a sus cómplices; ninguno de ellos había descendido a este grado de infamia. Los desdichados Capitanes Mazy y Paluze no se habían dejado comprar, cedían tan sólo al impulso del deplorable error que pervertía la conciencia de los emigrados al cometer su crimen..." Nosotros no tenemos antecedente alguno que nos permita comprobar la exactitud de esta declaración del brillante historiador militar francés. Juzgamos lealmente que nos parece poco probable que nuestros antepasados, en esta ocasión, se jactasen del poder de su dinero. El testimonio histórico demuestra, por el contrario, que ellos usaron muy poco y no tuvieron en gran aprecio semejante recurso para llevar a cabo sus empresas. Nos parece muy natural que Fervel y sus compatriotas se aflijan al ver en esta ocasión a un viejo soldado deshonrarse con una odiosa traición, pero no nos parece en cambio muy caballeroso trate de empañar el honor del enemigo, del que hace elogios en otras partes de su obra. Y nos parece igualmente injusto calificar de "perversión y horror" el culto que a los nobles principios políticos y religiosos que durante un largo y glorioso pasado habían informado la existencia de la Francia monárquica rendían los citados emigrados y por los cuales daban su vida.

El Teniente Heredia, al dar cuenta al Cardenal Lorenzana de la conquista y ocupación de Villafranca, con aquella desenvoltura de juicio que le era característica, manifiesta no juzgar **sea de grande importancia tal ocupación**, aunque reconoce facilitar el acceso a la fortaleza de Mont-Louis, que, en cambio, estima de considerable valor "por ser el paso del Languedoc y para nosotros el de la Gerdania, comarca de la que nos habíamos apoderado al principio de esta campaña y en la que en aquella ocasión teníamos nosotros tropa".

El General Crespo creyó oportuno asegurar la dominación de Villefranche, y, al efecto, mandó construir, sobre las crestas de la montaña d'en Bulla, dos reductos. Y para interceptar por completo aquel paso, por cuya utilización podía envolverse la plaza, estableció un pequeño campamento junto a la capilla de San Pedro, cerca de la aldea de Fillols, concentrando su División alrededor de Prades, para lo cual previamente hubo de limpiar de toda clase de obstáculos el campo de Sain-Estève de Belloc.



CAPITULO XI

Ocupación de la línea del Tet por los españoles

Efectos de la pérdida de Villafranca en el campo francés. - Destitución del General De Flers y reemplazamiento del mismo por Fagert de Barbantane. - Repercusión en Perpiñán de la celebración nacional del aniversario de los sangrientos acontecimientos desarrollados en París el 10 de agosto de 1793. - Reacción patriótica operada en la moral de la población rosellonesa, según las declaraciones de los historiadores franceses; muy especialmente entre los habitantes de los lugares emplazados a lo largo de la linea montañosa de los Corbières. - Disposiciones tomadas por los españoles para llevar a cabo el paso del Tet. - Realización del mismo. - Los españoles se establecen en la orilla opuesta de este río

Los franceses, angustiados ante la marcha de los acontecimientos. — Crítica situación del General De Flers



A pérdida de Villafranca venía a colmar la serie de fracasos y reveses que desde la iniciación de la campaña afectaba al campo francés, colocándole en situación verdaderamente peligrosa. Precisamente en estos días de la caída de la importante plaza del Conflans la Revolución se encontraba en un momento crítico. Fuera del país, sus tropas sufrían lamentables derrotas, y en el interior, 67 departamentos sublevados, todo el Ródano en fuego de un extremo a otro, amenazaba abortar el empuje revolucionario. Por segunda vez la Lozère se había insurreccionado, y para dominarla era preciso destacar diariamente tropas nuevas que no sólo vinieran a reemplazar a los 30.000 enfermos caídos en el Ejército de los Pirineos Orientales y a los numerosos desertores, que en la mayor impunidad y en masas considerables abandonaban su puesto en las filas del mismo. Por añadidura, como en ningún otro de los Ejércitos de la República, la anarquía, que desde mucho tiempo antes venía minando el prestigio y la acción del Mando Superior, estalló en él. Y, a partir del 17 de julio, puede afirmarse que el general en jefe del Rosellón había quedado preso en las garras de aquélla, acusándole no sólo de incapaz, sino, lo que era más grave todavía, de traidor.

Fervel dedica todo el octavo capítulo de su Historia a desarrollar este tema de su relación y, desde luego, declaramos que su lectura se impone para poder darse cuenta del verdadero proceso de los acontecimientos que nos ocupan. Transcribir íntegramente el texto francés sería acaso lo más útil y, por lo tanto, procedente. "Como siempre—escribe—la calumnia había debutado contra De Flers por acusaciones vagas: era su debilidad, su inercia, su escaso ascendiente sobre las tropas, los defectos que, desde luego, se le atribuían. Es incapaz, versátil, sin firmeza ante el soldado, escribían el 10 de julio a la Convención los representantes Espert y Projean. Gastón hubo de pronunciar prontamente la palabra **traición**. A continuación, tres generales, uno de ellos de División, alarmados de repente por la saud del Ejército, comunicaron sus escrúpulos a los depositarios del Poder soberano.

"Y ¿qué había hecho el general francés ante tales acusaciones, a estas cobardes denuncias? A ellas hasta entonces De Flers no había

opuesto otra cosa que el silencio y el desprecio, más la pérdida de Villafranca concluyó por conceder a estos clamores un carácter tal de violencia que fué necesario, del todo imprescindible, hablar y obrar al mismo tiempo.

"En situación tan crítica, el general francés apeló al único recurso que en aquellas circunstancias podía resultar de alguna eficacia. Era preciso acudir al testimonio público de un tribunal irrecusable, autorizado para declarar oficialmente que su sistema de temporización, causa de tan odiosas calumnias, era el solo aplicable para resolver la crisis que en aquellos momentos se atrevesaba. Al efecto, el 5 de agosto reunióse en Perpiñán un Consejo de Guerra, en el que tomaron parte cuantos generales o jefes pudieran ejercer un mando de importancia. Así, entre ellos figuraban D'Auvare, Barbantane, D'Aoust, el Coronel Lamartillère, el Jefe de Brigada de Ingenieros Vialis, el Ingeniero Jefe del Campo de la Unión, Andréossy y algunos otros más. De los citados, D'Auvare es calificado de viejo y prudente por Fervel, y respecto de D'Aoust, éste, desde hacía dos meses, desempeñaba el cargo de Jefe del Estado Mayor General.

Se celebra un Consejo de Guerra

"Ante este Consejo de guerra, De Flers propuso las siguientes cuestiones: 1.^a ¿Son ustedes de opinión de que sea atacado el gran campo de Ponteillac? 2.^a ¿Atacar a Argelés contando con el socorro de la guarnición de Collioure? 3.^a ¿Realizar ataques parciales sobre Millas, Illa, Vinça, Prades y Thuir? 4.^a En el caso de la referida realización, ¿cuál sería la marcha que imprescindiblemente habría que seguir?"

La respuesta a tan importantes preguntas no podía darse en plena celebración del Consejo. Se dispuso que ellas fueran formuladas por escrito, razonadas o fundamentadas, y entregadas al día siguiente. Todas ellas coincidieron en reconocer la imperiosa necesidad de permanecer a la defensiva, esperar la llegada de refuerzos para emprender las operaciones y perseverar, finalmente, en aquella línea de conducta tan censurada que hasta entonces se había seguido. "¿Qué podía intentarse, en efecto, con 20.000 reclutas a lo más, sin instrucción y sin hábito alguno maniobrero, contra 36.000 soldados veteranos, aguerridos y por todas partes atrincherados? ¿Qué podía esperarse del empuje de 800 jinetes que, hasta aquel momento, no habían servido más que para romper, arrastrados por la ceguedad y el desorden de su huída, las filas de nuestra propia Infantería, contra 6.000 jinetes escogidos, superiormente montados y acostumbrados a quedar casi siempre dueños del campo?" De este modo se expresa el historiador francés de referencia comentando lo oportuna y razonable de la unánime opinión de los generales franceses; y, puesto que es él el que, de modo tan categórico, reconoce la superioridad y valía de nuestros infantes y de nuestros jinetes, no lo olvidemos nosotros, tanto para responder en lo sucesivo a acusaciones o juicios desfavorables, que acaso por el mismo Fervel puedan formularse con

de tal y
uria.
de,
zare-
to,
el
un
an-
sie-
al-
y los

tes
an
co-
so-
ida
ría

le-
las
te.
er-
en-
on-
no-
re-
te-
es-
ra-
el
tra
los
sa
zo-
sto
ad
os
ios
on

manifesta contradicción del propio decir, y para que pueda apreciarse hasta qué punto son acertadas nuestras afirmaciones de que nuestro Ejército era, por todos conceptos, un excelente útil de combate.

Destitución del General De Flers

Pero, aunque el parecer de los jefes militares franceses se manifestase tan conforme con el modo de proceder del General De Flers, su destino hallábase determinado de antemano. Sin esperar las respuestas por escrito a las preguntas formuladas, a la salida del Consejo, los representantes de la Convención creyéreron en el caso de comunicar a Barbantane, el más antiguo de los generales de División, su propósito de nombrarle General en Jefe, en sustitución de De Flers. "Barbantane respondió, con esa modestia cómoda que se confiesa sinceramente inferior a una posición conquistada sobre competidores definitivamente descartados, que los tuertos eran reyes en el reino de los ciegos; que trataría de cargar con tan terrible peso, dado que el General Giacomoni,preciado oficial por su actividad y su inteligencia, consentía en colocarse al frente del Estado Mayor, y a condición que no se olvidase nunca que, al ensayar sus fuerzas, se reservaba el derecho de recuperar su puesto anterior si el peso resultaba por encima de sus facultades físicas y morales. Con el consentimiento de su elegido, los representantes Espert, Fabre y Bonnet, por decreto de 7 de agosto, suspendieron de sus funciones al General en Jefe, alegando como razón para ello el haber perdido la confianza de los ciudadanos soldados que componían el Ejército."

"Tan brutal destitución — comenta Fervel — debió desarmar los odios más rebeldes (enconados, calificaríamos nosotros), pero no fué éste, no obstante, el efecto causado en los implacables y cobardes rencores de los más ardientes enemigos del general, de esos hombres extraños al Ejército, que poseídos del furor de intervenir en la conducta de la guerra, velaban, bajo la máscara de un celo patriótico, la venganza de su amor propio, herido por la fría acogida hecha a su presuntuosa ignorancia. Estos **donantes de consejos**, que así se les llamaba, no tuvieron ni siquiera la triste generosidad de respetar, después de su caída, a aquel que había sido derribado por sus golpes, soldado, que había marchado rectamente al cumplimiento de su de- y su encarnizamiento persistió hasta el sacrificio final del intrépido ber, sin dignarse tener en cuenta los obstáculos del camino. Efectivamente, el mismo día de la destitución de De Flers, los Consejeros del Departamento, presididos por Sérane (de Perpiñán) y acaloradamente ayudados por el Procurador General Síndico Lucia, cometieron la crueldad de redactar, para el Comité de Salud Pública, teniendo en cuenta el decreto de los Representantes, una requisitoria que era entonces un verdadero pasaporte para el cadalso." "¡Vergonzosa desmoralización, propia de los tiempos de discordia civiles, que la Historia debe castigar por la tardía justicia del pasado, y a todo evento, para ingrata enseñanza del porvenir!"

El General Barbantane, Jefe supremo

Cúpole al General De Flers el mismo triste destino de tantos otros generales y ardientes servidores de la insaciable Revolución. Llamado por el Tribunal revolucionario, la guillotina segó su noble cabeza. El en otro tiempo Marqués Puget de Barbantane, convertido más tarde en el más ferviente y exagerado revolucionario, hubo de tomar posesión del Mando supremo del Ejército francés, de los Pirineos Orientales. Se presentaba una bella ocasión de seguir poniendo de relieve su decidido propósito de lavar su **pecado original**, que así calificaba, con manifiesta indignidad, la circunstancia de haber nacido aristócrata. En cambio, uno de los crímenes que la plebe reprochaba con mayor amargura al General De Flers era el disgusto que había manifestado en la celebración del 14 de julio. Designóse la fecha del 10 de agosto para la toma de posesión del mando de Barbantane: así se brindaba oportunidad de contribuir, con exaltado entusiasmo, a la celebración del aniversario de tan infiusta fecha en la historia de la Monarquía francesa.

La celebración del aniversario del 10 de agosto y el llamamiento hecho por la Convención a todos los ciudadanos franceses para alistarse en los ejércitos de la República, amenazada por los ejércitos de las potencias europeas, causan un entusiasmo general en la vecina nación

LA CELEBRACION DEL ANIVERSARIO DEL 10 DE AGOSTO Y EL LLAMAMIENTO HECHO POR LA CONVENCION A TODOS LOS CIUDADANOS FRANCESES PARA ALISTARSE EN LOS EJERCITOS DE LA REPUBLICA, AMENAZADA POR LOS EJERCITOS DE LAS POTENCIAS ENROPEAS, CAUSAN UN ENTUSISMO GENERAL EN LA VECINA NACION.—Había llegado el aniversario de aquella lamentable jornada en que la muchedumbre, dejándose llevar de sus más bajos y criminales instintos, y acuciada por las instigaciones de unos hombres fanáticos y sin conciencia, había penetrado, a sangre y fuego, en la mansión real, obligando al monarca y su familia a refugiarse en la Convención. Bajo la amenaza de la invasión general de los ejércitos de las potencias centrales, del Reino de Saboya y del de España, Francia había hecho un llamamiento a todos sus hombres para que acudiesen a la defensa de la nación amenazada; en esta fecha del 10 de agosto de 1793, todos sus caminos aparecían llenos de combatientes, que marchaban a incorporarse a los ejércitos, desplegados a lo largo de las fronteras. Los historiadores franceses describen, con los más vivos colores, el estado de exaltación y de entusiasmo general que reinaba en la mayoría de la población de su país, enardecedida por las exhortaciones de sus dirigentes revolucionarios y bajo la amenaza de un peligro común. Esta reacción del espíritu público no podía por menos de dejarse sentir también en el Rosellón

y demás comarcas vecinas a la frontera pirináica, y así puede declarar Fervel que la fecha de que estamos tratando, por el efecto moral que produjo, hizo época en la historia de esta campaña. Como si coincidiera con los terribles recuerdos que evocaba, se acababa de derrocar un mando superior, confiándose en uevas y enérgicas manos el gobierno de una nave en trance de naufragar. Las imaginaciones alocadas se entregaban al ensueño de las vagas esperanzas, exaltándose punzadas por el agujón del peligro. De este modo, el brío surgía por todas partes: del ejército se propagaba a la población civil. Los Corbières se habían levantado en masa, dando vida a un hormiguero (*fourmillaien*) de intrépidos montañeses armados. En ellos, al pie del col de San Luis, las mujeres de Saint-Paul, arrastradas por el ardor de su sangre catalana, desplegaban la mayor violencia para sacrificar su ternura en aras de su férreo patriotismo, apresurando la partida de sus esposos y de sus hijos, llamados al servicio de las armas. Más allá, en las gargantas del Tet, una aldea miserable, fiel a una gloriosa tradición, se hacía aniquilar para retardar, aunque no fuese más que por una hora, el paso del enemigo. Los habitantes de Eus hubieron de recordar que, con motivo de otra invasión, la localidad había perecido en las llamas, como castigo de la valerosa resistencia que hubieron de llevar a cabo sus padres. En esta ocasión habían imitado tan noble ejemplo, y arrojados de sus chozas por el fuego y el incendio, recorrían las montañas para levantar en ellas la insurrección y promover la compasión.

Esta reacción del espíritu público venía impuesta como uno de los medios para conjurar un peligro que no podía presentarse más inminente. Es cierto que, en los primeros momentos de la campaña, cuando la declaración de guerra, el mayor entusiasmo se había manifestado no sólo en Perpiñán, sino en otros puntos del Rosellón. Pero este entusiasmo había tenido que ir debilitándose ante el hecho positivo de los reveses sufridos desde el primer momento y su total abandono por parte del Gobierno republicano. Como consecuencia de todo ello, el testimonio francés se ve obligado a tener que declarar cómo, en este momento de que estamos tratando, las diferencias de opinión se manifestaban de una manera profunda entre los suyos, y así, en tanto que unos, los habitantes de las localidades principales y los de la capital, habían abrazado con calor la causa revolucionaria, otros, los campesinos sobre todo, añoraban sus antiguos hábitos. Los de las montañas se preocupaban, ante todo, de la seguridad de sus hogares amenazados, y, para salvarlos o librarlos de un peligro presente, muchas veces, sin distinción de partidos, se constituían en auxiliares de los más fuertes.

Pero, si hemos de hacer caso de las declaraciones de Fervel, una "vigorosa reacción hubo de sucederse inmediatamente, como consecuencia de los primeros éxitos obtenidos por los revolucionarios. Ella fué brusca—afirma el historiador francés—, y el sentimiento del deber, largo tiempo comprimido, tenía una prisa tal de reaparecer que muchas veces explotaba incluso en pleno fuego de un combate". La conducta de los habitantes de Vinça el 31 de julio es muestra de una de estas reacciones.

Pero en donde se manifestó de modo más acusado esta reacción del espíritu público y la fidelidad a la nación francesa lo fué entre las poblaciones de la zona montañosa de los Corbières, tal vez porque en ella no había dejado raíces tan profundas como en las demás comarcas de los Pirineos Orientales la dominación española. Testigos estos montes de los encarnizados combates que en otros tiempos se entablaron entre las tropas de una y otra monarquía vecinas para mantener en ellos su frontera, la española, en tanto que la francesa pretendía trasladarla a los Alberes, en esta fecha constituyeron un foco de energía y esperanza, contribuyendo no poco a despertar la insurrección y el anhelo de lucha el ciudadano rosellonés M. Arago d'Estagel.

Pero de entre las declaraciones del historiador francés que hemos citado tenemos que señalar una de ellas, por la importancia informativa que encierra. Apunta, en efecto, que de las disposiciones hostiles o dudosas que pudieran adoptar o manifestar los habitantes de la campiña rosellonesa, la más funesta acaso de todas ellas era la de procurarnos, sobre los más insignificantes proyectos o planes del mando francés, informes tan inmediatos, tan detallados y precisos que éste no podía, realmente, no ya ejecutar, sino incluso proyectar cualquier movimiento u operación sin que en seguida tuviese conocimiento de ello el mando español. A consecuencia de esto, los franceses, faltos de espías oficiales, y sin dinero para proporcionarse los demás, encontraronse, a ser cierto lo declarado por Fervel, en la ignorancia más completa acerca de lo que por nosotros se disponía o proyectaba.

Operaciones para la defensa y traspaso de la línea fluvial del Tet.—Ataques franceses a la posición española del lugar de Millas.—Los franceses eligen el campo de Cornelio-la-Riviere como punto central de la defensa francesa de la línea del Tet

OPERACIONES PARA LA DEFENSA Y TRASPASO DE LA LINEA FLUVIAL DEL TET.—ATAQUES FRANCESES A LA POSICION ESPAÑOLA DEL LUGAR DE MILLAS.—LOS FRANCESSES ELIGEN EL CAMPO DE CORNELIA-LA-RIVIERE COMO PUNTO CENTRAL DE LA DEFENSA FRANCESAS DE LA LINEA DEL TET.—Las tentativas españolas del traspaso del Tet a la altura de Millas, llevadas a cabo los días 2 y 3 de julio, la ocupación de Illa y la de Millas el mismo día de la conquista de Villefranche, eran indicios suficientes a suponer que el General Ricardos pretendía realizar por este sitio el paso de sus tropas al otro lado del citado río. Comprendiéndolo así, el General Mondredón, que mandaba las fuerzas francesas encargadas de impedir la realización del intento español, decidióse a concentrar en el campo de Cornelio las tropas que en un principio había tenido la mala idea de diseminar a lo largo de un extenso frente de 7 a 8 le-

guas, desde Montalba, frente al col Ternière, hasta Saint-Estève, lugar cercano a las propias puertas de Perpiñán. La guarnición de este último puesto fué trasladada al anteriormente citado. Haremos observar que esta aldea de Cornelia hállose emplazada a media legua escasa por debajo de Millas, al pie de un pitón o montículo aislado, en la cima del cual hallábanse esparcidos los restos de un antiguo castillo llamado Force-Reale (o Fort-Serral), constituyendo un excelente puesto militar que daba frente o cara a Saint-Feliu-d'Aval, punto por donde, más que por Millas, se hace fácil el paso del río.

Prosiguiendo en su propósito de continuar inquietando a nuestras tropas, establecidas en Millas, los franceses realizaban diferentes golpes de mano contra nuestras posiciones, y así, les vemos el día 5 de agosto llevar a cabo un fuego muy vivo de cañón y fusilería, pasando sus miqueletes al lado de acá del Tet para sostener la acción que habían iniciado los voluntarios franceses del Vallespir y algunas tropas nacionales por ellos arrastradas al combate. El comandante del puesto español de Millas envió al Coronel D. Francisco Solano con dos compañías de Granaderos para contenerlos, y tal fué el empuje de nuestros soldados, que pudieron rechazar al enemigo, mas habiendo recibido éste el socorro de 100 caballos de la Legión de los Pirineos Orientales, destacáronse de nuestro campo otros tantos jinetes, que al mando del Teniente Coronel del Regimiento del Algarbe D. Fernando Gagigal lograron arrollar a sus contrarios, que se vieron obligados a repasar el río, dejando en el campo de la acción 50 muertos, bastantes heridos, cuatro prisioneros y pasándose a nuestras filas un sargento de miqueletes, que hubo de verificarlo en pleno desarrollo de la acción. Nuestro comunicado oficial del día 5 de agosto declara que por nuestra parte tan sólo hubo dos heridos. Sólo a título de curiosidad ofrecemos estos datos.

También en este mismo día 5 hizo presencia el enemigo delante de Illa, y, como en la acción anterior, en ésta los franceses se vieron precisados a repasar el río, bien escarmientados a causa de las pérdidas sufridas bajo los certeros disparos de los fusiles de nuestros infantes, al mando del Comandante del puesto D. Antonio Revelo, Sargento mayor que era del Regimiento de Saboya.

Pero no eran siempre los franceses los que habían de atacar. El mismo día 5, el General Crespo atacó a los franceses, haciéndoles algunos muertos, heridos y prisioneros y tomándoles dos cañones largos o culebrinas, con un considerable repuesto de pólvora, balas, harina, pan y otros víveres, obligándoles a desalojar por completo la posición que ocupaban. No define nuestro comunicado oficial, no hemos podido conseguirlo en las demás fuentes de información, cuál fuera esta posición. Tan sólo podemos deducir que se encontraba al paso de Villafranca a Mont-Louis, por cuya razón el General Ricardos, que no tenía conocimiento de esta pequeña acción, llevada a cabo por el General Crespo, hubo de ordenarle con posterioridad que atacase el puesto militar francés con propósito firme de apoderarse de él y de la artillería que allí tenía asentada el enemigo. En su contestación, el General Crespo daba cuenta a Ricardos de haberlo hecho ya así.

Los españoles realizan una primera tentativa para la conquista del campo francés de Cornelia

LOS ESPAÑOLES REALIZAN UNA PRIMERA TENTATIVA PARA LA CONQUISTA DEL CAMPO FRANCES DE CORNELIA.—En su propósito de avance y traspaso del Tet, y como quiera que continuasen los franceses inquietando a la guarnición de Millas, sometiéndola al fuego de sus baterías, resolvió nuestro General en Jefe que el Mariscal de Campo D. Rafael Adorno, con el 6.^º Batallón de Guardias Españolas, al mando de su Comandante el Teniente Coronel D. José Eslava, el Batallón de Granaderos Provinciales de Castilla al de su Coronel D. Pedro Llama, el de Navarra, mandado igualmente por su Coronel D. Ildefonso Arias, y finalmente el de Málaga, a las órdenes de su Teniente Coronel D. Pedro Adorno, más de 200 hombres de tropas ligeras y el Batallón de Voluntarios de Vallespir, marchara el día 10 en dirección al frente para atacar a los enemigos y desalojarlos de la posición que tenían a la otra parte del río Tet. No podemos aceptar como buena la insinuación que hace Fervel de que Ricardo aprovechó la solemnidad de este día para ensayar una sorpresa contra el campo francés, y mucho menos que eligiese como objetivo de la operación el campo de Cornelia, escarmentado por el fracaso de su anterior intento de ataque contra el campo de la Unión. Llegado a Millas D. Rafael Adorno, reconoció la situación del enemigo, y combinando la operación, de acuerdo con los jefes de los Cuerpos, se dispuso a sorprender aquella misma noche al enemigo, conviniendo con el comandante de aquel puesto, como mejor conocedor de todo aquel terreno, salir a las once de la noche, en tanto que D. Pedro Adorno, con el batallón de su mando y cuatro cañones ligeros, fuese a llamar la atención del enemigo, por la derecha, llevando a efecto un falso ataque demostrativo, mientras el propio don Rafael, remontando el río hasta Néfiac, lo atravesara por la noche, rechazando los puestos avanzados enemigos, y, torciendo hacia la izquierda, procurar coger de flanco las baterías francesas asentadas frente a Millas.

No habiendo llegado a tiempo las tropas ligeras de referencia, D. Pedro Adorno tuvo que retrasar dos horas el comienzo de su marcha. Realizando su cometido las tropas que habían de avanzar por el flanco izquierdo, éstas hallábanse constituidas por un Cuerpo de 1.500 hombres, según la referencia francesa, que asigna igual número de hombres al anteriormente citado, llevando a su frente al Teniente Coronel D. Francisco Solano, al mando de una vanguardia compuesta de 100 hombres, de voluntarios franceses del Vallespir, y las Compañías de Cazadores de Guardias Españolas y de Granaderos de los Regimientos de Granada y Málaga. A las doce de la noche esta columna llegó a Néfiac, y a las dos y media tropezó con una guardia enemiga, cuyos centinelas avanzados dieron el "¡Quién vive!" a los nuestros, al que respondieron los batidores españoles con un vivo fue-

go que forzó a los franceses a retirarse en fuga, dejando en nuestro poder veinte fusiles y varias mochilas y otras cosas.

Pero el intento español no pudo llevarse a cabo, pues, como quiera que a las tres y media empezara ya a amanecer, descubriéronse los enemigos, formados en batalla con su caballería al flanco izquierdo, ocupando la misma altura que Adorno pensaba tomar para dominar las baterías enemigas. El efecto de sorpresa no podía ya realizarse. En vista de ello, el Mariscal de Campo español dispuso un pequeño alto; juntó a los jefes de los Cuerpos, manifestándoles lo crítico de la situación en que se hallaban, pues la fuerza enemiga era superior en número y hallábase ventajosamente situada, contando con dos baterías y 200 caballos, en tanto que la nuestra carecía de cañones y de caballería y tropas ligeras, siendo realmente difícil la retirada al no haber otro camino para llevarla a cabo que aquél mismo que durante cuatro horas habían traído a través de precipicios imposibles de practicarse, sin mucha pérdida de gente y material. Con la aprobación de todos los citados jefes de Cuerpo se convino en que no había otro arbitrio que atacar las baterías, abriéndose paso nuestros soldados con sus bayonetas. Ante tan extremada decisión, dispuso Adorno que la vanguardia, reforzada con cuatro compañías de granaderos provinciales, avanzase en desorden, a modo de tropas ligeras desplegadas en guerrillas, en tanto que el batallón de guardias españolas, formado en línea de batalla en una altura conveniente, se mantenía firme en su puesto. La compañía provincial de granaderos de Chinchilla recibió asimismo orden de tomar otra altura a retaguardia, con encargo expreso de su Capitán, D. Tiburcio Carcelén, de que contuviese al enemigo, contrarrestando los efectos del vivo fuego que por aquella parte estaba desencadenando contra nosotros. El coronel de Navarra, D. Ildefonso Arias, con su batallón, había de atacar por la derecha las baterías, en la forma que mejor le pareciese.

A pesar del fuego de la fusilería enemiga y del realizado por la artillería francesa, que había vuelto sus piezas contra las fuerzas atacantes, nuestros soldados, despreciando toda clase de riesgos, pudieron apoderarse de dos baterías enemigas, entrando los primeros en el lugar de sus asentamientos los granaderos de Málaga con su Teniente, D. Francisco Calderón, llegando después los de Granada, muchos cazadores de Guardias españolas y algunos de los de Chinchilla, con Carcelén a su frente; todos ellos a las órdenes de Solano. Reconoce Fervel que el Mariscal de Campo Adorno lanzó bruscamente un batallón de Granaderos sobre la altura de asentamiento de las baterías francesas que se hallaba más próxima a su frente, apoderándose de esta posición sin disparar un tiro y volviendo las bocas de sus cañones contra el frente enemigo. "Apoderados de la artillería, hicimos fuego con ella a los enemigos—declara textualmente nuestro comunicado oficial del día 10 de agosto, y añade—: Se logró retirarlos un poco y que desistiesen de cortarnos la retirada con su caballería, como intentaban. Conseguida en todas sus partes la acción, dispuso Adorno que la compañía de Granaderos de Granada, a las órdenes de D. Francisco Artecono, alférez de Guar-

días españolas, fuese a clavar un obús, que ya estaba tomado, y lo precipitase al río, haciendo lo mismo con los carros de municiones, lo que ejecutó a satisfacción, practicando lo propio Solano y Arias, con el cañón de 16, merced al esfuerzo de los Granaderos de Navarra, logrando finalmente Calderón y Carcelén, con los Granaderos de Málaga, arrastrar el cañón de a cuatro, con mil dificultades a causa de lo áspero del camino, hasta dejarlo en nuestro poder".

Pero los franceses, dominados todavía por la excitación que causara en su ánimo la solemnidad de la víspera, hallábanse todos despiados, según expone el historiador militar de referencia. Ellos transportaron al combate el ardor de la fiesta. Tal fué la impetuositad con que los cazadores de los Pirineos Orientales y el 7.^º batallón del Aude, mandados por Dejean, se lanzaron contra los nuestros, que, a no ser por el apoyo prestado por la columna de D. Pedro Adorno, hubieran dejado en la orilla izquierda del Tet la mayor parte de su gente, siendo completamente cortados en su retirada. Pero ésta pudo tranquilamente realizarse, pues las tropas francesas que habían quedado en el campo de Cornelio, sorprendidas por la rapidez misma del éxito de los suyos, ni siquiera pensaron en inquietar la marcha de los soldados españoles. Nuestra información oficial no describe con tan vivos colores esta reacción del ejército revolucionario, y lejos de presentar nuestra retirada como el violento arrastre de la embestida enemiga, la presenta como una medida tomada libremente por nuestro Mando ante una situación que comienza a manifestarse poco favorable. "Viendo que los enemigos se iban reforzando, mandó el Mariscal de Campo Adorno que los Granaderos provinciales, mandados por su Coronel, Llamas, se apoderasen del paso del río para sostener la retirada, y luego que estuvo ocupado el vado, reunidos los demás batallones y la vanguardia, que se había quedado para sostener la bajada, formáronse todos en batalla al frente del enemigo." Tal es el relato oficial. Al tomar la determinación de la retirada de las fuerzas españolas quiso Adorno manifestar claramente al enemigo la fortaleza del espíritu de sus soldados, y, al efecto, ordenó que ellas hicieran tres descargas de fusilería con otros tantos vivas al Rey, en celebridad de haber batido y desalojado solamente tres batallones, sin caballería ni cañones, a fuerzas superiores por su número, por su situación local, por su caballería y artillería, habiéndose apoderado de ésta y hechos 63 prisioneros con cuatro oficiales, tomándoles un cañón y 120 fusiles, gran número de mochilas, caballos, yeguas, burros, haber precipitado los demás cañones, carros de municiones y haber pegado fuego con camisas embreadas que llevaban a este efecto a las baterías, y formados en tres columnas volvieron a pasar el río por delante de Millas con todos estos despojos a la vista de los enemigos.

Nuestra información oficial no se limita tan sólo a este relato de la operación, sino que además manifiesta cómo el Mariscal Adorno reconoce el valor, obediencia y disciplina de las tropas, y la inteligencia y eficacia del mando de los jefes de los Cuerpos ya citados, D. José Eslava, D. Ildefonso Arias, D. Pedro Llama y D. Francisco Solano, señalando asimismo la actividad de su Ayudante de

Campo D. Luis Riquelme, primer teniente del regimiento de Burgos, que permaneció siempre a su lado con oportunidad, llevando las órdenes que se le dieran para su transmisión. Igualmente señala como distinguidos a D. Tiburcio Carceler, capitán de provinciales; a don Francisco Artecona, alférez de Granaderos, y a los tres oficiales de Granaderos de Málaga. Finalmente se señala la brillante actuación del Teniente Coronel D. Pedro Adorno, por la oportunidad con que mantuvo al enemigo por el espacio de seis horas, siendo admirable en general la bizarra y espíritu con que todos los oficiales se señalaron en medio de tanto riesgo. Informa nuestro comunicado que la pérdida de los enemigos debió de ser considerable, a juzgar por ciertos movimientos que pudieron notársele. Siendo la nuestra tan sólo de 31 heridos, cuatro de ellos de mucha gravedad, manifestándose que se enviaba a la Superioridad una relación circunstanciada de algunos oficiales que habían sido heridos levemente.

**Los españoles ensayan la realización
un movimiento envolvente a través de las
montañas del Conflans para caer sobre
la retaguardia francesa**

LOS ESPAÑOLES ENSAYAN LA REALIZACION DE UN MOVIMIENTO ENVOLVENTE A TRAVES DE LAS MONTANAS DEL CONFLANS PARA CAER SOBRE LA RETAGUARDIA FRANCESAS.—Si hubiésemos de dar crédito a la información que Fervel nos ofrece, el resultado del intento anterior hubo de desconcertar al General Ricardos. El vigor inesperado de los soldados de la Revolución le llenaba de admiración y de incertidumbre. Dejemos hablar al historiador francés: "Así, los emigrados de su camarilla, que no cesaban de obsesionarle con sus turbulentos consejos, le arrastraron sin dificultad al ensayo de una de sus nuevas lucubraciones. Los emigrados en esta frontera, como en las demás, habían prodigado promesas que experimentaban crueles desmentísls, pero su odio infatigable no se desanimaba por ello. Ellos aconsejaban al general español evitar el llano para el paso del Tet y aprovecharse de la posesión de Villafranca para desembocar desde el Conflans sobre el Aglí, formando la primera banda de los Corbières en la dirección de Mosset a Monfort. Desde este último punto, descendiendo a lo largo del torrente de la Boulesanse, la invasión podía alcanzar las dos principales salidas de los Corbières y cortar de este modo, en el col de San Luis y en el desfiladero de Salces, las comunicaciones entre el Languedoc y el Rosellón". Sin duda alguna, éste era un plan muy razonable y digno de ser puesto en ejecución si, en efecto, especiales circunstancias, mostrándose propicias a la marcha de nuestras tropas por la zona montañosa, pudieran hacer más favorable el llevar a cabo por esta parte la operación proyectada que a hacerlo por otro punto adecuado de la zona llana atravesada por el río Tet.

**Los españoles reconocen el paso del río
a la altura de Mosset, apoderándose de
este lugar**

LOS ESPAÑOLES RECONOCEN EL PASO DEL RÍO A LA ALTURA DE MOSSET, APODERANDOSE DE ESTE LUGAR.—Pero cualquiera que fuese la influencia que sobre el ánimo del General Ricardos pudieran ejercer las recomendaciones o proposiciones hechas por los emigrados franceses, es lo cierto que después de unos siete días, a partir de la fecha de la operación anteriormente relatada, ordenó llevar a cabo un reconocimiento del valle y curso del Tet a la altura de Mosset, para poder realizar el traspaso del río en las condiciones más favorables. Al efecto, y según da cuenta nuestro comunicado oficial del día 17: "Concluída del todo la operación de la toma de la plaza de Villafranca y su campamento y el arreglo de la guarnición que debía quedar para su defensa con el acopio de víveres y municiones, recibió orden del Capitán general el Teniente General D. José Crespo para que, con la tropa a su mando, se pusiese en marcha hacia el campo enemigo, desalojándolo de cuantas posiciones ocuparan éstos a su paso, y en cumplimiento de la referida orden, dispuso apoderarse de Mosset, villa grande y murada en la que los franceses tenían 1.500 hombres de tropa, con su correspondiente artillería". De estos 1.500 hombres, 800 eran voluntarios (aquellos que se habían podido escapar de Villefranche), y los restantes, miqueletes, que formaban algunas compañías, y habitantes armados. El número de cañones era el de cuatro. La guarnición estaba mandada por un capitán del 49 regimiento de línea, llamado Chalvason. En cuanto a Mosset, éste poseía un antiguo castillo, hallándose dominado por una meseta inmediata, en la cual estaban establecidos los voluntarios de Villefranche, encargados por Chalvason de su defensa, mientras que en el castillo tenía encerrado todo cuanto pudiera ser susceptible de alguna resistencia.

En cumplimiento de las órdenes recibidas, la fuerza española salió del campamento de Cudelet, junto a Prades, en la noche del 16, disponiendo Crespo sus tropas, que Fervel evalúa en 1.800 hombres, en tres columnas: la del centro, al mando del Brigadier D. Valentín Belvis de Moncada, estaba compuesta de un batallón de Soria, 200 milicianos y todo el tren de artillería, con los correspondientes carros de munición, la segunda, o sea la de la derecha, estaba constituida por el regimiento de Navarra, a las órdenes de su coronel, y la de la izquierda lo era por el regimiento de Granada y una compañía de Granaderos de Córdoba, al mando del Coronel D. Tomás Roncal. De la operación fué encargado el Brigadier Belvis. La columna del centro había de seguir por el fondo de la garganta por donde corre el río, llevando cinco piezas de campaña, que habían de destruir las murallas que ofreciesen un obstáculo al avance de las tropas; la de la izquierda tenía por misión la de dispersar las dos avanzadas que los franceses mantenían en las crestas de este lado, y la derecha había de emprender el ataque a la meseta de referencia.

Emprendida la operación, la columna del centro tuvo que detenerse por las dificultades del terreno; la de la derecha, al mando del Coronel Arias, fué la primera en llegar al punto señalado, no habiendo encontrado dificultad alguna en su marcha. Detenida ante Mosset, halló establecidas fuera de las murallas cinco piezas de artillería, que hacían un fuego muy vivo. Reconocido el terreno, este coronel logró apoderarse de la meseta antes citada y desde cuya altura se dominaba el asentamiento de la batería, y encontrándose en ella dos piezas de a cuatro dispuso inmediatamente apuntarlas contra el lugar. Desde la nueva posición conquistada, realizando un fuego muy vivo de fusilería sobre la batería francesa y lanzando posteriormente la compañía de Granaderos, nuestros soldados pudieron apoderarse de los cinco cañones franceses, que, como los anteriores, fueron vueltos contra la villa, lanzando sus disparos sobre las puertas del recinto amurallado que defendía la localidad; siendo ésta la razón por la cual se vió precisada a rendirse a los nuestros y no la cobardía y la traición de su comandante, según lo declara Fervel, manifestando que las amenazas y los ruegos de este indigno capitán habían arrastrado al puesto a su rendición.

En cuanto a la columna de la izquierda, al mando de D. Tomás Roncali, según sabemos, halló en medio del camino, antes de llegar a Mosset, a los franceses ocupando dos alturas, desde las cuales hacían un fuego muy vivo, y proponiéndose desalojarlos de ellas, dividió sus tropas en dos fracciones, iniciando sus ataques con decidido ánimo; lograron ahuyentarlos, haciendo prodigios de valor tanto Roncali como la compañía de Granaderos de Córdoba y la de su batallón de Granada. Apoderados de la villa los españoles, permitióse a los soldados su saqueo, en castigo de la resistencia que los pajes armados habían hecho; trasladándose los cinco cañones, con los correspondientes carros de municiones, a los campamentos ocupados por nuestro ejército. Nuestra información oficial del día 17 da cuenta de que los habitantes de Mosset prestaron juramento de fidelidad al Rey de España, quedando el General Crespo preparado para continuar su operación. Informa Fervel que las pérdidas de los suyos fueron de 15 muertos, logrando escapar 137. Los españoles perdimos una cuarentena de hombres, muertos o heridos por la explosión de un depósito de pólvora, que estalló durante el pillaje del lugar.

Fueron a lo más 600 hombres de tropa de línea y siete oficiales franceses los que pudieron escapar de Mosset, llegando a saberse por los nuestros que de los 1.500 hombres con que contaba la guarnición el día 16, ante la noticia de que los españoles trataban de atacar la villa, 900 voluntarios allí concentrados hubieron de escapar cobardemente, no quedando en ella más que los 600 hombres antes citados.

Pequeño golpe de mano francés contra nuestra posición de Elna.—Como consecuencia del mismo, el lugar de Villeneuve es ocupado por las tropas españolas

PEQUEÑO GOLPE DE MANO FRANCES CONTRA NUESTRA POSICIÓN DE ELNA.—COMO CONSECUENCIA DEL MISMO, EL LUGAR DE VILLENEUVE ES OCUPADO POR LAS TROPAS ESPAÑOLAS.—Los franceses llevaban bastante tiempo sin dar muestras de su actividad en el sector costero al golfo de León. No queriendo acaso permanecer por más tiempo en esta actitud, el día 18, antes de amanecer, se presentaron ante Elna como unos 600 hombres del ejército revolucionario, entre miqueletes, tropa nacional y caballería. Sorprendido el centinela de una avanzada establecida en aquel sector del frente por nuestras tropas de Argelés, los franceses pudieron entrar libremente en el lugar de referencia, quemando un almacén de paja encargado de aprovisionar a nuestro ejército, llevándose unos carros que estaban para cargar, con unas 33 mulas y 1.300 duros de la Real Hacienda, depositados en mano de un comisionado francés para que fuese satisfaciendo el importe de cuantos suministros se hicieran por el citado almacén a nuestro ejército. Con este botín, y arrastrando tras sí al cura párroco del pueblo y a un paisano anciano afecto al antiguo régimen, cuya casa incendiaron, el destacamento francés inició su retirada precipitadamente en dirección a Perpignán.

Las noticias que de este hecho llegaron a conocimiento de nuestro capitán general revestían la operación de caracteres exagerados, suponiendo que el ataque francés había sido llevado a cabo por tres columnas numerosas. Creyéndolo así, Ricardos mandó al Teniente General Príncipe de Monforte saliese inmediatamente con los Mariscales de Campo D. Rafael Adorno y el Barón de Kessel al frente de un grueso destacamento de infantería y caballería, con sus correspondientes cañones, con la orden terminante de avanzar en busca del enemigo, atacándole en todo momento, cualquiera que fuese su situación o el número de sus tropas.

El Príncipe de Monforte, habiendo enviado previamente unas cuantas partidas de guerrillas de exploración, pudo enterarse por los propios paisanos de Elna de cómo un patriota de los más exaltados, vecino de dicho pueblo y a quien por sospechoso tenían preso en Figueras en otro tiempo los españoles, habiendo logrado escapar de la prisión y volver al campo francés, al presentarse en Perpignán informó, como era lógico, a la municipalidad de los grandes almacenes de paja, carros y dinero que allí teníamos y del modo más adecuado para sorprender y atacar con garantías de éxito nuestra fortaleza de San Fernando. De la perversidad de tan criminal y repugnante sujeto da fe nuestra información oficial, manifestando detalladamente cómo acusó de traidor a su padre, quien no era otro que el anciano prisionero arrastrado por los franceses al retirarse de Elna, después de haberle quemado su casa. Puesto a la disposición de su desnaturalizado hijo, éste mismo hubo de atarle con sus

propias manos, acusándole a gritos de indigno y de traidor y manifestando su deseo de querer matarle en aquél instante, sin más pérdida de tiempo; crimen que no llegó a consumar, mas no sin hacer víctima a su padre de golpes inhumanos. A continuación ató al cura de que hemos hecho mención, quien era un sacerdote de los que habían podido emigrar refugiándose en España, pero que llamado por los demás párrocos para que se encargase del **pasto espiritual** (tal es la frase de nuestro comunicado) hubo de volver a Elna. Nuestra información oficial añade que tanto este sacerdote como el referido anciano fueron guillotinados al dia siguiente en público cada uno.

Pero habiendo Monforte adquirido por el camino verdaderas noticias de lo acaecido y recibido nuevas órdenes del general, se dirigió hacia Perpignán, encaminándose por el flanco izquierdo de Elna, con la intención de cortar la retirada del enemigo. Al llegar al lugar de Villanueva supo que los franceses habían estado en Elna, retirándose a las seis de la mañana. Como quiera que este pueblo no se hubiese aún rendido a la obediencia del Rey, el Príncipe de Monforte penetró en su interior con algunos caballos y tropas ligeras, mandando se abatiese el árbol de la Libertad, se desarmase a todo el pueblo y se recogieran las bandas tricolores. Asimismo dispuso requisar, en justa represalia del daño que los franceses nos habían hecho por la mañana, cuantos carros y armas se encontraran en el pueblo, haciendo dueños de 300 cabezas de ganado lanar y 36 vacas, que servían para la manutención de los cuerpos enemigos inmediatos, y llevándose presos a cuatro individuos de la municipalidad acusados como espías, "estando acostumbrados a marchar con frecuencia tanto a nuestro campo como a Perpignán". Nuestra información oficial, no dejando de indicar cómo Villanueva o Villeneuve estaba a poco más de un cuarto de hora de los dos campamentos establecidos por los franceses a la derecha de Perpignán y que, como sabemos, eran designados con los nombres del Molino y Cabestany, advierte igualmente que toda esta operación de requisas y castigo se verificó a vista de los mismos centinelas y avanzadas enemigas, las cuales, a pesar de ello, no osaron salir de sus puestos o referidos campamentos.

Y con referencia a las vicisitudes de este sector, indicaremos cómo el día 21 el comandante de Argelés avisó al Brigadier D. Eugenio Navarro que en Collioure (Colibre) habían entrado desde el día anterior por la tarde hasta el mediodía del corriente 27 transportes marítimos con víveres, municiones y tropa; pudiendo realizarse francamente el desembarco a causa de no hallarse por allí nuestra escuadra, refugiada en la bahía de Rosas ante el peligro de los temporales. En esta bahía, al día siguiente, fecha 22, embarcaron los regimientos de Mallorca e Ibernia, que habían sido solicitados por el comandante de la Escuadra al capitán general para tomar parte en la defensa de Tolón, ocupado por los ingleses, hecho que hubo de influir notablemente en el proceso general de esta guerra sostenida por España y las potencias centrales europeas con la Revolución.

**Pequeñas tentativas francesas sobre e
Thuir.—Los españoles se apoderan de
San Feliú**

PEQUEÑAS TENTATIVAS FRANCESAS SOBRE THUIR.—LOS ESPAÑOLES SE APODERAN DE SAN FELIU.—Los franceses, en su táctica de mantener constantemente la alarma en nuestro campo, en la noche del día 20 se presentaron delante de Thuir con unos 400 miqueletes, quienes fingiéndose espías trataron de apoderarse de un almacén de pólvora nuestro, defendido por una guardia de ocho hombres y un sargento. Al “¡Quién vive!” de nuestra centinela los atacantes contestaron disparando sobre él, matándole, y advertida nuestra tropa de su propósito y haciendo fuego sobre ellos, obligaronlos a retirarse, huyendo en precipitada fuga hasta el lugar de Sóller, que distaba más de dos leguas de allí, punto hasta el cual hubo de perseguirles el Brigadier D. Juan Manuel de Vives, quien, por orden del general, salió con 200 hombres de Cataluña y 200 caballos, a fin de cortarles el paso. Nuestro destacamento no pudo cumplimentar esta orden, no hallando al enemigo y si tan sólo señales de haber seguido aquella ruta, dado que el suelo estaba cubierto de cartuchos abandonados, recogidos por nuestra tropa en una gran proporción, así como una gran cantidad de gallinas, pavos y varias cargas de comestibles, que se llevaban a Perpiñán.

De un modo semejante, los días 23 y 24 los miqueletes quisieron atacar el lugar de San Feliú y apoderarse del convoy nuestro que diariamente salía con escolta desde Thuir hasta Millas. Mas este golpe de mano hubo de fracasar por completo gracias a la intervención de un destacamento de caballería que fué enviado al efecto. Una vez más, al siguiente día, 25, dejóse ver en San Feliú una gran porción de enemigos de infantería y caballería, y en atención a ello, el Coronel don Francisco Solano, comandante de la guarnición de Millas, envió un destacamento a las órdenes del Teniente Coronel don Fernando de Cagigal, quien no sólo ahuyentó a los franceses, sino que los castigó duramente, matándoles 30 hombres y haciéndoles otros tantos prisioneros, apoderándose, finalmente, del lugar de San Feliú. Todas estas pérdidas están reconocidas por Fervel en su “Historia de la Campaña”, atribuyendo la ocupación de este lugar de San Feliú a la circunstancia de ser el punto más fácil para el paso del Tet, asegurando que el día 19 nuestro Capitán General había concentrado en Millas la mitad de los 8.000 hombres que tenía escalonados a lo largo del curso de este río. El historiador advierte en tono de censura que nuestro Alto Mando hubo de tardar cincuenta días para juzgar cómo, dada la disposición de las márgenes de aquél, era San Feliú el punto de paso más favorable.

Pero no es más lisonjera la conceptuación que de la conducta del Alto Mando republicano hace este mismo historiador, expresándose del modo siguiente: “No obstante, ¿qué hacía el nuevo general en jefe del ejército francés—pregunta—para aprovecharse del retorno a la confianza pública, que acababa de celebrar tan felizmente su

OS
en
m-
ios
'se
de
ela
er-
ili-
de
tal
'n,
ca-
m-
es
de
an
as

ie-
ue
ol-
ón
ez
de
el
ió
do
s-
os
as
la
la
u-
en
rra
ar
el

ta
n-
al
r-
u

entrada en función?" Y a continuación, el propio Fervel responde: "Había comenzado, como sus predecesores, por reanudar esa correspondencia lamentable, nunca interrumpida, que fué durante tres años como la protesta cotidiana de los Pirineos contra el despiadado abandono del Gobierno y era como el prolongado grito de desesperación que será la historia más acusada de las desdichas de esta frontera, a su destino sacrificada. Después de estériles declamaciones sobre el **vil interés**, el egoísmo, males que, como puede comprenderse, disfultaban todas las operaciones. Barbantane, engañado por algunas demostraciones de la Marina española, hablaba únicamente de sus temores por la suerte de Collioure: "No creía—escribía todavia el dia 19—que Ricardos obligase a su ejército a traspasar el Tet para llevarlo a la retaguardia de Perpignán, ¡y sin embargo, cada paso de su adversario era un manifiesto encaminamiento hacia este objetivo, que ni siquiera podía sospechar! Y por ello perdía su tiempo en ensayar sobre Elna y sobre Thuir insignificantes golpes de mano, destinados, según decía, a aguerrir sus tropas."

**El General Barbantane se decide a atacar la posición española de Corbère.
Fracaso de este intento**

No obstante, después de la pérdida de San Feliú, el poco advertido general francés, y no sin experimentar algunas dudas, intentó, la noche siguiente de este suceso desfavorable, el desarrollo de una operación que, acaso bien conducida, podía haber comprometido seriamente los planes del General Ricardos. Este, por otra parte, si hemos de atenernos a lo manifestado por nuestra información oficial de los días 26 y 27: "Después de tener ya asegurada la comunicación por el Conflans con la toma de Villafranca y su castillo, resolvió, en vista de lo adelantado de la estación y proximidad de las nieves, que por la parte de Mont-Louis suelen anticiparse, dejar el sitio de esta fortaleza y avanzar sobre Perpignán, pasando el río Tet con un cuerpo de tropas considerable, que, interceptando la comunicación del Languedoc, con la plaza y ejército atrincherado bajo sus fuegos, les obligase a abandonar la capital o a perecer." En estos términos el proceso de la acción militar no podía estar más bien determinado, y habida cuenta del propósito de nuestro general, con toda justicia puede decir nuestro comunicado que: "por esto dispuso atacar el campo que los enemigos tenían apoyado en Cornellá, a la otra parte del Tet, desde donde, con sus baterías colocadas oportunamente en diversas alturas, incomodaban nuestras tropas de Millas y ensilaban todo el camino, y con el fin de cortar la retirada a los enemigos mandó se ejecutase esta operación por diferentes cuerpos, combinándola de modo que se hallasen en disposición de emprender un ataque al mismo tiempo por diferentes puntos".

Pero si para nosotros era interesante el hacernos dueños del campo de Cornellá, para los franceses recuperar a Corbère, arrojando de él a las tropas españolas que lo ocupaban, se imponía como objetivo principal para el desarrollo de las posibles operaciones a realizar

por el ejército de la Revolución. En efecto, Corbère constituía una excelente posición en la línea de puestos avanzados que los españoles habían establecido a lo largo del Tet. Emplazado este puesto a la mediación de Thuir, su pérdida podía acarrear la evacuación del mismo, pivote del movimiento envolvente que Ricardos meditaba. Mas para llevar a cabo semejante operación era necesario lanzar sobre Corbère una masa considerable de soldados, y esto fué, cabalmente, lo que no hizo Barbantane, que apenas llegó a destinar para la ejecución de la misma unos 1.800 hombres escasos (Fervel). Y sin embargo, esta empresa concebida por el general francés después de la pérdida de Saint-Feliú, y no sin prolifas vacilaciones, hubiera sido una operación que, bien dirigida en la noche del 25 al 26, hubiera podido comprometer seriamente los proyectos de nuestro Capitán General.

Corbère, en efecto, constituyía una importante posición al dominar los alrededores de Thuir, punto de vital interés en la línea de operaciones que los españoles habían llegado a establecer a lo largo del Tet. La ocupación de Corbère por los franceses podía muy bien acarrear la evacuación de Thuir, y con ello privar al General Ricardos del pivote o eje de giro del movimiento envolvente que meditaba. De los 1.800 hombres destinados a realizar la empresa, los dos tercios proporcionados por la guarnición del campo de La Unión, y al mando del General De Frégeville, debían, conforme a órdenes recibidas, con una precisión que no era frecuente adoptar, limitarse a interceptar tan sólo los socorros que desde el campo nuestro de Ponteilla pudieran expedirse a Corbère y, por lo tanto, quedar en observación, desplegadas entre Corbère y Thuir, apoyando su izquierda en un pequeño bosque vecino, y su derecha en una altura, cuyas pendientes llegaban al mismo punto amenazado. El ataque al lugar había de serlo por 600 hombres recién llegados del campo de Cornellá, a las órdenes del General Lemoine.

Cuanto acabamos de exponer no era, ciertamente, lo más apropiado para asegurar el éxito de la operación proyectada por el Alto Mando francés, y en efecto, fracasó por completo. No obstante, en un principio, sorprendida en medio de las tinieblas de la noche, la guarnición española de Corbère abandonó el lugar, retirándose al castillo, como único punto defensivo que allí pudiera haber. El General Lemoine, habiendo entrado en el interior del caserío sin esfuerzo alguno, creyóse por un momento dueño absoluto de la posición, pero he aquí que, de repente, el fragor de la fusilada renace vigoroso, roto el fuego por los soldados españoles refugiados en el castillo. Los revolucionarios, en la confusión de creerse víctimas de un ataque nocturno, se imaginan engañosamente que las tropas de Frégeville que acuden al lugar de la acción constituyen una columna española de socorro y, como puede suponerse, rompen el fuego contra ella, al que contestan los recién llegados. Los soldados españoles, causantes de la alarma, aprovechándose del desorden sembrado en el campo francés, reaccionan ofensivamente, redoblando sus esfuerzos. Entonces los franceses evacuan precipitadamente a Corbère y van a retirarse a su campo de Cornellá en un desorden tal, que los españoles, acampados en el

Tet, hubieran podido convertir en una derrota, a no haberse dejado distraer por la artillería enemiga, que desde la colina de San Martín, en la que tenían establecido un reducto, lanzaba sus proyectiles sobre Millas desde el comienzo de la noche, a fin de sembrar la inquietud en nuestro campo. Los españoles pudieron, pues, reconquistar a Corbère, mientras Frégeville, ateniéndose al cumplimiento estricto de las órdenes recibidas, se retiraba ordenadamente, sin ser inquietado, al campo de la Unión.

Ante este hecho desfavorable para la causa de la Revolución, ¿qué determinación tomó el General Barbantane? Habiéndose trasladado a Cornellá y llegado al campamento francés antes de la entrada de los fugitivos de Corbère, limitóse a contemplar su entrada y disponer se arrojasen algunas bombas y demás proyectiles sobre Millas. A continuación se retiró a su despacho para anunciar al Ministro que si no se le socorría prontamente no podría encontrarse en estado de defender la orilla izquierda del Tet. A este propósito advierte Fervel que él hubiera hecho mejor en declarar a continuación lo que debía confesar algunos días más tarde y a raíz de nuevos fracasos: "Su caída bajo el peso de su misión (quil succombait à sa tâche)." Finalmente, advirtiémos nosotros que nuestra información oficial no da cuenta de este ataque francés sobre Corbère, así como no habla de él tampoco ni el Diario francés, ni Marcillac, ni ninguno de los demás historiadores que hemos podido consultar. Esta es la razón por la que hemos tenido que atenernos fielmente a cuanto el historiador francés expone en su "Historia militar" de las campañas que estamos estudiando.

Ataque español al campo de Cornella y ocupación del mismo.—Los españoles se hacen dueños de la orilla izquierda del Tet

ATAQUE ESPAÑOL AL CAMPO DE CORNELLÁ Y OCUPACIÓN DEL MISMO.—LOS ESPAÑOLES SE HACEN DUEÑOS DE LA ORILLA IZQUIERDA DEL TET.—Ante el éxito alcanzado por nuestra guarnición de Corbère, manteniendo su posición ante el ataque nocturno de los revolucionarios, el General Ricardos no podía por más tiempo diferir su paso del Tet hacia los alrededores de Millas, y una vez realizado éste, lanzarse sobre el campo de Cornellá, cuya caída se imponía para asegurarle la posesión de la orilla izquierda de aquél. Los españoles—expone Marcillac—ocupaban con carácter permanente las posiciones de Mas Deu, Truillas y Thuir; pero por su retaguardia y hacia su izquierda se veían inquietados por los franceses que operaban en la Cerdanya y que, al ser dueños de Olette y de Mont-Louis, llevaban a cabo frecuentes incursiones en el país conquistado. Don Antonio resolvió llevar su línea sobre el Tet y aislar por este movimiento todo el país entre este río y los montes Pirineos. Este movimiento le proporcionaría, además, la facilidad de poner sitio a Perpiñán después de haberse apoderado del campo atrincherado. Era

preciso para ello forzar a los franceses a evacuar sus posiciones y los pueblos que ocupaban todavía en la orilla derecha del Tet, y para ello ordenó a don José de Crespo forzar el puesto de Montalba y obligar a evacuar el campo francés establecido sobre la montaña de Montferrail, en el Conflans, en tanto que el Teniente General Marqués de las Amarillas pasaría el Tet entre San Feliú y Soler con 6.000 hombres para atacar el campo y el lugar de Cornellá, ocupado por 4.600 hombres, al mando del General Lemoine. Esta posición de los franceses defendía el paso del Tet frente a Millas, ocupada a la sazón por don Francisco Solano. Un cuerpo de caballería debía, durante la ejecución de esta maniobra, envolver el flanco izquierdo de los franceses, a fin de cortarles la retirada. Esta operación combinada, al poner en manos del general español toda la orilla izquierda del Tet, le facilitaría los medios de interceptar los convoyes del enemigo, y siendo dueño de la llanura, privar de toda clase de forraje a su caballería."

Ante estas acertadas disposiciones de nuestro Alto Mando no lo resultan, en cambio, las que, por su parte, hubo de adoptar el General Puget de Barbantane. Dado el estado de la situación y el establecimiento de los frentes de combate, la prudencia más vulgar prescribía, en vista de ello, a la defensa concentrar en el campo amenazado los 4.000 hombres de la división Mondredon, de los cuales 1.500 estaban dispersados en el frente desde Force-Réales a Montalba (Fervel). Pero Barbantane no solamente no dió orden alguna de concentración a estos destacamentos esparcidos que al primer soplo habían de verse arrastrados, sino que ni siquiera supo, incluso, fijar en su puesto al General Mondredon, que retuvo a su lado en Perpiñán. Lemoine había quedado encargado del mando del campo de Cornellá a falta suya, y apenas podía contar con unos 2.500 combatientes. Sin embargo, parece ser que esta guarnición del campo de Cornellá fué reforzada con la incorporación de las fuerzas que se hallaban en el de San Estève.

Es indiscutible que había llegado, para Ricardos, el momento de actuar sin vacilación alguna, llevando a cabo el paso del río y avanzando lo más rápidamente posible hacia la línea del Gly o Agly. Nuestro general empleó toda la jornada del día 27 para poner en ejecución sus preparativos de ataque. Frente al coll Ternère concentró un cuerpo de 5.000 hombres, y en los alrededores de Millas unos 7.500. Los primeros constituyan la división de Crespo, que había de trasladarse a la orilla izquierda del Tet, frente al referido coll, y después barrer a Montalba, Belestad y Calacroit y envolver a Force-Réales, los otros 7.500 hombres, al mando del Marqués de las Amarillas, asaltarián de frente el campo de Cornellá. El ataque había de realizarse el día 28.

El cuerpo de Crespo, con los Mariscales de Campo don Rafael Bastos y don Valentín Belvis, se componía de infantería sin cañones, dado que lo áspero del terreno que había que atravesar hacia imposible el transporte de la artillería, y con sólo 20 caballos debía dirigirse, por Montalbán, a dejarse caer hacia el monte de Monserraille, donde los enemigos tenían un pequeño campo, y descendiendo por esta parte, atacar al de Cornellá, en tanto que el Teniente General Marqués de las Amarillas, que mandaba el todo de la expedición, según frase de

nuestro comunicado oficial, con el Teniente General don Antonio Heredia y los Mariscales de Campo don Rafael Adorno y don José de Moncada, debía pasar el río Tet por entre los pueblos de Soller y San Feliú, con los indicados 6.000 hombres, 1.500 caballos y alguna artillería, más las tropas que en Millas mandaba el Coronel don Francisco Solano. Juntas todas estas fuerzas al mando del Marqués de las Amarillas en este último lugar, debían batir a continuación el campo enemigo y la villa de Cornellá, procurando cortar la retirada al General francés Lemoine, comandante de este puesto.

El 28, en efecto, el General Crespo pudo pasar el Tet a la altura de Montalba, dispersando a los puestos avanzados franceses y persiguiéndolos hasta Caramany. Mas como quiera que al doblar hacia Force-Réale sobreviniese una violenta tormenta, que levantó los puentes del Tet, tuvo que cejar en su empresa de atravesar este río, dado que el hacerlo resultaba imposible. Este contratiempo obligaba a aplazar hasta el día siguiente la ejecución del ataque al campo de Cornellá.

"El Marqués de las Amarillas, que se halló con esta novedad—declaró nuestra información oficial—, viendo que los enemigos estaban ya alarmados con la presencia y movimientos de nuestras tropas, que iban congregándose en San Feliú, no queriendo dar lugar a que pudieran llegar al campo francés los refuerzos que, sin duda alguna, enviaría Perpiñán, determinó por sí emprender el ataque a cosa de las once del día, mandando que las baterías, colocadas en el referido lugar de San Feliú, rompiesen el fuego contra el campamento enemigo y después de algún rato, protegidas por este fuego, pasaran nuestras tropas a la otra orilla del río, para lo cual habían de hacerlo primero las tropas ligeras. Hiciéronlo así estas tropas ligeras, avanzando por uno y otro costado del frente enemigo y haciendo un fuego muy vivo sobre él."

Tras el avance de las fuerzas ligeras comenzaron a realizar su paso del Tet por diferentes puntos la infantería y la caballería, no obstante el fuego tan violento como bien servido que realizaban las baterías francesas asentadas en las colinas que dominaban el campo de la acción. Viéndolo así, el Marqués de las Amarillas dió en el momento las más activas disposiciones para que la caballería, por distintos parajes, fuese a apoderarse de estas baterías, que tanto nos incomodaban, orden que fué felizmente ejecutada por nuestros jinetes, a las órdenes del Mariscal de Campo don Rafael Adorno. Aunque los franceses sostuvieron por algún tiempo con su fusilería las posiciones que ocupaban, presenciando, sin poderlo evitar, este avance de nuestras tropas, y teniendo noticia de la llegada de las tropas de Crespo, amenazando su retaguardia, concluyeron por desordenarse, yéndose la mayor parte por la montaña de Ferserralde hacia el campo de San Esteban y en dirección a Perpiñán, para lo cual viéronse obligados a efectuar un gran rodeo por los lugares de Estages y Peyrestortes.

Los franceses abandonan el campo de Cornellá

El campo de Cornellá fué, pues, totalmente abandonado por las tropas de la Revolución en esta jornada del 29 de agosto de 1793. A las cuatro de la tarde se había verificado el paso del Tet por nuestras tropas. La disposición dada a las fuerzas de ataque al campo de referencia lo fué en tres columnas; una de 6.000 hombres avanzaría por la derecha, desembocando en la otra orilla del río, por el puente tendido entre Saint-Feliú-d'Aval y Soler; la central, compuesta de caballería, lo haría frente a Cornellá. Los 1.500 combatientes que formaban la columna de la izquierda pasarían por el puente de Millas. Estas tres columnas habían de converger inmediatamente sobre el campo francés, en tanto que Crespo venía por la retaguardia para asaltar Force-Réale. El propio Fervel reconoce, sin distingo alguno, que este movimiento, bien combinado, tuvo un éxito tan rápido como acabado o completo. Las baterías francesas, cargadas de flanco, fueron abordadas por la caballería, y las tropas revolucionarias apenas obtuvieron el primer choque. Por un momento pudieron retirarse en buen orden, incluso llevándose algunas piezas, pero una carga furiosa de nuestra caballería les hizo bien pronto abandonarlas.

Y entre tanto, ¿qué había sido de la columna de Crespo? Esta, mucho antes de empezar la acción anteriormente relatada, venía ya por la montaña haciendo varias señales para avisar al Marqués de las Amarillas de su llegada. Estas señales no eran otras que tiros de fusilería, que no fueron oídos por los nuestros. A poco rato de empezada la acción, la columna compareció por lo alto del monte, creyendo los nuestros, en un principio, ser tropa enemiga.

En su marcha, encontró Crespo un cuerpo de 600 franceses, que batíó y derrotó enteramente, y viéndose a su vez batido por un cañón de a cuatro, que, en su retirada, hacía un fuego muy vivo sobre nuestras tropas y que iba escoltado por unos 400 hombres, mandó que el Capitán de Saboya don Alejandro O'Reilly, ayudante de campo del Capitán General, y que iba en su compañía, los persiguiese con 16 caballos. Este capitán, con la mayor bizarriá, despreciando el fuego de cañón, se arrojó a galope tendido sobre los enemigos, ahuyentándolos, no obstante su superioridad, y logrando apoderarse de la pieza referida.

Parte de los fugitivos, que no pudieron trasladarse a Ferserralde, se refugiaron al lugar de Soller, que estaba situado en la margen del río, desde donde con tres cañones estuvieron haciendo un fuego muy vivo sobre San Feliú, que duró hasta el toque de oración, cesando con motivo de haberse adelantado demasiado, con poca precaución, por la montaña, persiguiendo a los fugitivos, una partida de voluntarios de a caballo, que fué hecha prisionera. Habiendo llegado aviso de este suceso al Teniente General don Antonio Heredia, mandó que el Brigadier don Diego de Godoy, ayudante de campo del Capitán General, que se hallaba allí presente con su regimiento de Santiago, saliese con el mismo en persecución del enemigo por si

podía cortarle la retirada. En cumplimiento de esta orden, subiendo este regimiento, con su coronel, por la montaña con bastante trabajo a causa de su aspereza, se encontró con el Coronel don Francisco Solano, quien, con un destacamento de infantería, marchaba con idéntica misión. Reunidas ambas fuerzas, exploraron toda aquella campaña sin haberlos podido alcanzar. Los nuestros se vieron limitados a llegar a la casa de un patriota, que fué saqueada por la tropa, trayéndose todo el ganado que por aquellos alrededores se encontraron.

Censurable conducta del General Barbantane

Y durante el desarrollo de la acción que acabamos de reseñar, ¿cuál fué la conducta del General en Jefe, Barbantane? Sin duda alguna, como lo declara el diario francés, era ésta una ocasión excelente para desplegar aquellos talentos militares capaces de justificar la confianza que los representantes del pueblo le habían concedido al elevarlo tan rápidamente a la categoría de general en jefe. Pero no sucedió así; toda su previsión se limitó, no obstante, a restaurar con todo cuidado y prontitud las murallas de Perpignán, tomando todas las disposiciones militares necesarias para retirarse a Salces, Sigean y desde aquí a Narbona, mas no sin vacilar en detenerse en ésta. A la noticia del paso del Tet por los españoles, Barbantane, que no había asistido al desarrollo de la operación ni aproximado al campo de batalla, mandó al General Mondredon se trasladase a Cornellá. Este llegó a tiempo para asistir a la retirada de su división, y dando de ello cuenta inmediata a su general en jefe, éste se trasladó, por fin, al lugar de la acción. Pero, como pregunta Fervel, ¿qué podía hacer para cambiar la faz de las cosas la presencia de un jefe semejante? La retirada no dejó de continuar en la misma forma, y si llegó a ejecutarse con firmeza e inteligencia ello fué gracias, únicamente, a la firmeza y sangre fría de un oficial a sus órdenes, el General Ramel, que desde los primeros momentos estaba prevenido para restablecer el orden en las filas francesas dislocadas. Si hemos de atenernos al testimonio del historiador militar francés, los soldados de la Revolución fueron cediendo el terreno paso a paso, mas no sin experimentar crueles pérdidas, que ascendieron a muchas centenas de hombres, aparte de dejar abandonadas en sus asentamientos 10 piezas de artillería, un mortero de nueve pulgadas, toda clase de municiones, 25 armones o carros y, en fin, todos los efectos de acampar.

Más explícito el diario oficial de referencia, declara que los suyos perdieron en esta acción un mortero de nueve pulgadas, una pieza de 12, tres de a cuatro, cinco armones perfectamente provistos de municiones, 10 caballos o mulas, seis barriles de pólvora, 74 bombas, 79 proyectiles de diversos calibres, 11 piezas de artillería de varias clases, 40 caballos de tiro, 20 carroajes y todo el material de los campamentos de Cornellá y Forcerail.

Nuestro diario oficial confirma, con sus datos, cuanto anteriormente se reseña, fijando, en efecto, en 11 el número de las piezas

de artillería cogidas al enemigo, de los calibres 12, 8 y 24, más algunos obuses de 24, varios carros de municiones, 40 caballos de tiro, una fragua, infinidad de balas, granadas, gran cantidad de barriles de pólvora y varios efectos de artillería, más todas las tiendas de los 3.000 hombres que estaban acampados con cuantos efectos había dentro. Según esta información oficial, el número de prisioneros hechos al enemigo fué el de 60, más siete oficiales, entre ellos el mandante de la artillería, habiéndose saqueado por las tropas el lugar de Cornellá, que era uno de los más adictos a la nueva Constitución, y que fué totalmente abandonado a la entrada de nuestras tropas.

Por lo que se refiere al destacamento de Crespo, éste tomó a los franceses tres cañones de a cuatro, un mortero de tres pulgadas, 10 caballos de tiro, cinco carros de municiones, gran cantidad también de bombas y balas, seis barriles de pólvora y otros varios efectos de artillería.

"Tuvieron los franceses—expone el comunicado español—en estas acciones muchos muertos y heridos, pues, además de los cadáveres que quedaron en el campo, se les vió retirar gran número de ellos, lo que igualmente se confirmó; por nuestra parte tuvimos cuatro muertos, y entre ellos un oficial del regimiento de caballería del Infante, 16 heridos y contusos, el Capitán don José Vizcarroondo, ayudante de campo del Teniente General don José Crespo."

En su carta, fechada el 30 de agosto en el campo de Nils, el Teniente don José de Heredia da cuenta a su tío, el Cardenal Lorenzana, del desarrollo de la operación que nos ocupa, y aunque con el desenfado que en él es característico, asegura que la expedición de Amarillas y Crespo en su ejecución hubo de salir felizmente, declara, en cambio, que **no fué muy bien combinada**. Heredia relata, en términos generales y escuetos, cuanto acaba de exponerse anteriormente, y después de dar cuenta del paso de nuestras tropas a la otra orilla del Tet y de la marcha de Crespo, manifiesta que, por fin, pudo verificarse la reunión de todas nuestras fuerzas, hallándose el conjunto de ellas ya acampadas cerca del lugar de Pecilla, en donde debe echarse un puente que comunique estas tropas avanzadas con el resto del ejército, establecido en el campo de Nils y en el de Ponteillac. También informa Heredia a su tío que "él sigue bien de salud, no obstante las muchas tercianas que reinan en aquella comarca".

Situación general de los Ejércitos beligerantes a raíz del paso del Tet por las tropas españolas

SITUACIÓN GENERAL DE LOS EJÉRCITOS BELIGERANTES A RAÍZ DEL PASO DEL TET POR LAS TROPAS ESPAÑOLAS.—Por lo que al campo francés se refiere, Mondredon, al recuperar su mando de la división avanzada, en vista de la derrota de los suyos, creyó prudente retirarse con ella a Salces. Hizo ocupar a su paso los lugares de Peyrestortes, Baxas, Rivesaltes y Estagel, dando las órdenes

a estos puestos de replegarse a su campo si era preciso seguir perdiendo más terreno. En cuanto a nosotros, tal vez por razones de prudencia, el Alto Mando se limitó a asegurar las posiciones conquistadas, y así el Marqués de las Amarillas no hizo otra cosa que enviar tropas a San Estève para que llevasen a cabo un reconocimiento, cuyo objetivo principal era el de cubrir o asegurar la punta o posición avanzada que tenían establecida las otras dos columnas en la dirección de Estagel y de la Tour. Penosamente empeñadas, en medio de áridas montañas, por caminos peligrosos y encontrando por todas partes la población sublevada, estas dos columnas volvieron bien pronto sobre sus pasos. Entonces el reconocimiento de San Estève retrogradó hasta Villanueva, y quedó convertido en la vanguardia de las Amarillas, que se había establecido con los suyos en Pecilla, comenzando a atrincherarse en este punto el día 31.

Esta conducta de nuestro Mando es, a juicio de Fervel, una prueba más de su incapacidad para desarrollar una acción pronta e intensiva, y refiriéndose concretamente a este caso, expone: "Los españoles no poseían el hábito de aprovecharse de sus éxitos y dieron una nueva prueba de ello en esta ocasión, puesto que lanzando su caballería sobre Peyrestortes, llevando a cabo un ligero movimiento envolvente, hubieran adelantado a Mondredon en la ocupación de las alturas importantes que pudo ocupar y obligado a retroceder a Perpignán una división batida, que hubiera constituido para esta plaza, ya de por sí medianamente aprovisionada, una sobrecarga funesta; finalmente, nos hubieran puesto en guardia en el desfiladero de Salces." Pero, a juicio de este historiador, nosotros no nos dimos cuenta de ello, y el Marqués de las Amarillas no tomó otras disposiciones que las que acabamos de indicar. De todos modos, las posiciones ocupadas por el ejército español y su actitud firme y segura anuncian que Perpignán iba a ser sitiada, y no terminaremos este capítulo sin advertir que la jornada del día 29, fecha en la que el ejército español hubo de pasar el Tet y establecerse a lo largo de la orilla del mismo, fué testigo de otro hecho desgraciado para la República francesa: la entrada de los ingleses en el puerto de Tolón. Bien pronto hubo de hacerlo también la escuadra española, al mando del Almirante Lángara.



CAPITULO XII

Reacción ofensiva francesa en la Cerdanya. - Estado de la situación en esta comarca a fines del mes de agosto. - Fracaso de todas las tentativas de conquista por parte de los españoles. - Propósito del General Ricardos. - El Alto Mando francés, dispuesto a proceder ofensivamente en este sector del teatro de operaciones. El General Dagobert se ofrece voluntariamente a dirigir las operaciones consiguientes. - Combate de la Perche. - Los españoles se ven obligados a abandonar la plaza de Puigcerdá. - Los franceses penetran en la Cerdanya española hasta Seo de Urgel. Reacción ofensiva española en el alto valle del Tet. - Combate de Olette. - Fracaso de la operación encomendada al General Crespo

La Cerdanya francesa, objetivo consta de la previsión del Alto Mando español. A su vez, los franceses se disponen hacerse dueños de la Cerdanya española.



SCONDIDA en el seno de la zona pirinaica, al norte y sur de la profunda entalladura denominada el coll de la Perche, y único paso realmente practicable a las operaciones de un ejército en campaña a finales del siglo XVIII, la bellísima comarca de la Cerdanya era, desde un principio, el objetivo constante de las previsiones del Alto Mando español, quien, como puede comprenderse, no podría llevar adelante su invasión del Rosellón sin tener asegurada la defensa del flanco izquierdo de su ejército.

Ambas Cerdañas, francesa y española, en prolongación la una de la otra, constituyen, como es sabido, el valle del alto Segre, presentándose la primera a los ojos del viajero como una pequeña llanura que, desde el coll de la Perche, desciende hacia Saillagouse, para terminar cinco leguas más allá, llanura que, como indicamos anteriormente, era objeto de la ironía del célebre ingeniero Vauban, al declarar que, no obstante su designación, no había que confundirla con el llano de Saint-Denis, pues si podía considerársela como llanura, lo era tan sólo por la razón de estar rodeada de las altas montañas pirinaicas, no contando más allá de una legua escasa en su mayor anchura. Al otro lado del coll de la Perche, en forma de estrecho canal, entre las estribaciones de la sierra de Cadí y línea de montes que cierra por el Sur el valle de Andorra, por cuyo lecho corren las aguas del Segre, la Cerdanya española no se halla separada de la francesa más que por la frontera política, que en el coll de que tratamos no ofrece relieve alguno.

Topográficamente, nuestra comarca de la Cerdanya viene a quedar dividida en dos cuencas, separadas por un acusado estrechamiento, hallándose situada en el centro de la más cercana a la frontera, en un pequeño mamelón, la plaza de Puigcerdá, y en el segundo, más al Sur, la de Belver, con la diferencia de que, en tanto que la primera no ofrecía en aquel tiempo condiciones de resistencia alguna, pues Luis XIV había dejado reducidas a una débil muralla las antiguas obras de fortificación, que habían hecho de Puigcerdá una verdadera plaza fuerte, sin que los españoles, al recuperarla, hicieran cosa alguna para remediar su daño, Belver, aunque no muy fortificado, como quiera que se hallase emplazado en una elevación

que presentaba a lo largo de su perímetro recios escarpados, resultaba, en estas condiciones, revestido de caracteres de cierta inex-
pugnabilidad. Más allá, el Segre lamía los pies de Seo de Urgel, la capital de la comarca, para descender a los llanos de la provincia de Lérida y afluir al Ebro.

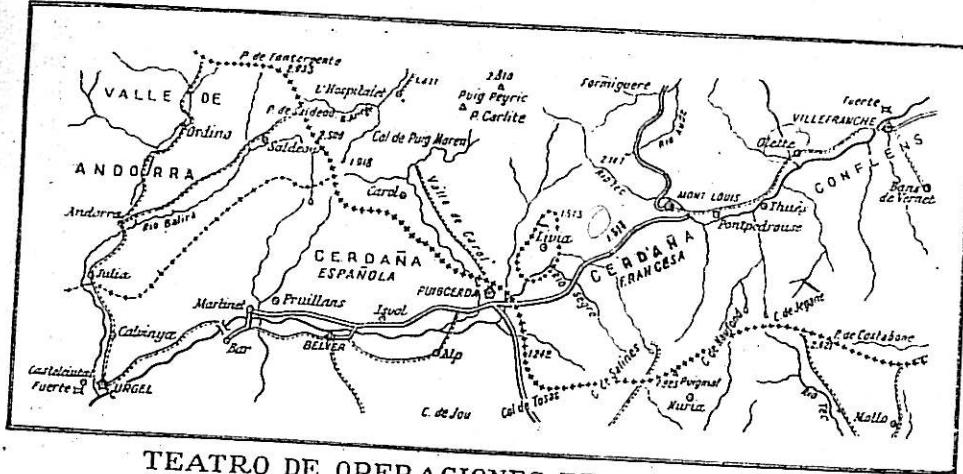
En la Cerdanya francesa, la importancia militar de la fortaleza de Mont-Louis, a menos de un kilómetro del coll de la Perche, que quedaba bajo la dominación de los cañones de la plaza, no podía ser más evidente. Por sus especiales circunstancias, dominaba de un modo directo la entrada en los orígenes del valle del Tet, desde el territorio español, aunque, a juicio de Fervel, no hiciese otra cosa la fortaleza de Mont-Louis que cubrir la entrada al alto valle del Aude y no ejerciendo una acción directa sobre el valle del Ariège, aunque no pudiera decirse que las fuentes de este río quedasen por completo fuera de la esfera de influencia de la importante plaza. Su permanencia en manos de los franceses representaba para el General Ricardos, hallarse constantemente expuesto a cualquier golpe de mano que desembocase por el citado valle del Tet o por el del mismo Tech y la posibilidad, por parte de los franceses, de llevar a cabo una operación ofensiva a lo largo del valle del Segre, amenazando penetrar en pleno territorio español. Por todas estas razones, si la conquista de Mont-Louis era para nosotros de capital importancia, la de las plazas de Puigcerdá, Belver y Seo de Urgel no dejaba de serlo menos para asegurar la dominación general del país en manos de las tropas de la Revolución. "Era incluso para nosotros—afirma Fervel—la mejor manera de cubrir nuestra entrada a través de la cortadura del Ariège y al antiguo condado de Foix. Desde luego, esta opinión estaba tan acreditada entre aquellos de nuestros oficiales que habían estudiado esta frontera, que antes de la rotura de las hostilidades, no obstante nuestra extremada debilidad, los Generales Servan y La Houlière quisieron apoderarse de Puigcerdá. **Mais en Cerdagne comme d'ailleurs, nous devions être prévenus.**" La previsión se imponía, por lo tanto, a los franceses.

Primeros intentos españoles para la conquista de la Cerdanya francesa y de la fortaleza de Mont-Louis

PRIMEROS INTENTOS ESPAÑOLES PARA LA CONQUISTA DE LA CERDAÑA FRANCESA Y DE LA FORTALEZA DE MONT-LOUIS.
 Las consideraciones anteriormente expuestas nos permiten apreciar, con qué interés, "después de que las tropas españolas, al mando del Teniente General don Agustín Lancaster, se apoderaron, a principios de mayo, de 27 pueblos de la Cerdanya francesa, estuvieron dicho comandante observando los movimientos de la guarnición del castillo de Mont-Louis, adquiriendo noticias sobre su fuerza y adelantando el partido de algunos efectos por si podía adquirirse por una negociación, pero habiendo pasado al ejército del Rosellón a servir su empleo de mayor de caballería y dragones, dejó el mando al Ma-

riscal de Campo Marqués de la Torre, capitán del regimiento de guardias españolas, que continuó en las mismas ideas, y por su grave enfermedad vino a relevarle el Mariscal de Campo don Diego de la Peña". (D. O. E.)

Mas aunque la invasión de la Cerdaña francesa, llevada a cabo por el General Lancaster el 25 de abril, con 3.000 soldados salidos de Puigcerdá, pudo realizarse sin dificultad, su resultado dejó mucho que desear, pues, aunque las tropas españolas llegaron a tomar posición a dos leguas de Mont-Louis, entre Err y Saint-Léocadie, y 400 miqueletes pudieron penetrar al mismo tiempo por el valle de Carol hasta Hospitalet, primera localidad de Ariége al descender de las pendientes del Puigmoren, no lograron tales tropas proseguir en su avance; las nieves del coll de la Perche no pudieron ser franqueadas, no obstante los trabajos que para su apartamiento hubieron de realizar durante varios días un grupo considerable de 1.300



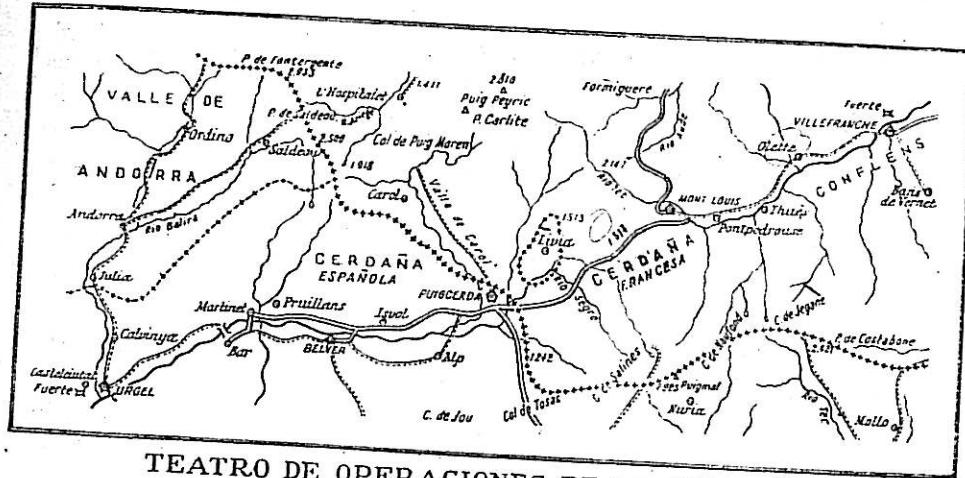
TEATRO DE OPERACIONES DE LA CERDAÑA
AÑO - 1793

hombres. Agobiados por estas dificultades y bajo el mortífero efecto de las enfermedades ocasionadas por los rigores de la estación, nuestros soldados regresaron a Puigcerdá y permanecieron en él durante dos meses entregados al reposo más completo.

No fué más afortunada la empresa llevada a cabo por la división de La Peña a mediados de julio. Ante el hecho favorable de la conquista de Bellagarde, Ricardos pensó nuevamente en invadir la Cerdaña. La operación quedaba encomendada al citado General La Peña, que había de contar para realizarla con 4.000 infantes, 600 caballos y ocho bocas de fuego. El General español quiso iniciar su ataque estableciendo una línea de reductos ante Mont-Louis, pero este intento no pudo realizarse, al ser su construcción impedida en absoluto. Si hemos de atenernos a la información francesa, el 15 de julio, 80 granaderos del Gard, que acampaban en Bolcaire, se apoderaron de todos estos reductos en construcción, tomándolos a la bayoneta, llegando en el entusiasmo de su empuje hasta las localidades de Eyne, Via y Odello, que fueron también conquistadas. Tras esta

riscal de Campo Marqués de la Torre, capitán del regimiento de guardias españolas, que continuó en las mismas ideas, y por su grave enfermedad vino a relevarle el Mariscal de Campo don Diego de la Peña". (D. O. E.)

Mas aunque la invasión de la Cerdaña francesa, llevada a cabo por el General Lancaster el 25 de abril, con 3.000 soldados salidos de Puigcerdá, pudo realizarse sin dificultad, su resultado dejó mucho que desear, pues, aunque las tropas españolas llegaron a tomar posición a dos leguas de Mont-Louis, entre Err y Saint-Léocadie, y 400 miqueletes pudieron penetrar al mismo tiempo por el valle de Carol hasta Hospitalet, primera localidad de Ariége al descender de las pendientes del Puigmoren, no lograron tales tropas proseguir en su avance; las nieves del coll de la Perche no pudieron ser franqueadas, no obstante los trabajos que para su apartamiento hubieron de realizar durante varios días un grupo considerable de 1.300



TEATRO DE OPERACIONES DE LA CERDAÑA
AÑO - 1793

hombres. Agobiados por estas dificultades y bajo el mortífero efecto de las enfermedades ocasionadas por los rigores de la estación, nuestros soldados regresaron a Puigcerdá y permanecieron en él durante dos meses entregados al reposo más completo.

No fué más afortunada la empresa llevada a cabo por la división de La Peña a mediados de julio. Ante el hecho favorable de la conquista de Bellagarde, Ricardos pensó nuevamente en invadir la Cerdaña. La operación quedaba encomendada al citado General La Peña, que había de contar para realizarla con 4.000 infantes, 600 caballos y ocho bocas de fuego. El General español quiso iniciar su ataque estableciendo una línea de reductos ante Mont-Louis, pero este intento no pudo realizarse, al ser su construcción impedida en absoluto. Si hemos de atenernos a la información francesa, el 15 de julio, 80 granaderos del Gard, que acampaban en Bolcaire, se apoderaron de todos estos reductos en construcción, tomándolos a la bayoneta, llegando en el entusiasmo de su empuje hasta las localidades de Eyne, Vía y Odello, que fueron también conquistadas. Tras esta

vigorosa reacción ofensiva de los franceses, los españoles no pudieron hacer nada hasta la toma de Villafranca. Para llevar a cabo esta operación, los nuestros pudieron, con gran dificultad, transportar a la Cerdanya, desde el interior de Cataluña, ocho piezas de artillería, no obstante no sobrepasar del calibre 12, habiendo empleado más de tres meses para verificar su transporte desde el alto valle del Ter al del Segre.

La conquista de Villafranca decide al Alto Mando español a reanudar el intento de llevar a cabo, igualmente, la de la Cerdanya francesa y la fortaleza de Mont-Louis

LA CONQUISTA DE VILLAFRANCA DECIDE AL ALTO MANDO ESPAÑOL A REANUDAR EL INTENTO DE LLEVAR A CABO, IGUALMENTE, LA DE LA CERDAÑA FRANCESA Y LA FORTALEZA DE MONT-LOUIS.—“Cuando se pensó en el ataque de la plaza de Villafranca y su castillo—expone nuestro comunicado oficial de los días 28 y 29 de agosto—, tuvo por objeto esta conquista asegurar la comunicación del Conflans para ejecutar en seguida el sitio de Mont-Louis, para lo cual el Capitán General avisó a Peña que, habiendo salido el Teniente General don José Crespo con un cuerpo considerable de tropas y la correspondiente artillería a sitiatar a Villafranca y en seguida a Mont-Louis, se presentase con sus tropas en lo alto del coll de la Perche, a vista del castillo, para ponerlo entre dos fuegos, y aunque Crespo, por los motivos ya dichos de lo adelantado de la estación, no siguió su marcha hacia Mont-Louis, mantuvo Peña su campo en la Perche, fortificando su posición con ocho cañones de a cuatro que Lancaster le había dejado y que con gran trabajo se habían podido pasar por las altas montañas de Puigcerdá.”

El Mando francés acudió a la amenaza, y es nuestra misma información oficial la que notifica cómo “el General Dagobert, cuando Crespo marchó a Villafranca, salió, en 26 de julio, del campo de Perpiñán con dos batallones a reforzar la guarnición de Mont-Louis, que creyeron los franceses iba a ser atacada, y allí permaneció, recibiendo varias tropas de la parte del Conflans alto, hasta que juntó de 7.000 a 8.000 hombres, que en su mayor parte estaban acampados bajo el cañón del castillo, y desde que las tropas de Crespo se retiraron, el 17 de agosto, de las inmediaciones de Villafranca, fué Dagobert meditando un golpe contra las que estaban acampadas en la Perche, en donde no podían ser socorridas por las del ejército, por distar más de 11 leguas”.

Como vemos, los franceses, según propia declaración de nuestro comunicado oficial, daban por supuesto que después de la toma de Villafranca se emprendería la conquista de Mont-Louis. Esta opinión debía ser profesada igualmente por el ejército de Ricardos, pues así lo dan bien a entender los conceptos expuestos en la carta que, el 13 de agosto, dirige el Teniente Heredia a su tío el Obispo de Gerona.

na, don Tomás de Lorenzana. Tras de manifestar este oficial que el 11 del citado mes, es decir, dos fechas antes de la carta, los generales españoles habían tenido una Junta "que algunos mal intencionados llamaban **convención privada**", añade: "dicen que se tocaron varios puntos sobre el progreso de nuestras operaciones, pero que había alguno de importancia que no produjo el presidente como tocante a las instrucciones secretas de la Corte".

La salida del regimiento de Navarra, destacado de la vanguardia del ejército, con la misión de reforzar al General Crespo y la marcha con el mismo destino de una compañía de minadores daban motivo, según apuntaba Heredia, para que la gente sospechase que se trataba de demoler o volar el castillo de Villafranca y que después volverían aquellas tropas, **aunque tal vez antes se tratase de llevar a cabo la empresa de Mont-Louis.**

Y algo más exponía Heredia, que viene a facilitarnos un dato muy importante para poder apreciar el verdadero estado del proceso general en relación con las decisiones y preparativos del mando superior. "La plaza de San Luis resultaba, como presa a codiciar, en condiciones poco favorables para lograrla por su parte (es decir, por este Alto Mando nuestro) sin contar con el auxilio de nadie (mejor dicho: de no contar con auxilio alguno). Las causas de ello no eran otras que lo exiguo del contingente de tropas con que se contaba para operar en el Rosellón y la gran distancia a que del mismo quedaba la posición francesa." "Esta plaza nos viene muy lejos—expone nuestro oficial—si insiste el General de Aragón (el Teniente General Príncipe de Castel Franco) en llevarnos las tropas que debían venir aquí y sobre que ha representado com tesón este general." Es decir, que el Príncipe de Castel Franco insistía tenazmente en llevarse tropas destinadas al ejército de Ricardos para atender a sus necesidades. Ateniéndonos a la información de Heredia, la opinión pública estaba bajo el efecto de rumores o sospechas más o menos autorizadas, y así algunos creían que el Brigadier Oquendo había marchado con algunas tropas que debía hallar en el camino que conducía al valle de Arán. También nos informa de que, en el lugar de Urrutia, mandado al ejército de Navarra en vista del desfavorable curso de los acontecimientos en este sector, había sido nombrado para el mando de la vanguardia del ejército, el General Adorno.

Se decía, igualmente, que iba a emprender el sitio de Colibre (Collioure), mas el oficial leonés advierte que "esto no era muy seguro". "Yo no lo veo tan próximo" —escribe textualmente—, añadiendo: "Y ciertamente que nos importaba este pueblo." Si sobre esta información asentamos la base de nuestras sugerencias o razonamientos, tendremos que convenir en que por aquellos días, el espíritu de nuestros combatientes, tanto como en la eficiencia del propio esfuerzo, confiaba en la eficacia del apoyo que pudieran prestarles los acontecimientos en el centro de Europa. Por el contenido de la carta que nos facilita las noticias anteriores podemos saber que, "a causa de los informes proporcionados por los desertores del campo enemigo, que estos días han venido de cinco en cinco y algunos de nueve en nueve, en nuestro campo se tenía ya conocimiento de que

el segundo general, tachado de aristocracia, había sido llamado a la Convención y que no andaban los franceses sobrados de víveres, teniendo dificultades para mantener la caballería." "Por fin—manifestaba Heredia—, si los progresos de los austriacos prosiguen, y París, en su anarquía, es regular alcance a nuestros vecinos y sean en adelante menos temibles y en el interin no descuidamos asegurar este campo con los retrincheramientos de que hablé en otra a vuestra ilustrísima podremos esperar hasta que llegue ocasión de emprender algo." Concedemos importancia al anterior testimonio, y en la frase final anteriormente transcrita: "**hasta que llegue ocasión de emprender algo**", este **algo** revela, a nuestro juicio, una incertidumbre, una inseguridad y una esperanza manifiestas. Lo hecho hasta entonces por los nuestros representaba, acaso, para la mayor parte de la oficialidad española, un trabajo hasta cierto punto intrascendente; había que esperar la llegada de una ocasión propicia ¡para hacer algo! El estado de ánimo que refleja esta frase no es el más apropiado para que un ejército en campaña pueda alcanzar brillantes victorias.

**Disposiciones que toma el Mando español
para proceder al sitio de Mont-Louis**

DISPOSICIONES QUE TOMA EL MANDO ESPAÑOL PARA PROCEDER AL SITIO DE MONT-LOUIS.—Las dificultades que representaba el transporte de nuestra artillería desde el valle del Ter a la Cerdanya, y que eran una circunstancia favorable a la defensa de la fortaleza de Mont-Louis, hubieron de ser remediadas al conquistar los españoles la plaza de Villefranche, en pleno valle del Tet. Es cierto que la rampa que remontaba la garganta inferior del valle de este río cesaba de ser practicable, según sabemos, más allá de Olette, degenerando, desde este punto hasta Mont-Louis, en una estrecha y escabrosa cornisa, apenas accesible a los mulos. Pero para llegar a esta fortaleza francesa, en lugar de seguir a lo largo de las orillas del río, era factible marchar a lo largo de una meseta accesible y de fácil recorrido que se extiende por la margen izquierda desde Olette hasta Mont-Louis y por la que puede ser transportada la artillería de grueso calibre.

Conociéndolo así el General Ricardos, ordenó a Crespo transportar, en efecto, por las Llançades el material de artillería destinado al sitio de referencia y que había sido reunido ante Olette. La operación debía hacerse con la simultánea coordinación y combinación de esfuerzos entre los dos Generales españoles, Crespo y La Peña.

Estos generales no parece que hubieron de proceder con gran diligencia en el establecimiento del sitio o dispositivo de asalto a la plaza, y ésta fué, según lo declara Fervel, una falta que bien pronto habían de reconocer ellos a su costa. No creemos necesario hacer recordar a nuestros lectores cuáles eran las condiciones reunidas por la plaza o fortaleza de Mont-Louis, designada por los revolucionarios con el nombre de Mont-Libre. Desde luego que la plaza no dejaba de poseer un emplazamiento favorable, al estar edificada sobre la colli-

lo a lá
res, te-
—mani-
uen, y
y sean
egurar
a vues-
de em-
, y en
sión de
'tidum-
sta en-
irte de
idente;
r algo!
opiado
torias.

ná que indicamos, bordeada al Sur por rápidos taludes; al Este por un precipicio de 60 metros de profundidad, a cuyos pies corre el Tet, y al Oeste y al Norte por pendientes uniformes de terreno formando largos glasis, de las cuales son las primeras las que marchan a reunirse al coll-de la Perche. Igualmente conocemos ya las condiciones propias de la fortaleza, que, concebida por el ingeniero Vauban, consistía tan sólo en un cuadrilátero flanqueado de bastiones en sus esquinas y una doble corona adyacente. El cuadrilátero o ciudadela ocupaba la cima de la meseta, cerrando la garganta de la corona, cuyas dos largas ramas concluían de envolver la localidad. Frente a la plaza, en el campo de la Perche, el General La Peña mantenía sus ocho cañones de a cuatro, que Lancaster le había dejado, y las defensas propias de esta batería, asentada en el frente de combate, constituyan nuestra única obra de fortificación avanzada.

El General La Peña, en direcciones transversales a las del camino principal, había establecido en dos líneas sus fuerzas de combate, apoyando el flanco izquierdo en el pueblo de Bolcaire y el de recho, un poco a retaguardia del poblado de Saint-Pierre; pero en tanto que en el primero la previsión de nuestro general no había desechado el atrincherar convenientemente a las tropas, manteniendo una nutrita guarnición de miqueletes, el flanco derecho quedaba sin apoyo.

Disposiciones tomadas por el Alto do francés para la defensa de Mont-

**DISPOSICIONES TOMADAS POR EL ALTO MANDO FRANCES
PARA LA DEFENSA DE MONT-LOUIS.**—Hasta que los españoles no se presentaron, el 25 de abril, ante la fortaleza que nos ocupa y los 400 miqueletes no penetraron al mismo tiempo por el valle de Carol, llegando hasta Hospitalet, no pensaron los franceses en defender las gargantas del Ariége, en las que acababan de realizarse trabajos de explanación con el fin de allanar los principales obstáculos del terreno, que en aquella ocasión constituían la única defensa de esta línea de invasión. A una media legua por encima de Ax establecióse, en un principio, un campo con 1.000 hombres, a las órdenes del Ayudante General, Marbot, en una posición llamada la **Tercera Basque**, pero este campo fué bien pronto trasladado más allá de este sitio, por encima de Mérans. En cuanto al armamento de Mont-Louis, éste estaba todavía incompleto o en mediano uso cuando los españoles hicieron su aparición en el Tet. Desde luego, para comunicar el centro de Francia con la fortaleza amenazada no había más que el mal camino que remonta el curso del Aude. Era preciso repararlo por lo tanto, y para ello establecióse apresuradamente en Quillan, al pie de los montes Corbières, un campamento de trabajadores, gracias a cuya actividad pudo pronto artillar las murallas, proveer de material al arsenal, aprovisionar los almacenes con víveres para cuatro meses y completar la guarnición hasta reunir 2.000 hombres. Afirma Fervel que esta guarnición tenía al frente de

ella al Jefe de Brigada Voulland, viejo oficial sin conocimiento del terreno y con una inteligencia sumamente vulgar, aunque bravo y seguro. Su primer acto fué el de hacer ahorcar a un agente mandado por los españoles, que había venido a sondear su fidelidad. La resistencia probable de la plaza se calculaba en unos treinta y cinco días.

Se imponía en el campo francés el nombramiento de un general capacitado para poder llevar a cabo no sólo la defensa de Mont-Louis, sino también la conquista de nuestra Cerdaña. Por otra parte, era muy grande la importancia de Mont-Louis, como llave de un centro de dispersión orográfica e hidrográfica, para ser abandonado a su propia suerte. Fué dispuesto en Perpiñán el enviar, por lo menos, 3.000 hombres en socorro de la Cerdaña. Enterado de ello Dagobert, recientemente nombrado general de división, ofrecióse voluntariamente a desempeñar el mando de esta fuerza y llevar a cabo la delicada misión que antes hemos indicado. No obstante la malquerencia de que era objeto por parte de los representantes del pueblo, éstos hallábanse plenamente convencidos de que nadie como el **viejo general** era el más llamado al desengaño del nuevo mando, y así, por el mismo decreto del 7 de agosto, que destituía de su mando al General De Flers, era nombrado Dagobert comandante de la frontera, desde Olette hasta el Garona.

Ahora bien, es oportuno advertir el hecho de que si bien Dagobert amaba la guerra de montaña, que era su fuerte, siendo en este sentido muy de su agrado el desempeño de la misión solicitada y concedida, ante todo, lo que él buscaba era adquirir una completa independencia de acción, aunque ésta no pudiera ser absoluta, pues, como recordaremos, a raíz de la caída de Bellegarde, la Convención decretó que en esta frontera se nombrase siempre para cada plaza amenazada de ser sitiada un adjunto al jefe militar encargado de fiscalizar sus actos. El designado para figurar al lado del general francés de que tratamos fué, felizmente, Cassanyes, hombre recto y sensato, según sabemos, quien además de contrariar poco a Dagobert, llegó hasta tener el valor de rendir al interés público el sacrificio de su amor propio, soportando sin quejarse las salidas, siempre amargas y frecuentemente punzantes, de este viejo soldado, propias de su espíritu cicatrido y agriado. Conducta y serenidad de ánimo poco frecuentes en los demás comisarios.

Antes de que Dagobert se encargase del mando, Cassanyes se anticipó en disponer los preparativos de la defensa, imprimiéndoles una mayor actividad. Hizo ocupar con una batería la **serre** o cortina de Bolcaire, desde algunos de cuyos puntos se dominaba la ciudadela de Mont-Louis, impidiéndola vigilar todo movimiento que pudiera intentarse para ganar por Capsir el valle del Aude, envolviendo la fortaleza. En la ribera izquierda del Tet, hacia la aldea de la Llagonne, cerróse directamente el camino de Capsir con una nueva batería de dos piezas de 8, siendo conferida su guardia a un centenar de hombres. Esta segunda batería cogía de revés la primera y era vista desde la plaza. Ciento veinte miqueletes fueron encargados de patrullar por la montaña. Finalmente, al SO. de la Llagonne, al borde de un cercado y no lejos del cauce del Tet, un batallón de 800 hombres

fué instalado alrededor de un pequeño reducto, para que sirviese de apoyo a la defensa exterior. Por fin, hubo de llegar Dagobert.

Venía al frente de los 3.000 hombres anteriormente indicados, agrupados en dos brigadas, a las órdenes de los Generales Poinçot y de Arbonneau. "Su primer cuidado—nos informa Fervel—fué el hacer relevar, por 300 hombres de tropas de línea en las Llançades, el puesto de voluntarios que desde la toma de Villafranca guardaba, con dos piezas de 8 encerradas en dos pequeños reductos, la cima de la meseta por encima de Olette. En ésta, las avanzadas españolas ocupaban el pueblo; no había momento más que perder; en una marcha, las dos divisiones podían reunirse."

No obstante, sabíase en la Cerdaña la crítica situación del Rosellón; de hora en hora las noticias más alarmantes van llegando. Perpignán va a sucumbir! ¿Qué importa entonces Mont-Louis? Dagobert pasa algunos días en una cruel ansiedad. Había puesto en trámite de requisición, tal como le había sido autorizado por el Decreto del 7 de agosto, los departamentos del Ariége, del alto Garona y del distrito de Quillan; nada llegaba. En vista de esto, en la mañana del 27 fué a proponer a Cassanyes abandonar Mont-Louis a la defensa de su guarnición, para que corriese la suerte de las armas, y retirarse a Perpignán, en el que, un día u otro, se decidiría la suerte de la campaña. "Esta proposición me pareció tan extraña—dice Cassanyes en sus Memorias—que yo no pude por menos de testimoniar mi descontento al general, diciéndole que, en realidad, eso era lo mismo que el tratar de batirse en retirada. Dagobert pareció contrariado por mi réplica, levantándose y dejándose bruscamente... Hacia el mediodía se me anuncia su visita. Yo me apresuro a salir a su encuentro: me coge por la mano, me hace sentar junto a sí y me presenta un papel, recomendándome lo lea atentamente. Era un plan de ataque al campo de la Perche. Le estreché la mano, diciéndole que el plan era bueno. Hicimos venir al General Poinçot para comunicárselo, y convinimos los tres en guardar el secreto."

La aceptación de este plan de ataque tenía que motivar la ejecución de las órdenes consiguientes. Rápidamente fueron éstas expedidas por todas partes, recibiendo el General Marot, que está en las gargantas del Ariége, orden de avanzar; a los puestos de la Llagonna y de las Llançades, las de retirarse, y a la guración de la fortaleza, orden de mantener las puertas cerradas, impidiendo severamente el acceso a las murallas, para que "nada pueda trascender al exterior".

Al llegar la tarde, Dagobert, Poinçot y Cassanyes se trasladaron, sin escolta, a las alturas de Boleaire, examinando el campo de la Perche y tomando sus últimas disposiciones.

A las siete de la tarde, el general francés dispone que dos compañías de miqueletes en **enfants perdus** (es decir, sueltos, en guerrilla de exploración) fueran destacadas del fuerte, y avanzando a través del macizo de Cambresasse, sobre Eyne, **copar en éste, o por lo menos inquietar la retirada al enemigo, e incluso apoderarse, si fuera posible, de la persona del comandante de la división española**. A las diez de la noche, todas las tropas francesas que se hallaban diseminadas por los alrededores de Mont-Louis habían regresado a la plaza,

y, aparte de la guarnición, hallábanse dentro de ella 3.000 hombres dispuestos a salir al primer aviso. El ataque a las posiciones españolas estaba decidido.

Combate de la Perche.—Plan de ataque

GOMBATE DE LA PERCHE.—PLAN DE ATAQUE.—Dagobert, informado de que, como dijimos antes, era el flanco español de la derecha el más débil, resolvió atacarle enérgicamente, confiando la ejecución del ataque a la brigada Poinçort, que al frente de una columna de 1.200 infantes elegidos y cuatro piezas de cañón llevaba fama de ser el más bravo de sus lugartenientes. El centro, compuesto por igual contingente de tropas, comenzó a seguir el camino principal internacional a las órdenes del propio general en jefe. El General de Arbonneau avanzaría sobre Bolcaire, que debía forzar a cañonazos, conduciendo 500 hombres, tres piezas de 4, dos de 8 y una de 12, todas ellas montadas sobre afustes de sitio a falta de otros más apropiados. Todas estas tropas habían comenzado a salir silenciosamente al llegar la media noche. Primeramente marchaba la artillería, y después los 3.000 combatientes, a los cuales se les había dado orden de guardar el más profundo silencio. A las cuatro de la mañana, las puertas de Mont-Louis hubieron de cerrarse nuevamente. Todas las tropas francesas que habían de tomar parte en la operación estaban en marcha hacia el lugar de la acción.

Nuestra información oficial daba cuenta a este propósito de cómo, en efecto, el 28 de agosto, antes de amanecer, habían salido de Mont-Louis de seis a siete mil hombres, divididos en tres columnas; en la de la derecha iba un cañón de a 24 y tres de a 12; en la del centro, seis cañones de a 16 y 12, y en la de la izquierda cuatro de a 8 y 4. No hay, pues, conformidad entre los datos proporcionados por una y otra información. Podrá ser excesiva la cifra dada en hombres y material por nuestro comunicado oficial, pero, desde luego, nos parece exiguo el contingente de 3.000 hombres tan sólo para llevar a cabo un empresa como la proyectada, de alguna importancia.

Disposiciones tomadas por el Mando español

DISPOSICIONES TOMADAS POR EL MANDO ESPAÑOL.—Es inconcebible y en alto grado censurable la ceguedad del General La Peña, que no vió cómo el enemigo se disponía a batirle. Su persistencia en esta ignorancia no tiene disculpa. Nuestra información oficial da cuenta, en efecto, de cómo tuvo Peña repetidos avisos, por los espías, de las operaciones proyectadas por Dagobert, de las fuerzas con que contaba y de sus ideas, siendo informado asimismo de que éste quería atacarle en su propio campo, y, a pesar de todo, teniéndolos por sospechosos o exagerados, nunca quiso darles crédito, sucediendo lo propio con el último que recibió aquella misma noche, tres horas antes de ser atacado. Sería curioso conocer en qué fundaba él

abres
pañó-

obert,
de la
lo la
a co-
vaba
pues-
prin-
Gene-
caño-
ur
otros
silencio
a arra-
había
de la
men-
ope-

ómo,
Mont-
en la
ntro,
y 4.
una
es y
; pa-
'ar a

— Es
el La
rsis-
ofi-
r los
erzas
que
ndo-
uce-
tres
a el

general español su confianza de que podía permanecer a cubierto de todo intento ofensivo por parte del enemigo, porque, habida cuenta de la situación en que se encontraba, era lo más lógico que, de un momento a otro, se viera por lo menos inquietado por el enemigo. Es fácil comprender que en estas condiciones la previsión de nuestro Mando no se mostrase ni muy acertada ni, mucho menos, libre de poder desenvolverse.

Desarrollo de la acción

DESARROLLO DE LA ACCION.—Las descargas de la artillería francesa fueron el primer aviso de su ataque—declara nuestro comunicado oficial—, y ante este cañoneo “formóse con la mayor celeridad nuestra tropa, con la sorpresa de una novedad de esta especie, pasando inmediatamente aviso al General La Peña, que estaba en una casa inmediata al campamento. Esta artillería era la de Poinçot, que en el desempeño de su cometido principal pudo llegar a Saint-Pierre por medio de una marcha de flanco lo más rápida posible, bordeando esta posición, presentándose en ella al despuntar el día. Ocupadas las alturas que dominaban la derecha del campo, y asentada en ellas su artillería, el general francés ordenó inmediatamente abrir un fuego intenso a sus artilleros.

Al propio tiempo, el centro del dispositivo francés inició su avance. En vista de ello, la artillería española rompió el fuego contra esta columna francesa, que bien pronto comenzó a sentir sus efectos, merced a la eficacia de sus disparos al enfilar con sus piezas el camino seguido por los franceses. Compuesta la columna francesa central por gran parte de cazadores furtivos, éstos, ante el fuego de nuestros cañones y sus certeros disparos, desbandaron prontamente, y fué tal el desorden que con su mal ejemplo hubieron de llevar al resto de la tropa que apenas pudo Dagobert salvar la situación, restableciendo por fin su disciplina.

La situación comenzaba a ponerse difícil y no cabía confiar en auxilio alguno desde el momento en que el General Arbonneau, que debía transportar su artillería pesada por un camino sumamente difícil, no había llegado a tiempo para poder apoderarse de Bolcaire.

En estas condiciones, el General Poinçot quedaba reducido a sus propias fuerzas. No sintióse por ello contenido. Decidióse a seguir avanzando. La metralla de nuestra artillería deshace el centro de la masa atacante; presa del pánico, un batallón francés emprende la huída, enloquecido. Es preciso cerrar las distancias para proseguir en el avance emprendido. Por dos veces la infantería española presentóse en columna, con el propósito de contener el empuje enemigo, pero, en una y otra ocasión, nuestros soldados tienen que desistir de su intento. Tal es la intensidad, rapidez y precisión del fuego de la artillería francesa. Ante el poco éxito de nuestros infantes, la caballería se ve obligada a entrar en combate, y con sus energéticas cargas, el Regimiento de Dragones de Sagunto arrolló la columna del centro, hizo una terrible matanza y se apoderó de seis cañones.

Si hemos de atenernos al informe francés, el hecho es debido a una estratagema del General Poinçot, apercibido de que el principal objetivo de los españoles se encamina a apoderarse de los cañones enemigos. En vista de ello, el general francés dispone abandonar la artillería, colocada a su derecha, ordenando al propio tiempo una marcha oblicua en su flanco izquierdo. Viendo nuestros jinetes las piezas abandonadas, cargan sobre ellas en número de unos 200. Entonces, la derecha de la línea francesa ejecuta al paso de carga un cambio de frente a retaguardia. Envuelve a estos jinetes y mata la mitad de ellos, aprisionando una parte de los restantes. Poinçot había puesto en este movimiento tanta impetuosidad, que en un instante, él mismo se encontró cercado, viéndose obligado a disputar caramente su vida a aquellos jinetes que los suyos, a su vez, envolvían y hacían pedazos. Nuestra información declara que nuestros dragones, después de apoderarse de los cañones antes citados, viéronse precisados a retirarse, dejándose la artillería tomada y sufriendo en esta retirada un fuego muy vivo del enemigo, siendo la causa de su determinación el ver cómo la infantería, que se estaba valerosamente defendido por derecha e izquierda de las otras dos columnas, no podía sostenerles.

En el mismo momento en que esto sucedía, el centro francés, repuesto de su primera emoción, arrolló la avanzada, constituida por las primeras edificaciones asentadas en el col de la Perche, y habiendo De Arbonneau logrado por fin llegar a las inmediaciones de Bolcaire, cubriéndole de balas, llevó el desorden a los que le defendían, siendo desconcertado por la inesperada presencia o aparición de la artillería sobre crestas que se habían reputado hasta aquel entonces como inaccesibles a la subida de los cañones.

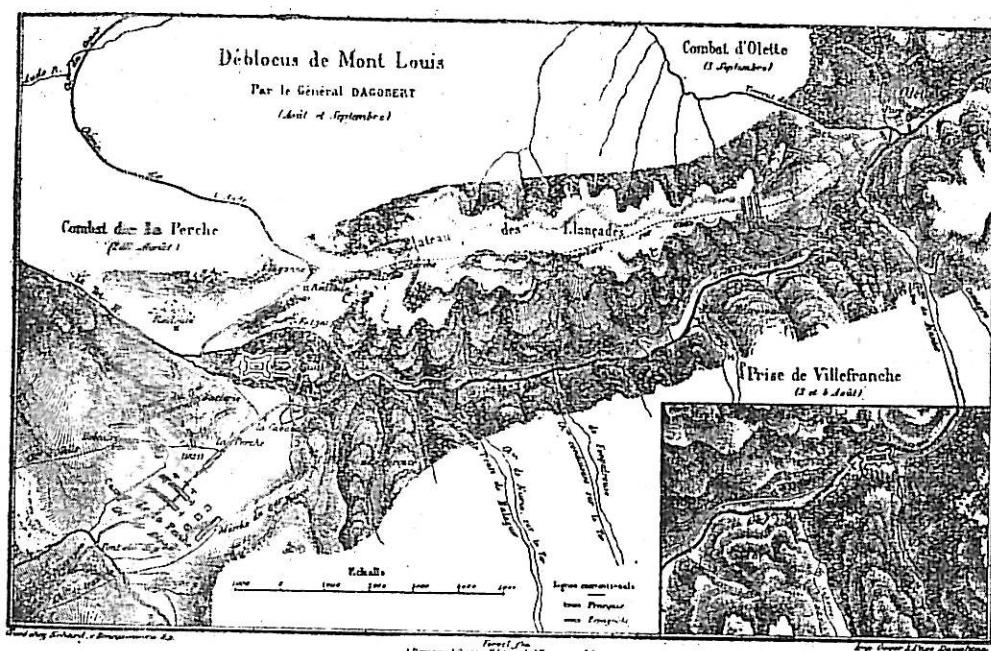
“Pero durante la acción, Dagobert no hizo otra cosa que admirar entusiasmado la audacia de Poinçot. Sin inquietarse de su derecha, dejando al centro que prosiguiera en su avance, se lanza sobre su intrépido lugarteniente. Su llegada concluye de enardecer a nuestros soldados victoriosos—declara Fervel—; fórmanse en columna, entonan el *Ça ira!* y franquean al paso de carga bajo una espantosa metralla las 400 toses que los separan del enemigo. El choque fué irresistible. Los españoles, quebrantados, arrollados, huyeron hacia Puigcerdá o se dispersaron por las montañas.”

Quéjase el historiador francés de que los suyos no pudieran completar su victoria. Los revolucionarios no tenían ni un solo jinete; las compañías francesas extraviadas habían quedado cobardamente tendidas vientre a tierra en un bosque, y De Arbonneau, detenido en Bolcaine, no había tenido tiempo para interceptar el puente de Eyne, tal como estaba convenido. Por todas estas razones, los nuestros pudieron retirarse, fijando la información francesa en 300 nuestras bajas, entre muertos y heridos, con 600 prisioneros y la pérdida de todo nuestro material. Ellos, los franceses, no habían tenido más que 150 fuera de combate.

“Cuatro horas duró el combate, con la mayor obstinación, sin perder los nuestros un palmo de terreno hasta darse la desfavorable circunstancia que queda expuesta últimamente. Pero, al fin, hubie-

ron de ceder a la gran superioridad, después de haber apurado todas las municiones de la artillería, que tampoco podía resistir a la de los enemigos en el número y mayor calibre; y Peña, viendo imposible de conservar su posición, dispuso la retirada a la vista del enemigo, bien arriesgada por hallarse éste a menos de medio tiro de pistola, y dejando a los vencedores todo su campo, equipaje y las ocho piezas de artillería, que por haberse huído los muleteros al principio de la acción no pudo trasladarse."

Nuestro comunicado fija en 800 muertos y heridos las bajas francesas, atribuyéndolo a que la resistencia de nuestra tropa fué obstinada y la caballería hizo mucho estrago. "Por nuestra parte, perdimos—declara—364, entre muertos, heridos y prisioneros, dando a



continuación una lista con el número de los caídos, por Cuerpos y categorías (1).

La persecución del vencedor fué poco intensa y sostenida. Apenas duró una media hora. Dagobert, temeroso de un cambio de fortuna, mandó tocar a retirada y reunió todas sus tropas en el campo de batalla. "Después de dos horas de reposo en un campo tan gloriosamente

(1) En el batallón de la Reina, el sargento mayor, un capitán, dos primeros tenientes, un subteniente, dos sargentos y 61 soldados muertos. Un capitán, un sargento y 67 soldados heridos; 32 extraviados.

En el de Sevilla, un capitán, un segundo teniente, un primer subteniente, un sargento y 35 soldados muertos. Un primer teniente y 55 soldados heridos; 14 extraviados.

En el de Voluntarios de Gerona, dos soldados muertos y tres heridos. Un capitán, un teniente, un subteniente, un sargento y 65 soldados extraviados.

En el regimiento de Dragones de Sagunto, dos capitanes, un teniente, un alferez y 22 soldados muertos. El coronel, contuso, y dos sargentos y 16 soldados, heridos; el teniente coronel, prisionero, y 17 soldados extraviados.

El ingeniero D. Pablo Ordovás, contuso; 58 caballos muertos y 22 heridos.

conquistado (el concepto nos parece un poco excesivo), informóse de las huellas dejadas por los fugitivos hacia Palau, Osséga y Sainte-Léocadie, en su marcha convergente hacia Puigcerdá. Los peligros de un ataque de noche le indujeron a diferir hasta la mañana siguiente el ataque de esta pequeña población. Se vivaqueó alrededor de Sainte-Léocadie, al otro lado de la frontera." Es decir, en territorio español.

Consideración final.—Juicio crítico del combate de la Perche.

CONSIDERACION FINAL.—JUICIO CRÍTICO DEL COMBATE DE LA PERCHE.—No es mucho el comentario a que se presta el plan y desarrollo de la acción de que se trata. Si la estratagema ideada por Poïcot, y en la que—según Fervel—cayó como una incauta nuestra caballería, la sagacidad del general francés contrasta con la ciega confianza de nuestro General La Peña, tan refractario a admitir que iba a ser atacado por Dagobert. Desde luego, parece evidente que nuestra fuerza era inferior en número, lo mismo en tropas que en artillería, a la del contrario. Por lo menos así lo declara expresamente nuestra información oficial. Pero, aparte del acierto que pudieran revestir las determinaciones del mando español frente al francés, parece estar comprobado que nuestros soldados dieron, una vez más, prueba de su valía. Juzgamos que con sobrada razón puede declarar nuestro comunicado oficial que en este día los españoles llevaron a cabo prodigios de valor, aunque fueran infructuosos, resistiendo unos 3.000 hombres escasos a unos 7.000 atacantes por tres partes a un tiempo. Y si, como afirma Fervel, fué el temor a un cambio de fortuna el que le hizo cesar en la persecución de nuestras tropas apenas pasada una media hora, y fueron los peligros de un ataque nocturno los que le indujeron a diferir hasta la mañana siguiente su entrada en Puigcerdá, todo ello prueba que el animoso general francés seguía teniendo en cuenta la bravura y la disciplina de nuestro ejército como algo susceptible de reaccionar, victoriósamente, en todo momento.

Declara nuestro comunicado oficial que la causa de que los franceses tuvieran en la acción 800 muertos y heridos consistía en la resistencia obstinada de nuestra tropa y al empuje de nuestra caballería, que hizo mucho estrago. Al ser así, ambas Armas respondieron plenamente a su misión en el orden general del combate, que en este momento, dado que era el enemigo el que atacaba, era cabalmente la de resistir a la infantería y la de cargar impetuosamente a la caballería. Pero si la superioridad de la artillería enemiga y la eficacia de sus disparos eran manifiestas, nos parece, por parte del Mando español decisión temeraria lanzar a los dragones a una carga que había de ponerles en trance de su aniquilamiento.

le
o-
in
el
e-

E
y
r
a
re
te
n
i
n
s,
s,
r
a
s
n
z
s
-
l
s
-
0
I
a
-
c
-
e
a
I
a

Invasión de la Cerdanya española por franceses.—Ocupación de Puigcerdá

INVASION DE LA CERDAÑA ESPAÑOLA POR LOS FRANCESES.
OCCUPACION DE PUIGCERDA.—Obligado el General La Peña a ceder el campo al enemigo victorioso, dispuso la retirada de sus tropas vencidas, pero no deshechas, a la villa de Puigcerdá, con ánimo de mantenerse en ella y, haciéndose fuerte, poner a cubierto nuestra Cerdanya, pero se vió inmediatamente precisado a evacuarla—declara nuestra información oficial—porque los enemigos continuaron avanzando en cuatro columnas por los lugares de Palau Osséga, Llivia y sus alturas, y retirarse a Urgel, para esperar allí la reunión del destacamento que tenía en el valle de Carol, siendo imposible verificarla por otra parte respecto a la dirección de marcha que llevaban los enemigos.

Efectivamente; al despuntar el día 29, las tropas de Dagobert, que habían vivaqueado durante la noche a las inmediaciones de Santa Leocadia, ya en nuestro territorio, emprendieron su entrada en territorio español. Aquella misma noche había sido abandonada por los nuestros la plaza de Perpignán. Los franceses pudieron hacer su entrada en ella sin dificultad alguna, y si hemos de atenernos al testimonio francés, fué con el aparato de una fiesta como los vencedores de la víspera hicieron su entrada en la población, escoltados por sus habitantes, que habían acudido a su encuentro solicitando cambiar las llaves de sus casas por el título de ciudadanos franceses. Y un detalle apunta Fervel que, al par que pone de manifiesto la sinceridad de la diplomacia francesa revolucionaria, no deja de tener su vis cómica. “Para agradecer esta buena acogida—expone textualmente este historiador—, para desacreditar tanto como fuera posible las calumnias que los monjes españoles no cesaban de exhalar contra nosotros y dar al mismo tiempo a los catalanes una prueba (garantía) de nuestro respeto por el culto católico, el primer cuidado del representante (Cassanyes) fué trasladarse, acompañado del General De Arbonneau, a la iglesia principal, para rendir gracias a Dios del éxito de nuestras armas.”

Para Ossorio y Gallardo, la inverosimilitud de esta referencia salta a la vista, aparte de que el relato no se encuentra recogido en ningún informe español. Y arguye de esta manera: “Si el ejército de Dagobert hubiese poseído la capital de la Cerdanya española, no sólo sin lucha contra otro ejército, sino contando con la adhesión entusiasta del paisanaje, seguramente no la hubiera abandonado a las pocas horas, por muy urgentes atenciones que le reclamasen en otro sitio... Quizá lo que Fervel presume **sumisión voluntaria** fué una presión del invasor sobre una población indefensa.” Lo que desde luego admitimos nosotros, como lo hace Ossorio y Gallardo, es la exactitud del relato que de la entrada de los franceses en Puigcerdá facilita nuestro Diario Oficial.

Tan pronto se llevó a cabo esta entrada, los invasores “plantaron el árbol de la Libertad en medio de la plaza con una inscripción

que decía: "Así permanecerás mientras la superstición y el fanatismo no te vuelvan a destruir." La mayor parte de los vecinos abandonaron sus casas, que fueron saqueadas y entregadas al furor de la tropa. Igualmente lo fueron los conventos de frailes y monjas, en cuyos templos profanaron el Santísimo Sacramento, arrojando las Formas, cortaron la cabeza a muchas imágenes de la Virgen y sus Santos; promulgaron un bando estableciendo su imaginaria libertad e igualdad, y a los vecinos más pudientes e hidalgos que se habían quedado les hicieron vestirse como la gente del pueblo, de gambeto y gorro, y hacer de pregoneros publicando el bando, con las trompetas a estilo de Cataluña, alternando en esto con los demás, y aunque al principio les ofrecieron respetar sus casas y propiedades, y fueron libres del saqueo con ciertos engaños y astucia, fueron y les quitaron todo el dinero, granos y efectos que tenían; violentaron las mujeres, sin respetar los padres ni maridos, y se llevaron a Mont-Louis todo lo más precioso que robaron, pasando de más de 80.000 cuarteras de trigo las que sacaron de Puigcerdá. Lo propio ejecutaron con los pueblos franceses que se nos habían entregado y con los españoles, de modo que toda la Cerdanya gime bajo el yugo más duro de esclavitud y opresión, quedando aniquiladas y perdidas aquellas familias para muchas generaciones."

La verosimilitud de cuanto acabamos de exponer creemos ha de estar en el ánimo de cuantos puedan leerlo. La escena que se describe es la que tantos millones de veces ofrece la triste experiencia de la guerra. De ser cierta la presencia de Cassanyes y de Arbonneau en la iglesia parroquial de Puigcerdá para dar gracias a Dios en un fervoroso Te-Deum del triunfo de las armas de la Revolución, mientras sus soldados se entregaban a tales crímenes y excesos, el contraste no puede ser mayor ni más evidente, y sin duda alguna, ante el hecho, no debieron quedar los habitantes de la villa fronteriza, ni en general los de la Cerdanya entera, muy convencidos de la sinceridad y eficacia de los sentimientos religiosos de los hijos de la Revolución.

Los franceses se apoderan de Belver, avanzando hasta tres leguas de Seo de Urgel, y, sin atacar esta plaza, se retiran a Mont-Louis

LOS FRANCESES SE APODERAN DE BELVER, AVANZANDO HASTA TRES LEGUAS DE SEO DE URGEL, Y, SIN ATACAR ESTA PLAZA, SE RETIRAN A MONT-LOUIS.—Según nuestra información oficial, los enemigos siguieron a nuestra tropa a poco rato de haber salido de Puigcerdá, pero no atacaron nuestra retaguardia, y habiendo dejado un destacamento de 2.000 hombres con artillería en Belver, y otro de 1.000 en Puigcerdá, se retiraron al castillo de Mont-Louis. Efectivamente, Dagobert, en su propósito de seguir hacia el interior de Cataluña y apoderarse por lo menos de nuestra plaza de Belver, sabiendo que parte de los fugitivos españoles habían huído por el valle del Ter, estableciendo un destacamento a su izquierda, ante el coll de Tossas, y tomando a su derecha posesión del valle de



Carol, emprendió la marcha en dirección a Belver, abandonado por los nuestros, persiguiendo a la división española hasta presentarse a tres leguas de Seo de Urgel. "Pero como él no se encontraba en condiciones de atacar esta plaza, retrocedió, y, dando la vuelta, dejó 200 hombres en Belver y 1.000 en Puigcerdá, realizando un reconocimiento hacia aquellos pasos a través de los cuales había tenido intención de desembocar en el valle del Ter, al objeto de intentar un golpe de mano sobre la rica manufactura de armas de Ripoll. Decidido a llevar a cabo este proyecto, Dagobert retornó con los suyos a Puigcerdá, a fin de tomar sus últimas disposiciones, pero, repentinamente, nuevas noticias alarmantes llegadas de Mont-Louis imprimieron a su actividad una dirección nueva" (Fervel).

Con razón puede, por lo tanto, afirmar Chaquet en su obra "Dugommier" que Dagobert pudo enorgullecerse de haber conquistado, entre el 29 de agosto y el 3 de septiembre, la Cerdanya española, pero, asimismo, declara terminantemente que no quiso permanecer allí.

Combate de Olette

COMBATE DE OLETTE.—Fué en la mañana del 30 de agosto cuando el General Ricardos recibió la noticia de que los enemigos, en la madrugada del 28, en número de seis a siete mil hombres, divididos en tres columnas, habían atacado nuestro campo de la Perche al frente de Mont-Louis. El conocimiento de los éxitos alcanzados por el enemigo tenía que contrariar grandemente a nuestro general, y tanto para recuperar la Cerdanya como para cortar las comunicaciones del General Dagobert con Perpiñán, si intentaba permanecer en ella, concibió la idea de asestar un golpe de mano contra la villa de Olette, punto en donde los enemigos tenían un campamento de 2.000 hombres, y, después de apoderarse de esta villa, proseguir su marcha remontando el valle del Tet, para caer sobre el flanco izquierdo de la fortaleza de Mont-Louis, en su frente hacia el col de la Perche. Para ello organizóse un Cuerpo con cinco batallones, 50 caballos y la correspondiente artillería, al mando del Mariscal de Campo D. Rafael Vasco. Estas fuerzas habían de dirigirse para reforzar la división del General Crespo, quien recibió al mismo tiempo la orden de remontar las Llançades y marchar a cortar la retirada a Dagobert, a quien se creía empeñado en la toma de Seo de Urgel.

El 2 de septiembre los españoles habían podido reunir ante Olette 5.000 hombres, 600 caballos, cuatro piezas de 16, seis piezas de 8 y cuatro morteros, municiones en abundancia, en una palabra, todo el material apropiado para un sitio. Bastó que nuestras avanzadas se presentasen ante las Llançades para que los puestos franceses en ellas establecidos se retiraran, para refugiarse en las alturas de Sauto, al este de Mont-Louis. Nuestros artilleros habían podido trasladar todo su parque al pie mismo de la montaña, y teniendo que remontar con su artillería la rampa de las Llançades, el mando español tuvo que llamar a su servicio, bajo pena de muerte, a todos los trabajadores del país para poner dicha rampa en las debidas condiciones de traspaso. Y no sin esfuerzo, las tropas españolas habían ascendido a

la meseta de las Llançades, cuando en aquel momento supo Dagobert cuánto sucedía.

Inmediatamente, sin vacilación de ningún género, se decide a obrar, conteniendo y rechazando el avance español. Por un momento, efectivamente, los nuestros habían coronado la cumbre de las Llançades, logrando desalojar a los franceses, que abandonaron desordenadamente, corriendo a refugiarse a la espalda de una montaña, esperando ser socorridos o recibir órdenes oportunas. Dagobert organiza un Cuerpo de 1.400 hombres seleccionados, corre a Mont-Louis, pasa ante la plaza al caer de la tarde, recoge a su paso el pequeño destacamento de tropas de guarnición en Sauto, y llega sin ruido, a favor de las tinieblas, hasta el extremo de las Llançades, por encima y un poco antes de Canavell. En este punto dispone su tropa en orden de combate, distribuyéndola en tres columnas, y espera, entregado al reposo, transcurrir aquella noche. El impetuoso general francés, al despuntar el día, sorprende nuestro campo, atacándolo con toda decisión. Una espesa niebla, que ha ocultado el descenso por la montaña de los franceses, favorece su esfuerzo, llegando hasta los nuestros sin ser vistos ni oídos. Según lo declara nuestra información oficial, otra circunstancia no menos señalada influye en favor suyo. Es ésta la de hallarse la mayor parte de nuestra tropa desperdigada por aquellos pueblos vecinos, a los que han ido a buscar carne y demás víveres. De esta suerte el enemigo puede verificar su ataque casi impunemente, pues aunque algunos resistieron y contuvieron el choque, se vieron por último precisados a huir a causa de su inferioridad, con no poca precipitación.

"Jamás sorpresa alguna fué más completa — hubo de exponer Cassanyes en su parte de guerra —; caímos sobre ellos como gavilanes." Según los informes franceses, la única resistencia ofrecida por los nuestros hubo de ser llevada a cabo por los granaderos reales, que defendían el Parque de Artillería, dejándose descuartizar sobre sus propias piezas. Todos los demás huyeron, dejando abandonados en el campo de batalla 400 bajas, entre muertos y heridos, 300 prisioneros, de ellos 30 oficiales y tres coroneles, 14 piezas de artillería y un rico botín, que pudo compensar al enemigo de sus pérdidas y fatigas. El combate de Olette había tenido lugar en la madrugada del día 3 de septiembre. Las pérdidas francesas no pasaron de unas 30, según sus informes. Los nuestros, oficiales, confesaban que nuestras tropas, a causa de su inferioridad, se habían visto precisadas a retirarse **con no poca precipitación**.

Los franceses podían ufanarse de que habían librado a Mont-Louis de la amenaza que sobre él se cernía. "Cassanyes, que había seguido en todo momento a Dagobert en medio del fuego, corrió a llevar a Perpiñán la dichosa nueva de las dos rápidas y brillantes victorias de la Perche y Olette, la cual llegó bien oportunamente, pues tanto en el interior como fuera la situación de esta plaza no podía ser más horrorosa."

Tanto Crespo como La Peña, y su compañero, el General Adorno, no habían podido estar menos afortunados y su figura más desvaída ante la del imperioso y sañudo general francés.

CAPITULO XIII

En vísperas de una acción decisiva

La ofensiva española acentúa su presión sobre Perpiñán, precisándose cada vez más las directivas del plan de invasión preconcebido por el General Ricardos. - Perpiñán, objetivo directo e inmediato de la ofensiva española. - Condiciones de defensa de esta plaza. - Ante la inminencia del ataque español, Barbantane se decide al abandono de la plaza. - El Alto Mando español dispone dos golpes de mano sobre Orles y Cabestany. - A l'arma en Perpiñán. - El general francés, tras de dar cuenta de la situación al Ministro de la Guerra, se retira a Salces y, después, a Narbona. La capital del Rosellón se apresta a la defensa. - Crítica situación de la división acampada en Salces. - Los españoles llevan a cabo reconocimientos ofensivos en la orilla izquierda del Tet. - Se apoderan de Rivesaltes y se establecen en las alturas de Peyrestortes. Barbantane presenta su dimisión. - Mondredon, reemplazado por el General Goguet. - Dagobert es nombrado General en jefe interino, y en tanto que éste llega, el General D'Aoust se encarga del mando. - D'Aoust intenta sorprender el campo de Ponteillac y apoderarse de la persona del General Ricardos.

La plaza de Perpiñán y sus condiciones de fortaleza



OLVER a indicar que la capital del Rosellón era el objetivo principal y directo del plan de campaña sería incurrir en una repetición enojosa. Desde los primeros días de la guerra, nuestros granaderos apostados en las alturas de Ceret pudieron contemplar allá, en la lejanía, la bella perspectiva de la ciudad edificada en el centro de la riente llanura, en la pendiente de una colina coronada por una vasta y fuerte ciudadela, rodeada de murallas, que la destreza de Vauban había transformado en frentes fortificados propios de la época. No olvidemos tampoco que, como hemos dicho, la ciudadela contaba con dos recintos y un reducto, el cual no era otra cosa que el antiguo palacio de los Reyes de Aragón, y no olvidemos tampoco que, según lo declara Fervel, "si el recinto interior, comenzado por Luis XI, era de un débil perfil, el segundo, obra de Felipe II, reviste caracteres monumentales, **como todas las construcciones de estos tiempos brillantes de la Historia de España**". Nada más cierto. Este es el carácter de toda huella española: monumentalidad, abnegación, heroísmo... ¡Grandeza! ¡Brillantez!

Pero cuando los españoles se presentaron en los llanos del Rosellón, Perpiñán no se encontraba todavía en condiciones de defensa, teniendo sus parapetos escombrados, sus arsenales desguarnecidos, los almacenes vacíos. "Fué preciso improvisar en algunas semanas y con el enemigo en las puertas, aquellos preparativos que exigen ordinariamente un largo trabajo y los placeres de la paz. ¡Logróse remediar el mal, mas a precio de cuántos dolorosos sacrificios! Por un lado, era el comandante de artillería el que puede escapar tan sólo por el suicidio, de la cólera de los procónsules, promulgadores de órdenes insensatas que prescribían bajo pena de muerte el completar en algunos días la reconstrucción de las murallas, como si se tratase de reconstruir un pedazo de paramento o de palizada; por otro, eran los campesinos, que intimidados siempre bajo pena capital a transportar a la plaza los granos necesarios a su subsistencia, iban de nuevo a silicitar de Ricardos su apoyo a cambio de su sumisión."

Exigencias tan terribles, totalmente imposibles de cumplir con arreglo a los detalles descritos, lograron, no obstante, después de tres meses de esfuerzos desesperados, poner en bastante buen estado la fortificación y el artillado de la plaza. A fines de agosto contábase en ella con una provisión en sus almacenes de víveres suficientes para una guarnición de 4.500 hombres durante 85 días, depósito alimenticio que, en rigor, hubiera bastado al sustento de los defensores contando con la ayuda de los habitantes que se suponían ya aprovisionados. Por otra parte, esta guarnición, aunque de un efectivo muy variable a causa de que por la fertilidad del campo los trabajos del mismo reclamaban de vez en cuando el auxilio de toda clase de personal, podía ser siempre en algunas horas llevada al completo. Mas lo que faltaba irremediablemente, con el consiguiente per-

juicio, eran las casamatas, los refugios abovedados, los blindajes de madera, en suma, los abrigos propios contra un bombardeo que nuestro material hacía posible y que nuestros propósitos ofensivos reclamaban como inminente. Sin duda alguna, el paso de nuestros soldados a la otra orilla del Tet venía todavía más a agravar la crítica situación de la ciudad de Perpignán. Para mayor desgracia de la defensa francesa, no se mostraba muy energico, diligente ni acertado su Alto Mando. Barbantane había observado la actitud más inerte ante el avance español, limitándose a trasponer la línea fluvial antes citada y trasladarse a Cornelia, descansando toda su confianza en su Jefe de Estado Mayor Giacomoni, oficial tan bravo como ilustrado y de una lealtad a toda prueba, pero que, en esta coyuntura, en la que era imprescindible liberarse de las reglas ordinarias para desplegar la mayor audacia, no supo o no pudo mostrar más que una vulgar prudencia.

"Es extraña, verdaderamente, la manera de pensar de este jefe de Estado Mayor en el presente momento. Sin duda alguna, ante la probabilidad de un sitio próximo, era no ya prudente, sino incluso indispensable evacuar la caballería, los enfermos y las bocas inútiles al amparo de la División de Mondredon; organizar a retaguardia los almacenes, los depósitos de reclutas, para recibir y formar la multitud de hombres que la lava en masa iba a amontonar en los Corbières. En todas estas recomendaciones contenidas en una carta escrita a Barbantane por Giacomoni, el consejo de este jefe de Estado Mayor no podía ser más acertado, y siendo esto así, ¿cómo a continuación añadía que el Estado Mayor General debía asimismo abandonar Perpignán? Más aún, como pareciera vacilarse en seguir sus consejos, volvió a la carga el 1 de septiembre, y en una nueva carta, más apremiante todavía que la anterior del 29 de agosto, llegaba al extremo de proponer la retirada de la gruesa artillería asentada en el campo de la Unión.

"Ante tantas instancias, un jefe capaz de tomar la iniciativa sobre una resolución que ponía en juego la salvación de su ejército, no tenía nada que responder, y así, Barbantane adoptó, sin esfuerzo casi, todas las medidas propuestas por su lugarteniente." Fué dispuesto: "que el Cuartel general sería transportado a Salces; que se mantendría el efectivo de una División en el campo de la Unión; que el General D'Aoust tomaría el mando del mismo, retirándose la caballería, y, finalmente, que se procurara conservar a toda costa las comunicaciones entre Salces y Perpignán.

"Es muy lógico que esta determinación fuese acogida como un acto de cobarde debilidad y protestada por universales y violentos clamores, que repercutieron bien pronto en nuestro desgraciado campo, en el que fermentaban ya tantos elementos de disolución." A esta franca confesión, el historiador militar francés añade: "A esta reunión de hombres atrapados apresuradamente, un único lazo daba la apariencia de un ejército. Este lazo único no era todavía la disciplina, que no había sido hasta entonces para nuestros voluntarios otra cosa que una palabra aborrecida y, como ellos mismos lo proclamaban, una cadena, buena a todo lo más para los esclavos del tirano de

Castilla: ¡era solamente el entusiasmo revolucionario, entusiasmo provisto de reacciones tan súbitas como fatales y que palidece tan opinadamente al menor soplo contrario! ¡De este modo hay que imaginarse el relajamiento, la desmoralización que la noticia inesperada de la ejecución de un movimiento de retirada vino a lanzar de repente en medio de este campo, que se daba ya por sacrificado!

"¡Incluso le parecía estar abandonado; tanta era la gran negligencia de sus defensores, que dormían en los puestos avanzados al resplandor de gloria de las Grandes Guardias españolas!"

Ricardos trata nuevamente de atacar las defensas exteriores de la plaza de Perpiñán

RICARDOS TRATA NUEVAMENTE DE ATACAR LAS DEFENSAS EXTERIORES DE LA PLAZA DE PERPIGNAN.—El conocimiento que tuviera nuestro general por los espías y demás información secreta de todo cuánto acontecía en el campo francés, según acaba de exponerse, movióle a intentar por segunda vez el asalto al campo atrincherado de la Unión, principal defensa de la plaza de Perpiñán, y sin duda alguna a este propósito se deben las órdenes dadas el 29 de agosto para que el Teniente General Marqués de las Amarillas, después de reposar con su tropa durante la noche en Cornellá (Cornelia), se adelantase, a las cinco de la mañana del siguiente día 30, al lugar de Presilla, unos tres cuartos de hora en dirección a Perpiñán; orden que hubo de cumplir, asentando su campo a las inmediaciones del lugar citado, tras una marcha sin dificultad alguna.

Al siguiente día 31, con noticia de que los enemigos intentaban reforzar a Salces para asegurar su comunicación con el Lanquedoc, envió el General Ricardos orden al Marqués de las Amarillas para que un destacamento de 200 hombres de infantería y 200 caballos fuese a situarse a Rivas Altas y al mismo tiempo avanzase con su tropa hasta ponerse a vista del campo enemigo, situado en San Esteban, a fin de contenerlos y no inquietasen al destacamento que, a las órdenes del Teniente Coronel D. Fernando de Cagigal, salió por la mañana a colocarse en este pueblo.

Nuestro comunicado oficial del día 31, al dar cuenta de todo esto, manifiesta asimismo en nota adicional que en este mismo día se trasladaron a la plaza de Rosas, para embarcarse en los navíos de S. M. "San Julián", "San Fulgencio", "San Felipe" y fragata "Florentina", que habían de partir para la plaza de Tolón, la tropa de los regimientos de infantería de Mallorca y de Hibernia, al mando del Brigadier D. Domingo Izquierdo. La expedición estaba formada por 42 oficiales y 1.292 hombres del regimiento de Mallorca y 22 oficiales y 529 hombres del de Hibernia.

Plan de ataque ideado por el General Ricardos para la conquista del campo francés de Peyrestortes

PLAN DE ATAQUE IDEADO POR EL GENERAL RICARDOS PARA LA CONQUISTA DEL CAMPO FRANCES DE PEYRESTORTES.—En el propósito, anteriormente indicado, que abrigara el General Ricardos de apoderarse del campo de la Unión, aprovechando el deplorable estado reinante en Perpiñán y lugares sometidos a su influjo, obedeciendo, como siempre, a sus nobles dictados, hijos de la reflexión y de la prudencia, no entraba en su ánimo el llevar a cabo desde el primer momento el ataque a fondo a dicho campo, no obstante sus condiciones de inseguridad y desconcierto. Previamenente, nuestro general quería apoderarse de aquellos elementos exteriores de resistencia que pudieran ofrecer un serio obstáculo al comienzo del asalto. Uno de estos importantes elementos era el campo francés de Peyrestortes, eficazmente defendido por dos fuertes baterías asentadas en Orléas y Gabestany, o sea a derecha e izquierda, respectivamente, de su frente de combate. Asaltar estas dos baterías fué la orden dada por el General Ricardos al Marqués de las Amarillas, con misión igualmente de contener de la parte de acá del río Tet a las tropas francesas que pudieran pasar con intención de interrumpir este ataque, que había de ser realizado en la madrugada del día 3 de septiembre.

Orden de combate de las fuerzas asaltantes

ORDEN DE COMBATE DE LAS FUERZAS ASALTANTES.—Las tropas españolas que habían de realizar la operación eran, desde luego, las que nosotros teníamos acampadas en Portellas (Ponteillac), y para llevar a cabo el ataque fueron organizadas, distribuyéndolas en tres columnas: la primera, cuyo objetivo era la batería de Orlés, al mando del Brigadier D. José Baylli, capitán del regimiento de Guardias walonas y de su segundo, el Coronel D. Landelino Molins, primer ayudante mayor del propio Cuerpo, había de estar compuesta de un batallón y dos compañías de Granaderos de Guardias walonas, otras dos de Granaderos provinciales, 100 hombres de tropas ligeras, voluntarios de Cataluña, y 60 caballos del regimiento de Calatrava. El objetivo de esta columna, colocada a la izquierda del orden de combate, no era otro que el molino de Orlés, a cuyas inmediaciones se encontraba asentada la batería francesa. La segunda columna, dispuesta al flanco derecho, se componía de 400 caballos, formando un Cuerpo montado, a las órdenes del Brigadier D. José Iturriigaray y de su segundo, el Brigadier D. Diego Godoy, habiéndose agregado a esta columna 400 hombres del regimiento de infantería de Extremadura, mandados por su Coronel, D. Diego de la Cuesta. Esta columna de la derecha había de asaltar la batería de Gabesta.

tany, a la izquierda del campo enemigo. La tercera columna, más numerosa, marchando por el centro, debía servir tan sólo para llamar la atención del enemigo, sin llevar a cabo demostración alguna ofensiva.

El asalto por ambos flancos a las baterías francesas de Orlés y Gabestany había de ser simultáneo. De las dos columnas encargadas de la operación, el ataque principal correspondía a la primera columna, o sea a aquella que había de atacar a Orlés.

Desarrollo de la acción

DESARROLLO DE LA ACCION.—En la noche del 2 al 3 de septiembre salieron del campo de Ponteillac estas tres columnas del ejército español para encaminarse a sus respectivos objetivos de ataque. La columna que había de asaltar la batería francesa de Orlés vió en un principio retardada su marcha, no pudiendo verificar su salida hasta la una de la mañana, esperando la incorporación de la compañía de Granaderos del regimiento de Extremadura, que no llegó. Como declaraba nuestra información oficial de los días 5, 6 y 7, "este incidente obligó a acelerar y forzar la marcha, pero habiendo tenido que vencer muchos obstáculos que presentaba el terreno, era ya amanecido cuando llegó nuestra tropa a distancia de 100 pasos por detrás de la citada batería enemiga, y aunque se habían dado las órdenes e instrucciones para sorprenderla, al haber sido descubierta la presencia de los nuestros por los enemigos y hecha por esto una descarga general, los voluntarios de Cataluña, sorprendidos a su vez, hicieron fuego, contra la orden que se había dado, siendo este fuego seguido por el resto de la columna.

Según la información francesa, esta columna española había aprovechado para deslizarse la franja de olivos que cubría con su sombra los bordes de la Basse, realizándolo a lo largo de este río sin ser apercibida hasta coger de revés la batería que cubría el mosino. No obstante, ateniéndonos a los informes oficiales de los nuestros, el asalto a la batería francesa no dejó por un momento de ofrecer su dificultad. La descarga hecha por el enemigo al darse cuenta de la presencia de los nuestros causó en ellos algún desorden, sobre todo entre los voluntarios, y conociendo Colins los perniciosos efectos que podrían originarse de semejante desorden, púsose a la cabeza del batallón de Guardias walonas, y animando a la tropa con la voz y con el ejemplo, logró reunirla, y a continuación, lanzándose al asalto, en menos de dieciséis minutos de tiempo, hizose dueño de la referida batería, siendo el empuje tan rápido y violento, que gran número de los soldados franceses perecieron ahogados en sus propias tiendas de campaña.

Conseguido el objetivo principal, y como quiera que las tropas españolas, una vez llevada a cabo su misión particular, debían retirarse a su campo, Colins se dispuso a hacerlo así, mas no sin verse obligado a clavar las cinco piezas con que contaba la batería enemiga, en vista de que habían huído los mozos de mulas que habían sido

llevados para traérselas. Ejecutó Colins la retirada en buen orden, no obstante de que los enemigos, conocido ya el corto número de nuestra tropa, no vacilaron en avanzar en dos columnas para atacarla. El total de nuestra pérdida consistió, según la información de referencia, en 38 soldados de las Guardias walonas muertos y 30 heridos, dos voluntarios de Cataluña muertos y dos heridos y siete soldados provinciales granaderos y cinco del regimiento de Calatrava heridos, estándose también el teniente de este último, D. José A. Camarero, por haber caído del caballo. En la acción se habían distinguido D. Esteban Robert de la Junquiere, por haber sido el primero que atacó la batería, como también los granaderos Lamote, Villar, Muller, Camuy Villéns, Frederico y Dechaus, que con sus Sargentos Genner, Gros, Jaén y Vir se apoderaron los primeros de la batería, habiéndose señalado asimismo en el ataque el Galli y el soldado Regú, que tomó una bandera. Tuvieron los enemigos sobre 150 entre muertos y heridos y se hicieron prisioneros al General Fregeville, sus dos ayudantes de campo, siete oficiales y 130 soldados. Este General Fregeville estaba acampado un poco a retaguardia de Orlés; habiéndose arrancado del lecho del dolor, en el que le retenía una fiebre ardiente, acudió al molino, sosteniendo durante cinco cuartos de hora una lucha desesperada, hasta que, sucumbiendo a la violencia del mal que le consumía, cayó desvanecido en los brazos de su ayuda de campo, en los que fué hecho prisionero. Fervel, que nos facilita esta información, añade que tan energética resistencia dió a los suyos ocasión de reconocerse: el batallón de granaderos del Comandante Banel, teniendo a su cabeza al General Giacomoni, cayó sobre Orlés, recuperó la batería perdida, mató o hirió 150 guardias y lanzó el resto sobre Canoës. Qualquiera que pueda ser la exactitud de esta declaración, comparándola con la que expone nuestro comunicado oficial, declarando que la retirada de Colins se realizó en buen orden, no obstante de que los enemigos, conocido ya el corto número de nuestra tropa, avanzaron en dos columnas para atacarla, y del crecido fuego que tuvo que sufrir de su batería, deducimos que, en efecto, la retirada de la columna que había asaltado el molino de Orlés no fué muy satisfactoria.

Semejante al ataque a la batería francesa del molino de Orlés fué el realizado contra el campo de Cabestany. La columna que había de atacar este campo, a las órdenes del Brigadier don José Iturriigaray, Capitán de la Real Brigada, y de su segundo, el Brigadier don Diego de Godoy, según expusimos antes, se componía de 400 hombres de Infantería y 340 de Caballería, fuerza de infantería compuesta de 260 guardias españolas y valonas y 70 granaderos provinciales, y los restantes, fusileros del Regimiento de Infantería de Extremadura, todos ellos a las órdenes del Coronel don Gregorio de la Cuesta, y la de caballería, formada por 150 carabineros reales, 120 de los Regimientos de Algarbe y Montesa y 70 dragones de Numancia. Estos datos, facilitados por nuestro comunicado oficial del día 7, precisan, y en cierto modo corrigen los dados anteriormente por la misma información oficial. El destacamento llegó a las inmediaciones de Cabestany al rayar el día 3, y antes de que pudiesen ser sentidos por los

centinelas, la caballería se dispuso a derecha e izquierda del camino que conduce a dicho pueblo, en tanto que por el centro marchaba la infantería al asalto de las posiciones que los enemigos ocupaban dentro del pueblo. Este ataque de la infantería había de ser correspondido por el de la caballería, que, a su vez, debía rodearle y situarse entre éste y el campamento que los franceses tenían a sus mediaciones. A los primeros tiros de los centinelas enemigos marchó Iturriigaray a gran galope, y habiendo observado, al llegar al lado opuesto, que la infantería enemiga salía huyendo hacia su campo, totalmente sorprendida por la presencia de los nuestros, cargó intrépidamente sobre ella con su columna de la derecha, pero no pudo realizar su propósito a causa de que los enemigos comenzaron a dispersarse por los costados, haciendo fuego desordenadamente. No obstante, afirma nuestro comunicado oficial que se logró la entera derrota del enemigo, pues habiendo llegado la otra columna fueron atacados por todas partes y pasados a cuchillo gran número de ellos, huyendo los demás precipitadamente.

Por su parte, el Coronel D. Gregorio de la Cuesta, con el Cuerpo de su mando, verificó su entrada en el citado pueblo, atacando y derrotando a los enemigos, que le hicieron frente al abrigo de una zanja y teniendo que vencer muchos obstáculos que se oponían a su avance, y no sin sufrir el gran fuego que se le hacía desde las ventanas y calles. Nuestros soldados se apoderaron de un cañón de a dos que tenían en la plaza del lugar, de muchos caballos y dos rebaños de ganado lanar, haciendo también 78 prisioneros.

Concluida su misión, las fuerzas que habían atacado a Cabestany debían retirarse, como lo habían hecho las de Orlés, a su campamento. Y efectivamente, reunidas las tropas de Infantería con las de la Caballería, ambas se retiraron con el mejor orden. Si hemos de atenernos a la información francesa, la demostración sobre Cabestany se terminó por una escena sangrienta: el lugar fué forzado, saqueado y entregado a las llamas, viéndose a un centenar de cadáveres, entre los cuales las mujeres, los viejos y los niños gemían, rodeados de escombros y de llamas.

El desastre francés de Cabestany acarreó el castigo de un responsable: "Hízose al General Ramel—expone Fervel—un reproche, y más tarde acusósele del crimen (que le costó la cabeza) de no haber estorbado la retirada del enemigo y haber permanecido en la inacción cuando pudo, a lo menos, lanzarse sobre la ruta de Toulouse y recuperar de manos de los españoles una centena de prisioneros, que se llevaron tranquilamente. Ramel, como recordaremos, era comandante de la Caballería".

Según nuestro comunicado oficial, el número de los enemigos ascendía a 500 hombres de infantería y 40 caballos, habiendo salido 100 de los últimos para Perpiñán dos horas antes de nuestra llegada. Ateniéndonos a sus datos, la pérdida del enemigo fué de 200 hombres, entre muertos y heridos. Por nuestra parte sólo había habido cinco de los primeros y siete de los segundos.

Influencia de los acontecimientos desarrollados en la Cerdanya sobre el ánimo de las tropas españolas del Rosellón.—Una contestación del General De Flers a la carta enviada por Ricardos.—Contenido de esta carta

INFLUENCIA DE LOS ACONTECIMIENTOS DESARROLLADOS EN LA CERDAÑA SOBRE EL ANIMO DE LAS TROPAS ESPAÑOLAS DEL ROSELLON.—UNA CONTESTACION DEL GENERAL DE FLERS A LA CARTA ENVIADA POR RICARDOS.—CONTENIDO DE ESTA CARTA.—El día 4 de septiembre, el General Ricardos recibió el parte de la derrota de las tropas de Vasco en la Cerdanya, y este fracaso de nuestras tropas, unido al de la desdichada acción de Olette, debieron contrariar grandemente a nuestro general, que así veía entorpecido el franco desarrollo de su plan de operaciones. Para seguir adelante era necesario asegurar la defensa del flanco izquierdo, y para ello dispuso, con el fin de poner a cubierto la plaza de Villafranca, que el Teniente General Conde de la Unión, con dos batallones, alguna caballería y competente número de artillería, saliese inmediatamente a ocupar las principales alturas y avenidas, manteniéndose en observación en tanto que los movimientos del enemigo no le obligaran a tomar otro partido. El resultado de las acciones de la Perche y de Olette había de tal manera desmoralizado a los nuestros, que si hubiéramos de atenernos a lo que expone el diario francés, del que tantas veces hemos hablado, nuestros soldados eran presa del terror. Las susodichas acciones de guerra habían hecho espantable a las tropas operantes en esta parte del teatro de las operaciones la fama de Dagobert, a quienes ellas mismas daban el calificativo de intrépido, atribuyendo a esta causa el que durante toda la campaña no hubiese, por parte nuestra, tentativa de importancia para recuperar la Cerdanya, que habíamos perdido.

Ello no obstante, el período de tiempo transcurrido desde el día 5 al 14 no fué testigo de acción alguna. Sin más novedad por nuestra parte que la de haber venido el 5 un trompeta francés a nuestro campo con la respuesta que el general en jefe destituido, De Flers, daba al nuestro al protestar de las violencias, robos, saqueos e incendios perpetrados por los miqueletes en casi todos los pueblos de la comarca, tanto amigos como enemigos, y reclamando su pronto y eficaz remedio; carta a la que respondió el General Ricardos con la siguiente, que inserta nuestro "Diario Oficial" y que transcribimos nosotros, para dar idea de los excesos cometidos por los franceses en sus mismos pueblos y el cuidado que tuvo que tener el general nuestro para conservar a los habitantes en la posible tranquilidad en medio del estrépito de las armas. La carta de que tratamos dice así literalmente:

"General en Jefe del Ejército Español del Rosellón al General en Jefe del Ejército Francés de los Pirineos Orientales.

General:

Prescindiendo de cuanto podía decirse sobre una libertad de tan nueva especie, que no sólo tiraniza las opiniones individuales con suicidios, asesinatos, incendios, demoliciones y despojos, sino las opiniones de los mismos pretendidos Representantes de la Nación, que, siendo el órgano legal o ilegal de la voluntad de sus cometientes, se emprisionan y amenazan si difieren en la más leve cosa del intolerante partido más numeroso; es constante que fuera de los límites de Francia no rigen ni gobiernan las intolerancias interiores, y que las Potencias coaligadas (no contra Francia, sino contra el partido que la ha subvertido y aniquilado) miran y mirarán en cuanto sea posible a la vecina tranquila como una víctima de sus mismos conciudadanos convertidos en implacables enemigos, y no como enemigos de los que acuden en su socorro.

"Partiendo de estos incursos principios, he puesto el mayor esmero, y mis subalternos la mayor vigilancia, en que mis tropas no destruyesen, saqueasen ni perjudicasen no sólo a los vecinos del contrario partido, sino a cuantos en adelante viviesen ocupados de sus particulares negocios.

"La humanidad y la consideración de que si por una y otra parte no se procede contra los que no son partidarios, en breves días no presentaría el Condado Rosellón más que una imagen espantosa, que **mudamente elocuente** habría de clamar contra la残酷 de una guerra de tártaros hecha por dos de las naciones más cultas de Europa, me movió a hacer presente a V. E. en mi primera carta los inmensos perjuicios que producía y acrecentaría no sólo la libertad, sino el estímulo con que V. E. ponía en manos de los peores y más facinerosos habitantes las armas, que con pretexto de realistas o de otro partido diferente que el que V. E. defiende se emplean para cometer los más espantosos excesos y atrocidades entre los vecinos y los pueblos. Su codicia y su maldad ha llegado ya al extremo de robar y maltratar indiferentemente a los enemigos y amigos; pero aunque suponga que V. E. no autoriza esos desórdenes y estragos, observo no obstante que ellos, lejos de corregirse, van cada día en aumento, y apurados ya por mi parte todos los medios de precaver esta provincia en los posibles horrores innecesarios de una guerra, habiendo, en fin, agotado inútilmente todas las proposiciones que por la primera vez solicita sin fruto un extranjero victorioso, de un general cometido de su Nación para su defensa, me es forzoso declarar a V. E. que terminantemente declaro que a la primera vejación que se cometía por parte de las tropas o miqueletes de V. E. contra pueblo o individuo, con motivo o pretexto de realista o de pensar differently que V. E., usaré de las más severas represalias, incendiarié los pueblos que no sean de mi partido, saquearé y arrasaré los bienes de todo llamado Patriota, no quedándome otro arbitrio para contener lo que parece que V. E. no puede remediar, y protesto a toda Europa que si el Rosellón se tala y despuebla y si perecen sus habitantes al fuego, al cuchillo o a la indigencia, no es la culpa (pues no le ha quedado qué hacer para evitarlo) de un general y de un Ejército que en medio de sus enemigos han pro-

cedido con tanta humanidad, disciplina y dulzura, que los mismos labradores y propietarios conocidamente contrarios han recogido y continúan recogiendo sus cosechas sin recelo ni perturbación, y se les ha pagado y paga de contado hasta la paja que libremente quieren vender a las tropas.

"Ruego, pues, a V. E. por última vez que se ahorre esta reconvenión de la humanidad y de la justicia, que afligiría sin duda durante su vida a su noble corazón, y le agradeceré como un favor que me evite el dolor agudo, pero indispensable, de tenerme que poner a medias con V. E. para la ruina entera de esta provincia. Dios guarde a V. E. muchos años. Cuartel General de Troullas, 5 de septiembre de 1793.—**Antonio Ricardos Carrillo.**"

Retirada del General en Jefe francés a Salces.—Consternación que esta determinación causa en la plaza de Perpiñán

RETIRADA DEL GENERAL EN JEFE FRANCES A SALCES.—CONSTERNACION QUE ESTA DETERMINACION CAUSA EN LA PLAZA DE PERPIGNAN.—Los anteriores ataques de los españoles a las posiciones francesas de Orlés y Cabestany llevaron el espanto a la ciudad de Perpiñán, y según da cuenta el mismo Barbantane en sus Memorias, impresas el año 1820, para acabar con la situación, en la noche siguiente, el Estado Mayor Central, el Tesoro Público y 4.000 hombres, en ellos comprendidos los jinetes, abandonaron la plaza, retirándose a Salces en dirección a Narbona. Dejemos al testimonio francés la información acerca de las consecuencias acaecidas por tan desacertada determinación.

"Cuando en la mañana del día 4 extendióse por la ciudad el movimiento inherente a esta deplorable retirada elevóse de todas partes un concierto de maldiciones contra aquel que la había ordenado. Barbantane, todavía presente en aquellos lugares, tuvo a bien responder que él era **General en Jefe del Ejército de los Pirineos Orientales**, pero no de Perpiñán únicamente, que era su deber no comprometer a las tropas de la República; hasta consideró oportunó ofrecerse a quedarse en Perpiñán como simple divisionario si se quería darle un sucesor que hubiera de ir a Salces a mandar en su puesto. Pero nadie pudo comprender que el puesto del General en Jefe pudiera estar desde luego en otro punto que en el foco mismo del peligro. El desdichado general persistió sin embargo en abandonar la plaza; tan sólo retardó su marcha algunas horas para expedir al ministro de la Guerra el parte dando cuenta del fracaso de la víspera y hacerle, bajo el peso de una especie de delirio, estas crueles confesiones de impotencia: "Yo voy a Narbona a ver si las tropas nos llegan y puedo darles una dirección... Ocupo el puesto del más bravo republicano... Yo no careceré ni de celo, actividad ni coraje... Voy a reunir todos mis esfuerzos, todas mis facultades, para organizar este nuevo ejército. ¡Podré yo lograrlo y en vista de ello mis débiles luces mentales y mis fuerzas físicas ser capaces de soportar tan terrible peso! Temores muy fundados me hacen desechar

el que pudiérais enviar a este ejército un general experimentado y buen patriota, a las órdenes del cual yo pueda combatir a un enemigo que es duro ver pisando el territorio de la República". Después de todo esto, Barbantane partió para Salces, acompañado de su jefe de Estado Mayor, Giacomoni, y del representante, Bonnet."

"Dejo a Perpignán cada vez más consternado—declara Fervel—. Desde luego, los consejos administrativos, tan prontos a acusar a los generales, tachándolos de traición o de cobardía, y como éstos todos aquellos famosos clubistas, no disimularon más su profundo abatimiento. Los más comprometidos pedían ya ser comprendidos en la capitulación, pues en el seno de esta muchedumbre desesperada no se trataba de otra cosa menos que de capitular. Una epidemia cruel hacía estragos, y los oficiales de Sanidad habían desertado de sus puestos. Finalmente, a mayor abundamiento, en medio de la desolación general, vinieron a caer como una bomba las abrumantes noticias de la insurrección lyonesa y de la toma de Tolón por la escuadra hispano-inglesa."

Sin duda alguna, a crisis semejante le era necesario atender con remedios prontos y violentos. Estos fueron traídos al punto por el representante Fabre, que desde Collioure, en donde hasta entonces había estado encerrado, acudió a Perpignán tan pronto esta plaza había venido a ser el punto de mira de los españoles. Comenzó por hacer pública la declaración siguiente: "Serán castigados de muerte todos cuantos murmuren proponiendo la capitulación o que tengan relación alguna con el enemigo. Se redactará la lista de los sospechosos, que serán encerrados; la de los débiles, que abandonarán la plaza, y la lista de los fuertes, quienes jurarán ser sepultados bajo las ruinas de la ciudadela. Los habitantes de la campiña vendrán a encerrarse en la plaza con sus granos, y desde ella, al llamamiento del tocsín, volarán al socorro de sus localidades incendiadas. Los que mueran con las armas en la mano recibirán los honores correspondientes: sus nombres serán publicados. La República adopta, desde luego, a las viudas y a los huérfanos".

Después, desahogándose al Comité en un parte confidencial, exponía: "Estos catalanes del Rosellón son más españoles que franceses. Constituyen una vasta familia de sacerdotes y de emigrados. Pero el instrumento de muerte permanece en pie, y los emigrados y los sacerdotes pasarán por él por su turno. Todos los días nos afirmamos más en la idea de hacer guillotinar la mitad de los sospechosos y de deportar los restantes a las costas de África". Las declaraciones de Fabre no eran simples amenazas. Los actos siguieron a las palabras: todos los sospechosos fueron detenidos; la guillotina permaneció en pie, y su cuchilla, levantada sobre todas las cabezas, cayó sobre muchas. El representante Fabre pudo contar desde el primer momento con una entusiasta y energética cooperación: la del General D'Aoust.

Este, por su parte, no quedó nunca atrás del representante, y el mismo día de la marcha de Barbantane, el 4 de septiembre, escribió así al ministro de la Guerra: "Yo respondo que las murallas de Perpignán no serán nunca mancilladas por el infame estandarte del

tirano español. Si las circunstancias hiciesen que la plaza no pudiera ser mantenida, juro de no firmar jamás la capitulación, hacer saltar las fortificaciones de la villa y de la ciudadela y de adelantarme con mis bravos camaradas, no dejando a los viles satélites del despotismo más que un montón de ruinas y de cenizas, digno espectáculo de sus feroces miradas. Todos los buenos patriotas me seguirán, puesto que el hombre libre no puede vivir en un suelo esclavizado". La carta iba firmada de este modo: "El Comandante del Ejército de Perpiñán".

La información francesa asegura que esta actitud de las autoridades operaba ya sobre el espíritu público una reacción saludable, cuando la noticia de los éxitos de Dagobert vino a levantarle de repente. Las reacciones son prontas en las imaginaciones meridionales. La gente se creyó salvada, y todo súbitamente adquirió un nuevo aspecto. La misma epidemia comenzaba a ceder, y el terrible general francés pudo dirigirse a los suyos con estas irónicas manifestaciones: "Los médicos, al huir, os han desembarazado de una primera calamidad pública; yo os curaré de otras más".

**Los franceses completan sus defensas en
el llano de Vernet.—Estacionamiento de
la división de Salces**

LOS FRANCESES COMPLETAN SUS DEFENSAS EN EL LLANO DE VERNET.—ESTACIONAMIENTO DE LA DIVISION DE SALCES. Los franceses no se consideraban muy seguros en su actual situación. Era necesario completar las defensas que pudieran poner a la capital del Rosellón en condiciones de no caer en manos de los invasores. "Para acabar de disipar los terrores de un bombardeo, y sobre todo para distraer a las tropas acampadas al resguardo de las murallas de Perpiñán de su funesto pensamiento de retirarse tras ellas, trazóse apresuradamente alrededor de la plaza una línea de obras de fortificación de campaña: una cabeza de puente sobre el Tet, atrincheramientos alrededor del molino de Quatre-Casals, un reditorio rodeando la capilla de Vernet." Se comprenderá la oportunidad de realizar estas obras si recordamos que en tiempos de Richelieu fué precisamente desde el llano de Vernet desde donde fué bombardeado Perpiñán, y para defenderse por este lado atrincheróse la importante posición de Pélicier y Más d'Astos. Para mayor seguridad alzóse un reditorio entre Más Vermeil y Anglade; después, otro más entre este último punto y el campo de la Unión. Como quiera que las alturas de Saint-Jaques amenazaban la plaza, comenzáronse a ejecutar algunos atrincheramientos, una pequeña estrella y una obra con un reditorio y dos brazos a modo de cuernos; asimismo bordeáronse con empalizadas los caminos cubiertos que conducían a estos puestos. Ciertamente que para ocupar todos estos puestos no bastaba con todo el ejército que operaba en el sector de los Pirineos Orientales, pero en aquella ocasión no se trataba de hacerlo así. Lo

único que se pretendía por el Mando francés era tranquilizar, tener en jaque a la gente, y este objetivo fué plenamente alcanzado.

Pero actitud tan resuelta no era mantenida por el General Barbantane, que había hecho retroceder a su cuartel hasta Sijean, tanto que él se trasladaba a Narbona, no habiéndose detenido ni siquiera veinticuatro horas entre sus soldados. La división de Salces, todavía bajo la impresión de su derrota en Cornellá, permanecía en este puesto, sin incorporarse a la guarnición de Perpignán y del campo de la Unión, hecho que había de reanimar el espíritu de cuantos se encontraban amenazados en su interior. Abocada a seguir el vergonzoso ejemplo de su jefe, parecía retirarse en plazo breve al interior del país. A retaguardia del castillo de Salces cubría con sus vivacs desorganizados la cresta de los Corbières. Algunos destacamentos guardaban los otros desfiladeros de la montaña: 200 hombres en las crestas por encima de Opuls, otros 100 en las gargantas de la Berre hasta Carcastell. En situación avanzada, el General Lemoine continuaba ocupando las alturas de Peyrestortes con 1.500 hombres y algunos pelotones de caballería que no habían todavía seguido al resto de los escuadrones, que faltos de forraje acababan de internarse en la vertiente opuesta de los montes Corbières. Esta tropa, que apenas merecía el nombre de división de socorro, y a pesar de ello había tomado el de ejército, venía a formar, en realidad, la vanguardia de la división de Salces, extendida en una línea jalona por las localidades de Estagel, Baxas, Peyrestortes y Rivesaltes. El pequeño campo de Peyrestortes, emplazado en unas pequeñas alturas, pero que de todos modos constituía una posición importante, había de despertar, desde el primer momento, la atención y la codicia de los españoles.

El General Ricardos dispone que el Conde de la Unión marche con un pequeño refuerzo de tropas y artillería a reforzar la defensa de Villafranca el día 4 de septiembre. — Reconocimiento ofensivo sobre las alturas de Peyrestortes.— El día 8, los españoles se apoderan del campo de Rivesaltes

EL GENERAL RICARDOS DISPONE QUE EL CONDE DE LA UNION MARCHE CON UN PEQUEÑO REFUERZO DE TROPAS DE ARTILLERIA A REFORZAR LA DEFENSA DE VILLAFRANCA EL DIA 4 DE SEPTIEMBRE.—RECONOCIMIENTO OFENSIVO SOBRE LAS ALTURAS DE PEYRESTORTES.—EL DIA 8, LOS ESPAÑOLES SE APODERAN DEL CAMPO DE RIVESALTES.—De resultas del fracaso de Olette y de los desgraciados sucesos acaecidos en la Cerdanya, el General Ricardos, para poner a cubierto la plaza de Villafranca, ordenó saliesen, a las órdenes del General Conde de la Unión, dos batallones, alguna caballería y correspondiente artillería, que debían ocupar las principales alturas y avenidas y mantenerse en observa-

ción mientras los movimientos del ejército enemigo no les obligasen a tomar partido distinto. Fué al día siguiente cuando nuestro Alto Mando dispuso aventurar un reconocimiento ofensivo sobre las alturas de Peyrestortes. Bastó la sola presencia de nuestra tropa para que la caballería francesa, abandonando cobardemente a su general, Lemoine, le obligara a retroceder a Rivesaltes, y apenas los miqueletes franceses tuvieron tiempo para descargar sus armas. Los nuestros se limitaron a desplegar en las alturas, que habían evacuado los franceses tan precipitadamente, permaneciendo en ellas en observación durante algún tiempo, retirándose sin disparar un tiro.

El General Lemoine volvió a Perpignán y fué sustituido por el General Mondredon, que, sin perder tiempo, estableció en Rivesaltes un pequeño puesto, guarnecido por un batallón, una compañía de miqueletes, un pelotón de caballería y tres cañones, nombrando jefe del puesto al que lo era del batallón, Teniente Coronel Devaux. El resto de la vanguardia fué replegado ante Salces. Nuevamente, al día siguiente, los españoles volvieron a reaparecer, por un momento, sobre las alturas de Peyrestortes, limitándose a hacer descender al lugar a algunos soldados destinados a observar lo que los franceses habían dejado en Rivesaltes, retirándose de nuevo una vez establecido este contrapuesto avanzado.

El día 7 realizóse otra demostración semejante a las anteriores. Mondredon, que intentó avanzar sobre Rivesaltes, fué atacado en marcha y vióse precipitado a retroceder. Todos estos pequeños éxitos movieron al General Ricardos a intentar definitivamente la ocupación de las alturas de Peyrestortes.

Aunque se había resuelto que el ataque fuese realizado por las tropas acampadas a la otra parte del río Tet en las horas de la madrugada, a causa de varios incidentes no pudo realizarse hasta las cinco de la tarde. Las fuerzas atacantes iban mandadas por el Teniente General Marqués de las Amarillas. La acción hubo de iniciarse por un vivo cañoneo, por ambas partes mantenido, hasta el momento en que el citado general, dándose cuenta de la desorganización del contrario, dispuso desalojarle de sus posiciones, mandando al batallón de Navarra y a alguna compañía de granaderos provinciales se lanzasen al asalto de la posición enemiga. Ante el empuje de los nuestros, los franceses decidieron retirarse en dirección a Salces, y la retirada se hubiera ejecutado en buen orden a no ser por la brusca carga de los flanqueadores españoles, que, desmoralizando a la caballería francesa, la obligaron a desbandarse sin esperar siquiera a qué se realizase el choque, huyendo a través de la infantería, que fué de este modo atropellada, y perdiendo en su huída 200 hombres y una pieza de artillería.

Declara Fervel que la superioridad de nuestra fuerza sobre la de los franceses era la causa de que toda resistencia sería resultara imposible; y para arrojar sobre nuestro fácil triunfo la mancha del deshonor, afirma que los flanqueadores citados ahogaron a los prisioneros hechos en el combate. Nuestra información oficial declara que los nuestros no lograron apoderarse del campo enemigo sin sufrir un vivo fuego de su fusilería, completando el éxito alcanzado la caballe-

ría, que, cargando sobre la izquierda de la infantería francesa, la derrotó por completo en el corto tiempo que quedaba de día; y obviamente

Nuestro diario oficial, que cifra también en 200 el número de muertos hechos a los franceses, además de un crecido número de heridos, así como 31 prisioneros, entre los que se encontraban un capitán y un teniente, tomándoseles, asimismo, un cañón de a 12. "Por nuestra parte, notifica, hubo 40 soldados muertos, de ellos seis de caballería, y 34 heridos, de los cuales 20 eran del Regimiento de Navarra." Esta misma información, que, en efecto, da cuenta de este combate del día 8, tal como se ha descrito, no facilita noticia alguna de los reconocimientos realizados durante los días 5, 6 y 7, y del mismo modo, no facilita informe alguno correspondiente a los días 9 y 10.

Por el testimonio francés podemos saber que, al ruido del cañón, D'Aoust comenzó a avanzar a lo largo del camino de Narbona, hasta Vernet, pero, al ver cómo la artillería española marchaba en dirección contraria, decidió retirarse tal como había venido.

El Marqués de las Amarillas solicita al General Ricardos el abandono de su mando, y aceptada su dimisión, es nombrado Jefe de las tropas apostadas en la orilla opuesta del Tet el Teniente General don Juan Courten

EL MARQUES DE LAS AMARILLAS SOLICITA DEL GENERAL RICARDOS EL ABANDONO DE SU MANDO, Y ACEPTADA SU DIMISIÓN, ES NOMBRADO JEFE DE LAS TROPAS APOSTADAS EN LA ORILLA OPUESTA DEL TET EL TENIENTE GENERAL DON JUAN COURTEN.—Sin duda alguna, nadie podía entre los nuestros ignorar cómo el General Ricardos proyectaba un serio ataque contra Perpignán y el campo de la Unión. Pero también es presumible el hecho consiguiente de que muchos de los generales juzgasen la situación de nuestro ejército poco apropiada para llevar a cabo dicha empresa. Por lo visto, uno de ellos era el Marqués de las Amarillas, quien, hallándose al frente de las tropas establecidas en la orilla izquierda del Tet, era lógico desempeñase un papel principal en el desarrollo de toda acción ofensiva de verdadera importancia. Nuestro diario oficial da cuenta de esta dimisión en la siguiente forma: "Habiendo hecho presente al Capitán General el Marqués de las Amarillas, con parecer de los demás generales, sus subalternos, convocados a este fin, las dificultades que presentaba la continuación de las operaciones y el ataque del castillo de Salces sin refuerzo de más tropas, le contestó que teniendo muchos puntos a qué atender no le era posible desmembrar el poco ejército que ya le quedaba en las líneas frente al campo enemigo de Perpignán, por la parte de Portellas (Ponteillac), ni menos dejar desguarnecidos otros importantes puestos, y que así, con aquellas tropas, tenía que continuar sin la menor tardanza las operaciones, que en

la suspensión de un solo día se exponían a malograrse y perderse todo su plan, tan bien combinado, dando lugar al enemigo a que se reforzase en aquellos puntos.

Sin embargo de esta respuesta, insistió Amarillas en que tenía pocas fuerzas para una empresa de esta naturaleza y pidió al general se sirviese exonerarle del cargo y responsabilidad de jefe de aquellas tropas, encargándolas a otro general, bajo cuyas órdenes se quedaría con gusto, sirviendo en aquel destino aunque fuera de último grancero, y el general le mandó se incorporase en el Cuartel General de Trullas (Truillas), entregando el mando al Teniente General don Juan Antonio Courten, a quien envió a relevarle, dándole las últimas y precisas órdenes sobre la continuación de los ataques que tenía mandado a Amarillas."

Esta declaración no puede ser más elocuente e informativa. Por ella podemos darnos cuenta de la firmeza del propósito de Ricardos en llevar a toda costa adelante su plan de conquista de Perpiñán y de todo el Rosellón, aunque no dejase de reconocer **que eran muchos los puntos a que tenía que atender**. Ricardos no podía ceder en esta obligación lo más mínimo; era su deber continuar sin la menor tardanza las operaciones. Suspenderlas un solo día era tanto como exponerse a malograr la realización de un plan tan bien combinado y dar lugar con ello al enemigo a reforzarse en todos aquellos puntos antes citados.

Las razones expuestas por Ricardos no convencieron al Marqués, cuyo parecer era el de los demás generales. Es de suponer, por consiguiente, que éstos tampoco mudaran de opinión. Mas el propósito del digno general en jefe del ejército español del Rosellón era firme, y al sustituir a Amarillas por don Juan Antonio Courten, "éste recibió las últimas y precisas órdenes sobre la continuación de los ataques que tenía encomendados al primero". (Frase textual de nuestra información oficial.)

Barbantane insiste en pedir su dimisión.

Esta es admitida, siendo sustituido en el mando por el General Dagobert.—

D'Aoust se encarga interinamente del mando superior del ejército.—Asimismo.

Coguet reemplaza a Mondredon

BARBANTANE INSISTE EN PEDIR SU DIMISION.—ESTA ES ADMITIDA, SIENDO SUSTITUIDO EN EL MANDO POR EL GENERAL DAGOBERT.—D'AOUST SE ENCARGA INTERINAMENTE DEL MANDO SUPERIOR DEL EJERCITO.—ASIMISMO GOGUET REEMPLAZA A MONDREDON.—Mientras nuestro general se entregaba de lleno a la preparación de su plan de conquista de Perpiñán, y con él de todo el Rosellón, Barbantane no daba señal alguna de vida, limitándose neciamente a recriminar precisamente los actos llevados a cabo por aquellos generales dispuestos a batirse en su lugar y ejecutándolo así cuando la ocasión lo requería. En realidad, el mando estaba llevado por Giacomoni, que continuaba despachando toda la co-

rrespondencia oficial. Tan desairada situación no podía prolongarse por mucho tiempo, y avergonzado de ella y convencido de su nulidad, se decidió a escribir el día 12 al Ministro de la Guerra una carta, en la que le comunicaba enviarle su dimisión, por cuanto su situación era superior a sus fuerzas y se encontraba incapaz de resistir más. La dimisión fué aceptada y retiróse a Tolosa, en donde fué detenido; pero bien pronto libre, aprovechó la ocasión para marchar a París, y habiendo tropezado un día con Robespierre, éste ordenó nuevamente su detención. Pero Barbantane disfrutaba de los halagos de la Fortuna, y así, lejos de expiar el 7 thermidor las faltas cometidas, la intervención de algunos representantes del Mediodía y la revolución que luego sobrevino, libraronle de perecer bajo el acerado filo de la guillotina.

Vacante el Alto Mando del ejército de la Revolución en la apartada comarca de la vertiente norte de los Pirineos Orientales, ¿quién podría ser nombrado para ejercerlo en condiciones tan críticas como aquéllas? El clamor público reclamaba a voz en grito la elevación a dicho cargo del único general revolucionario que hasta el presente había merecido el aplauso y la confianza de todo el mundo. Tal era el vencedor de la Cerdanya, pero este viejo general malhumorado, que no dejaba de mostrar en ocasiones su desafección al nuevo régimen, era malquisto por los comisarios de la Convención, sobre todo por aquel flamante Fabre que, de hecho, ejercía una autoridad superior sobre todos ellos. Los hijos predilectos de la Revolución no podían ver sin recelo la elevación al puesto de general en jefe del ejército aquél a un hombre tachado de monárquico.

Pero todas estas dificultades fueron, finalmente, resueltas. Fiel compañero del valiente y sañudo general de que tratamos, Cassanyes, plenamente convencido de la capacidad de Dagobert para el mando vacante, pudo con sus nobles y fundadas razones vencer la repugnancia de Fabre, y sin dilación alguna expidióse la correspondiente orden para que aquél descendiese de la montaña con lo más selecto de su división, estableciéndose en las llanuras del Rosellón, ante las defensas de Perpiñán. Por muy rápida que fuese la ejecución de esta orden, ella requería algún tiempo, y en la necesidad de hacer efectivo el ejercicio del mando, éste fué encomendado interinamente a un general joven, que, no obstante su origen aristocrático, se manifestaba como uno de los más entusiastas partidarios de la Revolución. Este personaje era D'Aoust, cuya biografía tenemos hecha en páginas anteriores, y que por todos conceptos venía a ser el íntimo favorito de Fabre y de sus compañeros.

La sustitución de Barbantane por Dagobert fué acompañada de la del pusilánime Mondredon por otro no menos flamante general revolucionario: Goguet, que a semejanza de otros muchos casos semejantes, de médico, por una sorprendente metamorfosis, se había convertido en unos cuantos meses nada menos que en general de división.

En el ejercicio de su interinidad, el General D'Aoust concibe la inspiración de atacar el campo de Ponteillac y de apoderarse del General en Jefe del Ejército español

EN EL EJERCICIO DE SU INTERINIDAD, EL GENERAL D'AOUST CONCIBE LA INSPIRACION DE ATACAR EL CAMPO DE PONTEILLAC Y DE APODERARSE DEL GENERAL EN JEFE DEL EJERCITO ESPAÑOL.—La ambición desmedida de un joven, viéndose elevado a la categoría superior en el ejército francés en aquel tiempo, y la exaltada impaciencia por ir acumulando a su reciente reputación méritos y más méritos, hicieron concebir a D'Aoust la idea de atacar el campo de Ponteillac, en el que el General Ricardos mantenía gran parte de sus tropas y que, por su situación ante la línea del torrente Cantarrana, entre Truillas y Nils, ocupaba, sobre unas pequeñas alturas, una situación dominante, cubriendo el frente desde Thuir a la gran vía internacional. Mas no era esto sólo. Su desbordada fantasía imaginó algo más.

Habiéndose informado el joven general francés de que el Cuartel General de Truillas distaba tres cuartos de legua del campo de Perignán, en donde, como acabamos de exponer, hallábase todo el grueso del ejército español, y que, en este lugar había poquíssima tropa, mucha artillería, la tesorería y la residencia del General Ricardos y demás generales de la plana mayor; informado también, si hemos de atenernos a la información francesa, que la guardia de esta residencia, donde estaba establecido el Cuartel General, no se llevaba a cabo debidamente a causa de la desidia o abandono de nuestros soldados, D'Aoust se decidió a sorprender este puesto y apoderarse de la persona de nuestro general, único que había de ser hecho prisionero y respetado en su vida, pues todos los demás generales, ayudantes y tropa que se encontraran serían pasados a cuchillo.

El día 15 de septiembre D'Aoust intenta realizar su proyecto de ataque al Cuartel General español y captura del General en Jefe.—Fracaso de este intento

EL DIA 15 DE SEPTIEMBRE D'AOUST INTENTA REALIZAR SU PROYECTO DE ATAQUE AL CUARTEL GENERAL ESPAÑOL Y CAPTURA DEL GENERAL EN JEFE.—FRACASO DE ESTE INTENTO.—A las tres de la mañana del citado día, las avanzadas españolas dieron cuenta de que, por el lado del castillo de Rat, se había sentido ruido de carros y artillería. En consecuencia de este aviso, se tocó la generala en el campo de Portellas (Ponteillac), y a poco rato se oyó hacia Mas Deu (?) una descarga graneada, como de un batallón. No tardó mucho en presentarse el General Ricardos en el campo español. Serían las cuatro y media. Conocedor, por los informes recibidos, de

que el enemigo descubierto lo era en gran número de tropas, tanto de infantería como de caballería, formado en las alturas del expreso castillo, mandó al Brigadier don Juan Miguel de Vives pasase a la vanguardia y tomase 2.000 hombres de su brigada y tropas ligeras y que se dirigiese hacia Mas Deu, hacia donde partió también nuestro general, a fin de observar los movimientos del enemigo y su situación. Durante su marcha presentáronle un capitán francés hecho prisionero por una partida de nuestras guerrillas, y que según su propia declaración era ayudante (edecan) del General Vernes (?). Por este capitán francés prisionero y los desertores que este día se pasaron a nuestras filas, nuestro Alto Mando pudo conocer cuanto se pretendía realizar por el enemigo y cómo era, cabalmente, la persona del General Ricardos la que se pretendía capturar, así como a cuantas personas constitúian su Cuartel General, a quienes se preparaba un cruel destino (frase textual de nuestro diario oficial). Ricardos pudo saber de este modo, con todo detalle, de qué manera el ejército francés avanzaría en dos columnas y por diferente camino en dirección a Truillas, a fin de caer sobre esta posición y apoderarse de ella, dando algún rodeo y sirviendo de guías dos desertores españoles que habían de marchar desnudos a la cabeza de cada columna, al objeto de no presentar bulto o relieve en la oscuridad de la noche y de este modo no ser vistos ni oídos.

Tales informes eran completamente exactos, pues, en efecto, D'Aoust había dispuesto que en la noche del 15 al 16 sus tropas saliesen de sus campamentos para realizar la operación indicada organizadas en tres columnas, dirigiéndose la de la izquierda hacia las alturas del castillo de Rear, la del centro hacia Mas Deu y la de la derecha, compuesta de lo más selecto de la división, sobre Truillas, con orden de llevar a cabo el golpe de mano sobre el Cuartel General español, apoderándose de la persona misma de Ricardos y de cuantas constituyesen el personal del mismo. Correspondía, por lo tanto, a esta columna de la derecha la misión principal del ataque francés.

Para desbaratar plan semejante, nuestro Capitán General, tan pronto llegó Vives a recibir sus órdenes, le previno avanzara contra el contrario, destacando 2.000 hombres, que serían sostenidos por tres compañías de carabineros que se pondrían a sus órdenes, previéndole, asimismo, que en el caso de ser atacado con fuerzas numerosas se replegase hacia Mas Deu en buen orden, en cumplimiento de cuyas disposiciones Vives se dirigió hacia el castillo antes indicado.

El plan francés estaba bien concebido, pero su ejecución fué poco afortunada o mal llevada a cabo. La columna de la derecha erró el camino y, equivocadamente, se encontró con la otra en el lugar de Villamolaque, a un cuarto de hora de Mas Deu, y teniéndose por enemigas, se hicieron fuego. Advertidos los españoles, y oyendo tocar la generala en su campo, los franceses se retiraron, dando por perdida la acción, a las alturas del castillo de Rear. Fervel atribuye a la explosión fortuita de un arma de fuego el que los nuestros se dieran cuenta de la presencia del enemigo, declarando que, en vista de esto, D'Aoust, desconcertado, ordenó en seguida la retirada. Reunidos los franceses en el mencionado lugar, junto a Rear, su general dispuso

formasen en batalla en unas alturas, colocando la infantería, compuesta de unos 2.500 hombres, a la derecha de una casa medio derribada, y con la caballería, en número de 200, a la izquierda. Nuestro General don Juan Miguel de Vives formó a su tropa, igualmente, en orden de batalla en una hondonada a cubierto de los disparos del cañón enemigo, colocando la caballería a la espalda. Hecho esto avanzó con una pequeña partida para descubrir mejor los movimientos del enemigo. Estos comenzaron a desfilar en columna por su derecha para retirarse a su campo, frente a Perpignán, pero habiendo reparado Vives que una partida de 70 caballos franceses había cargado a una de las guerrillas nuestras, mandó avanzar a las tres compañías de carabineros, previniendo a la tropa ligera siguiese a buen paso a las tropas que avanzaban. Nuestro comandante se adelantó con la caballería, iniciando la acción, llevada a cabo con bastante viveza y energía por ambas partes; pero habiendo llegado por el flanco izquierdo nuestras tropas ligeras y roto su fuego sobre la caballería enemiga, ésta comenzó a retirarse, dejando tres muertos en el campo de batalla, cogiéndoseles seis soldados prisioneros. Nuestra información oficial manifestaba que el número de los heridos enemigos se conjecturaba ser bastante grande, sin haber tenido por nuestra parte más que un dragón de Numancia muerto, otro de Villaviciosa herido y siéndolo tan sólo levemente un soldado de caballería del regimiento del Algarbe. En esta acción se había distinguido don Juan Gacet, teniente del batallón de Tarragona, pues este oficial, viendo que dos soldados de caballería franceses se llevaban el caballo de uno de nuestros soldados, herido, cargó sobre ellos con dos soldados del regimiento de Montesa y logró recuperarlo. Como lo hemos hecho en otras ocasiones, advertimos que tan sólo a título de curiosidad transcribimos las cifras de bajas dadas por los informes, tanto oficiales como particulares.

Comentario a la acción anterior

COMENTARIO A LA ACCIÓN ANTERIOR.—Dejaremos al juicio de un compatriota del General D'Aoust la exposición de dicho comentario. Reconoce Fervel que la inspiración de atacar el campo de Ponteillac merecía el calificativo de acertada o feliz, y añade textualmente: "Era éste, en efecto, el que era preciso atacar; solamente que para hacerlo se precisaban fuerzas superiores y no como lo fué, con una división reducida, a causa de la deserción y de las enfermedades, a unos 6.000 combatientes. Pero para reunir esas fuerzas superiores hubiese sido preciso echar mano de las tropas de Salces y de Collioure y no parecía disponerse a reclamar su apoyo, temiéndose al mismo tiempo el hacerlo a causa del peligro que había de representar para la seguridad de las comunicaciones."

Desarrollados los acontecimientos en la forma que hemos expuesto, la operación más parece debida al capricho de un joven general, sin experiencia ni sentido de la responsabilidad del mando, que a las determinaciones de un propósito meditado y con ánimo de realizarse plenamente. Hijos de la Fortuna, estos generales, a tenor de lo

que ocurriese con los políticos de la Revolución, no vacilaban en pretender llevar a la práctica la realización de sus descabellados proyectos o de sus falsas doctrinas sin meditar sus consecuencias.

La situación adquiría caracteres graves a causa de la marcha, en cierto modo lógica y natural, del proceso entablado. Esta situación en nuestro campo, por lo que acerca de la opinión militar se refería, queda bien reflejada en lo que se expone tratando de la dimisión del Marqués de las Amarillas y en los descarnados conceptos del Teniente Heredia en sus cartas. De todo ello podríamos conjeturar que no existía una unidad de criterio entre el ejército español y su Alto Mando. En el campo francés la situación era todavía más grave, por cuanto que el temor, el disgusto y la confusión no podían ser mayores, tanto en el elemento civil como en el militar. La causa de la Revolución reclamaba una victoria pronta y decisiva. El enemigo tenía invadido el territorio nacional y su pujanza no era fácil de contrarrestar o vencer. Aquel estado de cosas no podía tampoco mantenerse por más tiempo, y en tales condiciones el General Dagobert parecía ser el llamado a resolver el conflicto.



CAPITULO XIV

Una jornada decisiva. - Combate de Vernet

El General Ricardos se dispone a realizar definitivamente la conquista de Perpiñán. - Dispositivo general del Ejército español. Reconocimiento ofensivo español sobre la línea de comunicación de Perpiñán con Narbona. - Ataque y conquista de Vernet por las tropas del General Curten. - Violenta reacción ofensiva de los franceses. - Recuperan la posición de Vernet. - Consideraciones sobre las consecuencias que este fracaso español habría de ejercer en el desarrollo de la campaña

Situación del Ejército español a mediados del mes de septiembre de 1793



IRME en la resolución de su propósito y, como de costumbre, prudente y advertido, el General Ricardos, decidido a llevar a cabo el asalto a Perpiñán, iba tomando todas aquellas medidas y disposiciones que pudieran mantener vivas las energías de su ejército. Y a la realización de este fin debió obedecer su disposición de atrincherar lo mejor posible la posición aislada de Peyrestortes, estableciendo en este campo un contingente de unos 12.000 hombres, y con igual finalidad de asegurar lo más posible su situación, obedeció, sin duda alguna, su envío a Villafranca de los cuatro batallones, algunos escuadrones y correspondiente artillería de que hemos dado cuenta.

El ejército español, a mediados de septiembre, se encontraba diseminado entre cuatro puntos, en cierto modo aislados: Argelés, Ponteillac, Olette y Peyrestortes. Esta situación no dejaba de ser bastante expuesta, habida cuenta de que, según lo apunta muy bien el commentario francés, hallándose como en el centro de la semicircunferencia que estos campos formaban la plaza de Perpiñán, concentrando en una noche 20.000 hombres en su interior, este ejército podía muy bien ir batiendo en detalle las posiciones ocupadas por nuestras tropas. Sobre todo, el ataque a Ponteillac representaba el objetivo más importante, pues su ocupación venía a cortar en dos la línea de operaciones por nosotros establecida, y ello podía muy bien acarrear la terminación de la campaña con pérdida, claro está, para el invasor. La opinión pública indicaba esta operación como muy fácil de realizar y por ello era reclamada por el anhelo general de la población concentrada en la capital del Rosellón.

Mas las circunstancias no se mostraban muy favorables al desarrollo de tal operación, dada la anarquía reinante entre los generales franceses. "Envidiosos los unos de los otros—declara el historiador francés tantas veces citado en este libro—, todos querían ser independientes. Cada divisionario se consideraba como jefe de un ejército aparte: ejército de Salces, de Perpiñán, etc. (pues para legitimar en derecho la ocupación de hecho se prodigaba el conceder a cada división el nombre de ejército), y por esta razón cada uno se mostraba, asimismo, refractario a toda empresa que no partiese de su personal iniciativa, no queriendo otra correspondencia que aquella directa que en todo caso tenían que mantener con el Comité de

Salud Pública. ¡A los ligeros sacrificios del amor propio, preferían caer en una responsabilidad que conducía al cadalso!"

Claro está que, por otra parte, según también reconoce Fervel, nuestra posición aislada de Peyrestortes con su guarnición de 12.000 hombres, al hallarse situada entre las dos divisiones francesas, podía muy bien cortar de un modo efectivo la comunicación entre ellas, objetivo que tal vez hubiera podido realizar sencillamente con sólo repartir sobre una llanura lisa como un cristal algunos pelotones de caballería, destinados a interceptar tales comunicaciones. Nada de esto fué dispuesto por nuestro Alto Mando; hasta aquel momento todo el terreno comprendido entre el mar y la gran ruta entre Perpiñán y España y que, como sabemos, recibía el nombre de la Salanque, había permanecido completamente libre, y tan sólo alguna que otra patrulla de caballería española realizaba alguna pequeña aventura sobre dicha vía principal.

Durante quince días, Ricardos se mantuvo entregado a su activo trabajo de preparación de las nuevas operaciones, procurando reunir un completo material de sitio, sin el cual era imposible todo intento al objeto y haciendo asimismo lanzar sobre el Ter, a las inmediaciones de Saint-Feliú-d'Aval, un segundo puente, por donde había de pasar la artillería pesada en un número que se calculaba ya no era inferior a 80 bocas de fuego. El ejército español vigilaba atentamente el campo francés y su caballería rondaba alrededor de los puestos avanzados enemigos. Este período de preparación del ataque español pareció terminar el día 17.

ataque y toma de Vernet por los españoles

ATAQUE Y TOMA DE VERNET POR LOS ESPAÑOLES.—Efectivamente, el 17 de septiembre el General Ricardos dió la orden de avanzar sobre Vernet, apoderándose de la posición. Como recordaremos, Vernet, constituido tan sólo por un pequeño grupo de algunas casas, situadas a dos kilómetros de Perpiñán, venía a ocupar una posición intermedia junto al cruce de la carretera de Narbona, con un canal de riego y en el enlace o confluencia de dos caminos que conducen a Peyrestortes uno de ellos y a Saint-Estève el otro. Alrededor de una ermita hallábanse apostados unos 100 voluntarios con tres piezas de artillería, y en correspondencia con otro pequeño puesto, guarnecido por un puñado de miqueletes, al abrigo de un molino de pólvora, que distaba de la posición anterior unos 800 metros a lo más.

lan de ataque español. — Condiciones geográfico-topográficas de la posición de Vernet

PLAN DE ATAQUE ESPAÑOL.—CONDICIONES GEOGRAFICO-TOPOGRAFICAS DE LA POSICION DE VERNET.—Hemos de hacer recordar ahora, según expusimos en nuestra descripción geográfica

al principio de éste trabajo, que esta posición ocupada por las tropas francesas de la Revolución hallábase establecida junto a un pequeño grupo de casas, que venían a constituir el lugar del citado nombre, al bórde de la vía principal o camino real de Perpiñán a Narbona, en el punto preciso en que esta vía es atravesada por un canal de riego, que, recogiendo las aguas del alto Tet, marcha paralelamente al camino que desde Villafranca desciende por el valle del mismo a lo largo de Pecilla, Villeneuve, Saint-Estève hasta Vernet, siguiendo el canal más allá hasta la costa.

Esta posición resultaba tanto más importante por cuanto que, a la ventaja de su proximidad a Perpiñán, del que distaba tan sólo unos dos kilómetros, reunía la condición de encontrarse en el punto de enlace del camino real con otro que conducía al campo español atrincherado de Peyrestortes. En su aspecto morfológico no presentaba esta posición relieve alguno que imprimiese especiales condiciones de fortaleza o resistencia a su emplazamiento, hallándose a unos cuantos cientos de metros, al alcance ya del fusil, un pequeño puesto fortificado junto a un molino de pólvora.

Al mando de la posición figuraba el General Soulheirac, y la guarnición, al abrigo de unos atrincheramientos de campaña, se componía, según el testimonio francés, de una centena de voluntarios, reforzados por una batería de tres cañones, asentados junto a una ermita. Un puñado de miqueletes defendía, asimismo, el molino de pólvora. El terreno circundante estaba cubierto de olivos y viñedos.

El objetivo señalado a la operación era, según nuestro diario oficial, el asalto y ocupación de Vernet para sostenerse en él como base para posteriores acciones. Habiendo avanzado las tropas españolas hasta llegar a una distancia desde la cual pudiera romperse eficazmente el fuego de artillería contra la posición enemiga, y después de un bombardeo violento y una vez vencida la resistencia enemiga, al toque de los clarines cesaría el fuego y las columnas de ataque se establecidos.

Orden de combate del ejército

ORDEN DE COMBATE DEL EJERCITO ESPAÑOL.—La masa de tropas encargada del asalto fué articulada por el General Courten en tres columnas, quedando guarnecido el campo español de Peyrestortes por un pequeño cuerpo de tropas, formado por los fusileros del batallón de Navarra y el batallón de cazadores de Castilla, a las órdenes del Coronel don Ildefonso Arias de Saavedra, juntamente con dos escuadrones de caballería del regimiento de España, el regimiento de caballería de Santiago y las tropas ligeras de este arma, todas estas fuerzas a las órdenes del Brigadier don Francisco María Velarde. Las tres columnas de referencia fueron así organizadas:

Primera columna o columna de la derecha, al mando del General don José Simón de Crespo, se componía de:

Doscientos voluntarios de Cataluña.

Dos compañías de granaderos de Guardias Españolas.

De los regimientos de infantería de Navarra y Córdoba, apoyados por el tercer batallón de Guardias Españolas, con dos cañones violentos (1).

Esta columna de la derecha llevaría a su flanco izquierdo otra de caballería con 400 carabineros reales y el regimiento de Pavía, a las órdenes del Teniente General (?) don Antonio de Córdoba y Heredia.

Segunda columna (central). Debía marchar al flanco izquierdo de la anterior, y estaba formada por:

Quinto batallón de Guardias Españolas.

Batallones de los regimientos de infantería del Príncipe, España y Córdoba.

Granaderos provinciales de Castilla.

Cazadores de Andalucía.

Esta columna, a las órdenes del Mariscal de Campo don Valentín Belvis.

Detrás de estas fuerzas marcharía la artillería por el camino real, sostenida por 400 caballos, a las órdenes del Mariscal de Campo don José Moncada.

Tercera columna (de la izquierda). Estaba formada por:

Doscientos voluntarios de Cataluña.

Compañías de granaderos de los regimientos de infantería del Príncipe, España, Extremadura y Chinchilla.

Cazadores de Castilla, con dos cañones violentos, sostenidos por el batallón de Extremadura y 200 caballos, a las órdenes del Coronel don Fermín Eguía.

Desarrollo de la acción

DESARROLLO DE LA ACCION.—Conforme estaba prevenido en la orden general dada por Courten, las columnas citadas salieron del campo de Peyrestortes a las dos de la madrugada del día 17 de septiembre. La columna central, con la artillería a retaguardia, marchaba por el camino principal. Serían las cuatro de la mañana cuando nuestras tropas llegaron a alcance del cañón de Vernet. Los franceses diéronse cuenta de la presencia de los nuestros. Rompióse el fuego por nuestra artillería e infantería, y a él contestaron los franceses con el de sus tres piezas. Todos los informes acusan la violencia de este duelo de artillería, que duró como una hora y media, habiendo estallado durante el mismo uno de los cañones, que también des trozó el afuste de otra pieza contigua.

Viendo Soulheirac que la resistencia se hacía muy difícil y cómo nuestra artillería a la señal convenida de los clarines hacia alto en su fuego, disponiéndose las columnas españolas al asalto, ordenó la retirada de los suyos y el abandono de la posición; asegurando nuestra información oficial que "el ataque de las vanguardias de las columnas españolas llevóse a cabo con el mayor ardor". Nuestros soldados se hicieron dueños de todo cuanto había en el campamento enemigo, así como de la batería de tres cañones que habíamos cita-

(1) De larga ánima, a fin de tener trayectorias más tendidas y, por consiguiente, mayores alcances.

do. Y aunque los informes franceses aseguran que la retirada del enemigo se realizó con el mayor orden, los nuestros aseguran que los soldados españoles persiguieron con tanto ardor a los fugitivos, que pudieron llegar sin dificultad alguna hasta las inmediaciones de la plaza de Perpiñán.

Efectivamente, Courten, una vez que los nuestros se habían hecho dueños del campamento francés, dispuso que el coronel de Ingenieros D. José Arana, con sus subalternos, allanase las cortaduras del terreno y que la artillería se colocara en las avenidas para birlas eficazmente; ordenando asimismo en batalla a las fuerzas que habían de perseguir al enemigo en su retirada. Cumplimentóse fielmente cuanto Courten había mandado, y serían las seis de la mañana cuando ya la artillería española bombardeaba la capital del Rosellón, retumbando sus cañones con todos los caracteres propios de las piezas de una verdadera batería de sitio, desde el momento en que muchas de ellas eran de grueso calibre y figuraban también dos morteros.

Si hemos de atenernos a la información francesa, el éxito de la operación fué causa de que el mando español concibiese, una vez ocupado el Vernet, el llevar a cabo algo más que una simple persecución del enemigo en retirada, o realizar un bombardeo que pudiéramos llamar de ocasión. Expone Fervel que, según un documento encontrado por los franceses al año siguiente, cuando la recuperación por ellos de Ceret, el proyecto nuestro era el de avanzar desde Vernet hasta las márgenes del Tet, a favor de las casas del poblado, y luego, aprovechándose del dique Orri, que se extiende a lo largo de la orilla izquierda del mismo, asentar en sitio conveniente, bien parapetadas, 24 piezas de artillería. Esta gran batería tendría que ser sostenida a retaguardia por 3.000 hombres, establecidos en dos especies de paralelas sucesivas. De este modo se abrigaba por nuestro Mando superior la esperanza de poder derribar una parte del frente francés, contiguo al costado derecho de la puerta del castillete; definiendo Fervel con la designación de **especies de paralelas las dos líneas a intervalos** que expone nuestro documento oficial. Este marcaba como lugar apropiado para la apertura de la brecha la cara derecha del bastión de la izquierda de la puerta del castillete. De ser todo esto cierto, ello prueba que Courten no era general tarde en sus decisiones.

Reacción francesa victoriosa

REACCION FRANCESAS VICTORIOSA.—Pero la Fortuna no se mostró en esta ocasión propicia al desarrollo de los planes concebidos por el Alto Mando español, dando pruebas el francés de una actividad, energía y acierto, que hasta el presente no le habían sido muy característicos. Lejos de amedrentarse ante la realidad del bombardeo español, los revolucionarios reaccionaron de una manera energética, dispuestos a rechazar el ataque de las fuerzas españolas. En efecto: "Ya las balas españolas surcaban las calles de la villa de Perpiñán y venían a conmover los propios muros de la sala en la

cúal los consejeros administrativos deliberaban sobre los peligros del momento, cuando el representante Cassanyes, sintiendo la necesidad de obrar, se lanza a la puerta del castillete, y en tanto que la guarnición y los habitantes corren a tomar las armas y guarnecen las murallas, él se precipita a colocarse delante de las tropas, que habían escapado del Vernet, las arenga, las reanima y las conduce hacia el molino de pólvora; después, a favor de los muros y de los setos que cortan el terreno entre el molino citado y el Vernet, avanza hasta este último puesto a una distancia dentro del alcance del fusil y logra restablecer el combate" (Fervel).

Ante esta reacción ofensiva tan imprevista, los nuestros se limitan a disponer su flanco izquierdo en condiciones de resistencia.

Orden de combate francés

ORDEN DE COMBATE FRANCES.—La actitud de Cassanyes forzaba al Alto Mando francés a no permanecer en una vergonzosa pasividad o ciega sumisión. El General D'Aoust tenía que corresponder dignamente al celo y valor mostrados por el representante del pueblo o delegado de la Convención, y así se dispuso también a actuar por su parte. Hasta aquel momento el campo de la Unión había permanecido inmóvil, pues se esperaba, naturalmente, ver una columna de ataque llegar a Ponteilla. Parecía imposible, en efecto, admitir que la marcha sobre el Vernet fuese un golpe aislado, sin relación ninguna con las operaciones de un plan de conjunto. Pero como quiera que el ejército español no daba señal de actividad en aquel momento, D'Aoust, asegurado de que nada se movía delante de él, saca de su campo 2.000 hombres, elegidos, y se encamina hacia el Vernet en dos columnas. La de la izquierda, mandada por él personalmente y que debía atacar nuestro flanco derecho, pasando por Más Campelot y Besonabes, avanza por la vía principal, no obstante las balas que la surcan; la de la derecha, que conduce el General Lemoine, dobla hacia el molino de pólvora y viene a reforzar la tropa que acababa de tomar la ofensiva por este lado. Estas fuerzas, extendiéndose por el flanco derecho, desbordan la izquierda española, y sostenidas por algunas piezas que habían logrado asentarse delante del molino, consiguen alcanzar sobre nuestra artillería manifiestas ventajas.

Toda esta información, de origen francés, viene confirmada por la nuestra, que declara que a poco más de media hora de aquella en que los españoles habían llegado a la vista de Perpiñán y roto el fuego contra ella: "Los enemigos rompieron sus fuegos desde la plaza contra nuestras tropas y trabajos, y seguidamente se vieron salir por distintos parajes varias columnas de infantería y caballería, con dirección al campo perdido de Vernet. Avisó Courten inmediatamente a los generales que con sus respectivas columnas hiciesen frente a los enemigos y que la artillería se colocase de modo que pudiese obrar contra ellos, y él pasó en persona a la izquierda con dos compañías de Guardias españolas y los 400 caballos a las órdenes del Mariscal de Campo D. José Moncada. Trabóse la acción con el ma-

yor ardor, y los nuestros precisaron a los enemigos a que marchasen en retirada, habiendo muerto en esta acción de una bala de fusil el Mariscal de Campo D. Rafael Adorno, comandante de la tercera columna".

Era ésta la ocasión propicia para que entrase en fuego la caballería, cargando sobre el enemigo y obligándole a emprender una peligrosa retirada, caso de no decidirse a mantenerse en una firme actitud de resistencia. Pero es lo triste que, a pesar de estas ventajas que conseguimos, no se sabe por qué orden o motivo se separó la caballería, dejando solo a su comandante, Moncada. Así lo declara nuestra información oficial.

El ataque francés estaba ejecutado por la extrema derecha, constituida por los voluntarios del 4.^o batallón del Aude, apoyados por 120 dragones. Y si hubiéramos de atenernos al relato de Fervel, la caballería nuestra cargó sobre esta columna envolvente, que lejos de amedrentarse adopta una actitud heroica. Los voluntarios franceses, con una sangre fría admirable, la esperarán hasta tenerla dentro del alcance medio de sus fusiles, y de una sola descarga siegan la mitad. A continuación estas fuerzas de infantería, secundadas por los dragones franceses, se precipitan sobre el resto de nuestros carabineros Reales, que el mismo Fervel no vacila en calificar de **brillantes jinetes**, quienes al huir, enzarzados entre las viñas, acosados, arrollados, son en su mayoría hechos pedazos, cortados en tiras (**taillés en pièces**) o hechos prisioneros. En esta operación muere el General Adorno, según hemos dicho, y no el General Ordoño, que declara, equivocadamente, el historiador militar francés, cayendo gloriosamente en medio de los suyos, según su propia expresión.

Ateniéndonos a esta información francesa, tendríamos que admitir que la retirada de nuestra caballería no fué debida a una orden extraña, sino a una completa derrota, motivada por la enérgica reacción del enemigo. Pero todos los informes vienen a confirmar la realidad del hecho, tal como lo manifiesta el diario oficial español y no como lo relata Fervel. Sin duda alguna, en esta ocasión, como en otras varias, la brillante fantasía del escritor francés se desborda, obligándole a falsear o desvirtuar, como en esta ocasión, la verdad, pues, sin duda alguna, a la insólita retirada de la caballería española en el más crítico momento de la acción hay que atribuir la derrota sufrida por los nuestros y la serie de circunstancias desfavorables que la siguieron.

En efecto, "la infantería española, al verse sola sin el apoyo de su caballería, comenzó a desordenarse, y viendo el General Curten una novedad tan inesperada, corrió a contenerla con sus ayudantes de campo, su hermano D. Juan y D. Rafael Hore y el que hacía las veces de Mayor General de Infantería en aquel destacamento, don Andrés Roggiero, consiguiendo volver a la infantería a su primera formación, a fuerza de mucho trabajo. Aprovechándose los enemigos de este desgraciado accidente, cargaron a nuestra tropa, y aunque se les hizo frente, viendo Courten el aumento del fuego enemigo, la inferioridad en el número y calibre de las piezas y la proximidad y aumento de más tropas, según los avisos que continuamente le He-

gaban, además de lo poco que la caballería podía ayudarle, determinó la retirada, llevándose la artillería propia y la cogida al enemigo. Pero por haber huído los muleteros con las mulas no nos fué posible retirar seis de nuestras piezas y la mayor parte de las últimas anteriormente citadas. A las nueve de la mañana volvieron nuestras tropas a su campamento de Peyrestortes, con la pérdida de un masical de campo, 28 caballos y soldados muertos, ocho oficiales y 200 soldados heridos, un oficial, dos sargentos y 62 soldados extravados; en total, 301 bajas, además de las seis piezas de artillería nuestras abandonadas y las que habíamos tomado al enemigo, a excepción de una" ("Diario oficial" español).

Estas cifras son rectificadas por la información francesa, como puede comprenderse. Según ella, nuestra retirada, consecuencia de un ataque a la bayoneta sobre Vernet, que arrolla a los nuestros, arrojándolos sobre el camino de Peyrestortes, deja en manos del enemigo 400 muertos y heridos, 150 prisioneros y cuatro cañones, sin contar los que había podido recuperar algunas horas antes.

Consideraciones sobre la acción de Vernet

CONSIDERACIONES SOBRE LA ACCION DE VERNET.—Queda, pues, descrita con el mayor detalle esta acción. Ventajosa para nosotros en un principio, las vicisitudes y cambios inherentes a toda acción militar trocáronla en una derrota, de funestas consecuencias para el desarrollo de nuestra empresa en el Rosellón. En principio, la operación tal y como había sido concebida resultaba en alto grado aventurada, al quedar reducida en su ejecución a un simple golpe de mano sobre un puesto militar de importancia, y a la amenaza que supone un bombardeo más o menos violento y continuado, como preparación para un ataque a fondo.

En guerras de la naturaleza de la que estamos tratando, en luchas en las que no sólo entran en juego las combinaciones de la política de los Soberanos o de los Gobiernos, sino que en ellas intervienen como factores principales los intereses, los sentimientos, la opinión del cuerpo social, influyendo de un modo que pudiéramos llamar directo en el desarrollo del proceso militar todos estos factores, no dejan libre juego al Mando superior encargado de la dirección de las operaciones para que éste pueda llevar a cabo toda clase de combinaciones perfectamente justificadas y aun prescritas por los principios del arte de la guerra. Y otro tanto ocurre en aquellas otras guerras en las que una superioridad exclusivamente militar sobre el contrario hace posible en un principio el desarrollo de una rápida y violenta ofensiva o la explotación de un efecto cualquiera de sorpresa, no existiendo en cambio esa ventaja en los demás elementos, que en su conjunto constituyen la vida y la nacionalidad de un país. En estas clases de guerras todo movimiento hacia delante, todo golpe rápido y energético, toda acción imprevista e inesperada tiene garantías de éxito, pero cuando las alternativas de la lucha comienzan a imponer un alto en la marcha, o un retroceso, las consecuencias son fatales. El tiempo es un mal aliado para todo

conquistador, y cuando no se posee una superioridad efectiva sobre el contrario, todo paso hacia atrás es de resultados fatales. Desde Napoleón hasta la fecha, las enseñanzas de la experiencia no pueden ser más categóricas ni evidentes.

Nuestro ejército, gracias a una circunstancia que pudiéramos considerar muy bien como providencial, había podido penetrar osadamente en territorio francés. Aquel hecho inesperado, por parte de la población de la vecina República, había causado en ella dos efectos muy contrarios: en los individuos afectos al antiguo régimen, honda satisfacción, verdadero entusiasmo, esperanzas de libertad y de triunfo; en los revolucionarios, por el contrario, depresión de ánimo, desconfianza, temor, cobardía.

Al amparo de nuestras tropas, confiando en nuestro apoyo, individuos, corporaciones, pueblos enteros habían dado rienda suelta a su gozo y hecha pública manifestación de su pensar y de su sentir. Al retroceder, la sensación de nuestra superioridad desaparecía por completo, y al dejarlos abandonados, al descubierto su personalidad verdadera, bajo la amenaza en consecuencia de una cruel represalia o de una cobarde e inhumana venganza, el sacrificio era inminente, y todas aquellas ventajas que habíamos adquirido en un principio quedaban deshechas, anuladas, sobre todo tratándose de un espíritu como el francés, tan dado a las reacciones violentas, a las exaltaciones patrióticas, cegado por el orgullo y el culto más fanático al propio yo. Aquella retirada de nuestras tropas, dueñas por un momento de Vernet y después de haber bombardeado nuestros cañones la plaza de Perpiñán, no podía por menos de acarrear las más funestas consecuencias.

Por todas estas razones estimamos que, tal como lo temía y sospechaba D'Aoust, la operación no debió de realizarse de un modo aislado, sino formando parte de un plan conjunto de acciones combinadas y dirigidas a la realización de un mismo objetivo. Acaso debieron de entenderlo así nuestros generales, en disconformidad de criterio con las determinaciones del Mando superior. Y esta circunstancia, plenamente demostrada en el Consejo convocado por el General Ricardos, y en el que el Marqués de las Amarillas solicitó su relevo, así como lo extraño de la orden de retirada comunicada a la caballería, sin que pudiera llegar a conocerse cuáles eran el general que dió la orden y el oficial que hubo de transmitirla, ofrecen amplio campo para justificadas sospechas.

De todos modos, y ante el imperativo de los hechos realizados, la conducta del General Courten queda al margen de toda responsabilidad. Juzgando serenamente el hecho, hay que reconocer hasta qué punto el veterano general no se deja arrastrar por el empuje desatado de los acontecimientos; hace frente serenamente al peligro y toma todas aquellas medidas y dicta aquellas disposiciones que las circunstancias permiten más acertadas. El Mariscal de Campo don Rafael Adorno cae heroicamente al frente de los suyos en pleno combate, y el Mariscal de Campo D. José Moncada viene a quedar él solo en el lugar de la acción, al verse sorprendido por la retirada de la caballería a su mando.

De la gravedad y culpabilidad en el fracaso que corresponde a esta retirada no hay por qué hablar. Ahora bien, no creemos sean responsables de ello los jefes y oficiales que recibieron y cumplieron la perversa y punible orden. En cuanto a la actitud de la infantería al perder su fortaleza y cohesión viéndose abandonada por los jinetes, responde de lleno a las alternativas y vicisitudes de orden psicológico que lleva consigo el íntimo contacto del hombre con todas las realidades de la lucha, sin el intermedio de la pieza a la que hay que atender constantemente o del caballo, que a veces nos lleva más allá de donde quisiéramos llegar. Sin duda alguna, la acción militar había ya alcanzado la trabazón necesaria entre sus varios elementos para imponer el sentido íntimo del enlace entre todos ellos. Apoyada en un fuego artillero de toda eficacia y confiada en el empuje de unos jinetes que tan palpables pruebas habían dado en otras ocasiones de su valor y arrollador empuje, nuestra infantería, que acababa de asaltar con el mayor ardor el campo de Vernet, haciendo dueña de él, ante la fuerte reacción ofensiva francesa se dispone a llevar a cabo una vez más esa resistencia firme, que con serenidad heroica ha sido y sigue siendo la nota característica de su personalidad, universalmente reconocida. En un principio logra rechazar el ataque enemigo, y sólo al verse más tarde abandonada por el Arma hermana es cuando cede bajo la presión del momento, comenzando a desordenarse. Nada más natural, aunque el hecho sea reprobable; pero al fin es rehecha, aunque a costa de mucho trabajo, es cierto, según lo declara nuestra información oficial. Y sostiene la acción y se retira cuando el Mando así lo dispone, dándose cabal cuenta de que la superioridad del contrario deja hacerse sentir y la suerte de las armas no nos es favorable. Y como dato interesante haremos observar cómo en esta retirada de nuestro ejército, una vez más, el abandono de los muleteros, que habían huído con el ganado, hace imposible la retirada de los cañones tomados a los franceses, teniendo que dejarlos abandonados, a excepción de uno solo.

En esta acción de Verne, el Alto Mando francés da pruebas de acierto y de energía. Lo mismo D'Aoust que Casanyes saben cumplir con su deber. Con visión clara de la realidad, sintiendo el imperativo de una solución rápida y energética que, por otra parte, los propios recursos hacían posible, se decide a actuar con toda rapidez y decisión. Es fácil darse cuenta de cómo los nuestros tuvieron que quedar sorprendidos ante una reacción enemiga tan rápida y de tan irresistible empuje. No podían concebir que el violento bombardeo de Perpiñán hubiera podido dar lugar a una reacción tan contraria a lo esperado o presumible. Todos los informes recibidos acusaban en la plaza un estado de agitación, de incertidumbre, de verdadero temor, aparte de la influencia que en nuestro ánimo pudieran ejercer los afectos al antiguo régimen. Los proyectiles de nuestra artillería, lejos de abatir, levantaron el espíritu público, y según expone la información francesa, cuando algunos de ellos vinieron a golpear los muros del local de sesiones de la Administración departamental, los asistentes, reunidos en sesión, olvidaron en este instante la magnánima firmeza de los

antiguos senadores romanos, muriendo en sus asientos, y, abandonándolos, sin vacilar corrieron a coger las armas al oír el toque de generala que resonaba en la villa, sumándose a los ciudadanos, que se dirigían en masa hacia las plazas públicas para encaminarse a aquellos sitios en los que su presencia fuese más necesaria.

Y una última consideración hemos de hacer. Afirma Fervel que "las tropas españolas que el 17 de septiembre, día de Santa Victoria, salieron del campamento de Peyrestortes, a las órdenes del General Courten, para encaminarse a la conquista de la posición francesa de Vernet, suponían un total de 6.000 hombres de infantería, 400 carabineros reales y 15 piezas de artillería de todo calibre, siendo su hora de partida la de las dos de la madrugada". No es muy difícil poder demostrar que estas cifras no son exactas. Tan sólo por lo que a la caballería se refiere salta a la vista, desde el primer momento, el que, según los datos ofrecidos anteriormente por la información oficial española, además de estos 400 carabineros reales, figuraban otras fuerzas de caballería, entre ellas el regimiento de dragones de Pavía. Y no deja de ser interesante el dato de que, al manifestar cómo el día 17 de septiembre coincidía con la conmemoración de Santa Victoria, insinúe entre paréntesis que "los españoles amaban estas coincidencias". Sin duda alguna, así pudiera ser muy bien, pero de todos modos, ello demuestra, por parte del escritor francés, el pleno reconocimiento de que el mayor fervor religioso reinaba en el espíritu de nuestros compatriotas de aquellos días, contradiciendo lo dicho por él anteriormente.

